

EMILIO CALDERÓN

CÍRCULOS



Lectulandia

Desde hace treinta y tres años, Bernardo no ha rehecho su vida y su refugio emocional es soñar cada noche como habría sido su vida con su mujer y su hija. Ello le permite recrearse y consolarse en una especie de ficción paralela, ver envejecer a su mujer y crecer a su hija. Pero un día deja de soñar con ellas, y esto coincide con una conferencia del profesor Bradley, un peculiar biofísico, a la que acude de mala gana arrastrado por su amigo, el escritor Javier Sierra. Cuando la hija de Bradley, Julia, sale al escenario a contar una serie de experiencias asombrosas que ha vivido, Bernardo no da crédito: Julia se parece muchísimo a su difunta esposa y es la mujer en que, dentro de su mente, se ha convertido su hija Valentina. La sorpresa coincide con la noticia de que el hospital donde nació la pequeña fue un importante centro de bebés robados durante el franquismo y la primera Transición. La inquietud y la sospecha caen sobre Bernardo ante la posibilidad: ¿y si su hija no nació muerta y fue dada en adopción?

Lectulandia

Emilio Calderón

Círculos

ePub r1.0

Pesas5802 18.02.16

Título original: *Círculos*
Emilio Calderón, 2015

Editor digital: Pesas5802
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Haz visible aquello que sin ti permanecería oculto

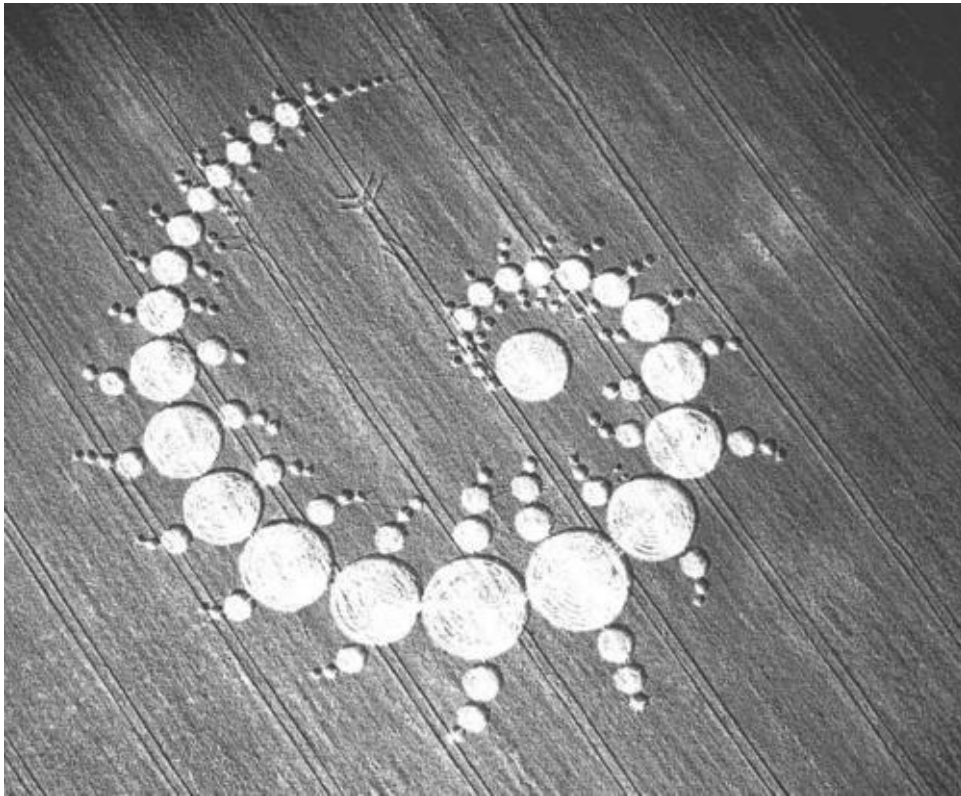
ROBERT BRESSON.

La grandeza de Dios se demuestra mejor en la creación de muchos mundos
que en uno solo.

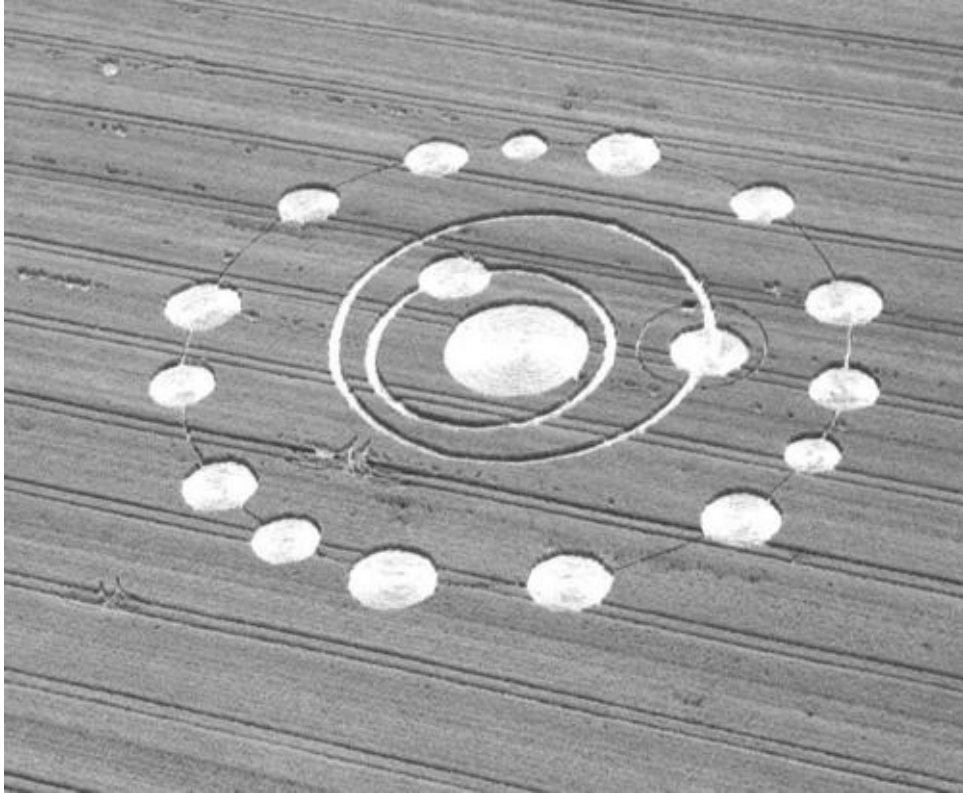
En cada hombre, en cada individuo, se contempla un mundo, un universo.

GIORDANO BRUNO. Astrónomo, filósofo y poeta italiano, quemado en la hoguera por la
Inquisición romana, el 17 de febrero de 1600.

Propuso que el Sol era una simple estrella, y que en el universo tenía que haber un número infinito
de mundos habitados por animales y seres inteligentes.



Fotografía del llamado Conjunto de Julia, bautizado así en honor al matemático Gastón Julia, que fue el primero en estudiar las formas fractales resultantes del comportamiento de números complejos.



Otra fotografía de círculos en las cosechas.

The Mowing - Devil :

Or, Strange *NEWS* out of

Hartford - shire.

Being a True Relation of a Farmer, who Bargain'd
with a Poor *Mower*, about the Cutting down Three Half
Acres of *Oats*, upon the *Mower's* asking too much, the *Far-
mer* swore, That the *Devil* should Mow it, rather than He,
And to it fell out, that that very Night, the Crop of *Oat*
Mow'd as if it had been all of a Flame, but next Morning
appear'd so neatly Mow'd by the *Devil*, or some Infernal Spi-
rit, that no Mortal Man was able to do the like.
Also, How the said *Oats* ly now in the Field, and the *Owne*
has not Power to fetch them away.



Folleto titulado *El demonio cosechador*, fechado el 22 de agosto de 1678, que narraba la aparición de un círculo de las cosechas realizado en el transcurso de una sola noche. La figura resultante se consideró obra del mismísimo diablo.

PARTE I

Sí, créanme, la memoria de un hombre está en sus besos. La frase no es mía, sino del premio Nobel de Literatura Vicente Aleixandre. Yo, que he dado tan pocos besos a lo largo de mi vida, guardo el mejor recuerdo de cada uno de ellos, pero también conservo frescos en la memoria aquellos que nunca di. Podría enumerar del primero al último todos los besos que no les he dado a mi esposa e hija a lo largo de los treinta años que ya duran sus ausencias. Se trata de un don que el reino de los sueños me ha otorgado. De modo que soy el único hombre del mundo que recuerda los besos que no ha dado. Al menos, el único en este mundo.

La esencia de esta anomalía (si es que así puede llamarse), no está en mí, no habita en mi interior, sino que es obra del mundo en que vivimos, de su composición. ¿Sabían que la materia, los planetas, las estrellas, las galaxias, usted y yo, sólo ocupamos el cuatro por ciento del universo conocido y que del resto nada sabemos? ¿Cómo podemos entonces dar tantas cosas por seguras, cuando nuestro grado de ignorancia abarca el noventa y seis por ciento del universo? A pesar de eso, aunque sólo entendemos una mínima fracción de eso que llamamos materia común, creemos saberlo todo, somos arrogantes, tenemos respuestas para cualquier pregunta, y nos sentimos en posesión de la verdad, tanto como el tribunal de la Inquisición que condenó a Galileo a abjurar de sus ideas.

Soy físico teórico, y llevo años dictando conferencias que me ayuden a comprender, en definitiva, por qué en mi vida son más importantes los besos, abrazos y caricias que nunca di. Por qué el amor, cuando se hace carne, no puede parar el tiempo, congelarlo, de manera que sea la dicha la que gobierne nuestras vidas. Por qué estamos condenados a pisar las espinas del sufrimiento, cuando nada debería impedir que camináramos descalzos por la hierba fresca de la felicidad.

Sí, le pregunto a la física, que es mi vocación y mi medio de vida. A veces, las preguntas las formulo a viva voz, delante de un nutrido auditorio que ha ido a escucharme. Las respuestas nos dejan atónitos a todos, a mí y a mis ocasionales acompañantes.

La física cuántica nos dice que los besos y abrazos no dados son tan reales como los dados, que aquello que hemos perdido (y yo, les aseguro, he perdido mucho), sigue vivo en un reino donde eso que llamamos realidad es tan sólo una ilusión. Que no vemos a través de los ojos, sino del cerebro, que el universo que creemos atiborrado de materia (empezando por nosotros mismos) está formado en un elevado tanto por ciento de vacío, pues como sucede con un vaso, su valor no está en el vidrio, sino en lo que es capaz de contener, que los sentidos son sólo un juego, y lo más sorprendente, que somos nosotros, en tanto que seres conscientes, quienes creamos el mundo que vemos.

Aun así, recibo aplausos porque mis palabras, mis preguntas y mis respuestas

infligen un golpe mortal al sistema de creencias de quienes me escuchan. Y cuando uno consigue librarse de una creencia que carga sobre las espaldas como una vieja, pesada y polvorienta alfombra herencia de un familiar lejano por el que no sentía un especial afecto, lo que está haciendo es liberarse de un prejuicio.

Incluso si les digo que el mundo no existe por sí solo, que tenemos que pensarlo para que se ponga en marcha cada mañana, como haría un reloj al que hay que dar cuerda todos los días, me aplauden.

—¿Qué sucede entonces cuando tenemos un problema de conciencia, cuando tenemos mala conciencia? —pregunta alguien del público sumergido en la oscuridad del patio de butacas.

—Que en ese preciso instante habremos creado un mundo con problemas de conciencia —le respondo.

— ¿Y qué ocurre cuando actuamos de manera inconsciente? —se aventura otra voz que se oculta tras su oscura figura.

—Que entonces la realidad se llenará de inconsciencia, el mundo se poblará de inconscientes. Si alzas la cabeza y escupes al cielo, el cielo te devolverá la saliva. Te caerá en la frente.

Sí, créanme, la memoria de un hombre está en sus besos, los dados y los que nunca dio, porque los besos no lloran ni se rompen, como hacemos o nos pasa a los seres humanos.

Por cierto, soy el profesor Bernardo Pastor-Luján.

Como la gran mayoría de asistentes a mis ponencias, yo no era consciente a los veintiséis años de que la realidad se comportaba de acuerdo a las expectativas del observador, que cada cual construía el mundo que le rodeaba. De haberlo sido, hubiera afrontado los acontecimientos en los que me vi envuelto con una mayor entereza. Pero como se suele decir, la juventud es una enfermedad que se cura con la edad.

En julio de 1979, recién cumplidos los veinticinco años y terminada la carrera de Física, contraí matrimonio con una compañera de estudios, una joven brillante y hermosa en todos los sentidos llamada Lucía Valverde. Tres meses después se quedó en estado, y otros nueve más tarde, en la cuadragésima semana de embarazo, dio a luz a una niña. Ninguna de las dos sobrevivió. Lucía falleció a causa de una atonía uterina; la niña, a la que habíamos decidido llamar Valentina, vino al mundo sin vida por complicaciones del propio parto.

Me rompí en mil pedazos.

Profundamente enojado con Dios, del que desconfiaba desde la adolescencia, me arrojé a los brazos de la física cuántica con el propósito de demostrar científicamente su inexistencia.

Sin embargo, al cabo, cuando comprendí la influencia que teníamos sobre la realidad como creadores de la misma, comencé a experimentar un extraño sentimiento de culpa, como si mi pensamiento hubiera engendrado las condiciones para que Lucía y mi hija murieran. Sí, cada cual esculpía su realidad, creaba lo que creía, de modo que el pensamiento era la semilla que permitía germinar un suceso. Partiendo de esta premisa, por tanto, al igual que ocurre con el artista y el arte, que son inseparables, yo mismo formaba parte de ese Dios al que pretendía castigar.

Las preguntas que entonces me asaltaron como una horda de bárbaros invasores fueron las siguientes: ¿Hasta qué punto había propiciado yo la muerte de mi mujer e hija? ¿En qué medida era yo culpable de lo sucedido? ¿Acaso no había elegido que se materializara aquella opción de la realidad y no otra? ¿Se encontraba mi voluntad detrás de aquellos nefastos acontecimientos? ¿Era lo ocurrido una consecuencia de mis propias expectativas? ¿Podía, en definitiva, haber evitado las muertes de mis seres queridos?

Sea como fuere, estas preguntas me infundieron cierto temor de índole supersticioso. Un sentimiento contrario a mi naturaleza científicista.

Curiosamente, de la misma manera que la física cuántica rodeó mi cuello con una gruesa soga, al final terminó por lanzarme un cabo salvador.

En 1925, el físico austríaco Erwin Schrödinger formuló una ecuación según la cual las partículas subatómicas —es decir, las que son más pequeñas que el átomo— podían existir en varios lugares al mismo tiempo, atravesar paredes, estar conexas a pesar de estar separadas en la distancia, etc. En un principio, se pensó que esta singularidad contraria a cualquier fundamento de la física clásica, sólo afectaba a las partículas más pequeñas del universo, quedando exentos los macro organismos, usted y yo, por ejemplo. Distintas reformulaciones posteriores han concluido que todo cuanto existe está entrelazado, con independencia de su tamaño, puesto que estamos compuestos de esas partículas microscópicas en idéntica proporción al universo —como se suele decir de manera coloquial, somos polvo de estrellas.

Así las cosas, si las partículas de las que estamos formados se encuentran en distintos lugares al mismo tiempo, como se ha demostrado de manera fehaciente, han de existir múltiples versiones de nosotros en otros tantos universos paralelos. Eso significa que de entre todas las posibilidades que nos ofrece la realidad, nosotros elegimos una opción en cada ocasión, en tanto que las que hemos desechado se materializarán en esos otros universos paralelos. Por ejemplo, existirá un universo en el que la Alemania nazi ganó la segunda guerra mundial; otro en el que Cristóbal Colón no descubrió el Nuevo Mundo; y otro más en el que nosotros ni siquiera existamos o estemos ya muertos.

Soy consciente de la resistencia que el común de los mortales opone a la hora de aceptar estos argumentos, ya que la teoría cuántica nos muestra un mundo impredecible, incomprensible, diría que mágico. Ni siquiera yo me libro de sentir perplejidad ante los postulados y descubrimientos de esta rama de la ciencia. Como decimos los físicos teóricos, quien cree entender la física cuántica no ha entendido nada. Tal es su complejidad.

Pero ni siquiera esta circunstancia puede poner en cuestión su consistencia. En cierta ocasión, el profesor de física de la Universidad de Oxford, David Deutsch, fue preguntado si eran o no reales los universos paralelos. La analogía que empleó para responder ilustra a la perfección la situación en que nos encontramos. «Los mundos paralelos son tan reales como los dinosaurios. Sólo hemos visto un montón de fósiles, pero la existencia de los dinosaurios son la única explicación para ellos. De modo que el que haya mundos paralelos es la única explicación racional para los fenómenos cuánticos que observamos».

Podemos pensar, por tanto, que nuestro universo es sólo un copo dentro de una tormenta de nieve de universos paralelos.

Desconozco si existe o no una relación entre causa y efecto, pero tras dedicar varios años de mi vida al estudio de estas teorías, comencé a experimentar vívidos

sueños en los que yo vivía junto a Lucía y la pequeña Valentina la vida que la muerte había truncado a mediados de 1980. Era como si mi consciencia hubiera elegido aquella posibilidad y no otra, y mi sueño —ese otro universo que habitamos durante la noche— la hubiera hecho realidad.

El primero de estos sueños tuvo lugar el 15 de julio de 1984, día del cuarto aniversario de las muertes de mi mujer e hija. Esa noche, mientras transitaba por el reino de Morfeo, recreé el cuarto cumpleaños de Valentina al detalle: una niña rubicunda de cabellos dorados y ojos grandes y vivos, que guardaban un innegable parecido con los de su madre; amiguitos alrededor de una voluminosa tarta de chocolate coronada por un anillo de merengue adornado con cuatro velas; una piñata que yo mismo había colgado del techo del comedor; coloridos papeles de regalo que Valentina había roto y olvidado en su búsqueda de lo que ocultaban; gritos y risas de pequeños corriendo por las distintas estancias de la vivienda, etc. Un día pleno de felicidad que tuvo su contrapunto cuando Lucía, en la intimidad de nuestro dormitorio, se reprochó a sí misma no poder tener más hijos como consecuencia de las complicaciones sufridas durante el alumbramiento de Valentina.

En un primer momento, interpreté aquel sueño como un regalo que me hacía mi subconsciente, avisado en tan señalada fecha.

Sin embargo, los sueños continuaron los días, meses y años posteriores, y lo que es más sorprendente, lo hicieron siguiendo la secuencia lógica de toda vida. Para decirlo en pocas palabras, vi crecer a mi hija Valentina día a día, y pude envejecer junto a Lucía, mi mujer. Aquellos sueños eran tan reales, me llenaban tanto, me hacían sentirme tan pleno en todos los órdenes de la existencia, que terminé por renunciar a rehacer mi vida. Abrir los ojos por la mañana me sobresaltaba. Tanto como lo hubiera hecho soñar que caía al vacío. Al despertar, me sentía atenazado por el desasosiego. Por contra, el sueño me devolvía lo que el mundo real me había arrebatado. En consecuencia, dormir se convirtió para mí en el mejor lenitivo.

Lo más curioso de aquellos sueños era que lo único que variaba con respecto a mi vida ordinaria, era la presencia de mi mujer e hija. En aquellos sueños, yo trabajaba en el mismo lugar donde lo hacía durante el día, daba clases de física en la Universidad de Loyola, Chicago, Illinois, al tiempo que dedicaba unas cuantas horas de la tarde a elaborar fórmulas delante de la pizarra que había en el despacho de la vivienda, donde llevaba a cabo mis trabajos de investigación. La casa, «muy del gusto americano», como le gustaba decir a Lucía, era también la misma que yo habitaba durante mi vida real. Una amplia vivienda de ladrillo rojo situada en el suburbio de Edgewater, que todo el mundo en los alrededores conocía como la «casa Clayton», por el nombre de su morador, un profesor residente de matemáticas que había dado clases en mi misma universidad durante más de veinticinco años. De hecho, la pizarra que emborronaba con interminables fórmulas era herencia del viejo Clayton. Cuando fui por primera vez a visitar la casa con el vicerrector de la Loyola, encontré las estancias de buen tamaño tan vacías como las ventanas desde las que se

divisaba el lago Michigan; salvo aquella enorme pizarra que ocupaba un paño de la pared. «Sólo espero que sea usted tan perseverante como lo fue el profesor Clayton», me dijo mi acompañante mientras contemplaba aquel enjambre de símbolos y cifras sobre las que superponían más símbolos y cifras, como si Clayton quisiera preservar a base de transparencias lo que el espacio de aquel encerado le obligaba a borrar. También aquella pizarra aparecía en mis sueños. A veces, cuando volvía de la universidad, encontraba allí a la pequeña Valentina, llenando de ojos, bocas, bigotes y orejas, los ceros o las oes. A la «i» mayúscula le crecían piernas y brazos, y los signos de restar y los guiones se convertían en afiladas flechas que se clavaban en la letra, número o símbolo siguiente. Pese al celo que he puesto siempre en mi trabajo, cuya culminación es mi teoría de lo posible, que tantas satisfacciones me ha dado en el terreno profesional, no me enfadaba con ella. Todo lo contrario, había algo tierno en aquel inocente juego que consistía en humanizar aquellas filas de cifras y letras incomprensibles para quien no estuviera familiarizado con ellas. De hecho, y esto es algo que nunca he confesado en público, mi trabajo está influenciado en cierta manera por mi hija, por sus reacciones. Mi física nunca ha olvidado el «factor humano», y eso es algo que le debo a Valentina, a la hija que sólo he conocido durante el sueño.

En cuanto a Lucía, llenó la «casa Clayton» de muebles claros, de sofás tapizados de tonos pastel, de cortinas transparentes que dejaban pasar la luz, de reproducciones de cuadros de pintores expresionistas, de vajillas rústicas, de loza blanca. Una clase de decoración que buscaba la armonía en la claridad, y que era reflejo de nuestra propia felicidad.

Cuando tras doce años dejé la universidad y la «casa Clayton» para regresar a España, Lucía y Valentina también viajaron conmigo, como la familia unida que éramos.

Así las cosas, la vida real tenía muy poco valor para mí.

Tal vez una persona con otra formación habría reaccionado de distinta manera ante estos acontecimientos, habría acudido a un especialista de la mente, pero mi caso era diferente. Si he mencionado que la vista está radicada en la parte trasera del cerebro, que los ojos son meros proyectores o lentes, el mundo de los sueños ha de ser entonces tan real como el que supuestamente abarca lo que llamamos la realidad. De hecho, el cerebro no distingue entre lo que ve y lo que recuerda, puesto que en ambos casos se activan las mismas redes neuronales. ¿Acaso no vemos, tocamos, olemos y sentimos en sueños? ¿Y no lo hacemos sin abrir los ojos, sin necesidad de tocar con las manos o de saborear con el paladar? Como predijo Albert Einstein, la realidad no es más que la capacidad que tienen los sentidos para engañarse a sí mismos. De modo que lo que separa el mundo de los sueños de la realidad son los prejuicios. Nada más que eso.

Yo me despecé de ellos, lo que en cierta medida me permitió llevar una doble vida durante años. En la una, era un profesor de física teórica viudo y algo huraño —pese

a mi juventud—, que rechazaba el contacto con mis semejantes a partir de cierta hora de la noche; en la otra, en cambio, era un feliz esposo y padre de familia durante las horas del sueño. Ambas vidas paralelas se complementaban, hasta el punto de dotarme del equilibrio emocional que jamás hubiera podido alcanzar de faltarme una de ellas.

Este estado de cosas sufrió un vuelco el 15 de julio de 2013, día del trigésimo tercer cumpleaños de Valentina. Esa noche, tras casi treinta años sin faltar a la cita con mi familia, Morfeo no acudió a mi encuentro. Ni siquiera pude pegar ojo, pues una incómoda sensación de desasosiego, de inquietud, me mantuvo insomne.

Ahora no me cabe la menor duda: aquella repentina ruptura con el universo paralelo que yo habitaba durante el sueño, se fraguó seis días antes, cuando el escritor Javier Sierra, con quien solía mantener amigables discusiones sobre lo humano y lo divino, me invitó a la conferencia que el profesor John Bradley iba a dictar unos días más tarde en el Ateneo de Madrid.

Mi amistad con Javier había comenzado cuando publicó una novela titulada *La dama azul*, que tenía como protagonista a una religiosa llamada sor María Jesús de Ágreda, la cual, según testimonios de la época, disfrutaba del don de la bilocación, es decir, podía estar en dos lugares al mismo tiempo. Según el testimonio de crónicas y testigos, había evangelizado en Nuevo México sin salir del convento de clausura en el que ejercía de abadesa, situado en un pequeño pueblo de la provincia española de Soria. Esta proyección de un doble, por llamarlo así, tenía ciertos puntos en común con la ecuación de Schrödinger, por cuanto que abría la posibilidad de que, en efecto, un cuerpo físico pudiera ocupar dos lugares distintos al mismo tiempo. ¿Cabía que los átomos de los que estamos conformados pudieran ocupar distintos espacios en un mismo universo? ¿Se trataba de una mera proyección? Y de ser así, ¿cómo se lograba, en base a qué principios científicos? Gracias a esta singular historia, Javier y yo trabamos amistad. Una clase de camaradería que, dada la inquietud científica del personaje, no me permitía rechazar ninguna de sus propuestas, al menos de primeras.

El interés de un tipo como el profesor Bradley, radicaba precisamente en el carácter heterodoxo y trasfronterizo de sus postulados. Biofísico de profesión, había sido abducido por el misterio de los llamados círculos de las cosechas. Poco sabía yo sobre ese asunto, salvo lo que decía la prensa: que se trataba de un gigantesco fraude. El profesor Bradley, por el contrario, era un entusiasta defensor de la supuesta autenticidad del fenómeno, que consistía en la aparición de círculos o complejas figuras que, durante las noches de verano en la mayoría de los casos, surgían como por arte de magia en los campos de cultivos. Según Bradley, aquellos círculos trazados con precisión geométrica y vocación monumental eran obra de una inteligencia no humana.

Después de plantearle mis objeciones a Javier, éste me dijo que Bradley venía en compañía de su hija, una joven escéptica que era a su vez novia de uno de los más famosos «creadores» (falsificadores para los creyentes) de los círculos de las cosechas, quien había protagonizado un incidente que, en su opinión, podía hacerme cambiar mi punto de vista sobre este asunto.

—La cuestión es que no tengo opinión, ni pretendo formarme una sobre este asunto en particular. Los círculos de las cosechas no me interesan lo más mínimo. La mecánica cuántica colma todas mis expectativas —esgrimí en un intento por razonar el motivo por el cual declinaba la invitación.

—Es indiscutible que detrás de los círculos de las cosechas hay un elevado porcentaje de fraude; es cierto que hay artistas que fabrican elaboradas figuras de noche, a hurtadillas, con el único fin de alimentar las expectativas de los creyentes, de mofarse de ellos, incluso para hacer negocio, pero el caso de la hija del profesor Bradley es muy singular, de ahí que crea que debes darle una oportunidad —insistió Javier.

—Te escucho.

—Empecemos por el principio. ¿Qué sabes del profesor Bradley?

—Que pasó de ser una autoridad en el terreno de la biofísica a un acérrimo defensor de la autenticidad de los círculos de la cosechas como creaciones de una inteligencia no humana, lo que le granjeó la pérdida de su prestigio entre la comunidad científica. Tengo entendido que, en la actualidad, es una especie de gurú de la *New Age*.

—No vas desencaminado —corroboró Javier—. A mediados de los años noventa, un grupo de científicos, reunidos en torno a las siglas BLT, decidió investigar el caso de los círculos de las cosechas. Le pidieron al profesor Bradley que se trasladara hasta el condado de Wiltshire, en el Reino Unido, para estudiar los posibles cambios físicos de las plantas y emitir una evaluación. Una vez allí, sufrió una profunda conversión, que le llevó a renunciar a su trabajo como biofísico en la Universidad de Michigan. Se compró una pequeña granja en las inmediaciones de Avebury, y pasó a dirigir un grupo de creyentes o «cropis», como se conoce a los seguidores de los círculos de las cosechas. Una de las misiones encomendadas a los miembros del grupo era precisamente desenmascarar aquellos círculos creados por la mano del hombre, y denunciar a quienes irrumpían en los campos sembrados de manera ilegal y arruinaban las cosechas. Uno de estos creadores o impostores de los círculos de las cosechas se llamaba Trevor Stevenson, un joven artista a quien Bradley y sus acólitos detestaban. En cierta ocasión, incluso llegaron al enfrentamiento físico.

—¿Y dónde encaja la hija de Bradley en todo este asunto? —interrumpí a Javier, dado que su exposición era cada vez más prolija e implicaba a un mayor número de personas.

—La relación entre el profesor Bradley y su hija no era buena, por lo que ésta tomó partido por Trevor Stevenson, de quien, al parecer, se enamoró.

—Comprendo.

—A partir de entonces, la hija de Bradley se unió al grupo de falsificadores comandado por su novio, hasta que ocurrió un hecho insólito que dio un giro a la situación.

—Estaba seguro que no tardaría en aparecer un hecho insólito en tu relato —dije con afectuosa ironía.

Javier esbozó el rictus del jugador de ajedrez que está a punto de efectuar el movimiento decisivo capaz de proporcionarle una situación de ventaja frente a su oponente.

—No creo que exista una rama de la física cuyos postulados sean más insólitos que los que propone la mecánica cuántica: partículas que pueden estar en dos lugares al mismo tiempo, universos múltiples, teletransportación, etc. —me replicó.

—Tienes razón —reconocí—. Aunque no debes olvidar que todos estos postulados de la cuántica están avalados por las matemáticas y la experimentación. Continúa.

—Una noche, mientras el grupo de falsificadores se encontraba realizando un círculo en una cosecha, descendió sobre ellos una misteriosa luz que dejó paralizados a todos y les hizo perder la memoria durante varias horas. Transcurrido ese tiempo, se encontraron en medio de una figura perfectamente trazada en el cereal, que comprendía más de cuatrocientas esferas de diferentes tamaños, y ocupaba una extensión de quinientos por doscientos metros. Una imagen de un tamaño descomunal.

—¿De cuántas personas estamos hablando? —pregunté.

—De seis. Cuatro varones y dos hembras.

—De modo que se produjo una suerte de... anunciación —me adelanté a Javier, imprimiendo a mi voz un evidente tono de descreimiento—, tras la cual, la hija de Bradley y su novio se convirtieron en acólitos de la religión de los círculos, lo que suena a estrategia del propio Bradley para publicitar su movimiento.

—Podría ser, salvo por un detalle. Tanto la hija de Bradley como otra joven que formaba parte del grupo de falsificadores, aseguraron haber sido abducidas por alienígenas y fecundadas por éstos.

Esta vez no me quedó más remedio que dedicarle una mirada valorativa a Javier, por si estuviera llevando aquella broma más allá de lo razonable.

—¿Fecundadas por hombrecillos verdes? ¿Y tú te crees ese cuento? —le pregunté.

—No, lo que no invalida que las dos jóvenes se quedaran encinta tras el misterioso incidente.

El cariz que estaba adquiriendo la conversación me llevó a intervenir de nuevo.

—Permíteme que sea yo quien te ofrezca una explicación al hecho de que dos jóvenes abducidas se queden embarazadas —dije—. Digamos que la noche de marras el grupo allanó una propiedad privada para llevar a cabo un círculo de las cosechas; luego, mientras realizaban el trabajo, se drogaron y bebieron más de la cuenta y, tras completar la figura sobre el cereal, hicieron el amor con sendos jóvenes al abrigo de las plantas, bajo las estrellas. La no utilización de métodos anticonceptivos dio lugar a sendos embarazos..., más o menos eso es todo.

Javier encajó el contenido de mi discurso con paciencia, sin desdecirme, tras lo cual esgrimió una fotografía que extrajo de una carpetilla de colores que portaba consigo.

—Estoy de acuerdo contigo en lo esencial. No obstante, échale un vistazo a esta fotografía. Se trata de los círculos que, según tú, los muchachos crearon en estado de

drogadicción y embriaguez.

Delante de mí quedó la imagen de un imponente, complejo y perfecto conjunto de círculos de una belleza incomparable. Una figura que reproducía una forma fractal.

—He de reconocer que es hermoso, pero eso no invalida mi argumentación anterior. Bueno, tal vez no estuvieran drogados o bebidos.

—Ha sido bautizado como «Conjunto de Julia» por dos razones: la primera, porque Julia es el nombre de la hija del profesor Bradley; la segunda, por el apellido del matemático Gastón Julia, que fue el primero en estudiar estas formas fractales resultantes del comportamiento de números complejos. Pese a las colosales dimensiones de la figura, fue ejecutada en un intervalo de cuatro horas y media, bajo la lluvia, según asegura el propietario del terreno. Pero hay algo más. Las dos jóvenes embarazadas fueron sometidas a sendas ecografías con posterioridad. En ambos casos, los fetos eran perfectamente humanos, aunque presentaban una anomalía: ninguno tenía el rostro definido. Carecían de ojos, boca y orejas. Los médicos, tras mostrar su extrañeza, auguraron alguna clase de malformación. La pregunta es la siguiente: ¿Cuántas probabilidades existen de que dos amigas que se quedan embarazadas y que aseguran haber sido abducidas y fecundadas por alienígenas engendren dos fetos el mismo día y con la misma malformación?

Esta vez fui yo quien escrutó el rostro de Javier, pero su expresión no presentaba fisuras. Hablaba en serio.

—Javier, no niego que lo que cuentas es sorprendente, pero tú mismo acabas de adelantar la respuesta al enigma: los médicos creen que los fetos tienen una malformación. Tal vez ambas jóvenes hicieron el amor en un lugar donde hubiera alguna clase de radiación...

—¿Como la que aseguran haber detectado el profesor Bradley y otros estudiosos en los círculos de las cosechas? —me interpeló—. Según éstos, sobre las cosechas donde han aparecido éste y otros círculos actúa una fuerza rotacional que trabaja como un microondas. Esa radiación de microondas absorbe la humedad interior de las plantas, provocando que el tallo se elongue y se tuerza, pero que no se quiebre. El resultado de semejante efecto es que las plantas se doblan, pero no se rompen.

Me revolví en mi asiento con ademán de mostrar que aquella conversación había llevado mi credulidad al límite.

—¿Insinúas que se trata de fetos alienígenas? Es el colmo, Javier —apostillé.

—En todo caso, se trataría de un feto alienígena. Julia, la hija del profesor Bradley, decidió seguir con el embarazo; la otra joven, en cambio, se sometió a un aborto voluntario.

La historia me enervó tanto que acabé aceptando la invitación de Javier, convencido de que mi presencia en aquella conferencia serviría para desenmascarar aquel gigantesco fraude.

Pasé parte de la noche buscando información en Internet sobre el profesor Bradley y los llamados círculos de las cosechas. En cuanto a éstos, existía un

documento fechado en 1590 en el que se describían círculos de las cosechas que, a su vez, se relacionaban con ciertas prácticas brujescas. No obstante, la prueba irrefutable de la autenticidad del fenómeno, —al menos para los creyentes o «cropis»—, se encontraba en un folleto titulado *El demonio cosechador*, fechado el 22 de agosto de 1678, que narraba la aparición de un círculo de las cosechas realizado en el transcurso de una sola noche. La figura resultante se consideró obra del mismísimo diablo. Incluso encontré una imagen de la época que reproducía el extraño acontecimiento, en el que se veía a Lucifer segando un campo circular con una guadaña.

Las primeras evidencias de fraude habían surgido en 1991, cuando dos jubilados británicos aseguraron ser los artífices de los círculos desde 1978. Los creyentes contraatacaron poniendo un número sobre la mesa: desde ese año se habían contabilizado más de cuatro mil círculos de las cosechas alrededor del mundo, desde el Reino Unido, Italia, Holanda o Canadá. En algunos casos, el número de círculos aparecidos en una sola noche ascendía a quince. Trabajo ímprobo y oneroso para dos simples jubilados que, según confesaron, lo único que pretendían era gastar una broma. Por no mencionar que algunas formaciones contaban con más de ciento cincuenta círculos, y ocupaban vastas extensiones de terreno.

Para los escépticos, estas cifras sólo demostraban que el fenómeno había adquirido un carácter global, que cualquiera podía reproducir. Además, había otro indicio que evidenciaba la autoría humana de aquellas figuras: el llamado «factor timidez», de ahí que las formaciones se hicieran de noche, y lejos de la vista de todo el mundo. ¿Acaso si seres extraterrestres desearan trasladar un mensaje a la humanidad tatuando campos de cultivos, no hubieran escogido otro lugar para hacerlo, los jardines de la Casa Blanca, por ejemplo? ¿Por qué no hacerlos a plena luz del día, ante aquellos que iban a recibir los mensajes? ¿Qué sentido tenía ocultarse?

Las posturas de ambos bandos, creyentes y escépticos, eran, en cualquier caso, irreconciliables.

Por su parte, el profesor Bradley justificaba su conversión amparándose en una célebre frase de Albert Einstein, que rezaba: «Es más fácil destruir un átomo que un prejuicio». Él, por descontado, había logrado superar los prejuicios gracias a un cambio de pensamiento, que tenía su raíz en las implicaciones filosóficas de los descubrimientos realizados por él mismo y su equipo sobre el terreno. En su opinión, el fenómeno era obra de entidades biológicas extraterrestres, y ponía en entredicho la validez de los postulados de la ciencia oficial. Por esta razón, de la misma manera que la comunidad científica le había dado la espalda, él no reconocía autoridad alguna al areópago de científicos trasnochados que habíamos convertido la materia científica en una secta, en un coto privado donde prevalecían por sobre todas las cosas las filias y fobias de las distintas facciones que conformaban el *establishment*.

La puesta en escena del profesor Bradley era modesta, y al mismo tiempo pretendidamente formal, en un intento por evitar que, a la postre, el auditorio terminase por pensar que estaba presenciando una astracanada. Todo estaba estudiado y medido, desde la iluminación indirecta, la altura del atril, la ubicación del Power Point, el tamaño de la pantalla de proyecciones, hasta la indumentaria del ponente, consistente en un terno de lino de color blanco roto y una camisa a juego. El aspecto estival de la vestimenta de Bradley le confería cierto aire de aventurero, pero sin el menor desaliño. Con todo y con eso, parecía más un charlatán vendedor de crecepelo, necesitado de que la pócima de la que era portador obrara el milagro capilar en su propio cuero cabelludo, que alguien acostumbrado a la acción.

No había ningún asiento libre, y en cuanto el presentador dio paso al profesor Bradley, los asistentes prorrumpieron en un entusiasta aplauso. En cierta manera, me recordó a mis conferencias, a las que el público asistía entregado, conforme con lo que allí se iba a decir antes incluso de que se dijera nada. Sí, divulgar ciencia requiere de un acto de fe tan grande como el de quien anuncia la palabra de Dios desde un púlpito, con la salvedad de que el científico ha de ser consciente de que su dogma es siempre efímero y cambiante, pues los descubrimientos no paran de sucederse.

Sea como fuere, Bradley estaba avezado en aquellas lides, tanto que después de escrutar al auditorio, no sólo me reconoció —supuse que Javier le había comunicado mi presencia—, sino que fue a mí a quien dedicó sus primeras palabras tras dar las buenas tardes.

—En primer lugar, me gustaría agradecer al profesor Bernardo Pastor-Luján su presencia en esta sala —dijo con su voz ancha y profunda, al tiempo que me señalaba con un dedo que a mí me pareció acusador.

Hice una mueca de compromiso, y miré a Javier en busca de una explicación, mientras la sala se llenaba de nuevamente de aplausos.

A continuación, cuando la algarabía hubo finalizado, comenzó la charla propiamente dicha, aunque yo la calificaría de alocución, pues su discurso parecía el de un superior a sus inferiores. Era como si el profesor Bradley hubiera creado un mundo a su medida, que incluía a una legión de devotos seguidores. Hablaba además moviendo las manos, en un intento por reforzar la elocuencia de sus palabras. Sus argumentos, por lo demás, se limitaban a tres o cuatro ideas que empastaba con cada imagen que escupía el proyector, y que producían expresiones de admiración entre los presentes. Tampoco había que nadar entre líneas para llegar a la orilla de sus conclusiones: la primera, que estaba en posesión de la verdad; la segunda, que si el tema de los círculos de las cosechas no se asomaba más a menudo a la prensa, era porque la divulgación de la verdad no era un fin en sí mismo para los medios de comunicación, esclavos de intereses espurios.

—Los círculos de las cosechas no forman parte de una percepción subjetiva, sino de nuestra realidad. Todo el mundo los puede ver. Se pueden tocar y pisar. Además, no se trata de un fenómeno que desaparezca, sino que perdura hasta la recolección de las cosechas. Incluso perviven más allá de éstas, como una marca indeleble sobre la tierra. Si cuando aparece el círculo en una cosecha las espigas están en plena maduración, los tallos crecen entonces más rápido y sanos que el resto. La intrincada variedad de diseños es sorprendente, y obedecen a patrones perfectos que se corresponden con los de la propia naturaleza. En pocas palabras, los círculos de las cosechas portan el lenguaje de la naturaleza, que es a su vez el de las matemáticas, el del universo —expuso.

Luego, adentrándose en un terreno más científico, hizo referencia al hecho de que las plantas afectadas no quedaban dañadas, como si los tallos en vez de pisoteados hubieran sido entrelazados, uno a uno o en grupos, con suma delicadeza. En otro orden de cosas, en el interior de las formaciones se había detectado radiación electromagnética, así como una alteración en la estructura molecular de las plantas. Por no mencionar que las brújulas se volvían locas, las pilas se agotaban, y los teléfonos móviles dejaban de funcionar.

En este punto, fue proyectado un pictograma que representaba la imagen de un humanoide o alienígena acompañado de una especie de disco semejante a un escudo. El ser tenía la cabeza grande, las facciones extremadamente delgadas, y los ojos ovalados, siguiendo el patrón clásico de los extraterrestres que vemos en películas y tiras cómicas.

A continuación, fue proyectada la misma imagen, pero recreada en un diagrama tridimensional, que permitía apreciar los distintos planos bien diferenciados. Daba la impresión de que la figura estuviera concebida para ser contemplada de dos maneras diferentes. El realismo de la imagen era tal, que la sala se llenó de murmullos.

—Este conjunto colosal, de ciento diez metros de largo por setenta y seis de ancho, apareció en las inmediaciones del bosque de Crabwood, Winchester, Reino Unido, el 16 de agosto de 2002 —prosiguió el profesor Bradley—. El lugar es un terreno restringido, lo que le otorga un mayor valor. Representa a un alienígena que porta un mensaje con forma de disco, y es sin duda la imagen más explícita de cuantas han aparecido en los círculos de las cosechas. Se caracteriza por su trazo perfecto, su exactitud y tamaño, sólo pudiéndose apreciar desde el aire. Fue realizada en un campo de maíz, y quienquiera que fuese su autor, empleó tres técnicas diferentes: interlineado, puntillismo y sombreado. El resultado son tres planos superpuestos: uno se corresponde con el disco; el segundo con la figura del humanoide; y el tercero con el fondo. No obstante, lo más sorprendente de este agroglypho es el mensaje en código binario, es decir, en unos y ceros, que contiene el disco. Su traducción al castellano es la siguiente: «Cuidado con los portadores de los falsos regalos y sus promesas rotas. Mucho dolor, pero aún hay tiempo. Crean que hay bien ahí fuera. Nos oponemos a los engaños. Conducto cerrándose. 0 x 0,7».

Un nuevo murmullo de asombro inundó la sala. Bradley había logrado su propósito: vincular los círculos de las cosechas con el fenómeno ovni, con seres inteligentes de otros mundos.

Cuando el ruido cesó, sonó una suave campana, que reverberó en el aire como un lejano eco.

—Esta es la nota musical que se corresponde con el número $0 \times 0,7$, que cierra la comunicación del agroglifo de Winchester —añadió.

A la figura del alienígena, le siguieron otra veintena más, de distintas formas y tamaños, aparecidas a lo largo de los últimos años en campos de trigo, lino, arroz, cebada, maíz o guisantes. La complejidad de algunas de aquellas formaciones resultaba tan apabullante, que contrastaba con la simpleza del soporte empleado, meros campos de cultivos.

—He estudiado de primera mano alrededor de setecientos círculos de las cosechas —prosiguió Bradley—. Muchos falsos, otros verdaderos. De las diferencias que existen entre ellos podría hablarles durante horas; sin embargo, les ruego que ahora presten atención a uno en particular, y al testimonio de la persona que me acompaña esta noche: mi hija Julia, quien tiene que contarles una historia asombrosa.

El círculo de las cosechas que Javier me había mostrado unos días antes, el llamado «Conjunto de Julia», quedó proyectado sobre la pantalla gigante que ocupaba el fondo del escenario. Un silencio tenso siguió a la imagen, que ahora se me antojó hipnótica. Treinta segundos más tarde, la figura de una joven se interpuso entre la proyección del agroglifo y el público, quebrando la sugestión que provocaban aquellas esferas que seguían un patrón geométrico.

Cuando la luz del proyector iluminó la cara de Julia Bradley, sufrí una profunda conmoción, pues su rostro, níveo y de facciones afiladas, de ojos claros y cabello dorado, era idéntico al que me había acompañado durante los treinta últimos años de mi vida, noche tras noche, y que yo atribuía a mi hija, Valentina. ¿Cuántas veces había deseado que aquellos sueños se hicieran realidad? Cada mañana, al salir del cuarto, ya fuera en la «casa Clayton» o en mi domicilio madrileño, esperaba encontrarme con Lucía y con Valentina, que la vida ensoñada tuviera su continuación en el mundo real, pues nada había en mi vida más valioso que aquellos sueños.

Volví a escrutar el rostro de la joven, lo analicé al detalle con la concentración de quien está comprobando la certeza de una ecuación matemática, hasta que todo se tornó impreciso a mi alrededor, salvo aquella faz familiar. Llegué a la conclusión de que la fórmula estaba bien formada. No había errores. Todo encajaba. Quienquiera que fuese aquella joven, Valentina y ella se parecían tanto como dos gotas de agua.

Una vieja definición cuántica de la realidad asegura que ésta no es más que gelatina maleable, puesto que todo está interconectado, todos somos todo, nuestras partículas están vinculadas o entrelazadas, incluso cuando están separadas por la distancia. Esa fue exactamente la idea que vino a mi cabeza cuando tuve que hacer una primera valoración de aquella visión. Algo tan inestable como un océano de

gelatina estaba a punto de engullirme, demostrando que la conectividad de las cosas era el componente básico de la estructura de la realidad.

Presa de aquel vértigo interior, me aferré con fuerza al brazo de Javier, en un intento de demostrarme a mí mismo que no estaba soñando, que aquella joven era tan real como mi presencia en aquel acto. En cierto sentido, era como si de pronto me hubiera dado de bruces con la respuesta a un interrogante que solía plantear para terminar mis conferencias, una reflexión que pretendía trasladar al auditorio el principio de incertidumbre que rige en el universo: si la realidad es un sueño, ¿qué son entonces los sueños?

—¿Te ocurre algo, Bernardo? —me preguntó Javier.

Respiré hondo varias veces, hasta que los latidos de mi corazón se acompasaron de nuevo. Resultaba imprescindible que mantuviera la serenidad, que recuperara el aplomo propio de mi carácter.

—Perdona. Por un momento, he creído que conocía a esa joven. Se parece a una alumna que tuve hace unos años en la universidad —me excusé.

Recibí una nueva andanada de emociones contradictorias cuando Julia Bradley comenzó a hablar, y su voz resultó idéntica a la de *mi* Valentina. Timbre dulce y tesitura ligeramente aguda. Sentí un dolor punzante en las sienes, como si aquella voz tan querida para mí me las estuviera taladrando. «¿Qué estaba sucediendo? ¿Acaso el destino me estaba gastando una broma?», me pregunté.

—Me llamo Julia Bradley y, según los escépticos, mis amigos y yo somos los artífices de la obra monumental que ven a mis espaldas, un impresionante mosaico vegetal de esferas. Según estas mismas personas, curvamos cada uno de los tallos a pocos centímetros del suelo y en espiral, de manera que no se rompieran o quebraran y pudieran seguir creciendo, en plena noche, y en un plazo de cuatro horas y media, hasta completar las cuatrocientas esferas que conforman el agroglobo.

»La verdad es muy distinta. Es cierto que mis compañeros y yo allanamos ese trigal con el propósito de realizar un círculo, de crear una figura compleja que despertara el interés de los creyentes, entre los que se encontraba mi padre. Desde la adolescencia, mi relación con Bradley no ha sido todo lo buena que debiera, así que pensé que no estaría mal darle una lección. Demostrarle que su vida estaba basada en una gran mentira, pues eso eran para mí los círculos de las cosechas. Lo primero que hice fue unirme al grupo de su principal antagonista, el mayor falsificador de círculos de las cosechas de Inglaterra, un artista llamado Trevor Stevenson. Con él y con otro grupo de amigos estaba la noche de marras, cuando un haz de luz cayó sobre nosotros. Al principio, pensamos que se trataba de un helicóptero de la policía, que alguien se había ido de la lengua; sin embargo, la fuente de aquella luz era anómala, ya que no emitía ruido alguno. Tampoco se veían aspas girando sobre sí mismas ni nada parecido. Transcurrido un minuto escaso, los rayos luminosos comenzaron a dispersarse, tras lo cual se transformaron en pequeñas bolas luminiscentes capaces de moverse a una velocidad endiablada. Entonces, una potente corriente eléctrica nos

dejó paralizados. Si preguntan a mis compañeros, todos les dirán lo mismo: hasta aquí llegan nuestros recuerdos. Cuando recobramos la conciencia, nos encontrábamos en el mismo lugar que unas horas antes, incluso en la misma postura, pero algo sorprendente había ocurrido a nuestro alrededor: el trigal había sido manipulado; alguien había llevado a cabo un gigantesco pictograma. Eso lo supimos horas más tarde, cuando sobrevolamos la zona en un helicóptero.

»Tras aquella experiencia, le contamos lo sucedido a mi padre. Nos dijo que el nuestro era un caso claro de abducción alienígena, y que para confirmarlo resultaba imprescindible que nos sometiéramos a un reconocimiento médico. Así lo hicimos. Los médicos descubrieron en nuestros cuerpos marcas triangulares y pinchazos, que no teníamos antes de aquella noche. El siguiente paso, al menos en mi caso, fue someterme a una terapia de hipnosis regresiva por recomendación de Bradley.

»Lo que revelaron aquellas sesiones resultó ser la experiencia más aterradora de mi vida. Me vi levitando por entre aquellas burbujas de luz hasta alcanzar una nave extraterrestre. Allí me aguardaban tres hombrecillos grises, de cuerpos enjutos, cabezas con forma de bombilla y ojos ovalados, pero carentes de nariz y orejas, y una ranura por boca. Telepáticamente, me indicaron que iban someterme a unas pruebas médicas, que no tuviera miedo, que estuviera tranquila. Pese a que no quería estar allí, mi mente era incapaz de oponer resistencia, por lo que me dejé conducir hasta una sala inundada por una intensa luz de un blanco lechoso. Fui tumbada y fecundada de manera artificial por aquellos seres, tras lo cual aparecieron dos individuos distintos, más altos y de complexión más humana, envueltos en un aura que no me permitía verles el rostro. Se quedaron contemplándome, a contraluz. A continuación, me vi de nuevo en el trigal, rodeada por mis compañeros, lo cuales no recordaban nada. Incluso hubo quien sugirió que habíamos sido nosotros los autores del pictograma, idea que desechamos cuando observamos el agroglifo desde el aire: la figura no se correspondía con la que habíamos diseñado previamente. Por no mencionar que la superaba diez veces en tamaño.

»Las semanas posteriores resultaron duras y desconcertantes. Vivía sumida en una jaqueca permanente, y pronto comencé a sentirme mal. Vomitaba dos o tres veces por día. Volví a ponerme en manos de los médicos. Fue entonces cuando me dijeron que estaba embarazada, lo que vino a corroborar la experiencia narrada por mí durante las sesiones de regresión hipnótica. Me quedé atónita. Gracias a Bradley, no me volví loca. Luego, sucedió lo de Fiona, otro de los miembros del grupo, quien también resultó estar embarazada. Su caso no admitía dudas, ya que por aquel entonces no tenía novio, y no había mantenido relaciones sexuales en una larga temporada. Le recomendamos, Bradley y yo, que se sometiera a terapia hipnótica. Aceptó. Su narración fue coincidente con la mía. Habló de los mismos seres y de la misma nave, de la misma sala de luz blanca y del mismo experimento. El siguiente paso consistió en someternos a sendas ecografías. Estas revelaron que llevábamos en nuestras entrañas fetos de quince semanas con severas malformaciones. Apenas habían

transcurrido cuatro semanas desde el incidente, por lo que la edad de los fetos carecía por completo de sentido. Los médicos creyeron que las anomalías podían deberse a un exceso de radioactividad, de ahí el gigantismo y todo lo demás. Nos recomendaron abortar. Una semana más tarde, Fiona siguió el consejo médico. Yo, en cambio, decidí aguardar un poco más, hasta estar segura de lo que quería hacer. Necesitaba entender qué estaba sucediendo, qué era todo aquello. ¿Y si el bebé era de Trevor? Al cumplirse la décima semana de embarazo, volví a ser abducida. De nuevo un haz luz cayó sobre mí y me dejó paralizada. Esta vez ocurrió en la puerta de mi casa. Levité y acabé por segunda vez en la misma nave, en compañía de los mismos seres. Me dijeron que había llegado el momento de devolverles a la criatura que llevaba en las entrañas, y procedieron a extraerme el feto. De hecho, la sala en la que se produjo este encuentro estaba repleta de recipientes que contenían fetos en avanzado estado de gestación. Al parecer, se trataba de seres híbridos, mezcla de humanos y alienígenas.

Tras tomarse unos segundos de descanso, que aprovechó para llenar de aire los pulmones, concluyó:

—¿Se trata de un sueño todo lo que les he contado? Yo no lo creo. Después de todo, los sueños no dejan sangre en la almohada.

El prolijo y extemporáneo discurso de Julia nos dejó a todos mudos.

El primero en aplaudir fue el propio Bradley, siempre pendiente de lo que correspondía hacer en cada momento. Cuando Julia fue a beber un trago de agua para deshacer el nudo que se había formado en su garganta, su padre aprovechó para leernos el informe psiquiátrico del especialista que se había encargado del caso. Su hija, aseguró recobrando su voz ancha y grave, no padecía desarreglo psíquico alguno, era sincera, y su relato era coherente con el de otras personas que habían vivido experiencias parecidas.

Por último, padre e hija se fundieron en un emotivo abrazo.

Una nube de murmullos puso fin al acto.

Al margen de la opinión que me mereció todo lo que allí se dijo, comprendí que el asombroso parecido entre Julia Bradley y mi hija Valentina, a la que sólo conocía en sueños, evidenciaba que las certezas que conformaban mi mundo de creencias se habían hecho añicos.

Estrechar la mano de Julia Bradley me produjo una intensa comezón interna, puesto que me hubiera gustado abrazarla, tal y como hacía durante el sueño con Valentina. Después de sentir el contacto de su piel, me reafirmé en la idea de que se trataba de la misma persona que llevaba conviviendo conmigo en sueños durante más de treinta años. Ambas tenían el mismo tacto. Además, en las distancias cortas, su parecido con la que fuera mi esposa era palmario: los mismos ojos azules vivos y ovalados; el cabello rubio y lleno de ondas; las facciones angulosas y el rostro alargado; la barbilla ligeramente protuberante, etcétera.

—¿Qué le ha parecido, profesor Pastor-Luján? —me preguntó el profesor Bradley.

Me costó un gran esfuerzo mantener el estoicismo.

—Para serle sincero, me ha interesado la historia de su hija más que su charla —reconocí.

Julia Bradley me dedicó una de las sonrisas de Valentina.

—¿Puedo saber por qué? —me preguntó Bradley, tal vez decepcionado por mi respuesta.

Me considero una persona eminentemente racional, por lo que no me place contemporizar cuando no estoy de acuerdo con algo.

—Creo que ambos basan sus respectivas experiencias en un sistema de creencias preconcebido —me pronuncié.

—De modo que, según usted, buena parte de lo que creemos ver es debido a una sugestión previa, a un prejuicio cultural. Me decepciona que piense de esa manera —manifestó Bradley.

—Siento decepcionarlo. Y también que mis palabras puedan dar lugar a un malentendido. No quiero decir que estén mintiendo, por descontado, pero los valores culturales de una persona son determinantes a la hora de interpretar cierta clase de vivencias, sobre todo las que escapan a la comprensión. Le pondré un ejemplo. Si presta la debida atención a la descripción que su hija hace de los alienígenas que la abdujeron, las cabezas de estos seres tienen mucho en común con el cráneo humano. Sin ir más lejos, los enormes ojos negros de los que habla son muy semejantes a las órbitas de los cráneos de nuestra especie. Curiosamente, el cráneo es un símbolo universal que representa temor, y ha sido muy utilizado en la literatura desde tiempo inmemorial. Es el caso del *Hamlet* de William Shakespeare.

—Desconozco qué significado posee la calavera como símbolo en nuestro subconsciente colectivo, profesor Pastor-Luján —intervino Julia Bradley—, pero le aseguro que la experiencia que he narrado en ese escenario, fue tan física como el apretón de manos que acabamos de intercambiar hace unos instantes. Esos seres eran sólidos, su tacto era frío, como si no fueran criaturas de sangre caliente, la mirada de

sus ojos penetrante, y en ningún caso nada tenían que ver con el pasaje del cráneo de la escena primera del quinto acto de *Hamlet*.

Las palabras de Julia permitieron al profesor Bradley hacer acopio de argumentos.

—¿Está seguro de ser el verdadero profesor Bernardo Pastor-Luján, el padre de la controvertida teoría de lo posible? —me preguntó apuntándome con los dedos anular e índice de su mano derecha—. Hace tres años asistí a una conferencia suya en la Royal Society de Londres. En el transcurso de la misma, puso un ejemplo que me pareció muy valioso. Usted mencionó que cuando las carabelas de Cristóbal Colón arribaron a las islas del Caribe, ocurrió algo muy singular: en un primer momento, los indígenas no se percataron de la llegada de las embarcaciones, porque nunca antes las habían visto. Las carabelas no formaban parte de la experiencia de los nativos, de ahí que no las vieran pese a tenerlas delante de los ojos. Más tarde, un chamán detectó ondas en el agua, y a base de observar esta anomalía, acabó descubriendo lo que pasaba: las pequeñas olas eran causadas por unas extrañas embarcaciones nunca antes vistas. Fue entonces, después de que el chamán trasladara al resto de la tribu lo que estaba sucediendo, cuando todos empezaron a ver las carabelas. Es decir, sólo vemos aquellas cosas que consideramos posibles. Eso fue lo que usted afirmó. El nuestro es un caso parecido. El problema no está por tanto en lo que nosotros, mi hija, yo y otros muchos, hemos visto y experimentado, sino en aquellos que nos niegan por estar ciegos. Estos, simplemente, aún no han visto las carabelas.

Era cierto que yo había puesto aquel ejemplo en aquella y en otra muchas conferencias, si bien lo que acababa de hacer el profesor Bradley era sacarlo de contexto para su propio beneficio. Al menos, eso fue lo que me pareció. No obstante, me importaba un rábano que tergiversara mis palabras, o lo que creyese o dejase de creer sobre los círculos de las cosechas o los alienígenas. Lo único que me mantenía en aquel lugar era el sorprendente parecido que Julia Bradley mantenía con mi hija Valentina, y sus posibles consecuencias. Sí, yo era el padre de la teoría de lo posible, la misma que defendía que todo estaba conformado en base a posibilidades de la conciencia y, en consecuencia, que la realidad era el resultado de una de estas posibilidades. Cuando no miramos a un objeto, lo que existe de él son sólo ondas de posibilidades; cuando le prestamos atención, por el contrario, esas mismas ondas se transforman en partículas de experiencia, que son las que propician que el objeto en cuestión adquiera una forma determinada. El aspecto con el que lo vemos al fin. De modo que la realidad y la conciencia forman un todo coherente, son un campo continuo. El universo, en consecuencia, sólo puede existir si alguien lo observa. La pregunta que me formulé a continuación, pues, fue la siguiente: ¿Había creado yo a Julia Bradley, al igual que había inventado a mi hija Valentina durante el sueño? Para averiguarlo, tenía que seguirle el juego a su padre, mal que me pesara.

— *Touché*, profesor Bradley —dije con el fin de reconocer la supuesta exactitud del golpe recibido.

—Llámeme John —contemporizó Bradley, convencido de haberme desarmado con mis propios argumentos.

A partir de ese momento, creció la condescendencia entre ambos, formulé alguna sugerencia que atañía a la mecánica cuántica en relación al estudio de los círculos de las cosechas, intercambiamos teléfonos y direcciones de correo electrónico, y hasta prometí que al verano siguiente, cuando comenzara la nueva temporada de agroglifos, viajaría al condado de Wiltshire para comprobar por mí mismo el fenómeno. Por descontado, mi único propósito era el de mantener vivo el contacto con padre e hija, a expensas de una serie de averiguaciones que, a tenor de lo ocurrido, consideré necesario realizar.

Ya en la calle del Prado, le pedí a Javier que me enviara las fotografías que había tomado de mi encuentro con John Bradley y su hija Julia, y le formulé una pregunta que me había asaltado en el transcurso de la alocución de ésta.

—¿Te has dado cuenta de que Julia Bradley llama a menudo Bradley a su padre?

—Tal vez se deba al hecho de que John Bradley sea en realidad su padrastro —me respondió—. La madre de Julia es española.

Eso explicaba su dominio del castellano.

—¿Y qué edad tiene la joven? —proseguí el interrogatorio.

—Treinta y tres años, creo. ¿A qué vienen tantas preguntas sobre Julia Bradley?

«Esa era la edad que tendría ahora mi hija», pensé.

—Ya te he dicho que he tenido la sensación de haberla visto antes. Tal vez haya sido alumna mía, aunque en ese caso lo hubiera mencionado —dije para salir del paso.

—¿Qué te ha parecido la charla? ¿Ha logrado cambiar tu opinión sobre la naturaleza de los círculos de las cosechas?

—No. Bradley tiene razón. Sólo vemos aquello que creemos posible. Y para ver primero hay que creer. Si un hombre no cree en Dios, nunca podrá tener fe en él. Vivirá ajeno a él. De modo que hay que tener una predisposición cultural para poder ver ovnis y otorgarles a sus ocupantes la facultad de abducir y fecundar a mujeres de la especie humana.

—En resumidas cuentas, formas parte de los que aún no han visto las carabelas —puso Javier colofón a mi exposición.

—Más o menos.

No quería involucrar a Javier en aquel extraño asunto más de lo conveniente, entre otras razones porque ni siquiera podía descartar que todo obedeciera a un simple desvarío de mi mente. Era obvio que el hecho de que John Bradley fuera el padrastro de su hija, no me convertía a mí en su padre biológico, máxime cuando ni siquiera sabía quién era a su madre. Tampoco demostraba nada que Julia y Valentina tuvieran la misma edad. Con eso y con todo, una duda razonable anidó dentro de mí.

En casa me serví un whisky con hielo, y traté de recomponer todo lo ocurrido aquel 15 de julio de 1980, treinta y tres años antes.

Lucía había tenido un embarazo sin complicaciones, y tras romper aguas a primera hora de la mañana, nos dirigimos a la clínica San Román, en el número 134 del Paseo de la Habana, donde estaba siendo seguida por el doctor Abella, el propietario. Una vez nos hubimos instalado en la habitación que nos asignaron, le fueron suministrados medicamentos para ayudarle a alcanzar la dilatación óptima. Transcurrieron otras dos horas y media hasta que el médico consideró que había

llegado el momento, tras lo cual nos despedimos dándonos ánimos el uno al otro. Fue la última vez que la vi con vida.

Hora y media más tarde fue el propio doctor Abella quien nos comunicó el óbito de la madre y de la recién nacida, una niña. Al parecer, la pequeña se había asfixiado con el cordón umbilical, mientras que Lucía había sufrido una atonía uterina, una distensión del útero que le había provocado una hemorragia mortal. Nada habían podido hacer los médicos, que calificaron lo ocurrido de fatalidad. Para entonces ya estaban en la clínica Elvira y Marcos, los padres de Lucía. Las escenas de dolor se sucedieron. Luego pasé veinte minutos vomitando. Quería vaciarme, que la vida se me fuera por la boca. La sola idea de permanecer en este mundo sin Lucía y sin mi hija me resultaba insoportable. Al cabo, me rehíce como buenamente pude y pedí ver a las dos. Aún tuve que esperar otro largo rato hasta que los cuerpos de ambas estuvieron presentables. Marcos, el padre de Lucía, dijo no estar preparado, por lo que fuimos Elvira y yo quienes velamos los cadáveres durante unos minutos. Una luz blanca inundaba la estancia, un cuarto frío y aséptico. Lucía parecía dormida sobre una camilla metálica y, entre sus brazos, envuelta en sábanas, yacía el pequeño cuerpo de nuestra hija. No había rastro de sufrimiento en su rostro, como si se hubiera tomado unos instantes de sereno descanso antes de seguir arrullando al bebé. Sólo su extrema palidez evidenciaba lo que había ocurrido en realidad. Roto por el dolor y consumido por los sollozos, besé a mi mujer primero en la frente, y más tarde en los labios, tras lo cual me dispuse a hacer lo propio con mi hija. Entonces, Elvira me separó y me dijo que ya había sufrido suficiente, que si miraba la cara de la pequeña su imagen me atormentaría el resto de mi vida. Así que me limité a acariciar el diminuto trozo de frente que se entreveía por entre las sábanas. Me llamó la atención lo fría que estaba su cabecita, como si llevara muerta no un par de horas, sino dos o tres días.

Lo siguiente que recuerdo es la confusión del cementerio, rodeado de un centenar de familiares, amigos y compañeros de trabajo. Elvira, que se reveló mucho más fuerte y diligente que Marcos y que yo mismo, se encargó de todo. En lo que a mí respecta, el resto está habitado por una densa niebla que no me permite profundizar más allá de mi memoria superficial.

A principios de noviembre de ese mismo año, me incorporé como profesor de física teórica a la Universidad de Loyola, Chicago, donde tenía varios amigos docentes. No obstante, no me resultó fácil librarme de esa pesada carga que es la tristeza. Tres años y ocho meses más tarde, coincidiendo con el cuarto aniversario de la muerte de mis seres queridos, surgió el primer sueño, vi a Lucía y a Valentina como si nunca hubieran salido de mi vida. Surgieron como de la nada, allí, en la «casa Clayton». Simplemente, al regresar a casa cargado de comestibles y fruslerías que había comprado en Walmart al salir de la universidad, oí la voz diminuta y atiplada de Valentina, que comenzó a gritar: «¡Mami, papi ya está aquí! ¡Mami, papi ya está aquí! ¿Has traído caramelos y chucherías para la piñata?». «¿Seguro que no

has olvidado nada de la lista que te di, cariño? Yo acabo de terminar la tarta de chocolate», dijo Lucía desde la cocina, abierta al comedor y al salón. Tomé aquel recibimiento como algo natural, como si hubiera habido antes otros similares. A partir de ese día, los sueños se sucedieron sin solución de continuidad, lo que me ayudó a restañar las heridas. He de reconocer que aquella experiencia, al ser constante en el tiempo, me ayudó a la hora de desarrollar mi teoría de lo posible o física de lo posible, que me ha hecho célebre.

Más o menos, así era como habían ocurrido los acontecimientos.

Digerir aquellos recuerdos me costó un segundo whisky. Cuando lo hube despachado, decidí buscar la documentación que obraba en mi poder, certificados de defunción y otras cosas parecidas. Descubrí entonces que si bien los papeles relativos al fallecimiento y enterramiento de Lucía estaban en orden, dentro de una carpeta que llevaba escrito su nombre en letras capitales, en cambio no había ningún documento relacionado con Valentina.

El corazón me dio un vuelco.

Un instante más tarde, recordé que mi hija había sido incinerada para que sus cenizas fueran depositadas junto con los restos de su madre. Incluso rememoré vagamente la conversación que Elvira había mantenido con un miembro de la funeraria, en la que solicitó que la pequeña urna cineraria fuera colocada entre las manos de Lucía. De esa manera, ambas descansarían juntas para siempre. Una idea que, en cierto sentido, me reconfortó. Supuse que aquella práctica llevaba consigo alguna irregularidad de tipo legal, y colegí que ésa era la razón por la que no encontraba los documentos, como si enterrar las cenizas de un neonato junto al cuerpo de su madre fuera algo que sólo se pudiera hacer a hurtadillas. Claro que cabía que los papeles se hubieran extraviado cuando me mudé a Estados Unidos, o quince años más tarde, a mi regreso. Sea como fuere, me propuse hablar con Elvira al día siguiente, dado que ella se había encargado de formalizar los trámites del sepelio.

Sin embargo, una última sorpresa me esperaba a la vuelta de la esquina, como quien dice. Cuando escribí en Google el nombre de la clínica donde había dado a luz mi mujer, con el propósito de solicitar su expediente, me quedé sin habla.

La clínica San Román había sido clausurada en febrero de 1982, después de que se detectaran diferentes irregularidades, tales como el tráfico y compra-venta de bebés. Es decir, tan sólo un año y pocos meses después de que yo emigrara a Estados Unidos, de ahí que no me hubiera enterado. La operación policial que había destapado el caso culminó con la detención de cinco mujeres y un hombre, el director y propietario del sanatorio, el doctor Abella, el médico que había llevado el seguimiento del embarazo y atendido a Lucía durante su malogrado parto. La clínica, privada y de pequeñas dimensiones, colaboraba con la Asociación Española para la Protección de la Adopción (AEPA), y tras ser clausurada se habían destruido todos los registros de los pacientes por orden del propio doctor Abella. Según algunos testimonios, el procedimiento habitual consistía en hacer inhalar éter o pentanol a las

parturientas, de manera que no escucharan el llanto de los neonatos al nacer. Más tarde, les era comunicado el fallecimiento del recién nacido a los progenitores. En el caso de que éstos reclamaran ver el cadáver, se les mostraba un bebé congelado que guardaban en una cámara frigorífica, siempre el mismo. En otros casos, se les enseñaba una caja sellada, que supuestamente contenía los restos de la criatura fallecida. Siempre se trataba una farsa. Los pequeños estaban vivos. A continuación, de manera invariable, la clínica insistía en hacerse cargo de todo: anotaciones registrales, entierro, etc. El siguiente paso consistía en entregar los bebés en adopción a cambio de una sustanciosa cantidad de dinero. Así, mujeres estériles se convertían en madres, como una tal Inés Vergara, que había recibido una hija de manos del doctor Abella, según su propio testimonio. También ingresaban muchas mujeres que no eran registradas ni en el libro de entrada ni en el de salida. Chicas extranjeras que trabajaban en casas de gente adinerada, así como madres solteras o incluso prostitutas. De éstas se encargaba la lugarteniente del doctor Abella, una monja llamada sor María García Centinela, la cual había fallecido recientemente. Al parecer, el propio sistema era propicio para este tipo de prácticas, ya que en esa época era muy fácil la tramitación de adopciones si se demostraba ante el juez que la identidad de los padres era desconocida, y que el recién nacido, por tanto, se encontraba en situación de abandono. El número de afectados ascendía a varios cientos.

¿Era yo uno de ellos? ¿Había sobrevivido Valentina al parto en contra de lo dicho por el doctor Abella? En ese supuesto, ¿era Julia Bradley mi hija? Fuera cual fuese la respuesta, comencé a sospechar que el sueño que había comenzado treinta años atrás, y que me había ayudado a sobrevivir todo este tiempo, estaba a punto de convertirse en una pesadilla. Después de todo, quienes nos dedicamos a la física teórica sabemos que, contrariamente a lo que dijo Albert Einstein, Dios era el más empedernido jugador de dados del universo, el rey de los juegos de azar, de la incertidumbre y la aleatoriedad.

Pese a encontrarme en estado de *shock*, había un detalle que recordé conforme fui leyendo en Internet sobre los métodos de la clínica San Román: Lucía se había puesto en manos del doctor Abella por recomendación de Elvira, su madre. En vista del revuelo que se había organizado en torno a la clausura de la clínica, y a la detención e imputación de su propietario y ayudantes, me sorprendió que mi suegra no me hubiera comentado nada. En febrero de 1982, todavía manteníamos un contacto fluido. Marcos, su marido, mi suegro, solía llamarme para desfogarse, para hablarme de lo mucho que echaba de menos a su hija, y de camino ponerme al día acerca de la situación política en España, sujeta en aquella época a continuos cambios. Sin embargo, ninguno de los dos mencionó el caso de la clínica San Román, la detención del doctor Abella o las denuncias de robo sistemático de bebés, que eran declarados muertos al nacer y luego vendidos al mejor postor.

Empecé a preguntarme si Elvira no sería la muñidora de un plan que, en el mejor de los casos, pretendía ocultarme los delitos cometidos por el doctor Abella con el fin

de no preocuparme. El problema era que yo creía haber visto a mi hija Valentina, la misma que habitaba en mis sueños, en el transcurso de una conferencia, hacía pocas horas. Fuera o no una casualidad, o incluso un delirio de mi mente, a estas alturas necesitaba encontrar respuesta a las preguntas que rondaban por mi cabeza.

Antes de marcar el número de Elvira, vacié un tercer vaso de whisky.

Tardé tres días en localizar a Elvira, cuyo móvil se encontraba siempre apagado o fuera de cobertura. Cuando por fin pude hablar con ella, me dijo que apenas lo encendía porque no tenía a quien llamar, ni deseaba tampoco hablar con nadie. Al parecer, desde que enviudara, cuatro años antes, había perdido la ilusión por todo. Le propuse pasarme por su casa a la hora del café.

—Yo no tomo café. Y desde que murió Marcos no recibo visitas. No me gustan. No quiero ver a nadie —se desmarcó.

Según me había dicho Marcos en numerosas ocasiones, con el fin de excusar a su esposa, mi presencia hacía que Elvira recordara a Lucía, de ahí que me rehuyera o se mostrara huraña conmigo.

—Soy yo el que no se encuentra bien —reconocí.

Se tomó unos segundos antes de preguntarme:

—¿Qué te ocurre? ¿Un problema de salud?

—Prefiero contártelo en persona.

—Prefieres contármelo en persona —repitió mis palabras, tal vez para sopesarlas.

—Sí, prefiero contártelo en persona. Prometo no robarte mucho tiempo.

Volvió a tomarse unos instantes antes de pronunciarse.

—Está bien —aceptó—, pero como tengo el estómago delicado tendrás que conformarte con una manzanilla. No compro café o té.

«¿Contarle qué?», me pregunté cuando hube colgado. ¿Que cabía la posibilidad de que Valentina estuviera viva dado el gran parecido que guardaba con una muchacha llamada Julia Bradley, quien era a su vez la hija adoptiva del profesor John Bradley, científico británico casado en su día con una ciudadana española? Claro que a continuación iba a tenerlo muy difícil a la hora de explicarle cómo conocía yo el aspecto de Valentina. «Llevo treinta años soñando todas las noches con ella. La he visto crecer en mis sueños, y es idéntica a Julia Bradley. O mejor dicho, Julia Bradley se parece muchísimo a Lucía». No, lo mejor era saltarme esa parte, y decirle que me sentía muy preocupado después de haber leído en la prensa las últimas noticias sobre la compra-venta de niños en España, y las denuncias vertidas por un sinnúmero de madres afectadas, que acusaban sin tapujos al doctor Abella. Por no mencionar el hecho de que la clínica hubiera sido clausurada por la policía en 1982, y el ingente número de causas que permanecían abiertas. Sería entonces el momento de formularle la pregunta que quería que respondiera: «¿No es posible que, tras la muerte de Lucía durante el parto, el doctor Abella decidiera apropiarse de la niña, que Valentina nos hubiera sido arrebatada y siguiera con vida en algún lugar?».

La muerte de Lucía fue la excusa que Elvira empleó para mostrarse más taciturna y esquiva conmigo de lo que solía. Era una mujer atormentada y de trato áspero y frío, como si yo no le acabara de gustar como marido de su hija y futuro padre de sus nietos. Mantener una conversación con ella no resultaba una tarea fácil. No le gustaba abrirse a los demás, por lo que solía mostrarse parca en palabras y reservada a la hora de manifestar sus opiniones. Siempre que la ocasión se lo permitía, se manejaba con monosílabos, que brotaban de su boca con cuentagotas, a través de unos labios fruncidos de manera permanente.

Por alguna razón que desconocía, nunca llegó a confiar en mí, como si yo representara alguna clase de peligro o de amenaza.

En realidad, Marcos, su marido, hacía las veces de interlocutor siempre que había algún asunto familiar que tratar. Claro que con su afabilidad y locuacidad pretendía contrarrestar el comportamiento arbitrario de su esposa para conmigo. En mi opinión, había cierta artificialidad forzada en el trato que ambos me dispensaban, cada uno en su papel. Algo que yo achacaba al hecho de que Lucía fuera hija única y hubiera gozado de una excesiva sobreprotección desde la infancia. No soportaban la idea de perderla, de que viviera alejada del nido.

En cuanto a la relación que Lucía mantenía con su madre, tampoco era fluida, avanzaba a trompicones. Algo que nunca dejó de sorprenderme a tenor del gran predicamento que la una ejercía sobre la otra, y viceversa. Siempre sospeché que mantenían antiguas cuentas pendientes que, por alguna razón que se me escapaba, permanecían larvadas, sin llegar a eclosionar. Incluso cuando incurrían en reproches, lo hacían con cierta contención, evitando que la sangre llegase al río, haciendo prevalecer el pacto tácito de no agresión que ambas mantenían. En más de una ocasión traté de averiguar qué pasaba, o mejor dicho, qué había pasado entre ambas, pero de manera invariable, Lucía me respondía: «Mi madre nunca quiso tener hijos, no porque no los deseara, sino por un antiguo trauma. Al parecer, durante la guerra civil, presencié cómo un soldado atravesaba con su bayoneta el vientre de una embarazada, y le extraía el feto agonizante. Madre e hijo quedaron arrumbados en una cuneta, cuales despojos. Nunca logró superar semejante visión. De modo que yo fui fruto de un accidente». Y a continuación, como si en ese comentario anidara la raíz del conflicto entre ambas, añadía: «Yo, en cambio, sí deseo tener hijos, muchos, tres o cuatro. Y los amaré con locura». Daba la impresión de que Lucía no se había sentido querida lo suficiente durante la infancia.

La noticia del embarazo de Lucía alegró sobremanera a Marcos, y en menor medida a Elvira, como cabía de esperar a tenor de sus comentarios. Según ésta, los tiempos habían cambiado, y ser madre a los veinticuatro años, como pretendía Lucía, equivalía a truncar de antemano una brillante carrera profesional. «¿Acaso había

estudiado, se había sacrificado todos estos años, para acabar siendo madre a las primeras de cambio? ¿Y su incipiente carrera como física, pensaba arrojarla por la borda?», le preguntaba Elvira a Lucía a modo de reproche.

A veces, estas preguntas eran formuladas estando yo presente, con el único propósito de que me hicieran sentir culpable y, en consecuencia, me viera obligado a cambiar de opinión. Ni Lucía ni yo transigimos, no nos dejamos doblegar, lo que terminó por enfriar aún más la relación que ambos manteníamos con ella.

Elvira me recibió con su desgana habitual. Se limitó a dejar franco el vano de la puerta de entrada, y a indicarme que la siguiera. Ni siquiera me ofreció la mejilla, ni tampoco me dio ocasión para que fuera yo quien tomara la iniciativa. La escruté con disimulo, y comprobé que, pese a su avanzada edad, seguía siendo la mujer de una pieza de siempre, de complexión fibrosa, con aspecto de tronco de árbol espigado que hace tiempo que ha perdido su frondosa copa. Su cabeza, de pequeño tamaño, siempre estaba inclinada hacia la desconfianza. Y sus nudosas manos y articulaciones, más parecían de madera seca y leñosa que de carne. Los ojos azules, que Lucía había heredado de ella, eran en cambio sensiblemente más pequeños, pero mucho más inquisidores. Siempre me había llamado la atención la forma de sus cejas, que eran dos finas líneas rectas, que subían o bajaban cuando dejaba caer el sobrecejo o arrugaba la frente.

Su estado de ánimo contrastaba con la luminosidad que entraba directamente desde el vecino Parque del Retiro por los ventanales del salón. Una amplia estancia sobrecargada de muebles antiguos y en exceso voluminosos, propios de otra época. Un reloj de pared con apariencia de ataúd y sonido acompasado remataba el aspecto fúnebre del conjunto.

Pese al calor, las ventanas estaban abiertas de par en par, y una abrasadora brisa mecía los visillos, que semejaban ora velas hinchidas por el viento, ora crestas de olas de blanca espuma. A través de ellas, se divisaban las copas de los árboles que, formando una interminable línea recta de color verde intenso, delimitaban el perímetro del parque. Un frente arbóreo que ponía de relieve la privilegiada situación de la finca.

Un sinfín de fotografías familiares ocupaban todos los espacios donde se pudiera apoyar un objeto, desde mesillas auxiliares hasta estanterías. Los principales protagonistas del reportaje eran, naturalmente, Lucía y Marcos, y en menor medida la propia Elvira. Por descontado, faltaba una fotografía en la que apareciera yo junto a Lucía. Ni siquiera un recuerdo del día de nuestra boda.

Tras indicarme con un gesto de su mano derecha que tomara asiento en el viejo sillón que solía ocupar Marcos, me dijo:

—Me gusta sentir el calor, pero si te molesta puedo cerrar las ventanas.

El tono de su voz se me antojó tan seco como el estío.

—Por mí, está bien así.

—Tu llamada ha conseguido preocuparme. ¿Qué te ocurre?

Busqué en la mesita de café una taza de manzanilla con la que ganar unos segundos, antes de abordar el espinoso asunto que me había llevado hasta allí, pero daba la impresión de que Elvira había cambiado de opinión y había decidido no ofrecerme nada, tal vez para que mi visita fuera lo más breve posible.

—¿Qué sabes del doctor Abella? —le pregunté al tiempo que escrutaba sus rostro.

Sus cejas se fruncieron primero y se destensaron más tarde, como si mi pregunta hubiera chocado de manera inesperada contra el hueso frontal de su cráneo. Cuando el ceño se alisó en su frente, preguntó:

—¿Que qué sé del doctor Abella? ¿Qué quieres que sepa? ¿A qué viene esa pregunta?

Su voz sonó ahora displicente, como antaño, y el clima de desconfianza que solía interponerse entre nosotros se materializó una vez más, pese al tiempo transcurrido.

—Llevo varias semanas siguiendo las noticias que publican los periódicos sobre la compra-venta de bebés. La clínica San Román, con el doctor Abella a la cabeza, está en el ojo del huracán. He pensado que cabe la posibilidad de que Valentina no naciera...

Dejé que fuera ella la que completara mi razonamiento.

—¿Muerta? ¿Es eso lo que quieres decir?

—Sí.

Ahora fue ella la que me dedicó una mirada valorativa.

—¿De dónde has sacado semejante idea? ¿Cómo pretendes demostrarlo?

Era evidente que sólo existía una manera de hacerlo.

—Exhumando su cadáver.

—La pequeña fue incinerada para que descansara junto a su madre, ¿acaso lo has olvidado? —me replicó.

—No, no lo he olvidado. Hablo de exhumar el cadáver de Lucía, para comprobar que la urna contenga, en efecto, cenizas.

—Doy fe de que en aquella cajita había cenizas. Las vi con mis propios ojos —aseguró.

—Pero no puedes dar fe de lo que ocurrió en el paritorio.

—Los dos vimos a la pequeña en la morgue, junto a su madre.

—Al parecer, una de las prácticas de la clínica consistía en mostrar el cadáver de un bebé, que guardaban en una nevera, cuando los padres pedían ver el cuerpo sin vida del hijo recién nacido. ¿Y si hicieron lo mismo con nuestra pequeña? ¿Y si el doctor Abella aprovechó la muerte de Lucía para darnos el cambiazo? En ese caso, no hubo incineración, con lo que las cenizas que enterramos podrían ser las de un cigarro puro, o las de un tronco de madera quemado para la ocasión. Vete tú a saber.

Mi razonamiento provocó que Elvira reajustara su postura en el sofá. Pero la incomodidad no estaba en el asiento, sino en su interior.

—No me creo que estemos manteniendo esta conversación de tan mal gusto. Sin duda, has perdido la cabeza —se descolgó.

—Me da igual lo que pienses. Las denuncias de esos bebés robados en la clínica San Román han abierto un resquicio, y estoy dispuesto a llegar hasta el final. He leído en alguna parte que se ha creado una asociación de damnificados, todos atendidos por el doctor Abella. Voy a ponerme en contacto con ellos.

Elvira buscó en su repertorio de gestos, hasta que encontró uno que transmitía su desaprobación. A continuación, dijo:

—¿Qué sentido tiene volver a abrir las heridas que ya estaban cerradas? ¿Por qué remover el pasado?

—Tal vez mi hija Valentina, tu nieta, esté viva en algún lugar. ¿Te parece poco motivo para seguir adelante?

—Bernardo, han pasado más de treinta años desde aquello...

—Lo importante no es el tiempo transcurrido, Elvira, sino lo que las nuevas investigaciones abiertas nos ofrecen. Creo que yo no sería un buen padre, y tú una buena abuela si no actuáramos atendiendo a las denuncias que se están produciendo, dos o tres casos cada mes. Según he leído, son ya más de cien las causas abiertas contra el doctor Abella. ¡Más de cien, Elvira! Hay una pregunta que quiero formularte. Un año y medio después de la muerte de Lucía, la clínica San Román fue clausurada por la policía. En esa época, Marcos me llamaba todos los meses. ¿Por qué no me dijo nada? ¿Por qué me ocultasteis lo que estaba ocurriendo?

—Porque el asunto no nos incumbía. No había nada que comentar. Lucía y la pequeña habían muerto. Y a los muertos hay que dejarlos descansar en paz. Por otro lado, habías puesto tierra de por medio. Te habías ido a vivir a Estados Unidos, ¿qué sentido tenía trasladarte una nueva preocupación, cuando apenas te habías repuesto de lo ocurrido? Además, tampoco nosotros nos encontrábamos bien desde el punto de vista emocional. Todo estaba muy reciente, muy presente, las heridas seguían abiertas...

—Elvira, yo hubiera tomado la clausura de la clínica como una oportunidad. La detención del doctor Abella nos abría la posibilidad de que Valentina estuviera viva. ¿Por qué ni tú ni Marcos lo considerasteis desde ese punto de vista? ¿Por qué no denunciasteis o reclamasteis? Yo me hubiera agarrado a un clavo ardiendo...

—Ya te lo he dicho. El dolor era insoportable. No había transcurrido más que un año y pocos meses, y ni Marcos ni yo teníamos fuerza para nada. Además, tú y yo vimos a Lucía y a la pequeña...

—Elvira, como acabo de contarte, el engaño pasaba por mostrar el cadáver de un recién nacido que, al parecer, guardaban en una cámara frigorífica, siempre el mismo. El cuerpecito sin vida de Valentina estaba encajado en los brazos de Lucía, amortajado entre sábanas. Sólo pude tocarle la frente, y estaba helada, como la de un cadáver congelado. Al menos, eso es lo que pienso ahora que conozco las prácticas que se llevaban a cabo en la clínica San Román. Todo coincide con las informaciones

que están apareciendo en estos días en la prensa.

—Ese es el verdadero problema. Tu opinión está mediatizada por lo que estás leyendo en los periódicos. Hablan de un bebé congelado, y tú te convences de que el cadáver de tu hija era ese bebé sacado de una nevera. Sólo porque quieres que esté viva.

—Ni siquiera me dejaste que le mirara el rostro para que su visión, según tú, no me traumatizara de por vida. ¿No lo recuerdas?

—¡Claro que lo recuerdo! ¡Yo mismo le indiqué a la enfermera que amortajó a la pequeña que sólo dejara a la vista parte de su cabecita! Todo lo hice por tu bien, por el bien de todos.

—Nunca has hecho nada por mi bien, puesto que no me soportas, así que no te creo —le reproché.

Una máscara de severidad se apoderó de su semblante, que se tornó hierático.

—Es verdad que nunca me has gustado, pero tenía mis motivos.

—Todos tenemos nuestros motivos, ¿no es así? Pero no he venido aquí para hablar de tu relación para conmigo. ¿Sabes lo que pienso? Que te sentías culpable por haber sido tú quien nos recomendó ponernos en manos del doctor Abella. Que ése fue el verdadero motivo por el que no removisteis el asunto cuando la clínica San Román fue clausurada. Tu conciencia no hubiera soportado que la pequeña estuviera viva, que te la hubieran robado delante de tus narices. La cuestión es que puede estarlo. ¡Valentina puede estar viva! —me aventuré dando lo que yo creía un paso adelante.

Se hizo un silencio sepulcral, que Elvira aprovechó para atravesarme con una mirada incandescente que anunciaba un inminente brote de ira. Unos segundos más tarde, el volcán entró en erupción.

—Márchate de esta casa y no vuelvas nunca más. ¡Lárgate, lárgate! ¡Lucía nunca debió casarse contigo! ¡Se lo dije, se lo advertí! ¡Nunca te perdonaré lo que nos hiciste sufrir! ¡Fuera de mi casa! ¡Fuera! —exclamó iracunda.

Dado el rumbo que había tomado la conversación, no me sorprendió su reacción. Ni siquiera me molesté en preguntarle qué clase de sufrimiento le había infligido yo a su familia, ni las razones por las que nunca me había aceptado como marido de su hija. Nada de eso me importaba. Ahora mi única preocupación pasaba por descubrir el destino de Valentina, a la que creía haber reconocido días antes en una conferencia en el Ateneo de Madrid.

No era la primera vez que me pedía que abandonara aquella casa. De hecho, durante el tiempo que duró mi noviazgo con Lucía había intentado boicotearlo pidiéndome que me marchara en al menos cuatro o cinco ocasiones, tras aducir una supuesta falta de respeto hacia su persona de mi parte. Algunas de las acusaciones a las que me tuve que enfrentar eran peregrinas y estaban fundamentadas en un irracional empecinamiento. Yo no iba a misa los domingos (tampoco Lucía, por otra parte), en consecuencia, no confesaba mis pecados, lo que significaba que no era de fiar, según Elvira. Por otro lado, si no asistía a misa tampoco comulgaba. La trinidad

de la no asistencia al templo, la no confesión y la no ingesta del sacramento de la comunión, me convertían a sus ojos en un peligroso «desactivador» de su mundo conservador y ordenado, en una persona que no era de fiar por su falta de principios religiosos. En cuanto a mis orígenes, eran demasiado humildes como para manchar el ilustre linaje de su familia, vinculada a la rama pobre del Duque Jerónimo Grimaldi y Pallavicini, un genovés que había sido ministro de Estado durante el reinado de Carlos III. La finalidad era provocar que Lucía, ante aquel continuo desgaste, tuviera que decidir entre su madre y yo. Por descontado, Elvira estaba segura de que, a la larga, lograría su propósito de apartarme de su hija, que Lucía rompería nuestra relación en pos de salvaguardar la unidad familiar. Pero no tuvo éxito. Lucía nada sabía — ni le importaba— sobre aquel duque Grimaldi y tampoco se prodigaba en la iglesia, como ya he dicho. Por descontado, la responsabilidad del apartamiento de Lucía del mundo de la fe recayó sobre mí, la mala influencia que le había lavado el cerebro. Con estos antecedentes, nuestra boda no tuvo el consabido banquete nupcial, sino un «regañadientes», según lo llamó Lucía con cierto humor.

—Está bien. Me marcho. Pero voy a llegar hasta el final. Mañana a primera hora me pondré en contacto con la asociación de víctimas de la clínica San Román, y pasado iniciaré los trámites para exhumar el cadáver de Lucía. Soy consciente de que las altas temperaturas de una incineración imposibilitan la obtención de ADN, pero al menos sabré si las cenizas se corresponden con las de un ser humano, si es que eso se puede determinar. Adiós.

Anduve desorientado durante un buen rato por calles cuyo asfalto rezumaba el calor del verano, hasta que decidí buscar refugio en una cafetería. Estaba demasiado alterado por mi conversación con Elvira. Necesitaba establecer un plan de acción, al margen de ella. Empezaría por llamar a esa asociación de víctimas del doctor Abella que se anunciaba en Internet. Ellos me dirían qué pasos dar. En cuanto tomé asiento y recuperé el curso normal de mi respiración, sentí alivio. Al menos, había sido capaz de decirle a Elvira lo que me había estado guardando durante demasiados años.

En el poso de la segunda taza de café vi el reflejo de mi vida, o más exactamente de lo que ésta me había negado. En el fondo, mi problema con Elvira podía resumirse a eso, ella representaba todo lo que me había sido arrebatado, de alguna forma había contribuido para que las cosas sucedieran tal y como ocurrieron. Primero había puesto trabas para que mi relación con Lucía no prosperara; luego, cuando las cosas se torcieron hasta acabar en tragedia, no había movido un dedo por saber si mi hija, su nieta, era uno de los bebés con los que el doctor Abella había comerciado. Cabía incluso que su forma de actuar estuviera motivada por el hecho de que intervenir hubiera significado dejarme entrar de nuevo en su vida. Lo que de ser cierto equivalía a reconocer que carecía de corazón, que el desprecio que destilaba hacia mi persona había anulado cualquier atisbo de amor, incluso para con los de su propia sangre. ¿Qué otra cosa podía pensar de ella? Claro que había cosas que Elvira no podía arrebatarme: los recuerdos, los momentos pasados junto a Lucía, a la que mis compañeros de facultad y yo mismo bautizamos con el apodo de «Valquiria», por su aspecto nórdico, su gran altura y su complexión atlética. Pero mientras otros colegas veían en ella a una especie de guerrera, de joven comprometida y combativa, yo la percibía como un ser etéreo, de frágil y espiritual blancura, creadora silenciosa de un mundo propio dominado por el afán de justicia. Cualquier persona que crea en la verdadera justicia, sufrirá por partida doble la injusticia del mundo. Todos lo sabemos. Eso le sucedía a Lucía, padecía como propio el sufrimiento ajeno, lo hacía suyo, lo convertía en causa general. Lo verdaderamente singular de ella era que pretendía cambiar la injusticia crónica de nuestra sociedad creando un nuevo lenguaje basado en las matemáticas, que eran las únicas que a la postre regían el orden del universo. A Lucía no le gustaban las palabras demasiado porque, en su opinión, no alcanzaban su objetivo de transformar la sociedad. Las palabras servían para manipularnos, para engañarnos, para someternos; el lenguaje humano fragmentaba la realidad, el lenguaje matemático, en cambio, era otra cosa. Era tan preciso como el escalpelo en manos de un diestro cirujano. De ahí que fuera necesario inventar un nuevo lenguaje, una suerte de «esperanto» que permitiera a los hombres comunicarse de igual a igual. Así era como había llegado al mundo de la física teórica, a través del altruismo, rasgo esencial de su carácter. Por supuesto, Lucía tenía sus altibajos, algo

común entre quienes buscamos respuestas más allá de las vías convencionales. A veces la llama de su entusiasmo se apagaba, como si alguien o algo la hubiera soplado hasta extinguirla. Entonces parecía perdida, decepcionada, como si la fórmula obtenida mediante ecuaciones matemáticas no fuera la esperada. Claro que a los veinte o veintiún años aún no había terminado de conocerse a sí misma, aún no había acabado de ajustar el desfase que se produce al principio entre teoría y práctica. Por desgracia, la vida no le brindó la ocasión de poder hacerlo, ni a mí la posibilidad de recorrer ese camino en su compañía. En más de una ocasión, había comparado su prematura muerte con una amputación traumática. Un vaciamiento inesperado de las entrañas.

De modo que ahora ahí estaba, delante de un poso de café preguntándome cómo habría sido nuestra vida en común, al margen de la Lucía que había convivido conmigo en sueños durante treinta años. ¿Hasta qué punto eran la misma persona, la Julia ensoñada y la Julia que había perdido el día del alumbramiento de Valentina? ¿Hubiera sido así nuestra vida, tal y como yo la experimentaba en sueños?

Pero de la misma manera que la muerte de Lucía había sido una fatalidad, mi presencia en la conferencia del profesor Bradley podía considerarla como una señal. Salvando lo que pudiera haber de sugestión de mi parte, Julia Bradley era otra «Valquiria», su parecido con Lucía era extraordinario, salvo en pequeños detalles de su fisonomía de los que, me temo, yo era el responsable. La nariz terminada en triángulo, por ejemplo, y la cortedad de sus pestañas, o unas rodillas particularmente redondeadas. Lo demás era obra de su madre, desde el color del cabello, el azul translúcido de los ojos o la tez rosada, hasta las rectas caderas, herencia de Elvira, dueña de un tronco erguido. Después de todo, como le había oído decir a un cómico: «¿Qué son los hijos? Un corta y pega».

Mientras me debatía en la duda de si seguir con un tercer café con hielo o pasar directamente al whisky, recibí una llamada al móvil.

Era Elvira:

—Bernardo, perdona mi comportamiento de esta tarde. Te espero mañana en casa, a las doce en punto. Antes no puedo recibirte porque tengo que resolver unos pequeños asuntos.

—Elvira... —me dio tiempo a decir.

Y colgó.

Opté por beberme un café irlandés.

Al salir del ascensor, me encontré a Elvira en el rellano, desde el que se apreciaba la puerta de la vivienda abierta de par en par.

—Bernardo, pasa. Tenemos que hablar —me conminó.

En su invitación no había solicitud, sino el tono lastimero con que solía adornar sus conversaciones, quejas o reproches en su gran mayoría. Una manera de expresarse que perseguía mostrar una impostada debilidad, desde la que hacer valer su carácter manipulador. Era como si una leona se escondiera tras los maullidos de una inocente gata.

Obedecí.

Repetimos el recorrido de la tarde anterior hasta quedar de nuevo sentados el uno frente al otro. En esta ocasión tampoco había dispuesto siquiera un juego de tazas para las infusiones que habíamos dejado pendientes. Luego, tras dedicarme una mirada esquiva, algo impropio en ella, me dijo con la voz truncada, casi irreconocible:

—No es necesario que recurras a esa asociación de la que hablas, ni que solicites la exhumación de cadáver alguno. Tu hija no está enterrada en esa tumba.

Las palabras de Elvira surtieron en mi organismo el mismo efecto que una descarga eléctrica, cuyo prolongado efecto acaba abrasando todos los órganos internos. A continuación, un intenso dolor se instaló en mi pecho, y desde allí se irradió por todo mi cuerpo. Comencé a respirar con dificultad, y los ojos se me nublaron y humedecieron, como cuando uno está a punto de romper a llorar.

—Entonces ¿está viva? —logré preguntar, en un intento por sobreponerme al estado de conmoción en que me hallaba sumido.

Sus manos compusieron sobre el regazo una figura que vino a confirmar que se sentía insegura, que decía la verdad en suma.

—Desde luego, lo estaba cuando nació —reconoció—. De eso estoy segura.

Pese a lo inequívoco del mensaje, me costaba entender, o mejor dicho asimilar sus palabras, ininteligibles para mí. Ni siquiera el hecho de que hubiera empezado a sospechar de ella días atrás, me había preparado para enfrentarme a semejante confesión. Terminé de convencerme de que hablaba en serio cuando al mirar sus ojos me percaté de que la luz que los mantenía vivos, despiertos, sagaces y recelosos se había apagado.

—¿Vendiste a tu nieta al doctor Abella? ¿Es lo que estás tratando de decirme?

—No es lo que parece —respondió evitando prodigarse en la explicación.

—¿No es lo que parece? Yo no he dicho que parezca nada...

—Tenía una razón de peso para obrar como lo que hice —me interrumpió.

—¿Tenías una razón de peso? También Adolf Hitler creía tener una razón de peso para actuar como lo hizo.

Mi comparación con el monstruo austríaco provocó que una dosis de angustia se deslizara por su garganta, grano a grano, como lo hubiera hecho por el estrecho cuello de un reloj de arena. Ni siquiera había el menor atisbo de la soberbia, de la altivez que solía esgrimir para mantenerse un escalón por encima de sus interlocutores.

—Nada hubiera cambiado de haber Lucía sobrevivido al parto —dijo al fin, cuando se hubo tragado el sorbo de amargura.

Semejante comentario me golpeó el rostro con la virulencia de un puñetazo a traición. Incluso noté cómo una vaharada de calor —las ventanas permanecían abiertas, al igual que la tarde anterior, renovando el aire caliente del interior con el que entraba desde el exterior— llenaba mis pulmones, como si hubiera abierto la boca en exceso.

—¿Le hubieras arrebatado el bebé a tu propia hija? —le pregunté para cerciorarme del sentido de sus palabras.

—No tenía otra opción, créeme.

—Eres un monstruo.

—Yo lo veo desde otro punto de vista, pero no pretendo que me comprendas.

Ahora intuí en su tono de voz una petición de benevolencia por mi parte, que, claro está, no le concedí.

—De modo que nos engañaste a todos, incluso a Marcos.

Mi propósito era demoler su aparente fortaleza implicando a la única persona que, a tenor de lo que estaba confesando, le había importado de verdad.

—Así es. Él estaba al tanto de lo que ocurría, pero nunca le dije que tomé la decisión de entregar a la niña en adopción. Tenía un corazón demasiado grande para permitirlo.

—Lo contrario que tú, al parecer —le reproché—. ¿Entregar a tu nieta en adopción cuando tenía un padre y unos abuelos? ¿Por qué, Elvira? ¿Cuál era el problema? ¿Yo? ¿Tanto me despreciabas, hasta el extremo de renunciar a la compañía de tu nieta de por vida? ¡Lucía acababa de morir en el parto! ¡La pequeña era lo único que te quedaba de ella!

Mis propios reproches volvieron a mí cual eco. El dolor se tornó aún más lacerante, como si acabara de rociar con vinagre una herida abierta.

—Lo sé. Nadie puede imaginar el dolor que me causó dar aquel paso... No, el problema no eras tú, al menos inicialmente. Aunque en el momento en que irrumpiste en la vida de Lucía, te convertiste también en parte del mismo. Un problema que, desgraciadamente, sólo tenía una solución: hacer lo que hice. Alejar a la pequeña de nosotros.

Empezaba a tener la impresión de estar participando en una de esas obras del teatro del absurdo, donde priman los diálogos repetitivos y las escenas oníricas.

—¿Adónde quieres ir a parar? ¿Por qué no hablas claro?

—Porque la historia que justifica mi comportamiento es, digámoslo así, increíble.

—No creo que haya nada más increíble que una abuela, que ha perdido a su única hija en el parto de su nieta, la entregue en adopción. Aunque me parece que no existe un adjetivo capaz de calificar fehacientemente lo que hiciste. ¿Abominable? ¿Repugnante?

—Era necesario, créeme. Por el bien de la niña, del tuyo propio y del de todos.

¿Cómo podía hablar en serio? ¿Qué era aquello tan *necesario*? ¿Cuál era el problema que argüía? ¿A qué se refería? Empezaba a estar cansado de su forma de hablar reticente.

Me sentía tan abrumado que ni siquiera encontraba en mi interior la fuerza necesaria para seguir defendiéndome con la palabra, para hilvanar una nueva retahíla de reproches que sirvieran de contrapunto a su confesión. El problema era que, fueran cuales fuesen las razones que le había llevado a obrar como lo hizo, yo no podía comprenderlas. Ningún padre puede comprender que le arrebaten a su hija sin más.

—Tengo ganas de vomitar —reconocí—. Luego iré a la policía. Las cosas no pueden quedar así.

—De acuerdo, luego irás a la policía, pero antes quiero que escuches la historia que tengo que contarte.

¿De nuevo buscaba mi benevolencia?

Un nuevo silencio se interpuso entre ambos.

—¡Habla de una vez, por Dios! —inquirí.

—Digamos que las mujeres de nuestra familia somos portadoras de una extraña enfermedad... incurable, —sí, así se la puede llamar, de la que nunca estuviste al tanto. Tu hija no estaba exenta de padecerla, de ahí que desde un principio me opusiera al embarazo de Lucía.

El nuevo dato aumentó más si cabe mi estado de confusión.

—¿A qué enfermedad te refieres? Ni tú ni Lucía me hablasteis jamás de enfermedad hereditaria alguna.

Los ojos de Elvira cobraron una nueva dimensión, como si de pronto se hubieran colmado de pesadumbre, de inquietud. Luego, cuando el silencio hubo adquirido la densidad de un muro, soltó:

—No se trata de una enfermedad al uso. ¿Qué sabes sobre abducciones?

Me quedé demudado. ¿Qué sabía yo sobre abducciones? Lo que le había oído contar a Julia Bradley durante la ponencia de su padre, la misma joven que yo, en mi delirio, había reconocido como mi hija Valentina.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo de la cabeza a los pies, como si acabara de ser traspasado por un rayo. ¿Qué diablos estaba pasando? ¿Acaso Elvira conocía la nueva identidad de Valentina? En ese supuesto, estaría al tanto de la abducción de Julia Bradley, de ahí que ahora la esgrimiera para justificarse.

—Elvira, no quiero oír más. Creo que necesitas la ayuda de un profesional —me desmarqué.

—Te ruego que me escuches —insistió frunciendo la boca como quien come algo

que le produce asco.

Había tomado la decisión de llamar a la policía, pero al mismo tiempo necesitaba respuestas. Si como empezaba a sospechar existía una conexión entre Elvira y Julia Bradley quería conocer todos los detalles.

—Te concedo cinco minutos —accedí.

—Empezaré diciéndote que llevo recibiendo ayuda de un profesional desde principios de los años sesenta del siglo pasado.

—Pues en ese caso, no parece que la terapia haya surtido mucho efecto —le espeté.

—Es más complejo de lo que tú crees. Cuando tenía cinco años, fui abducida por alienígenas, y conducida a una nave donde fui sometida a toda clase de exámenes médicos. Aunque eso lo supe muchos años más tarde. Desde entonces, he sido abducida, una y otra vez, en un centenar de ocasiones. Durante los primeros años, creí que se trataba de meras pesadillas. Tenía lapsos de memoria entre el antes y el después de cada visita, pero no sabía a qué achacarlos. Por ejemplo, si me levantaba de noche para ir al baño, luego era incapaz de recordar en qué momento había regresado a la cama. A veces, me despertaba en el sofá del salón de la casa familiar, sin saber cómo y cuándo había llegado hasta allí. Con frecuencia, mi cuerpo presentaba marcas y heridas que no tenía a la hora de acostarme. Contemplé la posibilidad de padecer sonambulismo, ya que mi padre había sido sonámbulo durante la infancia. Así que no le di demasiada importancia a lo que me sucedía, ni tampoco comenté nada en casa, por temor a que se rieran de mí. Hace setenta años, nadie hablaba de extraterrestres. Los ovnis, simplemente, no existían.

»Todo cambió cuando tuve conocimiento del caso de abducción de Bety y Barney Hill. Una pareja de norteamericanos que fue abducida en el estado de New Hampshire, cuando regresaban en coche desde Canadá. De pronto, comprendí que los vívidos y perturbadores sueños que yo padecía desde hacía años, se correspondían con los hechos que ellos narraban. Incluso los lapsos de tiempo perdido y la fatiga residual. En resumen, me sentí identificada por la experiencia vivida por ellos, pues era muy similar a la mía. Según leí en los periódicos, el matrimonio Hill había logrado rescatar sus recuerdos sometiéndose a sesiones de hipnosis regresiva, así que yo hice otro tanto. Me puse en manos del único especialista español que, por aquel entonces, practicaba aquella terapia, el doctor Alberto Pinilla.

»A partir de entonces, adquirí conciencia sobre lo que estaba sucediendo: llevaba teniendo encuentros cercanos del cuarto tipo con extraterrestres desde los cinco años. Cada cierto tiempo, era abducida en mi dormitorio, y conducida hasta una nave extraterrestre donde era sometida a pruebas médicas. Los recuerdos de estas experiencias eran borrados, o sepultados en lo más profundo de mi memoria por mis captores, de manera que no pudiera rescatarlos, salvo que me sometiera a regresión hipnótica. Al mismo tiempo, de manera recurrente, era fecundada artificialmente. Unas cuantas semanas más tarde, antes de que los síntomas del embarazo fueran del

todo visibles, el feto me era extraído e introducido en una especie de tanque lleno de líquido amniótico o algo similar, donde compartía espacio con los embriones de otras mujeres sometidas a los mismos experimentos que yo. En algún caso, llegué a conocer a estos supuestos hijos míos; seres de conformación híbrida, por los que yo sentía un rechazo espontáneo, pese a que me obligaban a permanecer durante horas junto a ellos. Más tarde, apareció Marcos en mi vida.

»Ya sabes que era un hombre comprensivo con un gran corazón, así que me aceptó a pesar de aquella tara, convencido de que se trataba de alguna alteración de mi sueño o algo así. Según él, lo que yo padecía era una enfermedad llamada parálisis del sueño, una parasomnia en la que el cerebro se despierta antes que el cuerpo, lo que da lugar a inmovilidad muscular y provoca alucinaciones, en las que uno siente la presencia de extraños seres en la habitación. Quise creer que tal vez tuviera razón, así que acepté que me reconocieran distintos especialistas de las enfermedades del sueño. Aunque en mi fuero interno, yo estaba convencida de que lo que experimentaba era real como la vida misma.

»Una noche fui abducida estando Marcos a mi lado, en la cama. Como siempre, el cuarto se llenó de una luz intensa de color blanco-azulado; luego, aparecieron aquellos pequeños seres a través de las paredes y de las ventanas, y como siempre me llevaron secuestrada en volandas. Marcos se despertó y presencié aquella escena de principio a fin, pero ni siquiera pudo moverse de la cama. Según confesó más tarde, uno de aquellos hombrecillos le anuló la voluntad. Al cabo, amanecimos juntos, con un vacío de horas en nuestros recuerdos. Todo era vago, impreciso, como si ambos hubiéramos tenido un mal sueño. Nada más que eso. Lo de siempre. Desde entonces, Marcos se tomó muy en serio el asunto de mis abducciones.

—No puedo creer que estés hablando en serio —reconocí sin ocultar mi incredulidad.

¿Estaba Elvira tratando de embaucarme contándome una historia que, en esencia, era muy parecida a la que había contado Julia Bradley? ¿Obedecía aquella historia a un plan predeterminado por las dos mujeres? En ese supuesto, ¿cómo era posible que Julia Bradley supiera que yo iba a reconocerla? No, las dudas que habían surgido en mí en torno a la posible conexión entre la dos mujeres resultaban tan inverosímiles como aquellas historias de abducciones extraterrestres. ¿Qué diablos estaba pasando?

—También a mí me llevó años convencerme de que hablaba en serio, de que no desvariaba, de que no estaba loca —prosiguió Elvira como si hubiera leído mi pensamiento—. El nacimiento de Lucía fue una bendición para ambos. En un principio, los raptos se espaciaron cada vez más en el tiempo. Incluso llegué a pensar que aquella pesadilla se había acabado para siempre. Hasta que Lucía cumplió los nueve años. Entonces, una noche de otoño, vinieron a por ella. Eran las tres de la madrugada, y de pronto vi un intenso haz de luz emitiendo su característico brillo azulado desde la cocina. Al llegar a la puerta, encontré a Lucía levitando, envuelta en un chorro de luz. Cuatro alienígenas grises la rodeaban. Alcancé un cuchillo y me

lancé sobre ellos. Antes de alcanzarlos quedé paralizada, sin poder mover un dedo, incapaz de oponer resistencia. Amanecí desmadejada en el suelo de la cocina. Todavía portaba en la mano derecha el cuchillo que había tomado para proteger a mi pequeña. Temiéndome lo peor, corrí hasta el dormitorio de Lucía. Dormía plácidamente. Efectué un reconocimiento de su cuerpo, y pude comprobar que presentaba marcas que no tenía el día anterior. Comprendí entonces que todo había sido real. Que mi pequeña había sido abducida, que la pesadilla que yo vivía desde la infancia continuaría con ella para siempre. Ese fue el peor día de mi vida.

»A partir de ese hecho, fui castigada y sometida a las más dolorosas pruebas médicas. Una y otra vez era inseminada, vaciada y de nuevo fecundada. En una de aquellas sesiones, le pregunté al ser que llevaba la voz cantante por qué habían secuestrado a mi hija. Telepáticamente, que era como nos comunicábamos, me contestó que tanto mi hija como yo éramos eslabones de una misma cadena, que se completaría con los hijos y nietos de Lucía. Ellos lo llaman «contacto imperativo». Con el despertar de la adolescencia de Lucía, las cosas empeoraron. Los raptos se hicieron cada vez más frecuentes. ¿Comprendes ahora por qué no podía consentir que Lucía se casara contigo, y mucho menos que se quedara embarazada? ¿Comprendes ahora por qué no tenía otra opción más que la que tomé, entregar a la pequeña en adopción, de forma que se librara de sufrir lo que tanto su madre como yo misma habíamos padecido desde niñas? Permitir que creciera entre nosotros hubiera sido lo mismo que ofrecerla en sacrificio. Tenía que brindarle una oportunidad, pese a que eso significara renunciar a ella. Te aseguro que tomar la decisión de entregar en adopción a mi nieta me desgarró por dentro, me causó más dolor que la muerte de mi propia hija. Pero, créeme, no podía hacer otra cosa. Lo que esos seres son capaces de hacer es tan... Ni siquiera existen palabras en nuestro diccionario para describirlo.

Elvira desgranó su discurso imprimiendo a su voz un tono que pretendía ser de convencimiento, como si estuviera narrando hechos que formaban parte de un designio inevitable. Tardé uno o dos minutos en deglutir y digerir toda aquella información. Valentina había sido sacrificada en pos del severo desarreglo mental que padecía su abuela y que yo, para mi desgracia, no había intuido. Elvira vivía una realidad ensoñada, algo que yo mismo había experimentado cada vez que me adentraba en el reino de Morfeo. La diferencia estribaba en que yo era plenamente consciente del proceso, sabía distinguir lo real de lo que no lo era. Tal vez ésa fuera la verdadera enfermedad hereditaria de la que ella misma hablaba. Incluso cabía que Lucía estuviera al tanto, y hubiera decidido ocultármela para no preocuparme en caso de que tuviéramos hijos, de ahí que la relación con su madre resultara tan inusual.

—De modo que entregaste a mi hija en adopción, regalaste a tu nieta para evitar un «contacto imperativo» con alienígenas. Es el colmo.

En esta ocasión, no puede evitar que un tono irónico se superpusiera a la profunda decepción que adornaba cada uno de mis comentarios.

—Puede expresarse de esa manera. Aunque lo terrible no es cómo llamemos al

hecho en sí mismo, sino los resultados de la acción.

—¿Los resultados de la acción? ¿Y cuáles son esos resultados? ¿Acaso los conoces? —le inquirí.

—Espero haberle salvado la vida. Lo creo de corazón. Si no lo creyera, no hubiera hecho lo que hice. Desde mi punto de vista, nos sacrificué a todos por ella.

—Ha llegado un punto en el que no sé si hablas o no en serio.

—No sólo hablo en serio, sino que lo hago desde el convencimiento de haber obrado como tenía que hacerlo. La situación, como comprenderás, no me dejaba mucho margen de maniobra.

Acto seguido, pasé a analizar las similitudes que existían entre las historias de Elvira y de Julia Bradley. Ambas distaban mucho de poder considerarse experiencias reales, si bien, como creemos algunos físicos teóricos, es la información la que crea la realidad, o lo que es lo mismo, es la mente consciente la que perfila el universo que vemos. Partiendo de este supuesto, tanto las experiencias de Elvira como la de Julia Bradley podían considerarse reales por cuanto que eran fruto de la interacción con una determinada información.

Tuve la tentación de decirle que todo lo que había hecho para apartar a Valentina de aquella supuesta maldición familiar, había resultado en vano, puesto que también su nieta, bajo el nombre de Julia Bradley, había sido abducida e inseminada. Pero revelar mi secreto hubiera puesto en entredicho mi propia cordura. El único nexo que unía a Julia Bradley y a Valentina era una sucesión de sueños recurrentes. Unos sueños que poseían el mismo valor probatorio que la historia que acaba de narrarme Elvira. Ni más ni menos.

Llegados a este punto, no tenía otra opción que seguir adelante, que hurgar en la herida, que mirar dentro de ella.

—¿Qué pruebas tienes que demuestren que lo que estás contando es cierto? —le pregunté con el propósito de profundizar en aquel extraño asunto.

—¿Recuerdas que Lucía tenía una pequeña marca en la parte de atrás del muslo de su pierna derecha? Como si le hubieran rebañado un trozo de carne con una cucharilla de café. Pues yo tengo una igual.

—Ella siempre me dijo que se trataba de una marca de nacimiento. Millones de personas las tienen, y eso no significa que hayan sido... abducidas por alienígenas.

—A ambas nos implantaron diminutos microchips o radiotransmisores, que les servían para mantenernos controladas.

—¿En qué parte del cuerpo os implantaron esos microchips?

—En la base de la nuca, y también en las muñecas.

De nuevo, su tono de voz seguro denotaba convencimiento.

—Nunca noté nada extraño en el cuerpo de Lucía, y ella tampoco me habló de ese asunto.

—Porque no la hubieras creído. Porque temía perderte. De hecho, nunca aceptó del todo lo que le estaba sucediendo, ya que quería ser como todo el mundo. Ahora

voy a enseñarte algo. Aguarda un instante.

Elvira se levantó, salió del salón y regresó con un viejo cartapacio.

—Ábrelo y mira los dibujos que hay dentro.

Obedecí.

La carpeta contenía, en efecto, una docena de bocetos hechos a lápiz que representaban a otros tantos hombrecillos alienígenas, parecidos al retrato del círculo de las cosechas del bosque de Crabwood, en Winchester. Hombrecillos grises con cabezas con forma de pera, lampiños, ojos almendrados de tamaño desmesurado y aspecto siniestro.

Me considero un hombre del todo racional, pero las similitudes entre aquellos seres y el alienígena del círculo de las cosechas de Crabwood eran tantas que sentí un profundo estremecimiento.

—El que tienes delante de ti lo dibujó Lucía, tras someterse a su primera sesión de hipnosis regresiva. Tenía nueve años para diez. Lo increíble es el parecido que la figura representada por ella guarda con la que yo hice tres o cuatro años antes, en una de mis sesiones. Se trata sin duda de los mismos seres. Los dos últimos bosquejos son obra de Marcos, quien también accedió a someterse a terapia tras verse involucrado en el incidente que he mencionado. Como puedes comprobar, existe un mismo patrón en esas criaturas.

Guardé silencio, contrariado, pues no resultaba fácil digerir aquel banquete de extravagantes confesiones —en cierto modo, comparables a los chocantes postulados de la física cuántica que yo mismo defendía— cuyo soporte probatorio eran aquellas dibujos que, de manera invariable, reproducían a los mismos seres desde distintos puntos de vista. Supongo que guardé silencio más tiempo del debido, porque Elvira volvió a tomar la palabra ante mi falta de reacción.

—Sé lo que estás pensando —añadió—, que soy una vieja loca atormentada por su conciencia, que soy víctima de un delirio, que me he inventado una historia inverosímil para justificar mi comportamiento. Pero existe una manera de demostrar que digo la verdad.

—¿De veras? ¿Cómo? —pregunté intrigado.

—Que te sometas a una sesión de hipnosis regresiva.

La sugerencia me hizo fruncir el ceño. Empezaba a estar cansado de los vaivenes de aquella conversación, que en última instancia pretendían justificar o enmascarar un hecho palmario y terrible: la entrega de mi hija en adopción por parte de su abuela, mi suegra.

Le eché un vistazo al teléfono móvil que tenía a pocos centímetros de mí, como si la posibilidad de realizar una llamada a la policía bastara para reconducir la situación.

Elvira volvió a leerme el pensamiento.

—Yo, en tu lugar, me sometería a una sesión de hipnosis regresiva antes de llamar a ninguna parte. Te aconsejo que reúnas todas las piezas del rompecabezas antes de actuar. Tal vez te llesves una sorpresa.

—¿Qué clase de sorpresa? ¿Someterme a una sesión de hipnosis regresiva? ¿Para qué?

—Porque tú también estás involucrado en este asunto. Aunque no lo sabes. Nunca lo has sabido. Pero lo estás, te lo aseguro —soltó.

Podía aceptar aquella galería de retratos de alienígenas como parte de alguna clase de desarreglo mental o emocional, pero que quisiera involucrarme era ir demasiado lejos.

—De modo que ahora quieres llevarme a tu terreno. No te servirá de nada. Todos hemos de ser responsables de nuestros actos. —Retomé la senda de los reproches.

—Me consta que nunca fuiste consciente, pero cuando Lucía estaba embarazada de cuatro meses, fue abducida mientras dormíais, estando tú presente. Según me contó, te despertaste, viste a aquellos hombres grises y preguntaste qué diablos estaba pasando. Luego, como suele ser habitual, una fuerza externa anuló tu voluntad antes de que pudieras oponer resistencia, y tus recuerdos borrados. Fue entonces, después de que Lucía me narrara aquel episodio, que incumbía de manera directa a mi nieta, cuando decidí tomar cartas en el asunto. Ese día, con todo el dolor de mi corazón, tomé la decisión de entregar al niño o la niña que naciera de su vientre en adopción.

—Nada de lo que cuentas ocurrió de esa manera —aseguré.

—¿Ah, no? Sé que han transcurrido más de treinta años, pero me gustaría que trataras de recordar si una mañana, durante el embarazo de Lucía, no la encontraste dormida en un sofá con el camisón puesto del revés.

Buceé en mis recuerdos hasta que di con aquella escena. En efecto, una mañana encontré a Lucía dormida en un sofá, con el camisón del revés. Le pregunté qué hacía allí, y se limitó a decirme que había sentido náuseas durante la noche, que había vomitado y que luego había tomado una ducha, tras la cual se había enfundado el camisón del revés, sin darse cuenta. Por último, se sentó a leer un rato, hasta que el sueño la venció. No me había llamado porque no lo había creído necesario.

—¿Y qué si fue así? La gente se desvela. Yo mismo me he puesto por descuido una camiseta del revés una docena de veces.

—¿No recuerdas también que al día siguiente sufrió numerosas hemorragias nasales? Pues bien, tanto despertar con la ropa puesta del revés, como padecer hemorragias nasales, son síntomas que presentan los abducidos. Ahora respóndeme a una pregunta, ¿te preocuparon aquellas hemorragias?

—Supongo. Ahora mismo no soy capaz de recordar aquel episodio.

—Sin embargo, sí recuerdas que la noche anterior la encontraste con el camisón puesto del revés. La cuestión es que no llevaste a Lucía al médico. Tu mujer estaba embarazada, sufrió hemorragias nasales y, por alguna razón que no alcanzo a comprender, no se te ocurrió llevarla al médico. ¿Por qué?

—La verdad, no recuerdo por qué no la llevé al médico.

—Yo te diré por qué no llevaste a Lucía al médico: porque ellos no querían que lo hicieras, tenías esa orden, pero ni siquiera eras consciente de ello.

—Elvira, creo que estás llevando esta historia demasiado lejos.

—¿Demasiado lejos? Si lo ocurrido no hubiera tenido importancia, ¿por qué conozco los detalles? ¿Por qué Lucía me lo contó? ¿Por qué lo recuerdo transcurridos más de treinta años? ¿Qué sentido tiene?

—¿Para concederte una coartada que te permitiera calmar tu conciencia por tus actos, o mejor llamarlos crímenes, posteriores? —respondí con otra pregunta.

—Así que, según tu opinión, todo ha sido una coartada para poder sobrevivir.

—Eso es. Hay actos que ninguna conciencia puede soportar, porque carecen de justificación. Hacer lo que tú hiciste es uno de ellos.

—En eso estoy de acuerdo contigo. Mi conciencia nunca me ha perdonado por lo que hice. Y he tenido que vivir con esa carga todos estos años. Ahora permíteme que prosiga contándote mi «coartada», como tú la llamas. Esa mañana, en cuanto te fuiste al trabajo, Lucía me telefoneó y me dijo: «Ha vuelto a ocurrir. Han estado aquí esta noche, y temo que hayan podido hacerle algo a mi bebé». Yo era su confidente, la única persona con la que podía hablar de un asunto tan delicado. Le dije que sólo había una forma de saber si le habían hecho algo al feto: someterse a regresión hipnótica. Una tarde, la acompañé a la consulta del doctor Juan Pinilla, el hijo del doctor Alberto Pinilla, quien nos estuvo tratando hasta su jubilación. Desgraciadamente, la sesión reveló lo que ya sospechábamos. Aunque el feto no sufrió daños, fue examinado concienzudamente por esos seres. Además, el líder le comunicó a Lucía que lo que estaba esperando era una niña. Por razones evidentes, no pudo compartir la noticia contigo. Por aquel entonces, no podía conocerse el sexo de los bebés hasta que no nacían.

—Siempre me decía que tenía un pálpito: que estaba embarazada de una niña —reconocí.

—Era su forma de adelantarte lo que ella ya sabía. Pero aquella sesión de hipnosis reveló algo más.

—¿A qué te refieres?

—Lucía recordó que no era la primera vez que se quedaba en estado.

—A ver si logro entenderlo. ¿Insinúas que el padre de Valentina era un alienígena y no yo? Definitivamente, Elvira, has perdido la cabeza.

—No. Tú eras el padre de Valentina. Pero antes de quedarse embarazada de ti, a Lucía le fue implantado un feto, un embrión que era combinación de ellos y de nosotros, tal y como sucedió conmigo durante años. Un embarazo que duró diez semanas, pero del que no tuvo conciencia hasta que no lo recordó mediante hipnosis.

—¿Cuándo tuvo lugar ese supuesto embarazo alienígena? —me interesé.

—Lucía tenía diecisiete años. Ni siquiera os conocíais.

La mera narración de Elvira, con independencia de su grado de invención o de verosimilitud, incrementó la sensación de sofoco que ya me embargaba gracias la brisa ardiente que se colaba por el ventanal. Ahora, el batir de las cortinas se me antojó el de las velas de una embarcación que navegara a la deriva, sin rumbo cierto.

—Mientras preparo esa infusión que te prometí por teléfono, y que nos ayudará a profundizar en nuestra conversación, repasa los dibujos de esos seres y trata de recordar. Créeme, las respuestas están dentro de ti, en tus recuerdos —añadió, al tiempo que salía de la habitación.

Por último, tras trasegar agua en la cocina, la oí entrar en el cuarto de baño.

Cinco minutos más tarde, tras haber revisado de nuevo aquellos bocetos y rebuscado en mi memoria sin éxito, comenzó a silbar la tetera. Como Elvira seguía en el cuarto de baño, me dirigí a la cocina y apagué el fuego. Sobre la encimera encontré dos tazas con sendos sobres de manzanilla.

—¿Sirvo el agua? —pregunté elevando el tono de voz.

No obtuve respuesta, por lo que llené las tazas y las llevé hasta el salón. Me di de bruces con el rostro de uno de los alienígenas que había dibujado Lucía. Un hombrecillo de aspecto siniestro, y al mismo tiempo cómico. ¿De verdad yo había visto a aquel extraño ser de piel gris, cabeza gigantesca y ojos de insecto en mi dormitorio, y permitido que secuestrara a mi esposa embarazada? No, no era posible. Era completamente absurdo. La respuesta a todo aquel misterio tenía que encontrarse en la enfermedad de la que había hablado Marcos cuando conoció a Elvira, la parálisis del sueño, una disfunción que provoca alucinaciones muy vívidas e inquietantes entre quienes la padecen. Las visiones de estos pacientes incluyen, entre otros seres, a alienígenas, y el secuestro por parte de éstos. En cuanto a la terapia mediante hipnosis regresiva, según tenía entendido, cada vez eran más los especialistas que aseguraban que resultaba mucho más efectiva creando recuerdos que recuperándolos. Como consecuencia de eso, el paciente acababa enajenado por su propia imaginación. De manera que, frente a las personas que creían haber sido abducidas, la hipnosis podía formar parte del problema, y no de la solución.

Lo que verdaderamente me dolió fue descubrir que Lucía no se hubiera abierto a mí, que no me hubiera confiado su secreto. Por mucho que creyera estar siendo abducida por extraterrestres, y en este punto la influencia de Elvira se me antojaba fundamental, existía un diagnóstico médico y un tratamiento capaz de ayudarla a rebajar el grado de sugestión en que vivía sumida. Como en casi todas las enfermedades, el primer paso pasaba por reconocer los síntomas. ¿Por qué entonces Lucía no había recurrido a mí como hubiera sido lo lógico? ¿Acaso temía que la rechazara en el supuesto de que yo descubriera lo que pasaba en su mente? La mera posibilidad de que ése fuera el motivo de su ocultación resultaba decepcionante. Nuestra relación siempre se había basado en la confianza mutua, al menos eso creía yo. Por otro lado, en el transcurso de nuestro noviazgo, ni durante el año que duró nuestro matrimonio, percibí el más mínimo síntoma de que algo no funcionara bien. Todo parecía marchar a la perfección. El deseo de tener un hijo en común fue creciendo día a día, hasta que se hizo realidad. La noticia de su embarazo nos colmó de felicidad. Lo celebramos por todo lo alto, y pronto comenzamos a llenar la casa de objetos que anticipaban lo que tanto anhelábamos: la presencia de un hijo entre nosotros. Nada tenían que ver, pues, aquellos dibujos de seres desproporcionados y de aspecto desagradable con la imagen del bebé que esperábamos, con la imagen del

futuro que queríamos construir juntos. Era imposible que Lucía imaginara a nuestro retoño, fuera hembra o varón, con aquel aspecto monstruoso, propio de una pesadilla. Pero si sus sueños y desvelos se llenaban de humanoides contrahechos como parecían demostrar aquellos dibujos, ¿por qué no había compartido su desasosiego conmigo? Desgraciadamente, no tenía respuesta para ninguna de las preguntas que ahora me atormentaban, al menos por el momento.

Como Elvira se estaba demorando en exceso, y la infusión se le estaba quedado fría, me planté delante de la puerta del baño para preguntarle si se encontraba bien, pero tampoco respondió. Después de formular la pregunta en otras dos ocasiones con idéntico resultado, giré el viejo pomo, primero con cuidado, luego tratando de forzarlo ante la falta de respuesta. Se había encerrado en el baño con llave, hecho que comprobé cuando traté de mirar a través de la cerradura y vi encajada la tija. Regresé a la cocina y me hice con el utensilio para comprobar el estado de cocción de los bizcochos, una especie de aguja larga y fina. Tras hurgar durante un minuto con el instrumento en el interior de la cerradura, logré que la llave cayera al otro lado de la puerta. Luego acerqué el ojo para ver, al menos parcialmente, qué ocurría en el interior del aseo. Conseguí distinguir los pies del Elvira, enfundados en sus zapatillas domésticas, balanceándose en el aire, en un movimiento que semejaba al del péndulo de un reloj de pared. Alarmado, palpé el marco y la puerta, por si hubiera un resquicio o punto débil, pero se me antojó tan sólida como los cerca de cien años que llevaba allí encajada. No me quedó más remedio que proceder a patear la puerta y a empujar con la fuerza de mis hombros. Cuando tras cinco largos minutos la cerradura cedió por fin, me encontraba al borde de la extenuación, sin apenas resuello.

La visión de Elvira colgando de la vieja viga del baño, con el cuello anudado por uno de los cinturones de Marcos, me insufló una dosis de energía extra. Incluso tuve la impresión de que sus labios aún exhalaban un tenue hálito de vida, por lo que sujeté sus piernas con mis brazos, y luego busqué con mis extremidades el taburete que le había servido de patíbulo, hasta que logré ponerlo en pie.

Encaramado en precario equilibrio sobre la banqueta, logré desanudar la correa que le apretaba el cuello, tras lo cual su cuerpo inerte se precipitó sobre el mío. Acabamos en el suelo con estruendo, el uno sobre el otro; yo con la espalda pegada al piso y ella sobre mi pecho, en una postura que se me antojó impúdica. La cercanía de su boca con la mía certificó mi error. Mi entrada en el baño había coincidido con su último estertor. Elvira no respiraba. Estaba muerta.

Pese a esa certeza, recordé algún caso de ahogado que, en apariencia muerto, había vuelto a la vida después de que el socorrista de la playa le hiciera el boca a boca y le aplicara un masaje cardíaco. Ni siquiera me paré a contemplar las diferencias que existían entre un ahorcamiento y un ahogamiento, por lo que procedí a reproducir los primeros auxilios haciendo pasar el aire fresco de mis pulmones a los de Elvira. Realicé dos insuflaciones casi seguidas, y luego otras cuatro más dejando que transcurrieran unos cinco segundos entre ellas. Como la esperada reacción no se

producía, llevé a cabo dos ciclos de masajes cardíacos y otro de respiración boca a boca durante otro minuto que se me antojó interminable. El hecho de que su cuerpo estuviera especialmente sudoroso, me hizo concebir la idea de que no todo estaba perdido. Por desgracia, cuando se produjo una reacción, no fue de Elvira, sino mía. Con su mentón entre mis dedos y mi boca abierta pegada a la suya, tuve que dar un brinco para no vomitar encima de ella. La situación era tan confusa que, en un primer momento, creí que mi vomito había sido provocado por el suyo, que al fin había logrado mi propósito de reanimarla. Pero estaba equivocado. Me arrastré reculando sobre mis propias posaderas para separarme del cuerpo exánime. Cuando mi espalda tocó la pared del baño, la utilicé como apoyo para reincorporarme, ya que las piernas me temblaban como finos alambres. Me di de bruces con el espejo, que me devolvió mi reflejo. Mi rostro estaba lívido, descompuesto, y de la comisura de mis labios colgaban hilos de vómito. El resto estaba disperso por mi camisa, pantalón y el suelo del baño. Verme con aquel deplorable aspecto, me llevó a pensar que, de alguna manera, una parte de mí había muerto junto a Elvira. Su suicidio no hacía sino ahondar en mi propio fracaso. Daba igual que fuera un prestigioso físico teórico, que mi profesión me hubiera honrado con premios y reconocimientos, no había sabido cuidar de mi familia, salvar a mi hija, cuando había estado al alcance de mi mano todo este tiempo.

Regresé a casa seis horas más tarde, después de que una jueza ordenara el levantamiento del cadáver y de pasar por la comisaría para realizar una declaración pormenorizada de lo sucedido, de responder dos o tres veces las mismas preguntas frente a distintos funcionarios, cuyo propósito era cerciorarse de que mi relato no presentaba contradicciones. Mi proceder, en cualquier caso, me hizo ganarme una pequeña reprimenda por parte de la policía y de los propios médicos del departamento de medicina legal. Para empezar, lo primero que tenía que haber hecho al ver a Elvira colgada de aquella viga era llamar al Servicio de Emergencias, donde me habrían dado las pautas sobre cómo actuar mientras llegaba ayuda cualificada. Si lo hubiera hecho con un mínimo de serenidad, si hubiera proporcionado la dirección del domicilio, a pocos metros del Hospital Infantil del Niño Jesús, tal vez hubieran podido salvarle la vida. Con eso y con todo, no se podía negar que mis pasos habían sido los correctos; había conseguido descolgar a la víctima, la había tumbado sobre el suelo, boca arriba, y liberado del cinturón que impedía que el aire llegara a sus pulmones, le había inclinado la cabeza hacia atrás y levantado el mentón, para terminar con los ejercicios de respiración cardiopulmonar. En definitiva, había hecho todo lo posible para salvarle la vida, aunque en mi intento había contaminado la escena del suicidio.

Por si todo esto no fuera suficiente, también tuve que ocuparme de encargarme y organizar el sepelio de Elvira, habida cuenta que yo desconocía si le quedaba vivo algún familiar dispuesto a correr con los gastos del entierro.

Pasé debajo de la ducha cerca de una hora, tratando de limpiar mi conciencia. Primero de pie, y luego sentado, en la misma posición que había adoptado en el cuarto de baño de Elvira cuando la di por perdida.

Todo lo que aconteció en los días sucesivos, está envuelto en una nebulosa. Descubrí que el doctor Abella, hombre de avanzada edad, padecía demencia senil, lo que invalidaba su testimonio. De hecho, había sido interrogado por la policía sin éxito. Vivía ajeno a sus actos, por lo que no podía responder por ellos. Por tanto, aquellos padres que, como yo, quisieran saber qué había sucedido con sus hijos robados en la clínica San Román, tendrían que buscar otros cauces, detectives privados, pruebas de ADN, etc., para dar con ellos.

En cuanto a lo que le conté a la policía, que volvió a interrogarme tan sólo un par de horas después de enterrar a Elvira en la más absoluta soledad, me reafirmé en lo dicho en mis declaraciones anteriores. Es decir, omití una parte sustancial del relato. ¿La razón de no contar la verdad y nada más que la verdad, como se suele decir? Mi profesión me había granjeado cierta notoriedad, lo que se había traducido en interés de los medios de comunicación por los avatares de mi vida, de manera que una confesión completa me hubiera dejado expuesto y, lo que era más importante, hubiera puesto sobre aviso al profesor Bradley, en el caso de que su hija Julia fuera quien yo creía que era. De modo que me limité a narrar los episodios relativos a la muerte de Lucía y de nuestra pequeña, treinta y tres años atrás, lo que a la postre había resultado un golpe muy duro para Elvira; su reciente viudedad y consiguiente soledad habían hecho el resto, hasta el punto de estar recibiendo terapia psiquiátrica. Ese extremo podían contrastarlo con el doctor Juan Pinilla.

En lo concerniente a mi presencia en la casa, aseguré que formaba parte de una visita protocolaria, dado los vínculos familiares que nos unían. Al tratarse de una persona solitaria, que vivía encerrada en sí misma, me gustaba visitarla cada cierto tiempo, una o dos veces al año, a pesar de que nuestra relación no era todo lo buena que cabría desear. Incluso aventuré una hipótesis sobre el momento elegido por Elvira para quitarse la vida: jamás me había perdonado la muerte de su hija y de su nieta, como si me hiciera responsable en cierto grado de las trágicas consecuencias que había acarreado el embarazo de Lucía. «Tal vez quería castigarme de algún modo, trasladarme el sentimiento de culpa que la atormentaba», insinué.

Por descontado, no mencioné el cartapacio que Elvira me había mostrado, y que yo me llevé conmigo como si fuera su legítimo propietario.

Una vez quedaron aclaradas las cosas con la policía, caí en la cuenta de que me encontraba de nuevo en el punto de partida. Además de la confesión de Elvira, sólo contaba con el parecido físico de Julia Bradley con la imagen de la persona que había habitado mis sueños durante los últimos treinta años. Con el doctor Abella incapacitado mentalmente, y los archivos de la clínica San Román destruidos, no me quedaba más opción que visitar a los Bradley en su sanctasanctorum del condado de Wiltshire. Al menos, allí tendría la ocasión de investigar los pormenores de la

adopción de Julia Bradley por parte de su padre. Averiguar dónde se había producido ésta, y el nombre de la madre adoptante. Estar cerca, en suma, de su ADN, para llegado el momento compararlo con el mío.

Por si no fuera suficiente, el trasfondo del relato de Elvira, esa realidad inventada y vivida como auténtica en la que, según su testimonio, habíamos estado involucrados tanto Lucía como yo mismo —aunque en mi caso fuera en un papel pasivo—, me aterrorizó. Sobre todo por el gran número de coincidencias que la historia contada por ella presentaba con respecto a lo referido por la propia Julia Bradley en su intervención durante la conferencia dictada por su padre en el Ateneo de Madrid. Si daba visos de credibilidad a ambos relatos, entregar a la recién nacida en adopción no había servido de nada, ya que el llamado «contacto imperativo» se había producido; esos seres habían dado con el paradero de Valentina, la habían abducido y fecundado, como eslabón que era de una cadena que, al parecer, esclavizaba a sus miembros.

Claro que todo esto no eran más que conjeturas, pábulos sin el más mero fundamento científico.

En tanto que llegaba el momento oportuno para viajar al Reino Unido, decidí entrevistarme con el doctor Juan Pinilla, a la postre la única persona que estaba al corriente de los entresijos de tan extravagante historia.

El doctor Juan Pinilla no ocultaba la admiración reverencial que sentía por la figura de su padre, cuyos títulos médicos y honores profesionales colgaban de las paredes de la consulta mezclados con los suyos. De aquél lo había aprendido todo, además de heredar el consultorio y un buen número de pacientes. Incluso la mesa de escritorio castellana con patas talladas y fiadores de hierro, como la silla de tijera o el mueble con vidriera emplomada a mano, parecían de otra época. Al margen de servir de decoración, daba la impresión de que aquel mobiliario cumplía la función de un devocionario. Las únicas licencias de colorido y modernidad de la estancia, las aportaban una gruesa jarapa y un diván tapizado en cuero blanco, alineado junto a una pared del mismo color. De ésta pendía un vistoso poster enmarcado, cuya leyenda rezaba: «Diván el Terrible».

—Lamento que tengamos que conocernos en estas circunstancias, profesor Pastor-Luján —me dijo, al tiempo que se levantaba de la mesa y avanzaba hacia a mí a grandes zancadas. Era un hombre alto y enjuto, de ojos grandes permanentemente amusgados, y movimientos deslavazados. A continuación, me estrechó la mano hasta estrujármela, en un gesto que interpreté como una sentida condolencia.

Una vez el doctor Pinilla se parapetó de nuevo detrás de su mesa de madera maciza, me di cuenta de que sobre el tablero descansaba una vieja carpeta de piel con secante, lo que le confería el aspecto de un funcionario de mediana edad aspirante a viejo prematuro.

—Supongo que imagina por qué he venido a verle —le dije sin rodeos.

—Eso depende de lo que le haya contado Elvira —respondió mirándome con los párpados entornados.

—Me contó una larga e increíble historia de marcianos y abducciones alienígenas que implicaba a toda la familia, incluido yo mismo. Una historia tan difícil de digerir como un plato lleno de piedras.

El doctor Pinilla me dedicó una mirada valorativa, que percibí debajo de aquellos párpados con forma de concha de almeja. Luego, dijo con suficiencia:

—Verá, el mayor desorden de la mente consiste en creer que las cosas son de cierta manera, porque nosotros deseamos que así sean. Esta máxima es aplicable a todo el mundo sin excepción, a Elvira, a Lucía, a usted y a mí mismo. Si analiza la frase con detenimiento, descubrirá que no difiere mucho de su famosa teoría de lo posible. Sí, todos sufrimos un desorden mental constante en el tiempo, por cuanto que cada uno de nosotros está convencido de que las cosas son de una forma en particular, y no de otra. Sin embargo, como usted mismo defiende, si no existe la realidad como tal, menos aún pueden existir dos realidades iguales. ¿Estoy en lo cierto?

No me desagradaba la elocuencia del doctor Pinilla, salvo por el hecho de que no resolvía ninguna de las inquietudes que me habían llevado hasta su consulta. Mi

propósito era saber cuánto había de verdad en las palabras de Elvira, según su docta opinión, y en qué medida los hechos que narraba habían determinado su comportamiento.

—Me gustaría que fuera más explícito —le requerí.

—¿Acaso puede ser explícita la física cuántica cuando ni siquiera es del todo comprensible para los propios físicos? La física teórica es inabarcable incluso para quienes la estudian. Con la mente ocurre algo parecido. Conocemos de ella menos de lo que ella sabe de nosotros.

Tampoco estaba para juegos de palabras, por ingeniosos que resultaran.

—Me refería a que fuera al grano. Como acabo de decirle, Elvira me contó una historia que yo calificaría de... inverosímil. Acto seguido, se levantó del sofá, puso agua a calentar, se encerró en el cuarto de baño y se colgó de una viga. Según ella, tanto mi mujer, Lucía, como yo mismo, éramos protagonistas de ese cuento de marceanos. Incluso me recomendó someterme a una sesión de regresión hipnótica, que me permitiera recuperar ciertos recuerdos que, según ella, están sepultados en lo más hondo de mi memoria.

Este último comentario hizo que los párpados del doctor Pinilla se abrieran como conchas de almejas puestas al fuego.

— ¿Y usted qué opina al respecto? ¿Cree necesitar someterse a hipnosis? ¿Hay algún episodio de su vida que no recuerda con claridad?

—No, que yo sepa. No, no creo necesitar terapia ni padezco lagunas de memoria —aseguré—. En cambio, sí estoy seguro de otras cosas. Por ejemplo, que Elvira no le contó toda la verdad.

Mi comentario causó el efecto esperado en el doctor Pinilla, cuyos ojos comenzaron a parpadear de manera ostensible.

—¿A qué se refiere?

—Al hecho de que entregara en adopción a nuestra hija tras la muerte de Lucía, y lo mantuviera en secreto. Lo hizo por iniciativa propia, sin mi consentimiento ni el de su marido, para librar a la pequeña de ser...

Esperé a que fuera el propio doctor Pinilla quien completara la frase:

—Abducida.

—Así es. Elvira me lo confesó cinco minutos antes de colgarse de la viga del cuarto de baño.

La decepción que se dibujó en su rostro tuvo como consecuencia que sus párpados se vencieran de nuevo, como si hubieran sido derrotados.

—Comprendo.

—En conclusión —proseguí—, Elvira mentía, lo que resta credibilidad a lo que le haya podido contar a su padre y a usted durante los últimos treinta años. Creo que durante todo este tiempo, ha ido creando un armazón que protegiera su conciencia frente a sus actos. Gracias a su historia, a sus alienígenas y todo lo demás, logró impermeabilizar su alma. Tengo la impresión de que llegó a creerse sus propias

mentiras.

—Para ir al grano, como usted me pide, y para dejar las cosas claras ahora que ambos hemos mostrado nuestras cartas. En mi opinión profesional, que coincide con la de mi padre, ni Elvira ni su esposa padecían problemas mentales. Ambas eran personas perfectamente cuerdas, que decían la verdad. Perdome que me repita, pero considero fundamental que entienda que, tanto su mujer como su suegra, creían que las cosas eran de una determinada manera porque así deseaban que fueran. Ambas se habían creado unas expectativas que iban más allá de las que suelen ser convencionales.

—En resumidas cuentas, según usted, habían creado un mundo imaginario con implicaciones en la vida real. Una suerte de histeria que Elvira acabó por contagiar a Lucía. ¿Se refiere a eso?

A veces nada resulta tan difícil como que dos personas que tratan de hablar en la misma frecuencia lleguen a sintonizar.

—Sí y no —se pronunció—. Lo que les ocurría a su mujer y a su suegra está más cerca de lo que cree de la teoría que usted mismo defiende. Aunque afecta a otro ámbito. ¿Ha oído hablar de los tulpas?

—¿Los tulpas? No, no he oído hablar de ellos —reconoció.

—Según el budismo tibetano, son entidades espirituales creadas con el pensamiento. Son construcciones mentales, en las que toman parte tanto la imaginación como la voluntad, que acaban adquiriendo consistencia física. Como digo, no se trata de una simple visión, sino de un fenómeno dotado de corporeidad. Según el budismo vajrayana, esto es posible porque el mundo, el universo en su totalidad, es un flujo de conciencia. Y, en consecuencia, no hay nada que pueda existir fuera de la conciencia, del pensamiento. Como ve, esta idea está muy cerca de lo que defienden un buen número de físicos teóricos, incluido usted mismo.

En efecto, así era. Recordé el adagio del físico y matemático James Jeans, que yo empleaba para poner fin a mis conferencias: «El universo empieza a parecerse más a un gran pensamiento que a una gran máquina..., la mente no es una intrusa en el reino de la materia, sino su creadora y gobernadora». ¿Cuántos años llevaba intentando demostrar este hecho por medio de las matemáticas? Ahora, el doctor Juan Pinilla venía a decirme que se trataba de algo común a la vuelta de la esquina, por así decir, en un lugar como el Tíbet, entre monjes y acólitos, y no sólo eso, sino que mi propia mujer y mi suegra habían sucumbido a los efectos incontrolados de semejante poder de la mente.

—Sí, la conciencia como creadora de la realidad, del universo. Es una teoría que cada vez cobra más fuerza entre los físicos teóricos —reconoció.

—Lo sé. Somos nosotros los creadores del universo, incapaz de existir como lo vemos si no media un acto voluntario. Partiendo de esta premisa, la mente tiene la capacidad de materializar personas o cosas por sí misma. De hecho, usted y yo no somos más que una creación de la mente: ondas de energía transformadas en

partículas. Sólo existimos porque nos observamos el uno al otro. Eso es lo que hicieron tanto Elvira como Lucía, crear una realidad *ad hoc*.

—He de reconocer que su teoría me resulta muy interesante, por cuanto que presenta muchas coincidencias con el campo de la física que estudio; sin embargo, y pese a que soy una persona de mente abierta, no creo que mi suegra o mi esposa estuvieran especialmente dotadas para la meditación, al menos hasta el extremo de ser capaces de modelar criaturas a su antojo. En mi opinión, los problemas tanto de Elvira como de Julia tenían que ver con desórdenes del sueño, tal y como había apuntado Marcos, mi suegro, en su momento.

—Bueno, en efecto, son muchos los casos de supuestos abducidos que no son tales, que lo que padecen es parálisis del sueño, una dolencia ciertamente traumática que provoca vívidas alucinaciones, la aparición de figuras horribles y maléficas en plena noche, pero no creo que sea el caso de sus familiares. Lo que Elvira y Lucía experimentaron fue real, incluso con consecuencias físicas. La parálisis del sueño, por ejemplo, no puede provocar heridas en los muslos, o que una persona amanezca con el camisón puesto del revés. Durante la parálisis del sueño, el cuerpo queda inmóvil. Se trata de un mecanismo de defensa que el organismo establece para que no podamos autolesionarnos mientras dormimos, en tanto que el cerebro sigue activo. Pero ningún cerebro puede volver una prenda del revés por sí solo, o causar una herida. Para eso se precisa actividad muscular, de la que carecen quienes sufren esta dolencia. En conclusión, y salvo que alguien demuestre la existencia de alienígenas, en los que no creo, ambas mujeres concibieron un mundo de tulpas, que incluía no sólo a esos seres grises que las abducían e inseminaban, sino también olores, sonidos, objetos, edificios o incluso paisajes. Una suerte de realidad paralela con consecuencias directas sobre la nuestra.

—Al menos me alivia saber que no cree en alienígenas —reconocí.

—Así es. Y le diré por qué descarto esa posibilidad. Todos los abducidos aseguran haber sido sometidos a terribles y dolorosos experimentos médicos, en los cuales sus captos emplean un instrumental arcaico: agujas, taladros, sondas, etc. No creo que una civilización más avanzada que la nuestra, capaz de someter la mente de sus víctimas a voluntad, capaz de hacer levitar cuerpos y de viajar a la velocidad de la luz, llevara a cabo rudimentarios actos médicos para estudiar sus organismos. Piénselo, bastaría con la extracción de una gota de sangre. Luego está el asunto de los implantes. Que existen y se han recuperado en algunos casos, pero con una salvedad: ninguno de los encontrados, que yo sepa, presentaba anomalías, eran trozos orgánicos, de origen humano en suma. Descartada la opción extraterrestre, y dado que ambas pacientes superaron con éxito una serie de preguntas trampa e incluso alguna sugestión inducida, la opción más plausible es la de los tulpas, la creación de seres físicos, reales, capaces de interactuar con sus creadores. Para lograr la materialización de uno de estos seres basta una rutina de visualización y de concentración, que se puede alcanzar de manera involuntaria en estados de

duermevela. Creo que así comenzó todo.

—Hay algo de su discurso que rechina a simple vista. Asegura que la mente no es capaz de volver del revés una prenda de ropa; en cambio, da por cierto el hecho de que pueda crear seres físicos —expuse.

—El poder de la mente es ilimitado, desde luego, pero precisamente por eso establece mecanismos de control cuando dormimos. Como le he dicho, nadie que padezca parálisis del sueño puede realizar actividad muscular alguna. Otra cosa muy distinta es la capacidad del cerebro cuando está despierto. Entonces la cosa cambia —me replicó.

Jamás pensé que la argumentación del doctor Pinilla fuera a tomar esa deriva. La creación de seres físicos a partir de la mente, era ir demasiado lejos incluso para mí, así que le pregunté:

—¿Cómo ha llegado a estas conclusiones?

—En buena medida, a través de la regresión hipnótica. Pero también a través de la historiografía. Su mujer y su suegra no han sido las primeras personas en concebir seres reales a partir de la mente. Hay un caso célebre: el de la periodista e investigadora franco-belga Alexandra David-Neel. Creó un tulpa que terminó por volverse en su contra. Y tardó más de seis meses en deshacerse de esa emanación mental que, en su caso, se había materializado con apariencia de monje. Su experiencia la reflejó en un libro titulado *Magos y místicos del Tíbet*. Se da la circunstancia añadida de que los tulpas pueden ser creados por dos o más personas. Conforme más fuerte es la creencia, mientras más arraigo tiene la idea en la mente, la materialización se mostrará con un mayor realismo. En consecuencia, los tulpas son seres vivos, reales, cuyo poder aumenta en relación al número de personas que los invocan con la mente.

»Permítame que le narre otro caso que ilustra a la perfección cuán ilimitado es el poder creador de la mente.

»En 1972, la Sociedad para la Investigación Psíquica de Toronto, dirigida por el doctor Owen, llevó a cabo un experimento singular. Owen reunió a un heterogéneo grupo de personas, desde un contable, un diseñador industrial, un estudiante de sociología, hasta un ama de casa. Y les contó la historia de un aristócrata llamado Philip Aylesford, que había vivido en el siglo xvii en Inglaterra. Un personaje de vida trágica, que se había suicidado arrojándose desde la torre de su castillo, después de que acusaran y quemaran a su amante, una hermosa gitana, que había sido condenada a la hoguera por brujería. La instigadora de tal acción había sido la legítima esposa del aristócrata, despechada por la infidelidad de éste. Pero la historia, que les fue narrada a los miembros con pelos y señales, era una mera invención del doctor Owen. Todo era mentira. Pura ficción. Pronto, el grupo, que no sabía la verdad del asunto, comenzó a reunirse en sesiones espiritistas para invocar al señor Aylesford. Al cabo, comenzaron a producirse toda clase de fenómenos paranormales, incluso el fantasma contestaba a las preguntas que le eran formuladas. Apagaba y encendía las luces,

hacía que la mesa levitara, impulsaba objetos con una fuerza inusitada, se veían sombras, e incluso se escuchaban sonidos inexplicables. Hasta que un día, el doctor Owen reveló la verdad: Philip Aylesford nunca había existido, y aquellas sesiones para invocarlo formaban parte de un experimento que pretendía demostrar que la mente puede alterar la materia. Desde ese momento, los fenómenos cesaron, y el fantasma de Philip Aylesford desapareció para siempre. Sorprendente, ¿no le parece?

»Después de estudiar a fondo los casos de Elvira y Lucía, estoy convencido de que el elemento catalizador fue la primera. Digamos que su convencimiento sobre lo que creía que estaba sucediendo era incondicional, un trauma que arrastraba desde la infancia, que a la postre subyugó también a Lucía, a la que insufló estas ideas. Somos lo que pensamos, usted lo sabe tan bien como yo. Por eso hay que andarse con mucha cuidado, porque quien siembra vientos, cosecha tempestades, como se suele decir. Crear un tulpa es mucho más fácil que eliminarlo.

Como por el momento me conformaba con digerir su razonamiento, no entré a valorar la calidad de su hipótesis, que en mi opinión era un batiburrillo de ciencia y misticismo. También obvié mostrar el as que guardaba en la manga: el hecho de que Julia Bradley, a quien yo le atribuía la identidad de mi hija entregada en adopción, hubiera experimentado algo parecido, que hubiera creado una colección de seres idénticos a los descritos tanto por Lucía como por Elvira. ¿Acaso podía heredarse la facultad de engendrar con la mente los insólitos seres de los que hablaba? ¿O, simplemente, se trataba de un rasgo común entre todas las personas que aseguraban haber sido abducidas?

—Tengo entendido que la regresión hipnótica es más eficaz a la hora de crear recuerdos que de recuperarlos —me desmarqué.

—Eso depende de la habilidad y experiencia del terapeuta.

—¿Y qué valoración haría de la suya? ¿Se considera a sí mismo un buen terapeuta?

—Por supuesto. Mi padre fue pionero en España en el empleo de la regresión como terapia. Escribió libros, dictó conferencias, y nos sirvió de inspiración a mí y a otros muchos colegas que hemos seguido su escuela. He aprendido más revisando sus archivos y notas, que estudiando muchos manuales de psiquiatría.

Como cabía de esperar, tras sortear numerosos vericuetos, la conversación desembocó en un callejón sin salida del que ni él ni yo podíamos escapar. Nos miramos cara a cara. Lo único que faltaba por dirimir era si yo, una vez superada la parte teórica, estaba o no en disposición de encarar la prueba práctica. Obviamente, ésta pasaba por visionar la filmación de la última sesión que el doctor Pinilla padre había mantenido con Lucía, días después del incidente al que Elvira había hecho mención en nuestro último encuentro. Por otro lado, la existencia de aquel documento le otorgaba cierta consistencia a los episodios narrados por Elvira, por mucho que me pesara.

—¿Seguro que está preparado? Si lo prefiere, puedo entregarle una transcripción de la grabación. Así no tendrá que enfrentarse a las imágenes.

—¿Hay algo que considere que no deba ver? —pregunté.

—Eso dependerá de su fortaleza emocional. Lo que verá y oirá le traerá recuerdos dolorosos. La sesión se llevó a cabo el 26 de marzo del año 1980, cuando su esposa estaba embarazada de algo más de seis meses. Aunque el incidente que narra tuvo lugar diez días antes. Mandé digitalizar la cinta hace tres años.

—Comprendo.

—Por otro lado, creo que visionar la cinta le ayudará a comprender su verdadero papel en el incidente, si me permite llamarlo así —apostilló.

Tardé un par de segundos en resolver la disyuntiva. Por encima de cualquier otra consideración, deseaba con todas mis fuerzas volver a ver a Lucía tal y como era antes de que el destino nos separara.

—Estoy preparado. Adelante.

El hecho de que durante treinta años hubiera convivido en sueños con Lucía, mitigó la impresión que me causó escuchar de nuevo su voz, como si estuviera viva, como si fuera a entrar por la puerta en cualquier momento. Otra cosa muy diferente fue verla acomodarse en el diván. A sus veinticuatro años recién cumplidos, parecía una niña. Quedé en estado de *shock* al reconocer la protuberante barriga de su embarazo. La misma que yo acariciaba y besaba cada mañana, un ritual que despertaba en ella una sonrisa de felicidad y cohesionaba aún más nuestra relación.

Al cabo, tras seguir las indicaciones del terapeuta —levante la mano derecha, voy a contar hasta diez, etc.—, Lucía se sumergió en un estado de sugestión profunda. Eran llamativos los continuos movimientos de su cabeza, de un lado a otro, así como la respiración entrecortada, trabada, que se intercalaba entre los distintos comentarios. Daba la impresión de que una fuerza ajena a ella porfiara en su interior, mientras su cuerpo permanecía casi aletargado. De vez en cuando, una mueca de terror o de disgusto asomaba a su rostro, o pronunciaba unas cuantas palabras inconexas, carentes de sentido, como si en realidad estuviera sumida en una suerte de ensueño en el que hablara consigo misma. De repente, viéndola tan vulnerable, me sentí desolado. No sólo por el grado de indefensión que reflejaba su cuerpo desmadejado como una marioneta sobre el diván, sino también por mi propia ausencia. ¿Qué estaba haciendo yo en aquel momento, mientras Lucía libraba aquella batalla contra sus propios demonios? ¿Por qué me excluyó de aquella parte de su vida? ¿Acaso no había hecho lo suficiente para granjearme su confianza? Y si era así, entonces ¿por qué se había casado conmigo? El problema era que no podía existir amor pleno sin confianza plena.

No pude evitar que mis ojos se anegaran de lágrimas.

—¿Se encuentra bien? ¿Quiere que pare? —intervino el doctor Pinilla.

—No.

—¿No quiere que pare o no se encuentra bien?

—No quiero que pare.

A partir de ahí, me centré en filtrar la voz de Lucía, y en analizar la expresión de su rostro cada vez que pronunciaba una palabra o una frase. Una retahíla de breves comentarios acompañados de muecas, que alternaban distintos estados emocionales, y que eran las respuestas a las preguntas que el terapeuta le formulaba de manera concisa y directa.

—¿Dónde te encuentras?

—Estoy en el dormitorio.

—¿Cómo te sientes? ¿Estás cómoda?

—Sí. Estoy bien. Duermo.

—¿Estás sola en la habitación?

—No. Bernardo está a mi lado.

—¿Qué hace?

—Duerme profundamente. Nos hemos acostado temprano.

—Entonces ¿está todo tranquilo y en orden?

—Sí.

—La noche avanza. ¿Hay algún cambio?

Tras la pregunta, el cuerpo de Elvira se agitó encima del diván, como si alguien le estuviera clavando agujas en la espalda.

—Me despierta un foganazo, una luz parecida a la de la aurora boreal.

—¿La luz proviene del exterior o del interior de la casa?

—No lo sé. Está por todas partes.

—¿Has visto antes esa luz? ¿Te resulta familiar?

—La he visto muchas veces. Es la señal de quienes me visitan desde que soy niña. Antes era como un juego para mí. Ahora siento miedo. No quiero que le hagan daño a mi bebé.

A continuación, Lucía se encogió hasta adoptar una posición fetal.

—Sucedió hace mucho tiempo, no va a pasarte nada. Voy a poner mis manos sobre tu cabeza... Concéntrate. ¿Quiénes te visitan desde pequeña?

—Los tres seres pequeños que están a los pies de la cama.

—¿Son antropomorfos? ¿Qué aspecto tienen?

—Parecen niños avejentados. Tienen cabezas y ojos enormes, pero sus cuerpos son pequeños.

—¿Qué quieren de ti?

—Me ordenan que me levante. Obedezco. Siempre lo hago. No puedo hacer otra cosa, aunque no quiera.

—¿Adónde te llevan?

—A una nave espacial. Una tan grande que ocupa todo mi campo de visión.

—Vives en el centro de Madrid, ¿cómo puede la nave ser tan grande para ocupar tu campo de visión?

—Está situada por encima de los edificios, y su luz ilumina el patio al que da

nuestro dormitorio.

—¿La luz que emite la nave espacial es la misma que te ha despertado en la habitación?

—No. La que ilumina nuestro dormitorio es diferente, de una tonalidad más verdosa. Tiene forma de espiral y emite destellos azulados como pequeños relámpagos. Cuando aparece, el ruido ambiente de la calle desaparece. Todo se sume en un profundo silencio.

—¿Cómo sabes que lo que ves por encima de los edificios es una nave espacial?

—Porque no es la primera vez que viajo en ella al espacio.

—Será un viaje muy largo.

—En absoluto. Se produce en cuestión de segundos.

—¿Cómo es eso posible?

—No lo sé.

—¿Te llevan a un planeta lejano?

—No, no es un planeta. Viajo al espacio, sin salir de la nave.

—Viajar para no ir a ninguna parte es un poco extraño, ¿no te parece?

—Sólo sé que no estoy en la Tierra, ni tampoco me llevan a otro planeta, al menos que yo pueda ver.

—¿Qué hace tu marido? ¿Sigue durmiendo?

—Se ha despertado. Quiere hablar, pero no puede. Tampoco puede moverse. En su rostro está dibujado el horror.

—¿Qué le impide hablar? ¿Por qué no puede moverse?

—Porque las cosas son así. Sólo me quieren a mí. Y ahora también a mi hija.

La respiración de Lucía se volvió en ese momento más entrecortada.

—¿Por qué sólo os quieren a tu hija y a ti?

—Porque hemos sido elegidas.

—¿Elegidas por quién?

—Por ellos. Por los humanoides.

—¿Te han contado por qué te han elegido?

—No. Pero creo que es por una cuestión genética. Necesitan mujeres para engendrar una especie híbrida. Creo que se están extinguiendo.

—¿Ese es el objetivo final de las abducciones? ¿Salvar a esos seres de la extinción como especie?

—Es lo que yo creo. De no ser así, no me usarían como cobaya. Experimentan conmigo, me someten a toda clase de pruebas y, por último, me inseminan para que engendre seres que son una mezcla de su especie y la nuestra.

—¿Cuántas veces te han inseminado?

—Varias desde que soy fértil. En cuatro ocasiones. Sí, cuatro veces.

—Comprendo. ¿La criatura que llevas en tus entrañas es uno de esos seres híbridos?

—¡No, por Dios! Este es mi bebé, mío y de mi marido.

—Entiendo que tu marido no sabe nada.

—No, no sabe nada. No quiero que sepa lo que pasa. No quiero que se vea involucrado. Es mejor así.

Esta vez fui yo quien se revolvió incómodo en el asiento.

—¿Además de enorme, cómo es la nave a la que te llevan esos seres? —preguntó ahora el terapeuta.

—Es de forma triangular, con luces de vivos colores en los vértices. No emite ruidos. Tampoco hay olores. Y se respira mejor, como si el oxígeno fuera más puro.

—¿Cómo entras en la nave?

—Asciendo a través del haz de luz que inunda el patio, levitando.

—¿Y qué hay dentro de la nave?

—Seres de distintos tamaños. A los más altos, no se les ve el rostro. Sus cabezas están envueltas en un halo de luz, como un casco luminiscente. Los más pequeños, los grises, están a las órdenes de los primeros. También hay muchas estancias y laboratorios. Las paredes irradian luz. Toco una de ellas, y mi mano se adapta a su superficie, como si fuera maleable. Cuando la retiro, la pared vuelve a su estado original. A través de un gran ventanal, se ve una parte del firmamento.

—¿Reconoces algún planeta, alguna constelación?

—No. Sólo veo una miríada de estrellas brillantes.

—Una vez en la nave, ¿adónde te llevan?

—A una sala de reconocimiento. Hay instrumental médico. Y una camilla metálica. Me dicen que me tumbe con las piernas flexionadas. Les digo que no quiero que le hagan daño a mi bebé. Me dicen que no tengo de qué preocuparme. Sólo quieren hacerme un reconocimiento.

—¿Cómo te comunicas con ellos? ¿Cómo les dices todas estas cosas?

—Telepáticamente.

—¿No hay comunicación verbal?

—No. Hablamos a través de la mente.

—Comprendo. ¿Qué pasa a continuación?

—El ser cuyos ojos negros pueden ver en mi interior empieza a reconocermme.

—¿Quién es esa criatura de ojos negros que puede ver en tu interior?

—El que lleva la voz cantante dentro del grupo de los grises. Es algo más alto que los que visitan mi dormitorio, aunque no mucho más. Tal vez mida un metro y treinta centímetros. Cuando me observa, es como si me atravesara por dentro.

—¿Qué hace ahora?

—Lleva en la mano una aguja enorme. ¡Pretende introducirme por el ombligo!
¡No, no quiero! ¡Quiero que pare! ¡Quiero que pare! ¡Quiero que deje tranquilo a mi bebé! ¡Nooo, mi bebé nooo!

En este momento de la grabación, mientras Lucía se retorcía, consumida por la angustia, el miedo y los lamentos, le dije al doctor Pinilla que ya había tenido

suficiente.

—En la grabación se percibe con claridad lo que la ufóloga británica Jenny Randles ha denominado como el «factor Oz», en alusión al inopinado viaje que la protagonista del libro *El Magnífico Mago de Oz* realiza en compañía de su mascota, desde Kansas hasta el país de Oz —expuso el doctor—. Un lugar imaginario. Una de las características es la sensación de intemporalidad y de aislamiento sensorial. Según esta autora, el contacto extraterrestre no se está produciendo a través de la tecnología, sino por medio de la conciencia. Así las cosas, estos seres son capaces de inducir en sus víctimas una experiencia subjetivamente real de un encuentro. Como ve, volvemos al poder creador de la conciencia. Yo comparto esta idea, si bien desde mi punto de vista, las abducciones no son inducidas, no forman parte de un fenómeno subjetivo, sino que son objetivas por cuanto que detrás de ellas hay seres reales, no venidos de otros mundos, sino surgidos de nuestra propia mente.

Dicho lo cual, me concedió un par de minutos para que pudiera asimilar la filmación.

—Ya le dije que la experiencia le resultaría dolorosa —añadió—. ¿Algo de lo que ha visto le ha resultado familiar?

—No y sí.

—Explíquese.

—No recuerdo ningún hecho de los que Lucía describe; en cambio, me identifico con la angustia que muestra. Como si hubiéramos compartido la desazón en algún momento. Ahora mismo, tengo la sensación de que mis entrañas han entrado en ebullición por algún motivo relacionado con el relato de mi esposa. Siento una carga emotiva muy negativa.

—¿Sabe lo que eso puede significar?

No lo sabía con exactitud, aunque era capaz de intuirlo. Después, pensé en esa máxima de Winston Churchill que reza: «Si ya estás atravesando el infierno, sigue adelante».

—Supongo que querrá que me tumbe en ese diván —dejé caer.

—Encarecidamente. Creo que su testimonio podría ayudarnos a completar este rompecabezas que comenzó cuando Elvira era una niña y que, por desgracia, prosiguió con Lucía.

La técnica que el doctor Pinilla empleó para llevarme hasta un estado hipnótico ni siquiera requirió que me durmiera o cerrara los ojos. Una serie de instrucciones con voz clara y suave bastaron para que alcanzara un estado de profunda relajación.

—Está durmiendo plácidamente, junto a su esposa. ¿Qué pasa entonces? —me preguntó para iniciar la sesión.

—Me despierto en mitad de la noche. Una especie de aurora boreal flota encima de nuestras cabezas. Puedo percibir una gran carga energética. Alguna clase de electromagnetismo. Primero, tengo la sensación de que estoy soñando con algún

fenómeno relacionado con la física, pero entonces me percaté de que Lucía está despierta, a mi lado. Sus ojos están muy abiertos y denotan terror.

—¿Cuál es su reacción ante esos hechos?

—Intento levantarme para ver qué está pasando, pero no puedo moverme. Estoy paralizado. La gravedad me empuja contra el colchón. Es como si me hubieran colocado encima del pecho una plancha de acero de dos toneladas. Sudo y me silban los oídos. Quiero hablar, pero tampoco puedo. Mis labios están sellados. La sensación es aterradora.

—¿Hay alguien más en la habitación o están solos?

—No, no estamos solos. Hay tres hombres pequeños y deformes en la habitación, rodeando la cama. La luz ilumina cenitalmente sus cabezas, que son enormes.

—¿Representan una amenaza?

—Por supuesto. Son hostiles. Uno de ellos se acerca hasta mí, mientras que los otros dos rodean a Lucía. Le extienden las manos, de dedos largos, estrechos y nudosos como tallos. En este hecho sí percibo cierta condescendencia para con ella.

—¿Qué hace entonces?

—Nada, porque sigo sin poder moverme. No tengo control sobre lo que está ocurriendo. Grito, pero la voz no brota de mi garganta. Mis labios siguen cerrados, como si estuvieran pegados con pegamento. Por dentro, siento un terror infinito. Luego, el ser que me vigila acerca su cara a la mía, a no más de treinta o cuarenta centímetros. Pero ni siquiera percibo su olor, lo que me lleva a pensar que todos mis sentidos han sido anulados.

—¿Le dice algo el ser que lo vigila? ¿Interactúa de alguna manera con usted?

—No. Se limita a observarme como lo haría un entomólogo que contemplara un insecto desconocido. Siento que me atraviesa con su mirada.

—¿Y Lucía, qué pasa con ella?

—Se la llevan. Se la llevan.

—¿Por dónde se la llevan?

—Por la ventana. Veo cómo sus pies se separan del suelo y comienza a levitar. Diez segundos después, atraviesa la ventana en compañía de los dos seres que la custodian, y asciende por el haz de luz que ilumina el patio. Esta es tan intensa que parece de día.

—Pero no lo es.

—No sé qué hora es con exactitud, pero desde luego aún no ha amanecido.

—¿Y qué hay del ser que le vigila? ¿Qué hace?

—Se marcha un instante después. Desaparece atravesando la pared del dormitorio.

—¿Atravesando la pared?

—Como si ésta fuera una superficie inconsistente.

—¿Qué hace entonces, cuando se queda solo?

—Nada. No puedo hacer nada. Siento un gran cansancio. Los párpados de los

ojos me pesan, se me cierran. Quiero dormir y olvidar esta pesadilla.

—¿Se trata entonces de una pesadilla?

—Se trata de una pesadilla real.

—¿Qué ocurre cuando se despierta?

—Lucía está a mi lado. Duerme plácidamente. Tengo una sensación extraña, de desasosiego, pero no recuerdo nada de lo que ha pasado durante la noche.

—¿Hay algo en el cuerpo de su mujer que le llame la atención? ¿Alguna marca nueva en su cuerpo, por ejemplo?

—No veo nada anormal o diferente, aunque lleva puesto el camisón del revés. No es la primera vez que le ocurre.

—¿No se lo comenta cuando se despiertan?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque algo en mi interior me dice que no le conceda mayor importancia.

Mi testimonio, en opinión del doctor Pinilla, vino a refrendar su teoría. Según él, lo que yo había visto era la materialización de una creación mental de mi esposa, a la que, además de corporeidad física, había dotado de ciertas habilidades, tales como la capacidad de dejarme paralizado, la de atravesar paredes o levitar, o la de borrar todo recuerdo de la experiencia. De hecho, eran estos seres salidos del subconsciente de Lucía los que habían ordenado mi parálisis, pues lo último que deseaban era que yo interfiriera en sus actos. Me permitían que observara, pero no que actuara, de ahí que mi papel en la escena fuera pasivo, al igual que lo había sido el de Marcos en su día, cuando fue testigo de una abducción de Elvira. El *modus operandi* había sido el mismo en ambos casos.

Sin embargo, hubo una cuestión de todo aquel asunto que el doctor Pinilla fue incapaz de responder de manera convincente. Si aquellos seres de los que hablaban Elvira y Lucía eran una mera creación mental, ¿por qué sólo se materializaban de noche, durante el sueño? ¿Qué pasaba con ellos el resto del día? Él mismo había asegurado que resultaba mucho más difícil destruir un tulpa que crearlo. ¿Cómo era posible entonces que Lucía y Elvira crearan y destruyeran a esos seres, una y otra vez, a conveniencia?

En mi opinión, tras haber rescatado aquel desasossegador episodio de mi vida, lo ocurrido aquella noche en nuestro dormitorio iba más allá de una mera invención de mi esposa. Ningún ser creado por la mente de una persona podía paralizar la voluntad de un semejante. De modo que había que descartar la posibilidad de que todo fuera obra de unos tulpas, o como quiera que se llamasen, engendrados en las mentes de Elvira y Lucía. También había que desechar la opción de que tanto mi esposa como mi suegra padecieran un trastorno del sueño, puesto que en ese supuesto, yo no habría recordado lo que había recordado bajo hipnosis. ¿O es que yo también sufría una alteración del sueño? Algo absurdo, se mirara por donde se mirase. La cuestión de

fondo, por tanto, seguía sin resolverse.

Por primera vez, comprendí el desquiciamiento que habían padecido tanto Lucía como Elvira a lo largo de los años, lo que a la postre había destruido la vida de todos nosotros.

La magnitud de aquel delirio, empero, estaba todavía por manifestarse en su plenitud.

Ocurrió días más tarde, cuando el abogado de Elvira se puso en contacto conmigo para comunicarme que ésta me mencionaba en su testamento. No me había legado la casa, según manifestó, sino el contenido de una habitación que permanecía cerrada bajo llave. Lo que contuviera, por tanto, me pertenecía y, según la voluntad de la testadora, el nuevo propietario de la vivienda, una organización dedicada a proporcionarles hogar a ancianos desamparados, no podría tomar posesión de la misma hasta que yo me hubiera hecho cargo del contenido de aquel misterioso cuarto, del que recibí una solitaria llave de tija.

Para evitar suspicacias, me hice acompañar por el albacea del testamento, que era a su vez el responsable de la organización beneficiaria de la casa de Elvira. Por otro lado, no me apetecía entrar en la vivienda yo solo.

Las ventanas del salón seguían abiertas, y ahora las cortinas flameaban hacia el interior como fantasmas en plena agitación.

El cuarto bajo llave era, como sospeché desde un principio, el que había ocupado Lucía hasta su emancipación. Un amplio dormitorio interior que daba a un patio de luces. Yo no había vuelto a entrar en aquella habitación desde el verano de 1980, pocos días antes de que diera a luz, por lo que fue lo mismo que efectuar un viaje en el tiempo. Nada había cambiado, ni el viejo papel pintado, ni el tocador, ni la estantería de libros, que albergaba textos de lectura adolescente con manuales universitarios.

Lo que encontramos sobre la cama no solamente me sobrecogió a mí, sino también a mi acompañante, un hombre entrado en años llamado Eduardo, quien no dudó en aferrarse a mi brazo derecho con inusitada fuerza. Pero ni siquiera aquel hecho desvió mi atención, pues, al menos en apariencia, lo que yacía sobre la cama parecía ser era el cadáver de un bebé amortajado.

La escena resultaba tan descarnada, que ambos nos quedamos paralizados. Incluso llegué a temer que aquella criatura rígida y engalanada de volantes, pudiera ser un alienígena o, cuando menos, uno de esos hijos híbridos que Elvira aseguraba haber engendrado.

Tras soltar amarras de mi acompañante y armarme de valor, me acerqué hasta el pequeño cuerpo, cuyo aspecto resultaba aún más fantasmagórico en proporción al tamaño del lecho.

Fue entonces cuando percibí un brillo inusual en la piel del recién nacido, que me hizo comprender que el supuesto alienígena no era tal, sino una muñeca, uno de esos bebés llamados *reborn*, un «bebé renacido», una réplica tan perfecta que poseía la capacidad de moverse, respirar y llorar.

—¿Está muerta? —me preguntó mi acompañante.

—Se trata sólo de una muñeca —respondí.

—¿Un muñeca? Pues por un momento he creído que se trataba de...

—Yo también —reconocí—. Pero no es más que una muñeca vestida con el faldón de un bebé. Este era el cuarto de mi mujer, quien falleció hace mucho tiempo. Supongo que Elvira, su madre, la benefactora de su organización, quería que yo me quedara con sus pertenencias...

—Comprendo. Si no tiene inconveniente, le dejo a solas con sus recuerdos —se excusó Eduardo, quien seguía impresionado por aquella macabra puesta en escena.

En cierto modo, me sentí aliviado al descubrir que sólo se trataba de una muñeca, como si mi mente empezara a jugarme malas pasadas y hubiera considerado como una posibilidad que Elvira guardara el cadáver de un alienígena, o de uno de esos bebés híbridos de los que me había hablado, tanto daba, en el dormitorio de Lucía. Y lo que era aún peor, que me lo hubiera legado a su muerte como prueba fidedigna y cabal de su testimonio.

Una vez me hube quedado solo, estudié a fondo la composición de la muñeca. Calculé que había sido fabricada recientemente con alguna molécula orgánica, y que además de venas, lunares y otros elementos de la anatomía humana reproducidos al detalle, disponía de un mecanismo que permitía que el corazón le latiese, como si se tratara de un ser vivo. Un trabajo capaz de asombrar y de espeluznar por su gran realismo. A menos de un metro de distancia, resultaba imposible discernir si se trataba o no de un ser humano.

Pero ¿por qué Elvira se había tomado la molestia de legarme aquella extraña muñeca? ¿Por qué la mantenía bajo llave en el antiguo cuarto de Lucía? ¿Qué significaba todo aquello?

La respuesta la encontré oculta entre los pliegues del faldón que vestía la criatura. Se trataba de una carta autógrafa de Elvira, entre cuya doblez hallé dos viejas fotografías, una en blanco y negro y otra en color, de un bebé recién nacido y de una niña. El rostro del bebé de la fotografía en blanco y negro era idéntico al de la muñeca que yacía sobre la cama. El de la niña, sin duda, era el de la Valentina que había habitado mis sueños durante los últimos treinta años. De hecho, yo le había hecho una foto idéntica a mi hija el día de su cuarto cumpleaños, el día que entró a formar parte de mi vida, de mis sueños.

Un extraño hormigueo se fue apoderando de manera paulatina de mi organismo, hasta que adquirió la condición de escalofrío paralizante.

El texto de la misiva rezaba:

Bernardo:

Estos son los retratos de Valentina de recién nacida, y también a la edad de cuatro años. Fue una de las condiciones que le impuse al

doctor Abella para entregarle a la niña.

A partir de esa fecha, no volví a saber de ella. Al parecer, sus padres se quitaron de en medio.

Desde entonces, he encargado sucesivas réplicas de la pequeña, de modo que en el supuesto de que nuestros visitantes vinieran a por ella, la encontrarán en el dormitorio de Lucía.

La muñeca que hay sobre la cama es, pues, la última de las copias que he ordenado fabricar siguiendo el modelo de la fotografía. Su autora es una afamada artesana del Reino Unido. Es tan perfecta que cualquiera podría confundirla con un ser humano de carne y hueso. Está elaborada con vinilo, su cabello es de procedencia humana, y su interior contiene un relleno para que pese exactamente lo que pesó tu hija al nacer: tres kilos y cuatrocientos gramos.

A lo largo de estos años, he descubierto ciertos aspectos de las criaturas que nos visitan de los que nos podemos aprovechar. Para empezar, no pueden permanecer en nuestro ambiente más que unos pocos minutos. Cuando vienen, se produce un encuentro —yo lo calificaría de choque o encontronazo— entre su realidad y la nuestra, que es mucho más densa. Su mundo, al que de manera invariable nos trasladan, resulta mucho más ligero. Es físico, al igual que el nuestro, pero al mismo tiempo también lo es mucho más etéreo e inconsistente. En esa dimensión, el tiempo no existe tal y como nosotros lo concebimos. Al menos, fluye de otra manera. De hecho, creo que los lapsos de tiempo perdido que presentamos los abducidos tienen que ver con este concepto del tiempo, más que con un mero borrado de los recuerdos. De ahí que decidiera suplantar a la verdadera Valentina con una muñeca idéntica a ella, para que el día que vinieran a secuestrarla, encontrarán una réplica.

Soy consciente de que el engaño parece burdo, pero mi intención no era tanto suplantar a la verdadera Valentina con una doble como indicarles que el bebé había muerto, y que nuestro dolor era tanto y tan grande que para mitigarlo habíamos mandado fabricar una réplica. En resumidas cuentas, el señuelo que ahora tienes delante de ti era mi forma de indicarles a los visitantes que Valentina no se encontraba entre nosotros, que no la buscaran.

Desconozco si lo habré logrado. Tal vez me haya comportado como una ingenua. Quizá nuestro destino esté escrito de antemano. Pero ¿qué otro camino me quedaba? Tenía que intentarlo.

Sea como fuere, una mañana, después de recibir la enésima visita nocturna de esos seres, encontré a la muñeca tirada en el suelo, con el vestidito puesto del revés. Ya sabes lo que eso significa.

Desde entonces, no han vuelto a visitarme. He perdido todo contacto con ellos.

La otra fotografía fue hecha el día del cuarto cumpleaños de Valentina. El doctor Abella me hizo saber entonces que los padres adoptivos de la niña no querían seguir dando noticias sobre ella. Habían decidido soltar amarras, según la expresión del propio médico, por el bien de todos.

Elvira

Cuando quise darme cuenta, me encontraba de hinojos, a los pies de aquella cama con aspecto de catafalco, con los ojos inundados de lágrimas y dos fotografías de mi hija frente a ellos. Lo más sorprendente de todo era que el retrato del cuarto cumpleaños de Valentina, era idéntico al que yo mismo había tomado en mi mundo ensoñado, y que adornaba una de las mesitas del dormitorio que Lucía y yo compartíamos en la «casa Clayton». Recordaba el momento exacto en que hice la instantánea, minutos después de que el último de los invitados a su fiesta de cumpleaños abandonara nuestra casa. Como Valentina presentaba un aspecto desaliñado después de jugar y corretear con sus amiguitos, Lucía le cepilló el cabello y le ajustó la ropa que llevaba puesta para que todo estuviera en orden. Eran las ocho de la tarde de un caluroso día de verano, el lago Michigan estaba en calma y sobre sus aguas rebotaba la luz sonrosada del atardecer, y a todos nos embargaba la dulce sensación de ser inmensamente felices. Luego, una vez revelada la fotografía, la enmarcamos y colocamos en el mismo lugar donde permaneció hasta que nos mudamos a España. En ese tiempo, Lucía sustituyó el viejo marco por otro más vistoso, pero nunca cambió su ubicación.

La instantánea que Elvira me había legado, y la que yo había tomado el día del cuarto cumpleaños de Valentina, parecían la misma. Copias sacadas del mismo negativo. Desde el ángulo, la iluminación, pasando por la ropa que vestía la niña. Incluso su gesto, la viva expresión de sus ojos, era similar en ambas instantáneas.

¿Cómo era posible algo semejante?

PARTE II

Estaba tan aturdido que no tuve en cuenta que las fotografías eran de mayor tamaño que mi cartera. Mientras buscaba una bolsa que me sirviera para cargar con la herencia de Elvira, me pregunté cuándo habría escrito aquella carta. Tenía que haber sido entre mi primera y segunda visita, puesto que el día de su suicidio no había tenido el tiempo suficiente para entrar en la cocina, poner el agua al fuego, dirigirse a continuación al dormitorio de Lucía, escribir la carta, dejarla donde yo la encontré y, por último, refugiarse en el baño para colgarse de una viga. En esos escasos diez minutos no había tenido tiempo para escribir aquella carta. De manera que era evidente que Elvira meditaba quitarse la vida desde hacía algún tiempo, y que había aprovechado mi visita para culminar su plan. El hecho de que hubiera encargado una réplica del bebé con el fin de engañar a los alienígenas que, según ella, la visitaban, evidenciaba una severa patología de su psique, que el doctor Pinilla ni siquiera había mencionado o detectado, obstinado en atribuir los padecimientos de la paciente a su extraordinaria capacidad para crear seres reales a partir de la mente. Es decir, de la misma manera que le había ocultado a su médico la entrega en adopción de su nieta, tampoco le había contado el hecho de que conviviera con una copia en látex de ésta, de la que además poseía dos fotografías.

Demasiados secretos. Demasiadas mentiras.

Con una copa de whisky en la mano, comencé a evocar de nuevo todos aquellos recuerdos que habían permanecido encapsulados durante más de treinta largos años. Lo más desconcertante era el hecho de que esos mismos recuerdos hubieran adquirido categoría de verdad sólo al evocarlos, al hablar de ellos. Antes de mi charla con el doctor Pinilla ni siquiera existían, ni siquiera ocupaban un lugar en mi cabeza. Ahora no dudaba de que fueran recuerdos reales. Lo que empeoraba aún más las cosas. La constatación de que Lucía se hubiera tenido que enfrentar sola a aquellos seres antropomorfos que la secuestraban y ultrajaban, según ella, me llevó a cuestionar mi papel en nuestro matrimonio. No había contado conmigo, ni yo había podido ayudarla en ningún sentido. La imagen de mi cuerpo paralizado sobre la cama, sin capacidad para proferir un grito o para mover un músculo, reflejaba la situación a la perfección.

Me sentí herido, humillado, pues la ocultación de aquellos hechos evidenciaba que el nuestro no había sido un matrimonio tan perfecto como yo había imaginado, nunca mejor dicho. Mientras que ella me había engañado durante el año escaso que duró nuestra vida en común, yo había hecho lo propio durante los últimos treinta y tres años. Había creado una imagen de Lucía que no se correspondía con la realidad, había esculpido un sueño, y convivía con el resultado de esa proyección. En ese mundo ensoñado, Lucía se comportaba como una persona perfectamente normal, sin

traumas ni problemas aparentes. Éramos ella, la pequeña Valentina y yo. Nuestra felicidad, por tanto, era un traje a medida, una mera creación mía, donde no había espacio para nadie más.

Sin embargo, una vez rescatados aquellos perturbadores recuerdos, me invadió la sensación de que había habido alguien más en nuestras vidas, interfiriendo en ellas, manipulando los hilos como hace el titiritero con sus marionetas.

No recuerdo cuándo comencé a llorar.

La directora de la Asociación de Víctimas de la clínica San Román, me puso en contacto con el abogado que llevaba los asuntos legales de la organización, un joven treintañero llamado Alberto Cid, quien aún andaba buscando a sus padres naturales, según me confesó por teléfono.

Antes de que me recibiera en persona, su secretaria, una muchacha que ocultaba su rostro bajo unas enormes gafas con aspecto de alas de mariposa, y vestía un vestido de gasa ceñido a un cuerpo con forma de reloj de arena, me hizo rellenar un formulario con el nombre de la madre, del padre, de los abuelos, etc., el día, hora y lugar del alumbramiento, así como nombres que recordara de médicos, enfermeras y comadronas. En un apartado de observaciones, escribí ser poseedor de dos fotografías de mi hija robada.

Una vez hube cumplimentado el formulario, la joven de las gafas de mariposa entró en un despacho colindante con el papel y salió al instante sin él.

Dos o tres minutos más tarde, estaba delante de un joven que superaba el metro ochenta centímetros, ojos pequeños e incisivos, cejas bien perfiladas, diríase depiladas, piel bronceada y aspecto cuidado, cuyo cuerpo parecía esculpido en acero. Los protuberantes pectorales, ajustados a una camisa de color vainilla cuyas costuras tenían dificultad para contener la avalancha de músculos, semejaban el escudo de un superhéroe, mientras que los brazos y manos semejaban sendas mazas. Era uno de esos tipos de los que uno imagina que no usan abrigo durante el invierno.

—Alberto Cid. Encantado. —Se presentó mostrándome una blanca sonrisa.

Me llamó la atención el tono arenoso de su voz, que no había percibido a través del teléfono.

—Lo mismo digo.

El apretón de manos resultante equivalió a la opresión de unas tenazas. «Una forma habitual de reafirmación del ego, propia de personas inseguras o con baja autoestima», pensé.

—De modo que es usted el famoso profesor Pastor-Luján.

—Si no le importa, me gustaría tratar el asunto con la mayor discreción, con independencia de mi identidad —me pronuncié—. No quiero publicidad.

—Por supuesto, profesor. Soy abogado, y estoy obligado a mantener el secreto profesional. Por favor, tome asiento.

Obedecí.

Aproveché los segundos que tardó en ocupar su silla para echar un vistazo a mi alrededor. Todo el mobiliario y accesorios del despacho, desde las dos mesas, una de escritorio y otra para reuniones, hasta las sillas y las estanterías, eran de Ikea. En la estancia predominaba el blanco, y la nota de color la ponía una jarapa que se enrollaba a los pies en cuanto la pisabas. Abundaban las carpetas, también blancas,

rebosantes de informes y papeles, algunas de ellas dispuestas en columnas que desafiaban el equilibrio. Y olía a perfumador de lavanda.

—He leído en el formulario que asegura poseer dos fotografías de su hija robada —rompió el hielo.

—Así es.

—¿Lleva esas fotos consigo?

—Sí. Dentro de este sobre.

—¿Puedo verlas?

Depositó el sobre en el extremo de la mesa que tenía más cerca, y lo empujó para que quedara al alcance de mi interlocutor.

Tras extraerlas con delicadeza con sus gruesos dedos, y analizarlas durante treinta segundos escasos, me preguntó:

—¿Cómo sabe que las fotografías son de su hija?

—Las recibí de mi suegra, la abuela de la niña, tras su muerte. Al parecer, estaba de acuerdo con el doctor Abella.

—Su caso es verdaderamente singular. Le escucho.

En efecto, mi caso, como lo había llamado, era tan singular que ni siquiera podía exponerlo como era en realidad. Por ejemplo, ¿qué pensaría el joven abogado si le dijera que la abuela de la pequeña la había entregado en adopción por temor a que fuera abducida por extraterrestres, tal y como había ocurrido con su madre y con ella misma, según el testimonio de ambas? ¿Qué pensaría si le dijera que, además de las dos fotografías, también obraba en mi poder una muñeca, que era en realidad una réplica en vinilo de mi hija recién nacida? Sin duda, pensaría de mí que era un chiflado.

No me quedó más remedio que improvisar un relato plausible, tal y como había hecho cuando tuve que hablar con la policía tras el suicidio de Elvira.

—Mi mujer falleció durante el parto. Por desgracia, a mi suegra no le convencía yo como padre, así que entregó a la pequeña en adopción, pero manteniendo contacto con los padres adoptivos, según tengo entendido. De esa forma, podía ver a la niña sin levantar sospechas.

Los pequeños ojos del abogado se clavaron en los míos como alfileres.

—Perdone que sea tan directo y brusco —dijo—. ¿Acaso era su padre un maltratador para que su suegra prefiriera entregar a la niña en adopción antes que permitir que viviera con usted?

Pese a la insinuación, prefiero a las personas directas, así que me dispuse a contarle una historia plausible, coherente, que sirviera para dejar las cosas claras desde un principio.

—No, en absoluto. Sólo soy un simple profesor de física. En mi opinión, las cosas sucedieron de la siguiente manera. Por aquel entonces, hablo del verano de 1980, yo tenía apalabrado un trabajo como profesor de física teórica en una universidad del norte de Estados Unidos. Nuestros planes pasaban por tomar posesión de la plaza una

vez Lucía, mi mujer, hubiera dado a luz. No sólo era una oportunidad única para mí, sino también para nuestros hijos, que podrían educarse en un país que, por aquel entonces, era muy superior en todos los órdenes a España. Lucía, además, era también física de profesión, por lo que el cambio de residencia le brindaba un nuevo horizonte para desarrollar su carrera. Por desgracia, mi suegra era contraria a nuestros planes. Después de todo, Lucía era hija única. No sé en qué momento pergeñó su plan, pero lo cierto fue que Elvira, la madre de mi esposa, era amiga del doctor Abella. Así las cosas, éste le advirtió de lo que había acontecido durante el parto antes que a nadie. Supongo que Elvira pensó entonces que me llevaría a la niña a Estados Unidos, y no sólo eso, sino que yo, tarde o temprano, reharía mi vida. Me casaría de nuevo, tendría hijos con mi nueva esposa y, como consecuencia de todo eso, Valentina acabaría siendo víctima del desarraigo. De modo que, en connivencia con el doctor Abella, entregó en adopción a la niña, pero manteniendo el control de la situación. Por ejemplo, cada cierto tiempo, la familia de acogida le enviaba fotografías de la pequeña. Cabe incluso que la visitara. Aunque de esto último no tengo constancia.

—Eso tiene más sentido —dijo sin ocultar el alivio que le había procurado mi relato.

—Nada en esta historia tiene sentido, pero los hechos son los que son —observé.

—Sí, los hechos son los que son. Pero ¿son reversibles? ¿Qué probabilidades tiene de encontrar a su hija? Esa es la pregunta.

—¿Y cuál es la respuesta?

—Voy a serle franco. Las probabilidades de éxito, por regla general, son muy escasas. ¿La razón? La falta de pruebas, y también la oposición de las personas influyentes que están interesadas en que el asunto de los niños robados no prospere en España.

—Pero yo tengo las fotografías como pruebas —esgrimí para diferenciarme del resto de casos.

—Sí, tiene las fotografías, pero le falta el testimonio de la persona que se las entregó, que, por desgracia para usted, ha fallecido. Las fotografías podrían ser de cualquier niña, no sólo de su hija. Puede publicar las fotos en un periódico, y con suerte, mucha suerte, que alguien pueda darle alguna pista. Si al menos tuviera un nombre...

—No, no tengo ningún nombre, salvo el de su cómplice, el doctor Abella —reconocí.

Lo único que tenía, al margen de las dos fotografías, era la muñeca *reborn* y una carta repleta de alusiones a seres extraterrestres y abducciones. Material inservible.

—Abella es intocable desde que le fue diagnosticada demencia senil. Ya ha cumplido noventa y tres años, y tiene mermados los sentidos de la vista y oído. De modo que, por ahora, el valor de sus fotografías es sentimental, y no probatorio.

—Entonces, ¿qué me propone que haga? —le pregunté.

—Luchar por demostrar la verdad, por encontrar a su hija, por supuesto. Pero antes de embarcarse en una pelea que no desearía para sí ni el mismísimo Don Quijote, le conviene saber a qué y con quiénes se enfrenta.

—¿Molinos de viento convertidos en gigantes? —sugerí.

—Peor aún. Gigantes a secas. Para empezar: jamás podrá encontrar la partida de nacimiento de su hija, ya que la documentación está falseada. Forma parte de la metodología de quienes se dedicaban a robar y traficar con recién nacidos. Eso supone que su hija fue inscrita en una provincia distinta de donde nació. ¿En cuál? ¿Quién lo sabe? Tampoco encontrará la historia clínica del parto, que desapareció después de que la clínica San Román fuera clausurada, con lo que la única opción que le queda es solicitar la exhumación del cadáver de la pequeña, si es que sabe dónde está enterrada.

—Me temo que fue incinerada —reconocí.

—Lo que era otra de las prácticas de estas organizaciones mafiosas dedicadas al tráfico de recién nacidos. La obtención de ADN en casos de incineración es mucho más difícil, por no decir imposible. ¿Qué me dice del certificado de defunción?

—Elvira, mi suegra, se encargó del papeleo. O mejor dicho, de falsearlo. No, no tengo ningún documento que acredite que mi hija nació muerta el 15 de julio de 1980.

Esta vez fue él quien esgrimió las fotografías de Valentina. Luego, añadió:

—Por desgracia, sin cadáver, ni certificado de defunción, ni historial clínico, un juez archivaría su caso. Y ya que hablamos de jueces, fue el fiscal del Tribunal Supremo de la época quien en 1960 fundó la Asociación Española de la Protección de la Adopción. Organismo que trabajó durante años, codo con codo, con el doctor Abella y la clínica San Román. El propio fiscal era padre adoptivo de dos gemelas. De modo que, en el mejor de los casos, si logra que los medios de comunicación le presten atención, logrará la verdad social; pero jamás obtendrá la verdad jurídica. Yo mismo soy un ejemplo de lo que digo. No he logrado encontrar a mis padres biológicos, a pesar de contar con la confesión de mis padres adoptivos. Todo porque fui entregado a través de un intermediario, el propio doctor Abella. Sólo él sabía la verdad de mi caso, pero ya es demasiado tarde para preguntarle.

—Ya le he dicho que no pretendo notoriedad; sólo quiero encontrar a mi hija —insistí.

—En ese caso, le aconsejo que no hable de su situación con nadie que no sea yo. Si tiene tiempo y recursos, le recomiendo que emprenda su propia investigación contratando a un investigador privado. Hay varios que colaboran con nosotros. A veces, resulta más práctico recurrir a ellos para obtener pruebas que al propio estamento judicial.

—Comprendo.

—Perdone, cree comprender lo que le estoy diciendo, piensa que le estoy plantando una disyuntiva, pero no es así. Entiende mis palabras, sin duda, pero no

alcanza a vislumbrar la magnitud de lo que ha ocurrido en España en los últimos cincuenta o sesenta años. Lo que hay detrás de casos como el de su hija o el mío propio. Para que se haga una idea. Hasta 1987, las adopciones se realizaban en este país mediante un contrato privado, sin que mediara la intervención del Estado en las mismas. Ese mismo año, al amparo de esa ley, se introdujo en España el delito de tráfico de menores. Eso significa que los casos anteriores a esa fecha, la fiscalía los considera prescritos.

—Siempre la fiscalía.

—Sí, siempre la fiscalía.

—Pero no quiero que caiga en el desaliento, aunque haya motivos para ello. Siempre cabe la posibilidad de alcanzar un final feliz, aunque remota. Por ejemplo, de las últimas ciento cuarenta y siete denuncias presentadas por la fiscalía en Valencia, ciento cuarenta y tres han sido archivadas. Las otras cuatro han sido resueltas favorablemente, aunque no se han encontrado culpables.

—Eso es menos del tres por ciento —observé.

—Así es. Cuatro casos resueltos de ciento cuarenta y siete, y ningún culpable. A eso es a lo que nos enfrentamos. Por desgracia, las cifras son todavía más demoledoras. ¿Sabe cuántas adopciones se llevaron a cabo entre los años sesenta y los noventa? Cerca de dos millones. Eso significa que en ese periodo, unas ciento cincuenta mujeres renunciaban todos los días a sus hijos en nuestro país. La cifra es, como comprenderá, absurda, desproporcionada.

—Desde luego parece una cifra muy elevada.

—Sobre todo tramposa. La verdad es otra muy distinta: al menos el veinte por ciento de esas adopciones fueron fruto del tráfico de recién nacidos, dada la falta de una legislación específica. Según nuestros cálculos, en torno a cuatrocientos mil niños cambiaron de padres en este periodo de manera ilícita. Pero se trata de algo que el Estado no puede ni quiere reconocer, puesto que la mayoría de estos robos se produjeron en hospitales públicos. Las indemnizaciones, en caso de demostrarse, serían multimillonarias. Por no mencionar las consecuencias legales, ya que el robo de un recién nacido se considera un delito de detención ilegal, que según la legislación actual persiste hasta que no se identifica a la persona desaparecida. El problema es demostrar que el delito pertenece a este rango, y no a otro menor, como el de falsedad documental. Aquí volvemos a toparnos con la labor de los fiscales.

—Usted representa a los afectados de la clínica San Román. ¿No hay nadie del personal de aquella época que esté dispuesto a hablar?

—Alguna comadrona ha dado un paso al frente, pero no existen pruebas. Es su palabra contra la de nadie. Sor María García Centinela, la mano derecha del doctor Abella, murió de manera oportuna cuando acababa de ser imputada. Creemos que guardaba un fichero de sus tejemanajes, pero nadie lo ha encontrado. En cuanto al médico, primero ordenó destruir los archivos de la clínica; luego, su estado mental se encargó de borrar todo lo que sabía. No obstante, hemos creado un banco de ADN,

que está dando buenos resultados. Existe un laboratorio privado que colabora con las distintas asociaciones que buscan a niños robados. También hay webs y listas donde los afectados se pueden dar de alta. Le recomiendo que se apunte. A veces, la liebre salta cuando uno menos lo espera.

Si siguiendo la recomendación del abogado, me apunté al banco de ADN en cuestión, y desistí, al menos en un primer momento, de emprender acciones legales, habida cuenta del incierto futuro de las mismas. El número de casos resueltos era sin duda demasiado pequeño en comparación con las causas sobreesridas o no admitidas a trámite. Los tiempos de la justicia, por lo demás, eran los que eran, lo que implicaba tener que esperar varios años. Por otro lado, yo seguía guardando una as en la manga: el parecido físico entre la Valentina de mis sueños y Julia Bradley. Incluso las dos fotografías recibidas de Elvira podían servirme de gran ayuda. No en vano, yo mismo había tomado una de ellas en el transcurso de mi vida ensoñada. Tal vez no sirviera de prueba delante un tribunal, pero para mí era de suma importancia, pues demostraba que a quien yo veía en sueños era, en efecto, a mi hija. Partiendo de ambas imágenes, pues, las nuevas técnicas informáticas ofrecían la posibilidad de confeccionar un retrato más o menos fidedigno de Valentina en el momento actual. Una vez obrara en mi poder, sólo tenía que comparar si guardaba similitudes con Julia Bradley.

Pero había otro asunto que también me urgía aclarar y comprobar: el grado de verosimilitud de lo ocurrido durante la noche de la abducción de Lucía en la que, según aseguraba mi memoria después de mi paso por la clínica del doctor Pinilla, me había visto involucrado. Ahora era capaz de recordar la intensidad del haz de luz que había inundado nuestro dormitorio, así como el halo luminoso, casi incandescente, que se veía al otro lado de la ventana, en el exterior de la vivienda. Si se trataba de un fenómeno real, alguien más tenía que haberlo visto. Nuestra casa ocupaba una segunda planta de uno de los cuatro lados de un patio de manzana, un enorme rectángulo al que se asomaban un centenar largo de ventanas. Otro tanto ocurría con la gigantesca nave espacial descrita por Lucía. Si había sobrevolado nuestra casa, tenía que haber testigos.

Como conocía la fecha exacta del incidente, decidí acercarme hasta la hemeroteca municipal de Madrid, en busca de noticias que pudiesen estar relacionadas con lo experimentado aquella noche tanto por Lucía como por mí.

Para mi sorpresa, eran varios los medios de comunicación que se hacían eco de una noticia de la agencia EFE, según la cual, en la madrugada del 21 de marzo de 1980, diversos testigos habían puesto en conocimiento de las autoridades locales el avistamiento de un ovni que sobrevolaba las inmediaciones del Palacio Real de la capital española. El objeto, de grandes dimensiones, estaba conformado por luces esféricas, de tonalidades blancas y amarillas, que destellaban siguiendo una secuencia. En un momento dado, de esta «nave nodriza» se desprendieron varios objetos más pequeños con forma circular e igualmente luminosos. Al cabo de unos instantes, con los objetos circulares de nuevo acoplados, el ovni desapareció como

por arte de magia.

Incluso había una fotografía en blanco y negro, que un vecino de la calle Bailén había tomado con una cámara réflex de la casa Minolta, cargada con un carrete Ilford 400. Una imagen tomada en las oscuridad de la noche en la que se apreciaba un pequeño punto luminoso encima del Palacio Real.

La mejor crónica de lo ocurrido, no obstante, la hallé en el interior del semanario sensacionalista *El Caso*, que transcribía el testimonio de una anciana de ochenta y tres años, Manuela Garcés, vecina de la calle Quintana del madrileño barrio de Argüelles. Según ésta, a eso de las tres y diez de la madrugada de esa noche, había presenciado estupefacta la ascensión de una joven a través de un haz de luz. Una suerte de marcha lenta y premiosa parecida a la que realiza el funámbulo cuando camina por la cuerda floja. «Sólo faltó el redoble de tambores, si bien el ambiente era de completa calma. La fuerte luz distorsionaba el lugar al que llegó la joven, aunque parecía un objeto que estuviera suspendido en el aire. Cuando la luz se apagó, ya no estaba ni la joven ni el objeto. Fue visto y no visto. Llegué a pensar que se trataba de una aparición mariana, pero que yo sepa la virgen no viste un camisón estampado», aseguró la testigo.

Salvo para el reportero del semanario, cuya crónica se titulaba «Noche de ovnis: una mujer levita en pleno centro de Madrid», la policía había tildado de alucinación lo contado por la señora Garcés.

En cualquier otra circunstancia, yo hubiera opinado lo mismo, salvo por un detalle que se me antojó fundamental: que la calle Quintana era paralela a la del Buen Suceso, donde residíamos, y que la única distancia que separaba la vivienda de la testigo de la nuestra era la que iba de un extremo al otro del patio de manzana que compartíamos. Incluso le puse rostro a la señora Garcés, pese a no haber hablado nunca con ella. Supuse que se trataba de la mujer menuda que, enfundada en una bata de color azul cielo, tendía la ropa a deshora en el patio comunal. Era frecuente escuchar el chirrido de las cuerdas del tendedero de su casa a altas horas de la madrugada.

De modo que existía un testigo que venía a corroborar lo manifestado por Lucía bajo regresión hipnótica.

Lo más sorprendente de todo era que ni Lucía ni yo habíamos reparado en aquellas noticias, como si no fueran con nosotros.

Mi siguiente paso consistió en redactar los hábitos que tenía la Valentina de mi ensueño, desde su falta de puntualidad a sus platos preferidos, y buscar posibles coincidencias con los de Julia Bradley. Por ejemplo, Valentina tenía un novio con el que acababa de comprometerse en matrimonio después de cinco años de noviazgo. Un joven profesor de instituto que daba clases de matemáticas. Daniel Riestra, Dani, como lo llamábamos, era un palmo más alto que Valentina, y de un mundo más contestatario e insolente. Por principio, cuestionaba las teorías que yo había

elaborado para poner en entredicho el sistema de valores de nuestra sociedad, empezando por la física tradicional y continuando por las convenciones morales generales, tan poco edificantes a veces. Dani se reía de mí cuando yo le decía que no me importaba que besara o acariciara a mi pequeña, porque en realidad no lo hacía. Entre ellos jamás habría fricción, por mucho que creyera lo contrario. De modo que carecía de sentido que me mostrara como un padre celoso cuando el electromagnetismo se encargaba de mantenerlo a raya. Al mismo tiempo, le decía que no me preocupaba su arrogancia en exceso, puesto que estaba seguro de que en otro universo paralelo al nuestro existía un doble suyo sumiso y solícito. Se reía. Nos reíamos.

Según había confesado Julia Bradley en el transcurso de su alocución, había sido abducida en compañía de su novio, un falsificador de los famosos círculos de las cosechas, llamado Trevor Stevenson, quien había mantenido enconados enfrentamientos con el profesor Bradley. Algo similar a lo que me sucedía con el novio de mi hija. ¿Y si el Daniel Riestra de mis sueños y Trevor Stevenson fueran la misma persona? Para salir de dudas, escribí el nombre de éste en el buscador, por si existiera alguna imagen suya en Internet.

No sólo encontré una docena de instantáneas bajo el alias de «el Hacedor», sino también varios vídeos en los que narraba cómo realizar un círculo de las cosechas durante la noche con plenas garantías de éxito. Incluso mostraba de qué manera había que ocultarse entre la maleza en el supuesto de que apareciera el dueño del terreno o la policía. «Antes de entrar hay que tener previsto cómo salir», aseguraba ufano. En una de las filmaciones, narraba cómo sus estudios de matemáticas y de bellas artes le habían empujado a interesarse por el fenómeno de los círculos de las cosechas. Después del revuelo organizado en los años noventa por los jubilados Doug Bower y Dave Chorley, cuando se vanagloriaron de ser los autores de los círculos de las cosechas, y aseguraron que para realizar las vistosas composiciones sobre el cereal bastaba con un trozo de cuerda y una tabla de madera con la que aplastar las espigas, decidió erigirse en la cabeza visible de un «movimiento artístico» que diera carácter universal al fenómeno. El hecho de que las figuras aparecidas en los círculos en los años posteriores fueran cada vez más complejas, evidenciaba la mejora de la técnica y de los medios empleados para la elaboración de las mismas. Su forma de hablar era la de un agitador.

Pese a que la mayoría de las grabaciones transcurrían durante la noche, y «el Hacedor» de círculos aparecía en ellas con la cabeza tocada por gorras o pasamontañas que dificultaban su identificación, Trevor Stevenson era, en efecto, el mismo joven que vivía en mis sueños bajo el nombre de Daniel Riestra. Su rostro, su complexión, su forma de andar o de hablar, su morfología en suma se correspondía con la del novio de mi hija. Un ser ensoñado, como lo era también la propia Valentina. Seres imaginarios que, al parecer, también tenían un lugar en el mundo real.

El asombro que me causó este nuevo descubrimiento duró el tiempo que tardé en esgrimir algunos de los postulados de mi teoría de lo posible: el número de mentes en el universo es una. Todos los puntos del tiempo y del espacio están conectados. El universo no está definido, y sólo al observarlo lo obligamos a definirse, a elegir una opción y no otra. Este hecho provoca que demos pie a un sinfín de nuevas realidades, que se materializan en múltiples universos paralelos. En consecuencia, nuestro universo interactúa con esos otros multiversos, y viceversa, ya que están entrelazados. Y como ocurría con mi hija y su novio cuando se besaban creyéndose víctimas de una atracción irrefrenable, estos mundos paralelos se influían entre sí por la sutil fuerza de la repulsión.

Una vez estuve seguro de que Trevor Stevenson era el mismo joven que aparecía en mis sueños con el nombre de Dani Riestra, completé la ecuación: Valentina y Julia Bradley tenían que ser también la misma persona. La cuestión era cómo demostrarlo.

PARTE III

Cuando Carlos Antúnez entró en el dormitorio de su hija de madrugada, y encontró su cuerpo ovillado a los pies de la cama, con el pijama del revés y extrañas marcas en el brazo derecho, pensó que había llegado justo a tiempo para evitar su secuestro.

Gracias a que la tarde anterior celebraron el cuarto cumpleaños de la pequeña, lo que le había llevado a comer y beber en exceso, había pasado una mala noche. Además, era un hombre de sueño ligero. Le tenía miedo a la oscuridad desde la infancia, y desde hacía varios meses vivía en un estado de permanente desasosiego.

A eso de las cuatro y media de la madrugada, sumido en estado de duermevela, lo despertó el reflejo de una intensa luz que se filtraba por debajo de la puerta de su dormitorio. El fulgor duró el tiempo que tardó en ser consciente de que no estaba soñando. Saltó raudo de la cama, y se dispuso a inspeccionar la casa. Lo primero que hizo fue ir en busca de la pequeña.

Ahora, con la niña en brazos, comprobó que las ventanas y puertas del chalé de dos plantas estaban cerradas, lo que no dejaba de ser extraño. ¿Acaso los secuestradores habían huido y cerrado la ventana al salir? No tenía ningún sentido. No obstante, pese a que todo parecía estar en orden, estaba seguro de haberla librado de un secuestro seguro, cuyo móvil tenía su razón de ser, no le cabía la menor duda, en la situación que atravesaba su firma de inversiones financieras. Tras una sucesión de malas decisiones, que le habían ocasionado el consiguiente quebranto económico, no le había quedado más remedio que cubrir los intereses prometidos a sus viejos clientes con los fondos aportados por otros de nueva captación. De esa forma, había creado una pirámide cuyos cimientos estaban a punto de derrumbarse. En un primer momento, como el número de nuevos inversores era muy superior al de inversores antiguos, éstos cobraban lo estipulado y, de camino, daban apariencia de solvencia. Por desgracia, todo se había vuelto del revés en los últimos nueve meses. El número de inversores antiguos, a los que tenía que abonar los intereses pactados en su plazo, era ahora muy superior al de nuevos clientes, por lo que no podía hacer frente a sus obligaciones. En resumidas cuentas, debía más de lo que ingresaba, y ya no existía forma posible de equilibrar la balanza. El dinero, sencillamente, se había evaporado. Incluso un periódico, al que había amenazado con demandar con el propósito de alargar la impostura todo cuanto fuera posible, se había hecho eco de ciertos rumores que no dejaban en buen lugar a su firma, lo que había hecho saltar las alarmas. A estas alturas, ni siquiera podía mantener una conversación con un cliente sin que éste acabara profiriendo alguna clase de amenaza. En algunos casos, incluso se veía forzado a colgar antes de tiempo.

En cuanto a quién podía estar detrás de aquella tentativa, la lista de nombres superaba el millar. A todo el mundo le costaba asumir pérdidas, a nadie le gustaba admitir que invertir implicaba riesgos. Después de todo, jugar en bolsa no era más

que eso, un juego en el que se ganaba o se perdía, dependiendo de la suerte. La única diferencia radicaba en el hecho de que en el mundo financiero, el éxito o el fracaso estaba determinado por la volatilidad de los mercados, por el estado de salud de las principales economías mundiales, por la producción de hidrocarburos o incluso por el precio del oro. Los cambios se sucedían, por tanto, dado que la economía tendía a comportarse como un ser vivo desde el punto de vista emocional: se retraía con el miedo y la incertidumbre; se tornaba expansiva y confiada cuando se sentía embargada por la euforia. La cuestión era que quienes invertían en acciones o valores, exigían la máxima rentabilidad, a veces muy por encima de la que recomendaba el sentido común. Pero nadie invertía su dinero guiado por la prudencia —para eso ya estaban los plazos fijos que ofrecían los bancos—, sino por codicia. Un factor determinante a la hora de mover el capital. Él lo llamaba «la multiplicación de los panes y los peces», en alusión al milagro obrado por Jesucristo. Por desgracia, él no era Jesucristo, y el milagro no había sido tal, sino una ilusión, un burdo engaño, una estafa piramidal. En última instancia, por tanto, los damnificados eran víctimas del demonio del juego, aunque no quisieran reconocerlo. Según sus cálculos, el agujero podía alcanzar los mil quinientos millones de pesetas.

Pese a que la adrenalina le impedía pensar con claridad, su instinto lo invitó a poner tierra de por medio. Después de todo, era algo que tendría que hacer más temprano que tarde. Disponía de una buena suma de dinero depositada en un banco suizo, cuatrocientos cincuenta millones de pesetas, lo suficiente como para vivir sin preocupaciones el resto de la vida.

Pensó en Brasil, no sólo por la proximidad entre el castellano y el portugués, sino también por el hecho de que no tuviera tratado de extradición con España. Lo había comprobado cuando las cosas habían comenzado a torcerse. El clima y la inmensidad del territorio eran también factores a tener en cuenta. Sí, Brasil era el lugar idóneo para desaparecer.

Decidió que la niña durmiera el resto de la noche en la cama de matrimonio, entre Julia, su esposa, y él. Si ésta preguntaba, le diría que la pequeña había sufrido un episodio de terror nocturno, trastorno que padecía desde que cumpliera tres años. Luego, a la luz del día, sería el momento de planear la marcha de España con más detalle.

Para convencer a su esposa de la conveniencia de huir del país cuanto antes, esgrimió el argumento más convincente de todos: entre los estafados se encontraba el doctor Abella, quien les había servido a la pequeña en bandeja y cometido toda clase de irregularidades para que el proceso de adopción llegara a buen puerto. En cierta forma, ellos eran tan culpables como el propio doctor. Eran cómplices, sensu stricto. La comisión del delito, además, había estrechado los lazos entre ellos, hasta el punto de que el doctor Abella le había confiado una importante suma de dinero para que se lo invirtiera. ¿Cómo reaccionaría el médico cuando le tuviera que contar que el dinero se había volatilizado? Siete millones de pesetas podían convertirse en siete millones de razones para vengarse. Sí, no había hecho bien las cosas, tenía que reconocerlo, se le habían ido de las manos, pero de nada servía lamentarse. Si no huían se abriría una investigación, que con toda seguridad afectaría al proceso de adopción de la pequeña. Escudriñarían su pasado. El doctor Abella se vería salpicado, lo que complicarían aún más su situación, que ya era desesperada después de que la clínica San Román fuera clausurada. En esas circunstancias, un hombre acorralado y exasperado, argumentó, estaría dispuesto a hacer lo que fuera necesario para recuperar su dinero. Trataría de devolverles el golpe a través de la pequeña Julia, que era lo que más querían en este mundo. «Yo no soportaría que le hicieran daño a nuestra hija —dijo—, y sé que tú tampoco. Tengo un buen dinero ahorrado fuera de España, —añadió—, con el que podríamos vivir sin problemas el resto de nuestras vidas. Recuerda todo lo que los periódicos han escrito sobre ese hombre, de lo que ha sido capaz de hacer, del cadáver del bebé que guardaba en un frigorífico para enseñárselo a las madres que exigían ver el cuerpo sin vida de sus hijos, de la gente poderosa que le cubre las espaldas, y obra en consecuencia. Sí, sé que lo que te estoy pidiendo es demasiado, que cambiar de vida así por las buenas no es plato de gusto para nadie, pero no quiero imaginar qué sería de vosotras si yo acabara en la cárcel. Sí estás conmigo, todo tendrá que estar resuelto en cuarenta y ocho horas. Ni siquiera podremos llevarnos nuestras cosas. Sólo lo imprescindible. Tendremos que dejarlo todo atrás, incluso la casa».

En cuanto comprendió que su mujer entraba en razón, pensó que el siguiente paso, antes de huir sin dejar rastro, pasaba por enviar una fotografía del cumpleaños de la pequeña, tal y como se habían comprometido con el doctor Abella, y aparentar normalidad. Actuando de esa forma, ganarían el tiempo necesario para poner tierra de por medio.

Por último, pergeñó el plan de huida. Primero volarían a Zúrich, donde lo organizaría todo para traspasar una parte de su fortuna a un banco brasileño. Una o dos semanas más tarde, viajarían a Río de Janeiro haciendo escala en un punto intermedio con el fin de complicar su localización.

Se había acostumbrado a vivir en compañía de una escopeta de la marca Boito, incluso dormía con el arma a los pies de la cama. Desde que se establecieron en la hacienda, se sentía razonablemente seguro, aunque con ciertas reservas. El hecho de que fuera un lugar tan apartado era un arma de doble filo. Por un lado, dificultaba que alguien pudiera encontrarlos. Por otro, en cambio, si las cosas se torcían, la posibilidad de escapatoria era casi nula, pues estaban en mitad de la nada. Para evitar problemas con las autoridades locales, habían entrado en el país con sus verdaderas identidades, lo que era concederle cierta ventaja a sus enemigos. No obstante, Brasil, con sus ocho millones y medio de kilómetros cuadrados, era lo suficientemente grande como para que nadie diera con ellos. En cuanto a la propiedad que había adquirido, la había inscrito a nombre de su esposa para crear un primer cortafuegos. La segunda barrera de seguridad la conformaba el cinturón de eucaliptos y palmeras que dificultaban el acceso a la vivienda principal. Por lo demás, se limitaban a llevar la vida discreta y rutinaria de los ganaderos y agricultores de la región.

De modo que cuando la misma luz que dos años atrás le sacó de su duermevela habitual, corrió raudo al cuarto de la pequeña Julia con el rifle en ristre. El fulgor que inundaba la estancia le dejó momentáneamente ciego. Luego atravesó aquel muro de claridad con los ojos amusgados. Tras comprobar que la pequeña no estaba en su dormitorio, se asomó por la ventana. La vio caminando por el pasto, en pijama y descalza, en dirección a un gigantesco foco de luz que refulgía con la intensidad del sol. Apuntó a la pequeña, en busca de algún acompañante, pero caminaba sola, por lo que corrió escaleras abajo.

En el exterior fue recibido por un silencio ominoso, como si la luz que lo barría todo hubiera absorbido también el ruido ambiente. A continuación, aceleró el paso hasta que llegó a la altura de la niña, que seguía caminando con evidentes signos de desorientación hacia el lugar del que emanaba la luz, situado en medio del calvero que servía como centro neurálgico de las diferentes áreas de la plantación. «¿Qué diablos era aquella luz? ¿De dónde salía y qué la producía?», se preguntó. Ni siquiera el generador más grande del mercado podía iluminar con tanta intensidad.

Profirió un grito para alertar a sus hombres, una cuadrilla de ocho braceros que dormían en las dos casitas para trabajadores que había en la hacienda, a escasos doscientos metros de donde se encontraba. Pero por alguna razón incomprensible, ningún sonido brotó de su garganta, como si se hubiera quedado afónico.

Se situó delante de la niña para cortarle el paso, y cuando notó que su pequeño cuerpo chocaba contra el suyo, dirigió el cañón de su escopeta hacia el calvero y apretó el gatillo. El arma amartilló a la perfección, pero no disparó, como si se hubiera quedado atascada.

Ni podía gritar ni tampoco disparar. ¿Qué diablos estaba pasando? ¿Qué era todo

aquello?

Acto seguido, la niña sorteó su cuerpo y siguió avanzando hacia aquella claridad irreal. Había algo mecánico en su forma de caminar, como quien obedece a una orden en estado hipnótico.

Presa del miedo, su cerebro dio orden de retroceder e ir en busca de refuerzos, pero su cuerpo comenzó a caminar en la dirección opuesta, tras la pequeña, dando pasos cadenciosos que no reconocía como voluntarios. De manera definitiva, había perdido el control sobre sus actos.

Por último, ambos fueron devorados por las fauces de la luz.

Primero sintió que el resplandor lo succionaba hacia arriba, con la virulencia del remolino de un tornado. Pero a continuación, tumbado sobre una especie de colchón de luz tan etéreo e inconsistente como una nube, el proceso de absorción comenzó a tornarse en una experiencia sumamente desagradable. Extrañas luminarias giraban en torno a distintas partes de su cuerpo, quemando la piel primero y horadando la carne después. Tenía la sensación de que alguien le estaba apagando colillas de cigarro puro de manera aleatoria. Pero ¿quiénes estaban detrás de aquella furia luminosa? Más allá de la gruesa capa de luz, intuyó el perfil de varias cabezas, de gran tamaño. Y unos brazos delgados y espigados que se confundían con la miríada de ramas de los árboles. Hubiera jurado que se trataba de las extremidades de unos insectos gigantescos.

En cuanto a los instrumentos que le estaba infligiendo aquella tortura, se parecían a las espadas láser que había visto en *La guerra de las galaxias*. Tal vez un poco más delgadas y largas. Se movían a una velocidad endiablada, en círculos o haciendo zigzags. Incluso el zumbido que emitían era similar.

De pronto, una fuerza de procedencia desconocida —quizá una aspiradora de gran potencia— le succionó el ano hasta arrancárselo de cuajo. Unos segundos más tarde, sin solución de continuidad, ocurrió otro tanto con su ojo derecho. Saltó de su órbita como una canica de cristal. Lo siguiente que sintió fue un tajo limpio y preciso en la mandíbula, como si su atacante o atacantes hubieran empleado un molde afilado como la hoja de un cuchillo para llevarlo a cabo. Con parte de la boca y la cara cercenadas, notó cómo una de aquellas espadas de rayos se enroscaba en su garganta y le amputaba la lengua. Esta vez experimentó un dolor lacerante, que brotó desde el interior de su organismo hacia fuera, tal que una fuente que emanara a borbotones. Incluso después de que le fuera extraído el ojo izquierdo, siguió viendo destellos.

Profirió un nuevo grito, que se ahogó a la altura de la laringe y se mezcló con el magma de dolor que lo inundaba. ¿Quién era capaz de torturar así a un ser humano? ¿Y por qué conservaba la conciencia si su cuerpo permanecía inmóvil e inerte, como adormecido? La mezcla de dolor y parálisis era devastadora, insoportable. Por último, los cortes y amputaciones se sucedieron a mayor velocidad, primero en las axilas y luego en las ingles, como si aquellos seres que se ocultaban tras el manto de luz

hubieran decidido poner punto final al suplicio. Deseó estar muerto, y rezó para que la pequeña ya lo estuviera.

El comisario Joao Couto vomitó tras ver las fotografías tomadas por sus compañeros en el escenario del crimen. Aunque las que figuraban en el informe forense no le iban a la zaga. En veintidós años que llevaba en el cuerpo de policía, nunca había visto unas imágenes tan escabrosas. La mutilación de la víctima resultaba tan severa que había partes de su anatomía que, simplemente, no era capaz de reconocer. No, no parecía el cadáver de un hombre, sino el de un animal de una especie desconocida, por lo que tuvo que acompañar el análisis de las instantáneas con los comentarios del informe forense, tal que un manual de instrucciones.

El cadáver, un varón de nacionalidad española de cuarenta y ocho años de edad, llamado Carlos Antúnez, no presentaba signos de lucha. El asesino o asesinos tampoco habían utilizado arma convencional alguna para infligir las heridas que presentaba. Todo apuntaba a que la carnicería se había llevado a cabo empleando una aspiradora industrial o un instrumento parecido.

El último párrafo de la primera hoja evidenciaba la magnitud de las mutilaciones infligidas a la víctima:

Hemos observado la eliminación de las zonas orbitales izquierda y derecha, vaciado de la cavidad bucal, faringe, orofaringe, cuello, área de ambas axilas, abdomen, cavidad pélvica, y ambas ingles.

La región axilar muestra en ambos lados huecos blandos por donde han sido extraídos los órganos. La cara, tórax, abdomen, piernas, brazos y pecho presentan incisiones. Hombros y brazos tienen perforaciones de 2,5 a 3 centímetros de diámetro, por donde se han extraído músculos y tejidos. Los bordes de las perforaciones son uniformes y de idéntico tamaño. El pecho se ha reducido debido a la extracción de los órganos internos...

El comisario examinó una vez más el corpus fotográfico, fijándose en la instantánea que evidenciaba que a la víctima le había sido arrancada la zona anal de cuajo, así como otra donde el orificio bucal se extendía hasta la base de los mofletes, dejando a la vista las encías y las dos filas de dientes. Luego buscó el párrafo que aludía a la causa de la muerte:

... hemorragia aguda por múltiples traumatismos. Hay un componente de *mortis causa* por estimulación vaga. La

víctima muestra lesiones con características de reacción vital, es decir, que hay un componente de tortura. El *modus operandi* sugerido es: incisiones en partes blandas y orificios naturales utilizando dispositivos de succión...

«¿De verdad le habían succionado los órganos internos con una aspiradora industrial?», se preguntó. El problema era que nada en la escena del crimen casaba con esta posibilidad. Ni siquiera había un enchufe a doscientos cincuenta metros a la redonda.

El cuerpo había sido hallado en una hacienda de doscientas cuarenta hectáreas de extensión, propiedad de la mujer del finado, próxima a la ciudad de Silva Jardim, a sesenta y cinco kilómetros de Río de Janeiro. Un lugar tranquilo, sin apenas delincuencia, donde los lugareños eran en su gran mayoría ganaderos o agricultores.

El tipo, un español huido de la justicia de su país, según habían revelado las pesquisas iniciales, se dedicaba a criar caballos y al cultivo del palmito. Uno de los trabajadores de la granja se había topado con el cuerpo poco antes del amanecer, en un calvero que servía para orientarse entre las palmeras, a cuatrocientos metros de la casa principal. Iba armado con una escopeta de cartuchos que no había sido utilizada. Y lo más sorprendente: a su lado yacía su hija, una niña de apenas seis años, en pijama y en estado de profundo aturdimiento, pero cuyo cuerpo no presentaba un solo rasguño.

Ni la esposa del finado, ni los ocho empleados de la hacienda, que dormían en sendas casas anejas, habían visto u oído nada extraño.

Sea como fuere, el móvil del crimen parecía ser el económico, dado el historial delictivo del señor Antúnez, quien había huido de España dejando una larga lista de damnificados. Hacía un par de años había protagonizado un escándalo financiero que había dado mucho que hablar en la prensa española. La tortura y el ensañamiento, además, eran propios de esta clase de crímenes. No en vano, muchos de los estafados por la víctima eran personas poderosas, en algunos casos con vínculos comerciales con Brasil, lo que facilitaba el trabajo, al menos a la hora de acotar el número de sospechosos. Cualquiera de ellos podía haber contratado a un asesino profesional. La pieza que no encajaba era la aspiradora o, en su defecto, el instrumento empleado para succionar buena parte de los órganos internos de la víctima.

Fuera quien fuese la mano ejecutora, no obstante, se trataba de alguien diestro en el manejo de un complejo material quirúrgico. No sólo eran asombrosas las perforaciones o la pulcritud a la hora de amputar órganos y miembros, sino el hecho de que al cuerpo le hubiera sido extraída hasta la última gota de sangre. ¿A qué clase de ritual se enfrentaban? ¿Qué mensaje había querido trasladar el asesino? Tal vez la niña pudiera aportar nuevos elementos a la investigación. Claro que había que esperar a que se recuperara. Según los médicos, la experiencia sufrida le había causado un severo trauma, tan grande que, como primera consecuencia, había perdido el habla.

Incluso cabía la posibilidad de que jamás volviera a recordar nada de lo sucedido aquella noche.

El comisario Joao Couto no sabía con exactitud cuándo decidió atribuir la muerte del español Carlos Antúnez al ataque de un animal salvaje, el cual se había ensañado con la víctima, engullendo ciertas partes de su organismo y libando su sangre. Una fiera que podía ser un puma hambriento y sediento fuera de su hábitat. Lo cierto era que de la misma manera que las heridas de la víctima resultaban incompatibles con la vida, las pruebas encontradas eran opuestas a cualquier método de investigación policial. No aclaraban nada. Todo lo contrario. Daban pie a un sinfín de interrogantes para los que no había una solución lógica. Desde su punto de vista, por tanto, era preferible atribuir la muerte a las dentelladas de una fiera, —pese a que no hubiera rastro de dientes en las heridas—, a tener que defender que el arma homicida era una aspiradora industrial para la cual no había enchufe. Un animal salvaje y hambriento en mitad de una plantación de palmitos era algo plausible; la intervención de un asesino diestro en cirugía y equipado con una aspiradora en mitad de la noche, no. Incluso la teoría de la fiera salvaje le permitía cerrar un círculo virtuoso, si se podía expresar de esa manera, ya que el hecho de que un prófugo de la justicia española muriera a manos de un puma suponía un acto de justicia divina que satisfacía a todas las partes. A la policía brasileña por cuanto que le permitía cerrar un caso ciertamente complicado; a las autoridades españolas porque podían poner punto final a la búsqueda de un delincuente de los llamados de guante blanco.

En lo referente a la pequeña, se había librado de ser devorada por la fiera gracias a que ésta se había ensañado primero con su padre. Una vez con la tripa llena, el animal se retiró a descansar con toda probabilidad, lo que libró a la niña de una muerte segura. No obstante, presenciar en primera persona el ataque sufrido por su progenitor le había causado un terrible trauma. A tenor del estado en que quedó el cadáver, entraba dentro de la lógica que su subconsciente rechazara rescatar lo sucedido.

Julia Antúnez no habló hasta cumplidos los diez años. Para la psicoterapeuta que obró el milagro, resultó un trabajo monumental. Durante los cuatro años que duró el tratamiento, estimuló los sentidos de la pequeña con el propósito de que ésta saliera de su ensimismamiento, y recuperara la confianza en sí misma y en el prójimo. Le ponía música clásica, le daba de comer dulces, y se sentaba con ella a dibujar y colorear con ceras o acuarelas de tonos suaves. Lo que desde el punto de vista técnico se conocía como «trabajo con las funciones de contacto» —ver, oír, tocar, oler, probar—, ya que la niña estaba desactivada, y vertía toda su energía agresiva hacia el interior. En apariencia, era como si viviera en un estado de ausencia, aunque ella sabía que tras la gruesa capa de hermetismo anidaba un volcán de energía presto para entrar en erupción. El diagnóstico era sencillo: padecía un trauma de estrés postraumático, no causado por el suceso en sí mismo, sino por la congelación de la respuesta. La incapacidad de la pequeña para canalizar la ansiedad y el miedo, habían provocado una alteración de su sistema nervioso, causándole toda clase de estragos.

Pese a todo, cuando por fin logró entablar una comunicación plena, cuando la terapia alcanzó la fase de desensibilización, se sorprendió al comprobar que la paciente sólo recordaba el cuerpo mutilado de su padre, pero no el momento del crimen ni quién lo había perpetrado.

Según rezaba en el informe de la policía, el asesino había sido un felino salvaje, al que la pequeña no recordaba.

La solución pasó por someterla a sesiones de regresión hipnótica.

En cuanto la niña escarbó en sus recuerdos, comenzó a hablar de seres alienígenas que viajaban en naves interestelares por el espacio, abducciones que la tenían a ella como protagonista desde los cuatro años, y hasta de la muerte de su padre, quien había sido mutilado por tratar de entrometerse, de detener lo que nadie podía parar. Una escena que había presenciado, y que le había causado un profundo impacto. Su padre, a quien amaba con locura, tratado como la cobaya de un experimento, como una fuente de energía.

En un principio, achacó las confesiones de la pequeña a un error suyo, a una mala praxis a la hora de llevar a cabo la terapia, pero más tarde empezaron a surgirle dudas, comenzó a sentir interés por aquella historia. Los episodios que narraba afloraban de una manera vívida, realista, una auténtica reviviscencia. Aunque insólito, el discurso resultaba coherente. Demasiado sólido para tratarse de la mera invención de una niña de diez años. Por no mencionar la terminología empleada, impropia de su edad. Por ejemplo, cuando se interesó por la procedencia de los seres que, según la pequeña, la habían abducido y asesinado a su padre, dijo de ellos que eran entidades materializadas extradimensionales, que se materializaban en cuerpos físicos para poder interactuar en nuestro mundo. Para poder llevar a cabo esta clase

de interacción, requerían alimentarse de energía, preferiblemente de otro ser vivo. Así las cosas, la muerte de su padre obedecía a esta necesidad, habida cuenta que el sacrificio físico liberaba una enorme carga energética. Nada provocaba más estrés y, en consecuencia, más energía, que una muerte dolorosa. Todavía resultó más extraordinaria la respuesta de la pequeña cuando le preguntó por qué habían mutilado a su padre, si esos seres de otra dimensión se alimentaban de energía:

—Porque en los órganos internos, y sobre todo en la sangre, es donde hay una mayor concentración de energía —dijo.

La complejidad del relato era tal que ni siquiera se sentía capacitada para encontrar contradicciones, en caso de que las hubiera. Los recuerdos recuperados por la pequeña rayaban en la ciencia ficción, en lo irreal, en lo imposible, de modo que todas las explicaciones que se le ocurrían eran inmediatamente desechadas por insuficientes. ¿Se enfrentaba a un caso de psicosis atípica? ¿A una parafrenia rebosante de alucinaciones y fabulaciones?

De pronto, se encontró en un callejón sin salida.

Nunca pudo imaginar que el resultado de sus cuatro años de laborioso trabajo fuera tan asombroso y desconcertante.

PARTE IV

Una luna baja y circular iluminó mi camino desde Bristol hasta Avebury, epicentro del complejo megalítico más grande de Europa. En dicha localidad tenía el profesor Bradley su centro de operaciones.

A la altura del paraje conocido como The Cove Stones, en cuyas inmediaciones se encontraba el hotelito donde había reservado una habitación, me topé con dos enormes monolitos que, a la luz de la luna, refulgían como espejos negros hincados verticalmente en el suelo. Dos piedras clavadas en el vientre de la tierra. Al cabo, cuando por fin me apeé del vehículo que había alquilado, me vi rodeado de monolitos equidistantes entre sí, tal que gigantescos guardianes. Decenas de menhires que, alineados, conformaban uno o varios círculos de tamaño colosal. De inmediato comprendí que la aldea de Avebury había crecido en torno a aquellos círculos pétreos creados por el hombre en la noche de los tiempos.

El aire místico del exterior se disipó en cuanto entré en la recepción del The Cove Inn, un antiguo granero de tejado de paja a dos aguas reconvertido en hotel.

Una docena de turistas pertrechados para una excursión nocturna, se arremolinaban en torno al mostrador, que era atendido por un único empleado. Un joven alto y espigado con brazos tan largos y diestros como tentáculos. En la retaguardia, otro par de excursionistas hacían recuento de linternas, chubasqueros, sacos de dormir, termos y paquetes de galletas y otras viandas.

La habitación, forrada de madera centenaria, no cesaba de crujir bajo las sandalias con calcetines altos que calzaba el grueso del grupo. Las bermudas y las gorras de tela completaban las señas de identidad del clan.

Por el acento, deduje que eran originarios del norte del país.

Desistí inscribirme hasta que el mostrador se hubiera despejado, pero en ese instante, el recepcionista me pidió perdón e invitó a sentarme en una salita contigua hasta que las aguas volvieran a su cauce. Y para demostrar que su deferencia era comparable a su eficiencia, añadió:

—Le estábamos esperando, señor Pastor-Luján. El profesor Bradley llamó hace una hora preguntando por usted. Estaba preocupado ante la posibilidad de que no supiera desenvolverse por las carreteras inglesas.

Yo había avisado a Bradley de mi llegada, y él me había pedido disculpas por no poder encontrarse conmigo esa misma noche, ya que, según me dijo, estaba inmerso en la investigación de un círculo de las cosechas aparecido a sesenta millas de Avebury. Así que quedamos para desayunar a primera hora de la mañana en el Red Lion, la taberna más famosa de la aldea.

En la salita contigua, me encontré a un nuevo excursionista, ataviado como un reportero profesional, pantalones de color caqui, chaleco de gabardina de múltiples bolsillos, bandolera, etc., quien estaba poniendo a punto cámaras fotográficas con sus

correspondientes lentes, grabadoras, micrófonos de ambiente, y hasta un pequeño telescopio.

—¿Viene de parte del profesor Bradley? —se dirigió a mí como si hubiera estado al tanto de mi conversación con el recepcionista.

—No, vengo a visitar al profesor Bradley —respondí.

Desde que nos conociéramos en Madrid, Bradley y yo habíamos intercambiado un centenar de correos electrónicos, que habían culminado con una invitación formal de su parte para visitar el condado de Wiltshire. Obviamente, yo había mostrado un fingido interés por el fenómeno de los círculos de las cosechas, y ocultado las verdaderas intenciones que albergaba.

—Me llamo Alan Moore, aunque todos me llaman mister Scrooge, por el personaje de Dickens. Hasta que comenzó todo esto, era prestamista, aunque mi verdadera vocación era la de usurero. No me gustaban los niños, y detestaba todo lo que tuviera que ver con la fiestas navideñas, como al auténtico mister Scrooge —se confesó—. Ahora, por el contrario, soy el responsable de los muchachos y muchachas que están armando tanto alboroto ahí afuera.

Y tras tenderme una mano regordeta llena de pliegues, añadió:

—Perdone la confusión. Estamos esperando la llegada del emisario del profesor Bradley, que ha de conducirnos hasta el lugar donde hemos de realizar la vigilia que hemos programado para esta noche.

—Yo me llamo Bernardo. ¿Dice que van a realizar una vigilia? ¿Por algún motivo especial?

Los ojos de mister Scrooge comenzaron a bailar dentro de sus órbitas al ritmo de una polca, como si mi pregunta hubiera reactivado la excitación que había dado pie a lo que se proponían llevar a cabo.

—¿Qué sentido tendría realizar una vigilia sin un motivo? —me respondió con otra pregunta—. En realidad, nuestro propósito es entrar en contacto extrasensorial con los hacedores de los círculos. Nos reuniremos todos en un punto establecido de la campiña, y sintonizaremos nuestros pensamientos imaginando la misma imagen. La idea es que los hacedores de los círculos establezcan conexión con nuestros pensamientos, y acaben creando la figura que les demandamos.

De inmediato, me percaté de que mister Scrooge no tenía intención de hablar de las trivialidades de rigor, que su intención era contarme una historia. Su nombre, además, no era lo más extraño en él. Tenía el rostro de un cuadro cubista, con una mitad más alta que la otra, pero con las facciones de Botero, sonrojadas y carnosas. Sentí ganas de montarme de nuevo en el coche y desandar el camino. Volver a casa. La física cuántica me había puesto en numerosas ocasiones entre la espada y la pared, pero aquello era demasiado. El hecho de que el profesor Bradley pudiera estar detrás de aquella suerte de sainete añadía un plus al desaliento que me embargó.

Pensé en Julia y en los motivos que por los que había viajado hasta la campiña inglesa. Yo no estaba allí por los círculos de las cosechas, tampoco por el profesor

Bradley, sino para aclarar si era o no mi hija. Incluso el hecho de que tanto ella como su novio fueran idénticos a las personas que habitaban mis sueños, podía obedecer a un desarreglo psicológico de mi persona. Claro también estaban las fotografías y el retrato robot que habían encargado elaborar a partir de éstas.

—Muy interesante —dije.

—Es más que eso. Se trata de la prueba irrefutable de que quienes hacen los círculos son entidades extraterrestres, con capacidad para leer nuestros pensamientos. Se trata de un fenómeno sin igual, capaz de interactuar.

No sabía cómo seguir el sentido de aquella conversación sin sentido, por lo que procuré centrar los comentarios en la figura de Bradley y en su verdadero papel en todo aquello.

—Comprendo. ¿Y qué pinta el profesor Bradley en todo esto?

—¿Que qué pinta Bradley? Es lo mismo que si yo le pregunto a usted cuál es la función del papa en el Vaticano. Bradley es el representante de los hacedores en la tierra. Bradley es nuestro sumo pontífice, el cordón umbilical, el maestro de ceremonias entre ellos y nosotros, los creyentes. ¿Es la primera vez que viene a Wiltshire, Bernardo?

—Así es.

—Pero ha venido por Bradley, para reunirse con él.

—En efecto.

—Como la mayoría de nosotros. Entonces pronto entenderá mis palabras en su plenitud. Sólo puedo recomendarle que aproveche el verano al máximo, porque después de la siega, no habrá más círculos hasta el año que viene. Somos las hormigas que trabajan y almacenan comida durante el verano, mientras las cigarras cantan y holgazanean a la sombra.

El tono vehemente de mister Scrooge, sumado a la inocente fábula a la que aludí, me trasladó la impresión de estar entrando en un nuevo mundo paralelo, pero esta vez sin esperanza. Un universo dominado por la superstición.

—No lo dude, amigo. Bradley es su hombre. Su catarsis —dijo ahora con delectación—. Ni se imagina qué clase de tipo era yo hasta que experimenté la iluminación. Un ser abyecto, despreciable..., hasta que me llegó la epifanía gracias a aquella felación...

El último comentario llegó acompañado por un murmullo de risas amortiguadas procedentes de la recepción. ¿Había oído bien? ¿Había dicho felación? El corazón me dio un vuelco.

La perplejidad de mi rostro fue interpretada como una muestra de interés por parte de mi interlocutor, quien siguió adelante con su relato. Que los ojos de mister Scrooge se centraran en un punto indeterminado de la estancia, y las blandas facciones de su rostro se relajaran, al tiempo que dos finas arrugas se dibujaban justo encima de un poblado entrecejo, supusieron la confirmación de mis sospechas.

—Estaba en mi dormitorio, solo, porque en aquella época vivía solo, cuando la

estancia se llenó de una luz blanca, hiriente. Luego, tres tipos diminutos de grandes cabezas me paralizaron, me rodearon y me llevaron en volandas a través de aquella luz. ¿Qué cómo lo hicieron? Muy simple. Porque forman parte de una raza superior. Por aquel entonces yo pesaba noventa y tres kilos, y le aseguro que me hicieron levitar como una pluma. Sin saber cómo, acabé en la mesa de un cirujano. Un lugar limpio, blanco, aséptico y de paredes metálicas. Una especie de quirófano. Nadie me retenía, no tenía grilletes o cadenas en pies y manos, pero por alguna extraña razón no me levanté para huir de allí. Una voz interior me decía que no me moviera, que alguien quería conocerme. Así que me quedé. Hasta que, en efecto, un tipo igual que los otros, pero más alto, de un metro setenta más o menos, entró en la estancia y me atravesó con la mirada oscura que ocultaban sus ojos almendrados e impenetrables. Un tipo de piel gris y brazos largos y delgados como los de un pobre desnutrido de apariencia repugnante. Sentí miedo y repulsión, pero pudo más la curiosidad. ¿No hay un refrán que dice que la curiosidad mató al gato? Pues yo era el gato curioso. Al cabo de unos pocos segundos, utilizando su mente, el ser me dijo que me desnudara, y obedecí. Luego se puso a jugar con mi pene flácido, y no opuse resistencia. Todo lo contrario. Se lo ofrecí como una ofrenda. Por último, me dijo que se lo hundiera en la boca, y también obedecí. Entre usted y yo, no había otro camino para mantener una relación sexual más que ése. Ya me entiende. Incluso la boca era un orificio extremadamente estrecho, perfilada por unos labios casi inexistentes. Así que yo no quería estar allí, pero tampoco quería irme. No deseaba tener sexo con aquel tipo, pero casi me ofrecí a tenerlo. Cuando quise darme cuenta, el ser me estaba practicando una felación que me trasladó a la estrellas. Era como si hubiera introducido el miembro en una aspiradora. Las consecuencias ya las puede imaginar: eyaculé la vía láctea. La experiencia se ha repetido otras cuatro veces a lo largo de los últimos siete años. Mi vida sufrió un vuelco como consecuencia de aquella experiencia. Abandoné la usura, y comencé a mirar hacia las estrellas.

»A partir de entonces, me interesé por el fenómeno ovni. Descubrí entonces que la mayoría de los abducidos contaban historias terribles, de sufrimiento. Eran sometidos a terribles experimentos médicos. En muchos casos, les extraían semen u óvulos, pero de manera traumática. Empleando incluso un material arcaico. Así que centré mi búsqueda en personas que hubieran tenido una experiencia más cercana a la mía. Esas personas son los chicos y chicas que están en la recepción. Todos son, todos somos, hijos de la exofilia. Todos hemos mantenido relaciones sexuales con seres de otros mundos, de otras dimensiones.

Cuando el silencio se instaló entre nosotros, puesto que me quedé sin palabras, me di cuenta de que no había tanta diferencia entre mister Scrooge y yo. A él un extraterrestre le había realizado una felación, y yo había recuperado bajo hipnosis el recuerdo de mi mujer levitando a través de un haz de luz en pleno centro de Madrid. Incluso me resultaban familiares los mismos seres pequeños y grises.

Cuando por fin pude completar mi registro, y el amable recepcionista me

preguntó si podía hacer algo por mí, sólo se me ocurrió decirle:

—Sí, le agradecería que me subiera a la habitación una botella de whisky y una cubitera con hielo.

En el dormitorio, una habitación rústica de paredes empapeladas y sobadas, y suelo enmoquetado, establecí una suerte de altar con las dos fotografías de mi hija que había heredado de Elvira, el retrato robot que había obtenido a partir de las fotografías (y que coincidía con el aspecto que Julia Bradley tenía en la realidad), y con un ejemplar del libro *Ficciones*, de Jorge Luis Borges, cuyo personaje central es el tiempo y cómo sus alteraciones afectan a la realidad. Siempre que me sentía en la necesidad de constatar que el mundo seguro y confortable en apariencia del que creemos formar parte no era más que una ilusión, me enfrascaba en la lectura de Borges. Hay hombres que leen las sagradas escrituras para reafirmar o incluso para regodearse en su propia fe. Yo hacía lo propio con Borges, el mejor físico de la palabra que, en mi opinión, había dado la literatura universal.

Una vez con el whisky a mano, me serví un vaso, y me dediqué a darle sorbos a la vez que saboreaba el texto del hermoso relato titulado «El jardín de senderos que se bifurcan». En él se aseguraba que el hombre, cada vez que se enfrentaba con diversas alternativas, optaba por una y eliminaba las otras. Sin embargo, Ts'ui Pên, el autor de «El jardín de senderos que se bifurcan», optaba en su relato por todas. Creaba así diversos porvenires, diversos tiempos, que a su vez también proliferaban y se bifurcaban. El tiempo, por tanto, se presentaba multiplicado en diversos tiempos paralelos y divergentes. En consecuencia, todos los desenlaces ocurrían, y cada uno era el punto de partida de otras bifurcaciones.

Me recreé en ese pasaje que reza:

A diferencia de Newton y de Schopenhauer, su antepasado (se refería a Ts'ui Pên, el autor de la obra «El jardín de senderos que se bifurcan») no creía en un tiempo uniforme, absoluto. Creía en infinitas series de tiempos, en una red creciente y vertiginosa de tiempos divergentes, convergentes y paralelos. Esa trama de tiempos que se aproximan, se bifurcan, se cortan o que secularmente se ignoran, abarca todas las posibilidades. No existimos en la mayoría de esos tiempos; en algunos existe usted y no yo; en otros, yo, no usted; en otros, los dos. En éste, que un favorable azar me depara, usted ha llegado a mi casa; en otro, usted, al atravesar el jardín, me ha encontrado muerto; en otro, yo digo estas mismas palabras, pero soy un error, un fantasma...

Cuando Borges planteó este relato basado en la antigua teoría de los mundos

posibles de Leibniz, no sabía que estaba haciendo física cuántica de vanguardia. «El jardín de senderos que se bifurcan» contenía muchos de los postulados de la teoría de los muchos mundos de Hugh Everett, la cual sugería que en cada acto de observación que realizábamos, el universo se escindía en una copia de sí mismo. Cada vez que explorábamos una nueva posibilidad física, por tanto, el universo se dividía. Cada alternativa posible, en suma, contaba con un universo propio.

De manera más reciente, el equipo del profesor David Deutsch, de la Universidad de Oxford, había demostrado matemáticamente que la estructura del universo contenía infinitas bifurcaciones creadas al dividirse en versiones paralelas de sí mismo.

Así las cosas, si pudiéramos elaborar un gráfico del tiempo, éste estaría representado por un árbol infinitamente grande con infinitas ramificaciones.

Ahora, sentado en la pequeña butaca de la habitación, degustando un whisky y con un libro en la otra mano, mientras contemplaba las fotos de mi hija que descansaban sobre la mesita de noche, y el retrato robot elaborado por un amigo informático, desconocía por completo cuál sería el sendero que habría que tomar, y cuál mi papel en aquel mundo de infinitas bifurcaciones. La paradoja era que, tomara la decisión que tomara, todos los desenlaces posibles tendrían lugar, en éste o en otros mundos. Aunque claro, dada mi situación, el único desenlace que de verdad me importaba era el que tuviera lugar en nuestro mundo, en nuestra realidad.

Me despertó el júbilo de los excursionistas, quienes habían vuelto al hotel para cambiarse de atuendo después de haber cosechado, nunca mejor dicho, un gran éxito. Al parecer, la plegaria silente y colectiva había dado sus frutos y, según la información que había empezado a correr como la pólvora, el dueño de un campo de cereal de la vecina Trusloe había encontrado un falo de dimensiones descomunales esculpido en su sembrado. El dueño, un no creyente, había dado parte a la policía, la cual había advertido que procesaría por allanamiento a cualquiera que intentara acceder al lugar. En consecuencia, según mister Scrooge, quien se había convertido de manera definitiva en mi informador, habían decidido alquilar una flotilla de helicópteros que les permitiera sobrevolar la zona sin restricciones.

Era cierto que había bebido una copa de más la noche anterior, pero de no ser porque había quedado con el profesor Bradley para desayunar, y necesitaba de toda la lucidez de la que me había dotado la naturaleza para enfrentarme a él, hubiera seguido empujando el codo. ¡Un grupo de tipos que aseguraban mantener relaciones sexuales con extraterrestres, habían logrado que éstos esculpieran un falo gigante en un sembrado de cereal mediante la mera comunicación telepática!

Anduve la distancia que separaba mi hotel del Red Lion Inn enervado.

Encontré al profesor Bradley y a su guardia pretoriana, —compuesta por su hija Julia, por el novio de ésta, al que reconocí por ser, en efecto, el mismo joven que aparecía en mis sueños en calidad de novio de mi hija Valentina, y otros dos individuos que no conocía—, sentados en el interior del local, en torno a una mesa circular de cristal que cubría el brocal de un viejo pozo. Al parecer, se trataba del rincón más popular y peculiar del Red Lion, el pub sobre el que basculaba la vida social de Avebury. Un viejo edificio de ladrillo encalado con tejado de paja a dos aguas, y rodeado por una amplia terraza desde la que se divisaban varias de las piedras del complejo neolítico.

Me llamó la atención el hecho de que los cinco componentes del grupo vistieran de blanco, de los pies a la cabeza.

—Bienvenido, Bernardo —se dirigió a mí Bradley, a quien el buen tiempo había ennegrecido y adelgazado.

—John —dije en correspondencia.

—A Julia ya la conoce —comenzó el capítulo de las presentaciones—. Este es Trevor Stevenson, su *fiancé*. El chico díscolo de quien le hablé en Madrid. Y los dos caballeros de los extremos son mis más estrechos colaboradores: los señores Adam Tanner y Blake Gaffigan.

El efecto que causó en mi organismo el beso que me estampó Julia en la mejilla a modo de saludo, me restó reflejos a la hora de examinar a los mencionados señores. En cambio, escruté al joven Stevenson con el celo que un padre pone cuando conoce

al novio de su hija.

—¿Té, café, huevos revueltos, salchichas? —me preguntó Bradley.

—Café solo. Y huevos revueltos.

—¿Qué tal el viaje?

—Sin contratiempos.

—¿Y el hotel?

—Sin queja de las instalaciones. Aunque digamos que la clientela es un tanto peculiar —dije con el propósito de tantear su opinión.

Bradley respondió a mi observación con una sonrisa eminentemente pícara.

—Lo que me hace sospechar que ha conocido a mister Scrooge.

—Me temo que he conocido más de mister Scrooge de lo que me hubiera gustado. Esta mañana me lo he vuelto a encontrar, cuando regresaba de su «vigilia». Estaba, digámoslo así, especialmente excitado.

—Es por el falo que ha aparecido en un campo de Trusloe, a poco más de una milla de aquí. A veces ocurre. Un grupo de personas se reúne para meditar, piensan en una figura determinada, y ésta se materializa con forma de círculo en un campo de cereal a la mañana siguiente.

—Con forma de círculo, o de falo, al parecer —apunté.

—Los caminos de los hacedores de los círculos son inescrutables, amigo —intervino el tipo que obedecía al nombre de Blake Gafigan. Su voz era varonil, y estaba escondida detrás de un rostro bien modelado, limpio de líneas que confluían en una barbilla puntiaguda. Las arrugas que adornaban su cuello y manos me indicaron que debía de tener mi misma edad, más o menos, si bien tenía que reconocer que aparentaba diez años menos que yo.

—Llámalo profesor —corrigió Bradley.

—Llámeme Bernardo —dije.

—En cualquier caso, que haya aparecido un falo en un campo de cereal, en plena campaña de círculos, será motivo de burla.

Los vellos del brazo se me erizaron cuando comprobé que la voz que brotaba de la garganta de Trevor Stevenson era la misma que se entrometía en mis sueños, que me hablaba con insolencia y hasta me retaba mientras yo dormía. Una voz segura de sí misma, displicente.

Me fijé en Julia, quien asintió.

—La escena dará que hablar: un coche de policía y un agricultor armado con una escopeta tratando de impedir el paso de los creyentes, deseosos de encontrarse con... el falo cósmico.

—Basta, Trevor —inquirió Bradley.

—Cuando yo hacía los círculos no pasaban estas cosas. Había autenticidad en lo que yo hacía, como la había en los círculos que no hacía —prosiguió el joven—. Me costaba reconocerlo, de hecho no lo hacía, pero lo cierto era que había verdad en aquella especie de competencia. Era auténtica. Pero luego la cosa se fue de madre.

Empezaron a aparecer por aquí tipos raros, o mejor dicho, grupos de pirados como el que comanda mister Scrooge. «Exofílicos», se llaman. Una palabra que ni siquiera recoge el diccionario. Y cuando salen al campo a meditar, sólo piensan en una maldita polla. Seremos el hazmerreír del mundo entero.

—Basta, Trevor —insistió Bradley, aunque por su tono calmado se diría que estaba conforme con lo expuesto por el joven.

—Trevor quiere decir que no se puede ser romano y aplaudir las gracias de los bárbaros —salió Julia en defensa de su novio.

—Ya tendremos tiempo de ocuparnos de ese desaguisado. Antes hemos de darle a nuestro invitado su regalo —apuntó ahora Bradley.

—¿Mi regalo? —pregunté.

—La prueba física que confirma la existencia de mundos paralelos. La guinda para su teoría de lo posible.

—La única prueba de la existencia de mundos paralelos se encuentra, por el momento, en las matemáticas y la física —me pronuncié.

—Y en la ciudad de Marlborough. A seis millas de aquí.

—¿En Marlborough?

—Allí vive una persona que asegura haber visitado un mundo paralelo.

—Entiendo. Otro pirado como mister Scrooge.

—Dejemos al margen a mister Scrooge. La persona de la que le hablo regresó de ese otro mundo paralelo con una prueba física.

—¿De veras? ¿Qué clase de prueba?

—Será mejor que escuche su historia primero. Luego, ya tendrá tiempo para valorar las pruebas. Ahora disfrute de su desayuno. No tenemos prisa.

Pensé que, puestos a elegir un regalo, hubiera preferido la taza en la que Julia estaba bebiendo su café, o el tenedor que estaba empleando para comer los huevos revueltos y las salchichas. No por una cuestión fetichista, sino por contener su ADN, lo que hubiera facilitado mi trabajo y acortado mi estancia en aquel lugar, digámoslo así, tan peculiar.

—¿Había estado antes en Avebury? —se interesó Julia.

—No, es la primera vez. Aunque he visto las construcciones megalíticas de la zona en media docena de documentales.

—En mi opinión, esas construcciones son los primeros círculos, antes de que existieran las cosechas tal y como hoy las conocemos, y son obra de los mismos seres con los que me relaciono.

—Ándate con ojo a la hora de decir algo así según el lugar y la persona que tengas enfrente, o te verás en problemas —le advirtió Stevenson.

—De modo que si digo que hombres de escasos medios y cualificación técnica trasladaron piedras de treinta toneladas desde el suroeste de Gales, en un viaje de más de doscientos treinta kilómetros, me toman por cuerda; pero si digo que esas piedras fueron movidas por inteligencias extraterrestres cuya tecnología hacía posible el

transporte de dicho material, entonces estoy loca de remate —le replicó Julia a su novio.

—La diferencia es que la primera opción reconoce el origen genuinamente británico de estas construcciones.

—Las primeras comunidades agrícolas de Inglaterra de pronto se sintieron subyugadas por «la extraña locura de la piedra», ¿no es así? —ironizó Julia.

—Más o menos. Monumentos como Stonehenge o Avebury pueden simbolizar el primer intento de reunificación de nuestro país, de ahí que las piedras no sólo fueran traídas desde Gales, sino también desde otros puntos de la geografía. Por primera vez, los distintos pueblos de Gran Bretaña tenían algo en común, y esos monumentos son el resultado.

—Ya. Curiosamente la forma que eligieron para levantar esos monumentos fue el círculo, como de círculos de las cosechas se llenaron los campos aledaños cinco mil años más tarde. Círculos cuyos dibujos sólo pueden apreciarse desde el aire, lo que demuestra que la inteligencia que los crea maneja la tecnología de la que disponemos en cada momento.

—Otro producto genuinamente británico. Te recuerdo que tanto tú como yo contribuimos a engrandecer el fenómeno creando círculos a hurtadillas que luego pasaron los exigentes filtros de los creyentes que «certificaron» su autenticidad.

—Hasta que una jodida noche de lluvia una luz salida de la nada te calentó el trasero y el cerebro, y cambiaste de bando —espetó Julia—. Pero no tienes de qué avergonzarte. Pablo de Tarso, con el mandato de perseguir a los judíos, cabalgaba sobre su corcel camino de Damasco, cuando un fuerte resplandor que sólo él vio lo descabalgó del animal y lo dejó ciego. Mientras la luz de sus ojos se iba apagando, una voz le dijo: «Saulo, Saulo (que era el nombre hebrero de Pablo), ¿por qué me persigues?». Ya en Damasco, se encontró con Ananías, quien le impuso las manos en nombre de Jesús, fue bautizado y recuperó la vista. Salvando que tú nunca serás san Pablo, vuestros casos guardan similitudes.

—Te guste o no, Stonehenge y Avebury son productos *made in Britain*, y no de esos cabrones que me frieron con sus luces.

—Olvidas la fiesta del 21 de junio del año pasado en Stonehenge, a la que acudieron casi quince mil personas, treinta de las cuales acabaron detenidas por robo o por alterar el orden público. Eso sí que es algo genuinamente británico.

Daba la impresión de que ni Julia ni Trevor estaban dispuestos a dar su brazo a torcer. Lo curioso era que la forma que ambos tenían de comportarse era la misma que la de Valentina y Dani en la vida que compartían conmigo. De hecho, en más de una ocasión había tenido que mediar entre ellos. Otro tanto ocurría con Lucía.

—¿Ha terminado? —intervino Bradley dirigiéndose a mí—. Como toda pareja bien avenida, Julia y Trevor nunca están de acuerdo en nada, lo que en mi opinión es un buen síntoma.

Mi plato estaba limpio y mi taza de café vacía. Había comido sin darme cuenta,

mientras seguía el tira y afloja entre Julia y su *fiancé*, como lo había llamado Bradley.

—Eso parece.

—Entonces pongámonos en marcha.

En el aparcamiento, nos separamos. Yo me subí al vehículo de Bradley (un Mini Cooper blanco con techo solar) en calidad de acompañante; Julia ocupó otro coche idéntico con su novio; y Tanner y Gaffigan hicieron lo propio.

Camino de Marlborough, Bradley me explicó que la proliferación de círculos de las cosechas durante los veranos, había provocado un movimiento migratorio que afectaba a todas aquellas personas que, tras vivir una experiencia vital inusual o inexplicable, ahora sentían la necesidad de respuestas: contactados, abducidos, médiums, miembros de sectas apocalípticas, etc. También se habían asentado en la zona numerosos impostores, que sólo buscaban lucrarse a costa del «fenómeno de los círculos», así lo llamó. Tipos de la catadura de Trevor Stevenson antes de su conversión, capaces de elaborar un círculo en un campo de cereal, ya fuera para mofarse de los creyentes, o por razones puramente comerciales. De hecho, habían comenzado a aparecer círculos de las cosechas que escondían logotipos de multinacionales, y que obedecían a campañas publicitarias virales creadas al rebufo del fenómeno. Así las cosas, el condado de Wiltshire se había convertido en un enjambre de abejas en busca de miel. Un tótum revolútum donde organizaciones como la suya realizaban una labor fundamental para separar el grano de la paja, lo verdadero de lo falso. De ahí que hubieran tenido que organizarse en grupo e incluso uniformarse.

—¿Ve esa suave ondulación de allí? Justo a su derecha —me preguntó Bradley.

—Sí, la veo.

—Allí estaba el primer círculo que vi en mi vida —dijo a continuación—. Se trataba de varios heptágonos superpuestos contruidos a partir de sólo tres líneas de diferentes longitudes. Yo había visto círculos en fotografía, claro está, pero no al natural. Yo era un científico escéptico, creía que los círculos de las cosechas eran una nueva forma de expresión artística. Una especie de grafiti en el medio rural, pero en cuanto pisé aquel agroglypho y analicé la disposición de las plantas, supe que algo no iba bien, que las ideas preconcebidas que llevaba conmigo como parte del instrumental de campo no tenían cabida. Tomé muestras y controles, es decir nuevas muestras en un área no afectada por el círculo del mismo campo, y los resultados no dejaron lugar a la duda. El comportamiento de las plantas era completamente anómalo, así como la energía que desprendía la tierra donde se producían las figuras. Una suerte de energía intensa y compleja que emitía calor, al estilo de un microondas. De modo que me vi en una encrucijada. O me aferraba más fuertemente si cabe a mis prejuicios o rompía con ellos. Sobra decir que hice lo segundo. Soy consciente de que he sido expulsado de la comunidad científica por hereje, pero lo prefiero así, porque ahora, al menos, sé quién soy, qué quiero ser.

—¿Nunca se ha arrepentido, John? ¿No echa de menos su carrera como profesor de biofísica? —me atreví a preguntarle.

Bradley me respondió con la vista puesta en la carretera, como si necesitara aquella dosis de concentración extra para responder.

—No, nunca me he arrepentido, porque nunca he tenido motivos para hacerlo. Sí, es cierto, ya no doy clases de biofísica, pero a cambio me dedico al estudio de las anomalías que los círculos de las cosechas causan al sistema biológico que utilizan como soporte. Por ejemplo, la biofísica de los círculos de las cosechas revela alteraciones inusuales y pautas de crecimiento acelerado. Es decir, se produce un agrandamiento de los ganglios de crecimiento de los tallos. Ese mismo crecimiento que experimentan las plantas es aplicable a las personas que los visitan. Al principio no lo creía, pero he visto casos que... En definitiva, los círculos de las cosechas, los auténticos, los verdaderos, poseen cualidades vivificantes, y nada en ellos está hecho al azar. Sólo hay que saber interpretarlos, de la misma manera que hay que tener conocimientos matemáticos para descifrar el significado de una ecuación.

—Comprendo.

—Sí, Bernardo, esta tierra moteada de verde, de paisajes neolíticos, es el centro de algo desde hace miles de años.

A la altura de un conjunto de casas de estilo Cotswold, de gruesas paredes y tejados de pizarra, torcimos a la izquierda para tomar una carretera secundaria, que se abría por una llanura cuyo horizonte era un frondoso bosque.

Seis o siete millas más adelante, tal y como había pronosticado Bradley, nos detuvimos frente a una pequeña casa de campo, un *cottage*, cuya parte trasera miraba hacia la rivera del Kennet.

El propietario, un tipo famélico de rostro torturado, piel cetrina, pelo encrespado y descuidado, llamado William Harding, se abrazó a Bradley como lo hubiera hecho un hijo al encontrarse con su padre tras una larga ausencia.

Por lo que pude deducir del intercambio de palabras que se produjo entre ambos, Harding vivía aislado del mundo, a la espera de encontrar una respuesta racional al incidente que había cambiado su vida para siempre. El olor a rancio que escupía la vivienda, me hizo sospechar que no existía una señora Harding.

El hecho de que Bradley me presentara ante el señor Harding como «el mayor experto del mundo en universos paralelos», provocó que nuestro anfitrión me mirara con la expresión de alivio con la que el pecador enfrenta su mirada a la del sacerdote ante el que va a confesarse, a liberarse de la pesada carga de sus pecados. Bradley le había traído el agua con la que saciar su sed hasta su casa, lo que, en su opinión, era casi sanador.

Las manos huesudas de Harding se entrelazaron con las mías, y me arrastraron hasta un salón de buen tamaño, cuyo ventanal miraba directamente al río. La vista era bonita y estaba al alcance de la mano; sin embargo, la densa atmósfera de la estancia evidenciaba que la ventana servía de muro infranqueable. Harding desconfiaba de lo que le ofrecía este mundo, ahora que creía haber visitado otro. También recelaba de la realidad, por lo que procuraba vivir de espaldas a ella.

Delante de una taza de café con sabor a té, le expuse con un lenguaje comprensible para todos los públicos los principios de la física cuántica que avalaban

la existencia de mundos paralelos, incluso mencioné al físico, astrofísico y cosmólogo Stephen Hawking, quizá el científico más célebre del mundo, quien creía en la existencia de un número incalculable de universos paralelos.

Así las cosas, Harding no tardó en compartir su historia conmigo.

—Todo ocurrió el día 27 de noviembre de 2011 —comenzó—. Yo vivía en Maple Street, a pocos pasos del hospital de la Universidad de Londres, en Bloomsbury, y trabajaba en la City, en una compañía de seguros. Tenía un buen puesto en el departamento de reaseguros. Esa mañana, tenía que asistir a una reunión en el edificio Lloyd's, en el número 1 de Lime Street. Salí de casa con cierto retraso tras descubrir que la corbata que tenía previsto ponerme tenía una mancha a la altura del nudo, por lo que anduve lo más rápido que pude hasta la estación de Goodge Street. Cuando estaba en la boca del metro, caí en la cuenta de que había olvidado unos informes, por lo que tuve que desandar lo andado. Fue entonces cuando algo extraño sucedió. El día estaba nublado, como acostumbra en esas fechas en Londres, pero no había niebla. Sin embargo, al llegar frente al complejo de la universidad, me vi envuelto en una densa niebla. Al salir de ella, noté que la calle estaba especialmente vacía, cuando minutos antes había decenas de estudiantes yendo de aquí para allá. Otro tanto sucedió con el tráfico. Había desaparecido.

—¿Ha oído hablar del llamado «factor Oz»? —intervino Bradley.

—Sí, cuando el implicado en uno de esos fenómenos extraños siente que la realidad de su entorno está cambiando sin explicación —respondí.

—En efecto. El afectado suele experimentar una extraña sensación de aislamiento con respecto al mundo circundante. Aunque desde el punto de vista físico no abandona la posición que ocupa, tiene en cambio la sensación de haberse adentrado en otra dimensión.

—La siguiente anomalía tuvo lugar al entrar en mi vivienda —prosiguió Harding—. La disposición de los muebles no era exactamente la misma. Incluso algunos de ellos no los reconocí. Tampoco estaban los papeles que había dejado olvidados minutos antes sobre la mesa de mi escritorio. «¿Qué diablos estaba pasando?», me pregunté. Como andaba con mucha prisa, me limité a revisarlo todo por encima. Por ejemplo, la ropa que había en los armarios era mía, pero alternando con trajes y camisas que reconocí, había otros tantos que no recordaba haber comprado. Temí estar sufriendo alguna clase de accidente cerebrovascular. Y en esas estaba cuando descubrí un ejemplar del *Times* sobre la mesita de café. Lo cogí para hacer una prueba de lectura que me permitiera valorar qué me estaba pasando. En apariencia, no tenía problemas para hablar o leer. Lo que leí, sin embargo, me dejó sin habla. La portada, fechada el 22 de noviembre de 2011, es decir, cinco días antes, tenía un único tema: la coronación del rey Guillermo V, hijo del príncipe Carlos, quien había muerto en accidente de tráfico ocurrido en París en compañía de su madre, la princesa Diana de Gales. Todos conocemos la historia de Diana, y sabemos que el príncipe Carlos sigue vivo, por lo que pensé que, en efecto, estaba sufriendo alguna clase de

problema cerebral que me hacía confundir las cosas. Le eché un vistazo al resto de objetos de la estancia, con el único fin de cerciorarme que los reconocía. Al revisar la estantería donde guardaba mis viejas cintas de casete, reconocí una donde yo mismo había escrito el nombre del grupo, del álbum y la fecha. Era una grabación de los Beatles realizada en 1981, titulada *Spiritual Experience*. Todo el mundo sabe que los Beatles se disolvieron en 1970, y que John Lennon murió el 8 de diciembre de 1980, tras recibir cinco disparos a bocajarro cuando salía de su apartamento neoyorquino. Sentí miedo, y encima llegaba tarde a la reunión, así que guardé aquella cinta en el bolsillo de mi chaqueta, doblé el periódico, y salí de nuevo a la calle, aturdido y confuso, a la espera de encontrar una respuesta. Cuando volví a pisar la calle, la niebla se había disipado, los estudiantes habían vuelto a poblar las aceras. Al regresar por la tarde a mi apartamento, todo estaba en orden, era el mismo de siempre. Sin embargo, yo conservaba tanto el ejemplar de aquel periódico como la cinta de casete. Dos pruebas irrefutables de que lo que había experimentado aquella mañana no era obra de mi invención.

Harding detuvo su relato a la espera de una primera valoración por mi parte.

—Comprendo —dije para salir del paso.

Me pregunté quién de los dos tenía más motivos para mostrar su contrariedad, si él por la experiencia que decía haber vivido, o yo por verme obligado a escuchar su relato.

No creía que el señor Harding fuera un conspicuo mentiroso; no obstante, cualquiera podía fabricar la portada de un periódico, o escribir sobre la carátula de una vieja cinta de casete lo que le viniera en gana.

Como si Harding hubiera leído mi pensamiento, acto seguido introdujo la cinta en un viejo reproductor, y apretó el botón de *play*.

La canción que comenzó a sonar guardaba, en efecto, un inconfundible parecido con el estilo de los Beatles, pero más parecía una remezcla de distintas melodías, una yuxtaposición de viejos *hits* de la banda de Liverpool, que un álbum inédito. El sonido tampoco era limpio del todo, lo que alimentó mi desconfianza.

—De lo que no tengo dudas es de que la letra que aparece en la carátula es la mía —aseguró Harding.

Tras verme entregada la cajita de la cinta y echarle un vistazo, llegué a la conclusión de que Harding podía haberla escrito una hora antes de mi llegada o diez años antes.

—Sin entrar a valorar la autenticidad de las pruebas, uno de los principios que sustentan la física cuántica es el de la superposición. Según ésta, las partículas subatómicas pueden existir en cualquier estado posible al mismo tiempo. Imaginemos que esta cualidad de las partículas microscópicas pudiera aplicársele a un cuerpo de su tamaño. En ese supuesto, nada le impediría visitar un universo paralelo. Aunque hay un inconveniente, en ese otro universo tendría que haberse encontrado con una copia de sí mismo, lo que no ocurrió —argumenté.

—No, eso no ocurrió. En la vivienda no había nadie —reconoció Harding.

—Cabe que el doble del señor Harding hubiera partido ya para su trabajo en ese otro mundo paralelo —sugirió Bradley.

—Esa posibilidad daría lugar a ciertas contradicciones. Dos señores Harding en un mismo universo se destruirían el uno al otro. Equivaldría a enfrentar un polo positivo y otro negativo. Materia y antimateria. No, la explicación tiene que estar en otro lado. Un nuevo enfoque de la física cuántica propone que cada mundo individual está gobernado por leyes convencionales, por las leyes de Newton que todos aceptamos, mientras que el comportamiento cuántico se debería al resultado de diferentes mundos «colisionando» entre sí. Es decir, los universos paralelos estarían entrando en contacto todo el tiempo con el nuestro, e interactuarían con él de una manera sutil. Tanto que sólo sería apreciable a partir de la observación de las partículas subatómicas. No se trataría de la colisión de un meteorito con la tierra, por poner un ejemplo, sino que la interacción sería imperceptible. La cuestión es averiguar cómo un cuerpo como el suyo, señor Harding, que se rige por las leyes de la física clásica, pudo romper esa barrera por dos veces, hasta el punto de adentrarse en un universo paralelo y lograr salir de él más tarde. Eso es lo que hay que averiguar. Si seres macroscópicos como nosotros somos capaces, como usted afirma, de interactuar con otros universos de nuestra vecindad.

En las doce últimas horas había entrado en contacto con un grupo de personas que aseguraban mantener relaciones sexuales con alienígenas, un gigantesco falo había sido esculpido por una supuesta inteligencia extraterrestre en un campo de cereal de la comarca, y había conocido al señor Harding, quien aseguraba haber viajado a un mundo paralelo ubicado en su propia casa. De las pruebas, mejor no hablar.

La cuestión era que mi situación no era mejor. Julia Bradley y Trevor Stevenson eran mis pruebas de la existencia de mundos paralelos, con la salvedad de que yo había visitado dicho universo en sueños, y durante más de treinta años. En ese universo paralelo, yo veía a mi doble, aunque no interactuaba con él. ¿Qué hubieran pensado Harding y Bradley de haberles contado semejante historia? ¿Cómo hubieran reaccionado de saber que el verdadero motivo que me había llevado hasta el condado de Wiltshire no era otro que reencontrarme con mi hija, la cual me había sido robada treinta y tres años antes?

Le prometí a Harding que estudiaría su caso, y que, ya fuera por correo electrónico o por medio del profesor Bradley, le haría llegar mis conclusiones. ¿Qué otra cosa podía hacer?

De regreso a Avebury, mostré mi descontento manteniendo un elocuente silencio, que hizo que Bradley reaccionara.

—De acuerdo, las pruebas son inconsistentes —admitió—, pero eso no convierte a Harding en un mentiroso.

—No digo que sea un mentiroso, pero creo que padece un evidente desarreglo mental. En mi opinión, vive dentro de una burbuja de delirio, que confunde con la realidad. Cabe que él mismo haya fabricado esas pruebas que asegura haber traído de ese otro mundo paralelo, y que ni siquiera sea consciente de haberlo hecho. Su caso no es muy diferente al de mister Scrooge y su grupo. Todos creen porque tienen la necesidad de hacerlo.

¿Acaso no era ése también mi caso? ¿No había desarrollado yo la necesidad de creer después de quedarme viudo y perder a mi única hija el mismo día?

—Todos creemos en algo, profesor —puntualizó Bradley—. Todos tenemos la necesidad de creer en algo. ¿Acaso usted podría haber desarrollado su carrera como físico teórico si no creyera en la física cuántica?

—Es evidente que creo en lo que hago. Pero no todas las creencias son iguales. Las hay de orden racional e irracional.

—¿Y qué hay de esa realidad irracional de la que habla su teoría de lo posible? ¿Del mundo inestable que habitamos, de los mundos paralelos que viven en consonancia con el nuestro?

—John, las matemáticas avalan la inestabilidad de nuestro universo; en cambio, no hay formulación que ampare la posibilidad de que una persona cambie de realidad al salir de su casa para ir al trabajo.

Por un lado, hablaba con convencimiento, pero por otro dudaba de estar en lo cierto. Si yo había soñado con una o más personas durante décadas, personas que a la postre habían resultado ser reales, no podía descartar que lo experimentado por el señor Harding formara parte de una singularidad, de una anomalía. Después de todo, las singularidades —entendiendo por tales aquellas cosas sobresalientes por su condición de inhabituales— no eran más que lagunas que los físicos no habíamos sabido rellenar.

Llevábamos recorridas unas tres millas cuando sendos helicópteros sobrevolaron por encima de nuestras cabezas.

—Mister Scrooge y sus muchachos —dijo Bradley señalando con el dedo índice de su mano izquierda hacia el cielo. Al sacar la cabeza por la ventanilla, leí en la panza de ambas aeronaves «Bradley Crops & Company».

—¿Qué diablos! ¿No será usted el dueño de los helicópteros? —le pregunté.

Una media sonrisa anticipó su respuesta.

—Por supuesto. Si no tiene miedo a las alturas, luego me gustaría enseñarle unos

cuantos campos de cereal desde el aire.

—De modo que no sólo organiza vigiliias a grupos de creyentes, sino que luego les alquila los helicópteros para que contemplen la creación llevada a cabo por inteligencias extraterrestres. John, he de reconocerle el mérito de haber organizado todo un tinglado con apariencia de circo.

—¿Qué insinúa?

—Que la inteligencia que crea esos círculos es terrenal, tan terrenal como usted y yo.

—No voy a negarle que muchos de los círculos son obra de la mano del hombre, pero otro tanto por ciento carecen de explicación. En mi opinión, son auténticos. Fruto de un fenómeno que trasciende lo racional. De ahí que mi grupo y yo dediquemos buena parte de nuestro tiempo y energías en discriminar los casos verdaderos de los que no lo son, y en denunciar a quienes allanan los sembrados con el único propósito de lucrarse o de gastar una broma.

—¿De verdad cree que seres de otro planeta han grabado un falo en mitad de un sembrado para satisfacer a un tipo como mister Scrooge?

—No —reconoció al fin—. En mi opinión, un miembro del grupo de mister Scrooge ha hablado más de la cuenta en uno de los pubs de la zona, lo que suele ocurrir a menudo. Todo el mundo quiere colgarse una medalla, tener una historia que contar. El resto es fácil de deducir. Les han gastado una broma, y de camino le han atestado un golpe a la credibilidad del fenómeno. Así es como funcionan las cosas por aquí. No te puedes fiar de nadie.

—Por sus palabras se diría que un círculo es una tarta por cuyas porciones pelean las distintas facciones que operan en la zona, ya sean creyentes o detractores.

—No voy a negarle que mis helicópteros están a disposición de cualquiera, sea o no creyente. Hay facturas que pagar, y sólo puedo explotarlos durante los meses de verano. Pero eso no quita para que persiga que se preserve la pureza del fenómeno.

—De modo que usted siempre gana.

—Una organización como la nuestra necesita fondos para poder funcionar. Muchos de mis colaboradores trabajan a jornada completa. Se trata, en definitiva, de un trabajo que requiere de remuneración.

—Si es como asegura, si persigue que se preserve la pureza del fenómeno de los círculos de las cosechas, ¿por qué no le dice la verdad a mister Scrooge? —le pregunté.

—¡Oh, sí, la verdad! ¿Acaso alguien sabe qué es la verdad? ¿Dónde se esconde la verdad? ¿Tal vez en uno de los once mil millones de planetas que son susceptibles de albergar vida, según los últimos descubrimientos de astrofísicos y cosmólogos? Mister Scrooge está convencido de mantener relaciones sexuales con un ser de otro planeta, y ahí arriba hay once mil millones de razones que refuerzan su convencimiento. Tendría las de perder. ¿De verdad cree que algo cambiaría si yo le dijera que el falo grabado en ese campo de cereal es obra de un bromista?

—Pero al alquilarle sus helicópteros, sabiendo lo que sabe, se convierte en cómplice del fraude —le hice ver.

—Las cosas no son tan sencillas como parecen. Si no tiene inconveniente, lo recojo a las tres y media en su hotel, y le enseño la razón por la que estoy aquí, por la que lucho. Está, además, el asunto de Julia. Su sufrimiento es verdadero. Tan auténtico como la fe de mister Scrooge.

Con el regusto del nombre de Julia, me fui a descansar a la habitación. Después de todo, ella era la pieza clave de aquel rompecabezas. La razón por la que estaba dispuesto a pasar por todo aquello.

De la misma manera que había quien se relajaba completando crucigramas o sudokus, yo lo hacía elaborando árboles temporales de mundos paralelos. Un juego que había bautizado con el nombre de «Todos los mundos». Un entretenimiento que me permitía especular con mis otros yo, y también con los de mis seres queridos.

En la teoría de todos los mundos que interactúan, algunos de estos universos, que son vecinos cósmicos, serían casi idénticos al nuestro, por lo que no habría muchas diferencias con respecto a nuestros dobles. Otros, por el contrario, serían universos completamente diferentes al nuestro. Eso sí, en un universo cercano podría existir una copia malvada de mí. Un Bernardo Pastor-Luján, iletrado y violento, que estaría cumpliendo una larga pena de cárcel. Cada decisión que este malvado doble mío no tome, daría pie a la creación de otro universo donde la decisión desechada se materializaría, dando lugar, por tanto, a otro universo. Así una y otra vez.

La consecuencia de este proceso sería la creación de infinitos universos que abarcarían todas las posibilidades, todos los escenarios. Todas las probabilidades, en consecuencia, serían igual de reales. De modo que tenía que existir un universo en el que Lucía dio a luz con éxito a Valentina, en el que ninguna de las dos falleció, en el que Valentina no nos fue robada, donde ninguno de nosotros fuimos abducidos, ni siquiera Elvira, y donde éramos tan felices como en mis sueños.

He de reconocer que no siempre me mostraba tan optimista, y mi juego me llevaba a conclusiones más comprometedoras. Por ejemplo, si aplicaba el nombre del papa Francisco a mi árbol de mundos posibles, y comenzaba a ramificar cada una de las opciones, el sumo pontífice era ateo en uno de estos universos, y en otro era un asesino. Y en otro, ambas cosas a la vez.

Una hora más tarde, oí a mister Scrooge enzarzarse en una acalorada discusión con la persona que ocupaba la habitación vecina a la mía. Al parecer, Scrooge estaba tratando de averiguar quién o quiénes habían contravenido las directrices, pues al sobrevolar el sembrado donde había aparecido el falo invocado mentalmente por el grupo, habían detectado desde el helicóptero que el prepucio presentaba un *piercing*. ¡Del tipo príncipe Alberto! Un *piercing* genital que consistía en un anillo que se extendía a través de la parte inferior del glande, desde la abertura uretral hasta el

arranque del tallo del pene.

Yo desconocía quién era el Príncipe Alberto, pero fuera quien fuese, mister Scrooge parecía verdaderamente decepcionado con el asunto del *piercing*.

PARTE V

La terapia provocó que los sentidos de la pequeña se agudizaran, que despertara a la vida. Lo hizo además con una madurez impropia de su edad, consciente como era de que su existencia ni siquiera le pertenecía. Los verdaderos dueños de su vida eran aquellos visitantes nocturnos, los mismos que habían acabado con la vida de su padre. En una de las primeras sesiones de regresión hipnótica, recordó incluso cómo le había sido instalado un implante, gracias al cual estaba siendo monitorizada. Desde entonces, se sentía controlada en todo momento.

A los doce años, por tanto, el mundo se le antojaba un lugar peligroso, del que había que desconfiar. No en el sentido que la sociedad brasileña le daba a la palabra «peligro», sino en otro que trascendía las clases sociales y la pobreza. La violencia que partía de las favelas de las principales ciudades del país, era un juego de niños en comparación con la que ejercían aquellos seres provenientes de las estrellas, de otras dimensiones. Ser raptada de manera sistemática, ser sometida a dolorosos experimentos médicos, tal que una cobaya humana, ser controlada y vigilada, era mucho peor que recibir un disparo de bala o una herida de arma blanca.

Una vez tuvo una visión de conjunto de lo que sucedía, se fijó como prioridad salvaguardar la integridad física de su madre, el único ser que le quedaba en el mundo. Para lograr este propósito, le propuso que durmiera con la puerta cerrada con llave. Y en el supuesto de que una fuerte luz la despertara, no debía salir de la habitación bajo ningún concepto. Si lo hacía, corría el riesgo de acabar como su padre.

—La obligación de una madre es velar por la seguridad de sus hijos. Yo sólo te tengo a ti. Sólo nos tenemos la una a la otra. ¿Y si esos seres te hacen lo mismo que le hicieron a tu padre? —le interpeló la madre, a la que Julia no sólo debía su nombre, sino también los rasgos principales de su carácter: tozudez, obstinación, y una curiosidad sin límites.

—Eso no ocurrirá, mamá —le replicó.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque en ese caso, ya estaría muerta. Me habrían hecho lo mismo que le hicieron a papá. No, me quieren para otra cosa.

—¿Para qué cosa?

—Todavía no lo sé. Aunque creo intuirlo.

—¿Es algo malo? ¡Qué tontería, nada puede ser ya peor!

—No se trata de si es o no algo malo. Simplemente, las cosas son como son. Como te he dicho, sólo tienes que mantenerte al margen.

—¿Y si todo es producto de tu imaginación? ¿Y si esos seres sólo existen dentro de tu cabeza?

—De acuerdo, esos seres sólo habitan en mi cabeza. Ahora respóndeme a una

pregunta: ¿Quién mató a papá? ¿Fui yo? ¿Lo mutilé yo? Ya sabes cuánto lo quería.

—Tal vez la policía tenga razón. Tal vez fue devorado por un animal salvaje.

—Desde luego, esos seres son peores que bestias salvajes. Yo les he visto los ojos, y no hay sentimientos en ellos. No hay emociones. Son fríos. Actúan como máquinas.

—Todo es tan horrible y tan confuso...

Pero si Julia Hernández dudaba en ocasiones de la veracidad del testimonio de su hija, dejó de hacerlo una noche, cuando regresaban juntas de una fiesta de cumpleaños en el coche familiar. Una espesa niebla cubrió de repente la carretera que unía la ciudad de Silva Jardim con la plantación. Al instante, la pequeña Julia supo que iba a ocurrir algo, por lo que instó a su madre a frenar en seco, bajar del automóvil y correr hasta un árbol cercano, por cuyo tronco treparon hasta que quedaron ocultas en el interior de la copa.

—¿Qué ocurre, Julia? ¿Qué hacemos subidas a este árbol? —preguntó la madre.

—Están aquí —respondió.

—¿Quiénes?

—Los visitantes. Están aquí, muy cerca.

—¿Cómo lo sabes?

—Por la niebla, y por el fuerte olor a pino.

—Estamos en medio de un bosque tropical, ¿a qué quieres que huela?

—Un bosque tropical donde no hay pinos, de modo que no tendría que oler a pino.

—Ahora el olor es más fuerte —dijo la madre.

—Mira tu reloj.

—¿Qué le pasa a mi reloj?

—Que se ha parado.

—¡Vaya, hija, tienes razón!

—Es porque ya están aquí.

Al tiempo que la pequeña pronunciaba estas palabras, la niebla se disipó dejando a la vista una esfera luminiscente que, suspendida en el espacio, se fue acercando hasta quedar justo encima del coche. Una nave diez o doce veces mayor que el propio vehículo.

Haciendo gestos con las manos, Julia le indicó a su madre que era de vital importancia no hacer ruido.

Acto seguido, se desprendieron de la esfera dos docenas de luces igualmente cilíndricas, pero de menor tamaño. Las bolas de luz descendieron lentamente hasta el suelo. Al entrar en contacto con éste, eclosionaron para convertirse en seres bípedos de pequeño tamaño, de un blanco fluorescente. De la cabeza a los pies, no eran más que manchas de luz en las que se distinguía la testa, el tronco y las cuatro extremidades.

Una vez todas las esferas se hubieron metamorfoseado, se repartieron en grupos

de tres o cuatro individuos, y comenzaron a inspeccionar tanto el vehículo de las mujeres como el terreno circundante. Iban de aquí para allá, doblando el espinazo o introduciendo las extremidades entre el follaje, como si estuvieran recogiendo muestras. La escena duró cinco o seis minutos, hasta que Julia madre no pudo reprimir un estornudo.

De inmediato, los distintos grupos de seres luminiscentes se reunieron como un banco de gigantescas luciérnagas en torno al tronco del árbol que servía de escondite a las dos mujeres. Al entrar en contacto con la base del tronco, los cuerpos se tornaron invisibles, como si hubieran desaparecido.

Abrazadas madre e hija, pensaron lo peor, que serían raptadas y conducidas hasta la nave para ser sometidas a dolorosos exámenes médicos, que era lo que Julia hija decía que hacían los visitantes. Sin embargo, los seres se limitaron a trepar en pos de ellas, a tocarlas y pisarlas antes de descender de nuevo. Un contacto liviano, casi imperceptible, que dejó un único rastro: las huellas luminiscentes de sus pies de tres dedos quedaron impresas sobre las ropas de ambas durante unos segundos, como manchas de un rotulador fluorescente.

Unos instantes más tarde, al mismo tiempo que las marcas de las huellas desaparecían, los seres volvieron a transformarse de nuevo en esferas luminosas, tras lo cual regresaron a la nave de la que habían descendido.

Cuando al alba se decidieron a bajar del árbol, descubrieron un círculo que contenía a su vez numerosas espirales, grabado sobre la tierra. Una extraña forma geométrica.

Se preguntaron si aquel símbolo o lo que fuera escondía alguna clase de mensaje. ¿Un saludo? ¿Una despedida?

La pequeña Julia, acostumbrada como estaba a enfrentarse a situaciones inexplicables, consoló a su madre y trató de ofrecerle una explicación que, por otra parte, no tenía. Le contó que llevaba viviendo experiencias parecidas desde los cuatro años, algunas mucho más aterradoras, tal y como habían revelado las sesiones de hipnosis regresiva, y nada podía hacerse contra aquello. Estaban sanas y salvas, y eso era lo más importante.

Tras lo sucedido esa noche, Julia comprendió que había más de una clase de seres dimensionales, y que no todos obraban de la misma manera. Pese a lo mal que lo habían pasado, no había habido abducción, no había habido pérdida de conciencia o de tiempo, tampoco aquellos seres luminiscentes se parecían a los visitantes grises que allanaban su dormitorio a capricho, incluso podía pensarse que habían sido tratadas con cierta condescendencia.

Lo imposible, en consecuencia, era tanto o más complejo que la propia realidad. Cabía que existieran otros mundos, cada uno poblado por seres diferentes entre sí. Algo lógico, por otra parte, teniendo en cuenta la vastedad del universo. ¿Acaso la especie humana no estaba dividida en distintas razas?

Madre e hija llegaron a la conclusión de que los esquemas convencionales no

servían, no daban respuestas convincentes. Ni siquiera las sesiones de regresión hipnótica lograban alumbrar —o abarcar— el fenómeno en su totalidad. Era como tratar de aprehender agua con las manos. Siempre se acababa escurriendo.

Sólo se tenían la una a la otra, nadie las creía, así que se convirtieron en aliadas, comenzaron a interesarse por aquellas personas que aseguraban haber experimentado lo mismo que ellas, o por aquellos lugares donde se producían esta clase de fenómenos. Convencidas como estaban de que en este mundo existían puertas dimensionales, umbrales donde el espacio y el tiempo se abrían en pliegues gracias a la concentración de energía en un punto concreto.

A los trece años, Julia Antúnez decidió escribir un diario, que cumplimentaba después de cada sesión de hipnosis. Recordar le producía terror y alivio en idéntica proporción, pues le ayudaba a comprender, a enfrentar sus miedos. El trágico final de su padre y el hecho de que ella fuera testigo presencial de lo ocurrido, le había creado mala fama entre los padres de sus compañeros de colegio, que comenzaron a rehuirla. Ella tampoco hizo nada por revertir la situación, se refugió dentro de su caparazón, dejó de hablar durante una larga temporada, se desconectó del mundo que la rodeaba y se preocupó de preservar lo que ella llamaba su «secreto», sabedora de que en caso de que se publicitase su situación se tornaría aún más difícil en Silva Jardim. Ni siquiera le importó tener que repetir curso a tenor de su pertinaz mutismo y ensimismamiento. De modo que si tenía que mantener una conversación con alguien, el mejor vehículo era escribir un diario.

16 de agosto de 1994

Desde que cumplí cuatro años, todos los días 15 de julio celebro dos fiestas de cumpleaños. De día, rodeada de familiares y amigos. De noche, en compañía de mis visitantes. Me raptan y me llevan hasta un lugar que recuerda a un quirófano.

Ahora que acabo de cumplir los catorce resulta que estoy embarazada. Al menos, eso asegura el test de embarazo que he comprado en la farmacia. Como jamás había mantenido relaciones íntimas con nadie, no tenía motivos para sospechar. Sin embargo, cuando no me bajó la regla, una voz interior me condujo hasta la farmacia. Quizá sólo fue un mal presentimiento, o tal vez fuera la desconfianza que siento hacia mi propia vida, de la que no me considero dueña. Mi vida no es mía, como tampoco lo es este embarazo en caso de que se confirme.

Cuando se lo conté a mi mamá, se quedó de piedra, nunca mejor dicho, el rostro rígido, cubierto de un velo de lividez, como si su corazón se hubiera detenido y dejado de bombear sangre. Luego, cuando sus mejillas recuperaron el tono carmesí de la vida, me abrazó y me dijo que no teníamos que perder la calma, que esos test también daban falsos positivos.

Yo, en cambio, me temía lo peor. No era la primera vez que esos seres hurgaban en mi interior, que se interesaban por mi aparato reproductor.

2 de septiembre de 1994

No me quedó más remedio que someterme a una nueva sesión de regresión hipnótica, ya que se confirmaron las peores noticias: estoy embarazada de seis semanas. Es el regalo de cumpleaños que he recibido de mis visitantes.

Mamá terminó por derrumbarse y se pasó llorando veinticuatro horas preguntándose «¿por qué? ¿por qué? ¿por qué?». Cuando no se preguntaba por qué, repetía una y otra vez, «la culpa es mía, la culpa es mía». Traté de consolarla diciéndole que el embarazo se había producido sin que mediara contacto físico, sino a través de una jeringuilla, según el dictado de mis recuerdos. Un poco como le ocurrió a la Virgen María, a la que rezo todas las noches para que me libre de esos seres. Cuando le tuve que contar a la ginecóloga que se hizo cargo de mí lo sucedido, me dijo que había oído historias inverosímiles de adolescentes para justificar un embarazo irresponsable y no deseado, pero que la mía se llevaba la palma. Mamá, que defiende mi virtud a capa y espada, me echó un capote asegurando que no había ni pizca de invención en mis palabras, que no me había quedado en estado por sentarme en la taza de un váter frecuentado por hombres, sino mediante una fecundación *in vitro*, que lo mío había sido una especie de violación perpetrada con una jeringuilla. Para apoyarla, volví a tirar de recuerdos y describí la sala donde se

había producido la intervención o como quiera que se llamase lo que me hicieron. La doctora me replicó entonces que lo que le había descrito no era un centro médico, sino una nave industrial. «Ahora que lo menciona, en realidad se parecía más a una granja», le dije. Su respuesta a las palabras de mi madre y a las mías fue llamarme «jovencita descarada e insolente». Así las cosas, preferí no contarle otro de los recuerdos que había aflorado en mi última sesión de hipnosis: que la sala donde fui inseminada estaba atiborrada de tanques de cristal transparente, que contenían fetos humanos sumergidos en un líquido de color ámbar. También omití mencionar que había una estancia contigua, separada por un tabique transparente, una especie de sala de lactancia, donde dos docenas de mujeres arrullaban a bebés ya nacidos. Los rostros demudados e inexpresivos de las mamás daban a entender que estaban allí en contra de su voluntad. No, no quería que me acusara de tener más imaginación que Julio Verne.

Antes de abandonar la consulta, la doctora me hizo prometerle que recapacitaría, y me advirtió de los peligros de seguir encubriendo al chico que me había dejado embarazada. «Él se irá de rositas, o mejor dicho, buscará otra rosa a la que desflorará primero y abandonará más tarde en la puerta de mi consulta, como ha hecho contigo», concluyó.

La verdad, ojalá existiera un chico al que desenmascarar. Eso significaría que al menos soy una persona normal: con amigos, con chicos de por medio y problemas amorosos. Para mi desgracia, mi problema no tiene nada que ver con el amor, sino con el desamor. Esos seres me han violado con una jeringuilla y me han convertido en un recipiente. Me han implantado un feto con la misma destreza con que mi madre rellena el pavo el día de Navidad. Así que comprendo que un ser humano con un mínimo de afectividad emocional piense que mi historia es sólo la invención de una joven que arrastra problemas desde la infancia, desde que su padre apareciera brutalmente mutilado en mitad del campo, junto a ella. Porque eso es, exactamente, lo que yo soy para la gente que conoce mi «caso».

1 de octubre de 1994

Mi ginecóloga dijo que había perdido el bebé, que había sufrido un aborto espontáneo. Pero no he sangrado, no he padecido hemorragia alguna. Me asegura que pudo haberse ido por el váter, sin que me haya dado cuenta. Lo achacó a mi juventud, e insinuó que era una inmadura en todos los sentidos. Me dijo que esta vez había tenido suerte, pero que en la próxima ocasión tal vez me quedara embarazada de gemelos. Comprendí su incompreensión, su desconcierto, y hasta su disgusto. Yo era la primera que no entendía a esas jóvenes de mi edad que se quedaban embarazadas por no poner los medios suficientes para evitarlo, pero no era mi caso. Tampoco era yo Julio Verne, por mucho que me gustara inventar historias.

Sólo soy una víctima de algo que nadie, ni siquiera yo misma, alcanza a explicar.

Sea como fuere, a mamá le alegró la noticia. Aunque yo no estaba convencida de que hubiera motivos para tanta alegría, de manera que pedí someterme a una nueva sesión de regresión hipnótica.

Según me dijeron mis recuerdos, mi bebé no cayó por el váter, como creía mi ginecóloga, sino que me fue extraído primero y sumergido en uno de esos tanques de cristal transparente más tarde. Curiosamente, el recuerdo no me hizo sentir nada, no provocó en mí sentimiento alguno, ni positivo ni negativo, sino una extraña sensación de vacío, como si alguien me hubiera rebañado las entrañas con una cuchara. A veces me asalta la sensación de que esos seres me han «implantado» la frialdad de la que hacen gala. Sí, de mí querían, quieren un recipiente. Nada más. ¿Acaso un recipiente se lamenta cuando lo vacían?

Vivo envuelta en una nebulosa, rodeada de una niebla que no permite que vea hacia dónde me conduce cada paso que doy, pero percibo la presencia de acantilados. Oigo el lejano rumor del mar chocando contra los farallones. Se trata de una música hipnótica que me atrae, porque es el único signo de vida entre tanta oscuridad. ¿Me precipitaré por uno de esos acantilados o me crecerán alas llegado el momento? ¿Qué será de mí? Temo que esta esclavitud me persiga el resto de mi vida.

12 de octubre de 1994

Mamá me convenció para que me pusiera en manos de un prestigioso psiquiatra. Me dijo que necesitaba que alguien me ayudara, que ella sola no podía con todo. Aunque no lo reconoció de manera abierta, soy una carga para ella. Al final, consiguió que el doctor Soares da Costa, un afamado psiquiatra, aceptara ocuparse de mi caso. Así es como llamamos a lo que me sucede, «mi caso». Después de hacerme una especie de test de personalidad, y de escuchar con suma atención la historia que me había llevado hasta su consulta, desde mis primeras abducciones hasta mi reciente embarazo, el doctor Soares da Costa me soltó a bocajarro: «Ya lo dijo Carl Sagan, «Afirmaciones extraordinarias requieren siempre de evidencias extraordinarias». Y usted, jovencita, no tiene más evidencia que su propio convencimiento. Un «convencimiento extraordinario», lo reconozco, pero convencimiento al fin y al cabo». Me enfadé mucho, muchísimo. Tanto que le dije que yo era precisamente la «evidencia extraordinaria», y que si no se había percatado de ese detalle después de la «historia extraordinaria» que le había contado, se debía a que quizá no fuera «un médico extraordinario», tal y como pensaba de sí mismo. Me replicó asegurando que todo lo que yo experimentaba, aunque creyera «vivirlo» como un hecho real, era en verdad un conjunto de episodios psicóticos o de sueños lúcidos provocados en parte por la contaminación de imágenes que sobre los ovnis, los extraterrestres o las abducciones habían difundido televisiones, radios, periódicos, etc. Me aseguró, además, que la diferencia entre lo que recordaba un abducido sometido a hipnosis y otro que recordara su experiencia de manera consciente, era apenas perceptible, de

modo que la terapia a la que yo estaba siendo sometida era inútil y poco fiable, por este orden. Y bla, bla, bla.

Llegué a casa furiosa, porque si hay algo que me dolía era que minusvalorasen mi sufrimiento. Soy un juguete roto en manos de unos seres que hacen de mí lo que quieren cuando les viene en gana, de modo que lo último que necesito es que me arrojen al vertedero sin pasar primero por la planta de reciclaje. Para tomar el camino del derrumbadero me basto yo solita, no necesito a ningún doctor. Me gustaría de todo corazón que mis viles secuestradores le hicieran una visita al doctor Soares da Costa, y que tuviera la ocasión de experimentar uno de esos «sueños lúcidos» de los que habla. Luego le pedí a mamá que le enviara a la consulta una de las fotografías de papá que la prensa morbosa publicó, pero me dijo que lo mejor era dejarlo estar, olvidarme de todo. En realidad, es mamá la que olvida que llevo años sometidome a interminables sesiones de hipnosis precisamente para recordar. ¿Se puede recordar para olvidar?

1 de junio de 1995

El mes que viene cumpla quince años. Y ayer me sometí a una nueva sesión de hipnosis, ya que hace una semana amanecí tirada en la cocina de casa con el camisón puesto del revés. Como es costumbre, tengo un tiempo perdido.

Bajo hipnosis, recordé haber conocido a mi hijo. Un bebé magro, de cabeza más grande de lo normal. Un ser mitad humano, mitad monstruo. En realidad, la mitad monstruo eran figuraciones mías, dado que no conocía a la otra mitad reproductora, o sea, a su padre. Tenía los ojos azules y el cabello rubio, aunque distribuido por la cabeza de manera desigual, como a mechones sueltos. Considerando que los seres que me visitan no comparten ninguna de estas características físicas, empecé a sospechar que el verdadero padre de la criatura se escondía por alguna razón desconocida. En esta ocasión, no experimenté la sensación de haber sido un mero recipiente, sino que de pronto me invadió un sentimiento maternal. Todo resultó confuso y contradictorio, como siempre, pero el referido sentimiento brotó de repente de mis entrañas como burbujas de gas. Luego, mis carceleros me obligaron a sostener al bebé entre mis brazos y a arrullarlo. Querían que le diera ¿amor? ¿Se trataba de eso? ¿Acaso la mitad humana del pequeño necesitaba sentir el calor humano? A mi derecha e izquierda, había una fila interminable de mujeres haciendo lo mismo que yo. Aunque no eran las mismas mujeres de mis visitas anteriores, compartían con aquéllas la inexpresividad. Parecíamos una cuerda de esclavas. Todo era demasiado frío y triste.

Acabo de consultar el diccionario en busca de ayuda para expresar lo que aquel lugar transmitía, y la palabra que mejor encaja es «desangelado», que significa falta de ángel, gracia o simpatía.

He descubierto que los alienígenas no pueden girar la cabeza. Se mueven como

robots. De hecho, en la «granja» donde tienen lugar estos encuentros todo parece estar mecanizado. Por muchos bebés que «cultiven», por muchas madres que reúnan para arrullarlos, falta el «factor humano».

Además de los grises, he visto a otros seres con aspecto de insectos. Son más altos que los primeros. Y más crueles. También parecen mandar más que éstos. O mejor dicho, parecen mandar sobre éstos.

Me pareció ver a dos seres humanos, a dos varones, vestidos con monos militares. ¿Serán seres híbridos? ¿Y por qué llevaban esos atuendos?

Si los viera caminando por la calle, no los distinguiría de otros seres humanos.

20 de noviembre de 1995

He vuelto a tener en brazos a mi hijo. Lo encuentro muy crecido. Mucho más de lo que le correspondería por edad. Los visitantes me dijeron por vía telepática que sería la última vez que lo viera. La noticia no me produjo ningún sentimiento, favorable o desfavorable. Como soy su marioneta, manipulan mis emociones, las activan o desactivan a conveniencia, de modo que volví a mi estatus de recipiente. No obstante, tuve que cumplir con la sesión de arrullos y abrazos. Quería sentir tanta pena por el pequeño como la que sentía por mí misma, pero como digo, no fui capaz.

En la sala de maternidad, como me gusta llamarla, una madre, aprovechando un descuido de nuestros vigilantes, me dijo que estábamos en un lugar subterráneo, en el interior de una base militar que los alienígenas comparten con los estadounidenses.

Era la primera vez que alguien me hablaba con palabras desde que sufría secuestros.

No me dio tiempo siquiera a preguntarle cómo sabía eso, puesto que de inmediato volvieron a vigilarnos.

Pero la posibilidad de que fuera cierto lo que dijo esa mujer me resultaba mucho más aterradora que si me hubiera asegurado que nos encontrábamos en un remoto planeta de la galaxia. Y lo era porque, lo reconozco, el comentario me hizo recordar las palabras del doctor Soares da Costa cuando me aseguró que los elementos culturales eran determinantes a la hora de valorar lo que nos pasaba a los abducidos. Me refiero a que mezclar a los alienígenas con los militares estadounidenses era algo que había visto en series de televisión, películas y tiras cómicas. «Forma parte del folclore de nuestra cultura pop-apocalíptica», fueron las palabras que Soares da Costa empleó.

¿Y si fuera, en efecto, una víctima de la era pop-apocalíptica?

Me pregunto si descubrir que lo que padezco es un desarreglo mental me reconfortaría a estas alturas. ¿Qué sería mejor, estar loca o ser una abducida? La respuesta la encuentro en otra pregunta: ¿Qué dolería menos que me amputaran la pierna derecha o la izquierda?

3 de diciembre de 1995

He decidido escribir una novela. Se titulará *La abducción de Julia*. Pero de inmediato me topé con un problema irresoluble. No había palabras en el diccionario capaces de expresar lo que yo quería contar. Por ejemplo, las acepciones miedo, terror, horror, etc., ni siquiera se aproximaban al miedo, al terror y al horror que había experimentado a lo largo de estos años. Les faltaba amplitud y profundidad. De modo que no había palabras en el diccionario que me sirvieran para escribir el libro conforme a mis deseos. Como las palabras del diccionario son las mismas que empleo cuando hablo, cuando me comunico con mis semejantes, ahora pienso que lo que cuento a viva voz también dista mucho de parecerse a lo que experimento cada vez que soy abducida. Tal vez deberíamos comunicarnos a través del lenguaje matemático, de símbolos, y no de palabras que se ahogan en la orilla de su propia definición.

Mientras que mi experiencia entra dentro del campo de la abstracción, el lenguaje humano busca la concreción. Así que después de echarle un vistazo al diccionario tengo la impresión de que todas las palabras están incompletas, todas están limitadas a las tres dimensiones conocidas. Pero ¿acaso el espacio abstracto de cinco dimensiones no se da con frecuencia en las matemáticas? Pues lo mismo debería ocurrir con el lenguaje. De modo que era necesario ampliar el significado de las palabras, para que pudieran adecuarse a la existencia de nuevas dimensiones.

De modo que sólo cuando eso ocurra podré escribir *La abducción de Julia*.

26 de febrero de 1996

Me gustan las matemáticas y la física. Se me dan especialmente bien. Incluso cuando no hablaba y tuve que repetir curso, sabía más sobre estas materias que cualquier otro niño o niña de mi edad. Estudiar mates o física resultó ser la mejor terapia para mí, pues me permitió desde edad temprana tomar conciencia de lo atrasados que estaban los estudios de estas materias con respecto a la realidad que hay ahí fuera. Sí, ya sé que puede parecer que estoy siendo pretenciosa, pero yo he visto cosas que la mayoría de los físicos convencionales ni siquiera imaginan.

Ayer le dije a mamá que estaría bien un cambio de aires, que me gustaría volver a España para estudiar allí. De lo contrario, el curso próximo tendría que matricularme en la universidad de Río de Janeiro. No es que no me guste Río, pero empiezo a hacerme mayor y tengo ganas de volver a mi país, de donde me arrancaron con tan sólo cuatro años.

Una vez formulé mi deseo, mamá me aseguró que, por desgracia, no podíamos volver a España.

Al parecer, mi padre había cometido un delito hacía muchos años. Perdió un montón de dinero de los inversores para los que trabajaba, y huyó sin restituir ni hacerse responsable del quebranto ocasionado. Estas personas interpusieron una demanda, y la ganaron. Mi padre fue condenado por estafa y otros delitos a diez años

de prisión. Esa y no otra había sido la razón por la que nos habíamos «refugiado» en Brasil, en una apartada hacienda de Silva Jardim. La hacienda era propiedad de mi madre y podíamos venderla, pero una vez pisáramos suelo español, los acreedores de mi padre podían quitárnoslo todo. Como sus herederos, éramos responsables de sus deudas. Cientos de millones que nunca podríamos devolver. Por no mencionar el estigma social. No, volver a España no era una opción, al menos por ahora.

De España sólo recordaba que fue en Madrid donde fui abducida por primera vez. Vivíamos en una gran casa de blancas paredes y un ventanal enorme desde el que se veía un jardín con piscina. Allí conocí a mis amigos invisibles. ¿De qué otra manera los podría llamar una niña de cuatro años? Aparecieron de noche, cuando terminó la fiesta de cumpleaños. Lo sorprendente fue que no me alarmara en absoluto la presencia de aquellos seres que me hablaban sin mover los labios. Ni siquiera sentí miedo. Todo lo contrario. Confié en ellos porque ellos querían que así fuera. Los seguí por el jardín hasta una cascada de luz tan intensa que no dejaba ver la piscina. Parecía de día, un mediodía cualquiera de verano. Sin embargo, era de madrugada. Fue precisamente la habilidad que demostraban a la hora de transformar la oscuridad en radiante luz lo que me impulsó a seguirlos. Era como si supieran hacer magia, como si tuvieran la fórmula para transformar la oscuridad en luz. Iba confiada.

Tanto como había confiado en mi padre, un ladrón de guante blanco, un prófugo de la justicia al que había entregado mi corazón.

Cuando mi madre terminó de contar aquella historia estaba tan atónita que me quedé muda.

14 de junio de 1996

Mamá y yo hemos viajado hasta Colares en busca de respuestas. En esta pequeña isla del delta del Amazonas, situada a doscientos kilómetros de Belém, ocurrió un suceso inexplicable que afectó a gran parte de la población. Tuvo lugar en 1977, y, según numerosas investigaciones, decenas de personas fueron atacadas por misteriosas luces provenientes del cielo que les causaron graves heridas, y les dejaron marcas. Dos mujeres murieron como consecuencia de las heridas. No tardamos mucho en establecer relación con la muerte de papá.

15 de junio de 1996

En Colares, la gente todavía tiene miedo a las luces que, durante meses, estuvieron visitando la isla y atacando a sus habitantes.

Hemos conocido al menos a ochenta personas que todavía conservan cicatrices de los ataques. Al parecer, naves extraterrestres perseguían y cercaban a los lugareños desde el cielo. Una vez fijado el objetivo, una intensa radiación dejaba paralizadas a las víctimas, tras lo cual un haz de luz les extraía alguna clase de material biológico. Como en el caso de mi padre, ninguna de las víctimas sangraba por las heridas.

Muchos de los ataques se produjeron cuando los aterrados pobladores se encontraban en el interior de sus casas. En esos casos, las luces atravesaban las techumbres como si fueran de mantequilla, inmovilizando a los ocupantes e infligiéndoles dolorosas heridas.

La causa de la muerte de las dos víctimas, que figura en los informes de los forenses, es desconocida.

Las marcas de la radiación se ennegrecían al cabo de los pocos minutos, y en su interior aparecían papilas de pinchazos a la altura del tórax, del pecho o en los muslos.

Esas marcas me sugirieron que las víctimas, además de atacadas, fueron abducidas y sometidas a pruebas médicas. Lo mismo que yo.

Un médico residente en Belém, que lleva veinte años investigando el caso, está convencido de que a los afectados les era extraída sangre, con la que crear vacunas. «¿Vacunas para qué?», preguntó mamá. Para quedar inmunizados contra nuestras enfermedades, ya que están visitándonos.

De esto último, yo no tengo dudas.

De modo que quienes nos visitan se alimentan de nuestra energía para poder permanecer en nuestro mundo, tal y como hicieron con mi padre, y también necesitan nuestra sangre para fortalecer su sistema inmunológico.

19 de junio de 1996

Según parece, las fuerzas armadas brasileñas pasaron cuatro meses en Colares estudiando el caso. Al mando de las operaciones se encontraba un tal capitán Hollanda, quien tomó infinidad de fotografías y filmó películas con sus hombres. Según los testimonios de los lugareños, los militares no traían más armas que cámaras fotográficas y de cine. ¿Por qué? ¿Acaso sabían de antemano a qué clase de fenómeno se enfrentaban?

Sea como fuere, el ejército brasileño catalogó el informe del capitán Hollanda de alto secreto, y el nombre del pueblo volvió a olvidarse.

20 de junio de 1996

Nos marchamos de Colares en posesión de una treintena de dibujos realizados por testigos sobre lo que vieron en el cielo antes, durante o después de ser atacados. Hay una gran diversidad de naves de diferentes formas. Las hay con forma de globo, con aspecto de platillo volante, con forma de cigarro puro o de cilindro.

Algunas guardan un gran parecido con las que yo veo.

Después de saber que los militares brasileños tomaron cartas en el caso de Colares, me pregunto si los distintos ejércitos del mundo saben más de lo que aseguran saber. Lo digo por la presencia de militares en las inmediaciones de la sala de maternidad a la que me conducen mis secuestradores.

¿Acaso la presencia de militares en Colares forma parte del «folclore» del que hablaba el doctor Soares da Costa?

En Colares hubo militares sobre el terreno, y yo he visto militares en el lugar donde mis captores experimentan con mi cuerpo. No puede ser una casualidad. No puede ser cosa del folclore o de las series que emiten por la tele.

19 de julio de 1996

Como venía sucediendo desde que tengo cuatro años, celebré mi decimosexto cumpleaños con mis visitantes.

Volví a amanecer en medio del salón de casa, con la ropa puesta del revés, pero en esta ocasión había una diferencia: guardaba el recuerdo de lo ocurrido intacto, no me lo habían borrado.

¿Por qué? Lo desconozco.

Lo cierto es que habían vuelto a inseminarme.

Me sentí violada, ultrajada.

Y sucia.

No quería pasar por lo mismo otra vez. La impotencia que sentí fue tan grande que sólo pude preguntarme cien veces seguidas «¿Por qué yo? ¿Por qué yo? ¿Por qué yo?».

¿Qué tenía yo para que se cebaran conmigo de aquella manera?

Me gustaría ser una chica de dieciséis años como todas. Llevar una vida normal, corriente, pasar desapercibida.

Decidí no decirle nada a mamá. Después de todo, no puede ayudarme, nada puede hacer por mí. Esta vez lo afrontaré yo sola, sin interferencias de nadie, ni siquiera de mi ginecóloga.

18 de agosto de 1996

Esta mañana, mamá me ha mostrado un periódico. Una de las noticias hablaba de unos círculos que, según parece, inteligencias extraterrestres están creando en campos de cultivos. Aparecen en verano, antes de que los cereales sean recolectados, y contienen mensajes cifrados, a base de figuras geométricas.

El reportaje no hubiera tenido más interés si no fuera por un descubrimiento que nos ha dejado a ambas atónitas. Una de las fotografías reproduce un círculo con numerosas espirales en su interior, una figura idéntica a la que encontramos cuando los seres luminiscentes desaparecieron de nuestra vista.

El hilo conductor del artículo era un personaje llamado John Bradley, un profesor norteamericano que se había convertido en el adalid del fenómeno de los círculos de las cosechas, al menos de los llamados «creyentes».

21 de agosto de 1996

Mamá le escribió al profesor Bradley contándole mi caso, mis secuestros, mis embarazos, la muerte de papá, y también la experiencia que vivimos juntas, la noche de nuestro encuentro con los seres luminiscentes. También mencionó la figura que dibujaron los visitantes a los pies del árbol que nos sirvió de escondite, idéntica al círculo de las cosechas que reproducía el periódico.

Tal vez desde el Reino Unido nos lleguen buenas noticias. Quizá exista una persona en el mundo que sepa darnos algunas respuestas.

7 de septiembre de 1996

Volví a ser abducida. Sabía lo que eso significaba. Pero a diferencia del día en que fui inseminada, cuando desperté no recordaba nada. Así que recurrí de nuevo a mi terapeuta. Los recuerdos no tardaron en aflorar: vi cómo mis secuestradores me extraían el feto que llevaba en las entrañas. Luego, ocurrió lo de la otra vez. La criatura fue introducida en uno de esos tanques que contenían un líquido de color ambarino.

Camino de la salida de la «granja», como yo la llamo, volví a pasar por la sala de maternidad, donde había un buen número de mujeres esclavas. También vi a los alienígenas con aspecto de insectos, y a los militares.

¿Cuándo acabará todo esto? ¿Tal vez cuando me haga mayor? Tal vez no acabe nunca.

11 de octubre de 1996

Hoy, a media tarde, me ha sucedido algo tan insólito que me dejó conmocionada. Me encontraba con mi madre en el supermercado, haciendo la compra del mes. Habíamos dividido el trabajo, como siempre, para que todo resultara más ágil. Cada una se encarga de llenar su carrito y luego nos vemos en la caja 1. Al detenerme frente a la estantería de la leche, quedé situada al lado de otra mujer que ya había comenzado a colocar media docena de bricks en su carrito. No reparé en su rostro más de lo que dura un cruce de miradas. Al cabo de unos segundos, sumida en un estado que yo calificaría de terror, la mujer me abordó y me dijo: «¿Eres tú, verdad? ¿Eres tú, verdad? Sí, eres tú». Le respondí subiendo los hombros y enarcando las cejas, puesto que no sabía a qué se refería. «La que habitas en mis sueños. ¿No me reconoces? Hablé contigo en ese espantoso lugar, te dije que nuestros secuestradores y los militares actuaban de acuerdo, que nos encontrábamos en unas instalaciones del ejército de los Estados Unidos de Norteamérica. Me sometí a una sesión de hipnosis», añadió. De pronto, lo recordé todo. En efecto, se trataba de la mujer que se había dirigido a mí en la sala de lactancia, mientras arrullábamos a nuestros bebés. Caí entonces en un detalle al que no le había dado ninguna importancia en su momento. La mujer que me había hablado, la mujer que tenía ahora enfrente, lo había hecho en portugués. La conmoción inicial se tornó en emoción. Su presencia en ese

supermercado, el hecho de que me recordara, era la prueba fehaciente de que no estaba loca. «Sí, me acuerdo de ti. Pero entonces vives...», comencé a decir. Ni siquiera pude terminar la frase. Mi vista se nubló, como si un apagón me hubiera dejado a oscuras, y acto seguido perdí el conocimiento, me desmayé, con el consiguiente revuelo.

Cuando recobré la conciencia, mi madre estaba de hinojos, en compañía de un empleado del establecimiento y de otros tres clientes que se habían ofrecido a ayudar. Hablaban de la tensión, de lipotimias, de vasos de aguas y, por supuesto, se preguntaban si la causa del vahído no podía deberse a un embarazo. A la única persona que no vi fue a mi compañera de la sala de lactancia.

«¿Y la mujer que estaba aquí conmigo?», le pregunté a mi madre cuando empecé a sentirme un poco más repuesta.

«¿Te refieres a una mujer alta y algo desgarrada con un vestido rojo, que iba acompañada por dos hombres vestidos con sendos trajes negros y los ojos ocultos bajo gafas de sol? Se han ido hace tres minutos. Parecían tener prisa. Tanta que me he tropezado con uno de los caballeros, le he pedido disculpas por mi torpeza y ha sido lo mismo que hablar con un sordo», me explicó mi madre.

De inmediato empecé a temer que, de manera involuntaria, hubiéramos contravenido alguna clase de norma, no sabía cuál, impuesta por nuestros visitantes, pero en el caso de que así fuera, la respuesta la tenían aquellos misteriosos hombres vestidos de negro.

¿Quiénes eran? ¿De dónde habían salido? ¿Nos vigilaban en todo momento a través de los implantes que habían ido enterrando en distintas partes de mi cuerpo a lo largo de todos estos años?

12 de octubre de 1996

En la televisión local han dado una información que me ha dejado aterrada. La mujer del supermercado, mi compañera de la sala de lactancia, se ha suicidado arrojándose a la vía del tren que une Silva Jardim con Río de Janeiro. No hay duda de que se trata de ella, puesto que la noticia iba acompañada de una fotografía de su rostro. Deja viudo y dos hijos, dos varones de seis y cuatro años respectivamente. Me entero, además, de que la mujer, cuyo nombre es, era Sonia Aleshandro, de veintiocho años de edad, vive, vivía, a pocos kilómetros de nuestra hacienda. Lo que me lleva a pensar que mis secuestradores hicieron una «recolección» por la zona.

La pregunta que ahora me hago y me atormenta es: ¿Tuvo algo que ver nuestro encuentro con su suicidio? ¿O fueron esos hombres de negro, a los que yo no vi en ningún momento, quienes la «suicidaron»? ¿Seré yo la próxima? No tengo una respuesta para estas preguntas. Por contra, cada vez estoy más convencida de que no hay escapatoria.

Descanse en paz Sonia Aleshandro.

Estimada Julia:

He leído con sumo interés su carta. Ni que decir tiene que me solidarizo con todo lo que usted y su hija están sufriendo. Dada mi posición, he de admitir que no son ustedes las únicas personas que han tenido que enfrentarse a situaciones, digámoslo así, insólitas e incomprensibles. Si me permite emplear un juego de palabras, los fenómenos paranormales, en mi opinión, forman parte de eso que llamamos normalidad.

En lo tocante a la figura que con tanta precisión reproduce en su carta, decirle que, sin duda, tiene relación con el círculo aparecido este verano por estas tierras. En mi opinión, representa un agujero de gusano, también conocido como puente de Einstein-Rosen. Para expresarlo con palabras sencillas, se trataría de un atajo a través del espacio y el tiempo. Una especie de túnel que conectaría dos puntos del espacio-tiempo a través de una única garganta.

En cuanto a su significado, creo que sus autores nos están mostrando el medio a través del cual viajan. No tengo claro, en cambio, si se trata de viajes interestelares o de viajes interdimensionales. Incluso cabe que se trate de las dos cosas. Digamos que ésta es una de las cuestiones filosóficas que pretendo desentrañar con mis investigaciones.

Su testimonio, en cualquier caso, viene a corroborar lo que vengo defendiendo desde hace algunos años: que detrás de los círculos de las cosechas, salvando a los numerosos gamberros que allanan campos y crean figuras por diversión, existe una inteligencia que no pertenece a nuestro mundo.

Habla en su carta de la necesidad que, tanto su hija como usted, tienen de comprender. Ya le adelanto que las respuestas no son fáciles de obtener, máxime cuando las autoridades, civiles o militares, niegan la existencia de fenómenos inexplicables, tales como los ovnis o los propios círculos de las cosechas. El incidente de Colares que usted menciona es uno de ellos. Nuestros gobiernos, con los militares a la cabeza, suelen intervenir, recopilan información, la clasifican como alto secreto y callan.

No obstante, estamos creando un grupo independiente e interdisciplinar con el propósito de obtener respuestas por nuestros propios medios. Un grupo de científicos disidentes, dispuestos a llegar

hasta el fondo de lo que está sucediendo. Nos hemos establecido en Avebury, una pequeña aldea del condado de Wiltshire.

Sirva esta misiva, pues, como invitación para que visite o se una a nuestra pequeña comunidad.

Reciba un cordial saludo.

John Bradley

PARTE VI

1

Sentí un pellizco en el estómago cuando el helicóptero sobrevoló un extenso trigal dorado, en cuyo centro se apreciaba el dibujo de una figura geométrica de líneas y formas tan complejas como grande era su extensión. Un hermoso tatuaje creado en la piel del cereal a base de tumbar y entrelazar los tallos que seguían cierto patrón de solapamiento, como si fueran hilos de una urdimbre.

Lo único que no me permitía disfrutar del todo del espectáculo que se abría bajo nuestros pies, era el pilotaje de Bradley, quien se había empeñado en tomar los mandos.

—De modo que no sólo es el dueño de la compañía de helicópteros, sino que también sabe manejarlos —le dije cuando vi que ocupaba el asiento del piloto.

—No me quedó más remedio que aprender —dijo con falsa modestia—. No descarto que un día de estos tengamos que huir de aquí de prisa y corriendo.

—¿Huir de quién, de los tipos como mister Scrooge? —le pregunté al tiempo que el helicóptero tomaba altura y se balanceaba en el aire.

—Nunca se sabe.

—Por mucho que me cuente que obra en todo momento de buena fe, sus actos lo desmienten —le dije para que no olvidara que estaba en desacuerdo con su forma de gestionar el negocio que había montado en torno al fenómeno de los círculos de las cosechas.

—Si lo que pretende es arrastrarme a una discusión reduccionista, se lo explicaré de manera concisa: los buenos no tienen garantizada la victoria como en las películas, de ahí que tengan preparado un vehículo para huir en caso de que sea necesario. Alguien dijo que una retirada a tiempo puede llegar a ser tan valiosa como una victoria. Ahora dejémonos de juicios morales que no conducen a ninguna parte, y disfrutemos de este maravilloso paisaje. ¿Sabe manejar una cámara?

—Se me dan mejor los microscopios, pero alguna fotografía que otra sí que he hecho —reconocí.

—Normalmente, viajo en su asiento y me encargo personalmente de las fotografías aéreas. Pero eso no será posible hoy. La lente de la cámara está encastrada en el fuselaje, justo debajo de la luz. A sus pies hay instalado un brazo extensible que sirve para apretar el disparador. Y frente a usted tiene el visor. Es esa pantalla que parece un GPS. Sólo tiene que mirar a través del visor y accionar el botón rojo cuando considere que lo que ve merece la pena. A ser posible, intente captar imágenes completas.

—De acuerdo. Pero no me hago responsable de los resultados.

El vuelo duró diez minutos, saltando de una colina a otra, de una llanura a otra, sobrevolando granjas que emergían como hitos en mitad de los trigales que, bañados por la luz de la tarde, semejaban mullidas alfombras doradas que la brisa mecía. No

volábamos demasiado alto, y con el propósito de que no perdiera detalle de aquella fértil y fragante campiña, Bradley pilotaba inclinando levemente la cabina de mando hacia delante. La sensación de vértigo no era comparable a la belleza del paisaje.

Al llegar al espacio aéreo de nuestro destino, no sólo me sorprendió el agrolifo y su dimensión, superior a los ciento cincuenta metros de diámetro, sino el hecho de que sólo hubiera una persona en sus inmediaciones. Un hombre que subido a una gran escalera hacía fotografías.

—¿Dónde están los «creyentes», John? —le pregunté, convencido de que el lugar estaría a rebosar de tipos como mister Scrooge, habida cuenta que el condado de Wiltshire era la Disneylandia de la cerealogía.

—Hoy no vendrán «creyentes» por aquí. Le he comprado la cosecha al dueño, y le he pagado un extra para que nos deje llevar a cabo nuestras mediciones sin tener que pelearnos con nadie. Mañana, cuando terminemos el trabajo de campo, haremos correr la voz y esto se llenará de gente. Tengo otros seis días para segar el campo. Cobraré una pequeña entrada, y así compensaré el desembolso que he tenido que hacer para disponer de unas cuantas horas de privacidad. Una vez corra la noticia, este lugar estará tan concurrido como la plaza de San Marcos de Venecia en el mes de agosto.

—Me temo que alguien se ha colado en su círculo, John —le advertí—. Ahí abajo hay un hombre subido a una escalera de mano tomando fotografías.

—Bueno, ese tipo no es un intruso, se trata de Adam Tanner. Es uno de mis hombres de confianza. Estaba en el Red Lion. Seguro que lo recuerda. Se encarga de medir las radiaciones, de tomar muestras del suelo y de las plantas, las que conforman el círculo y las que están fuera de él. También fotografía la disposición de los tallos, si están o no rotos y cosas parecidas. Creo que ha llegado el momento de que demuestre sus habilidades como fotógrafo. No tenga miedo a los posibles movimientos bruscos que haga a partir de ahora, pero son necesarios cuando hay que maniobrar en espacios reducidos. Situaré la nave en distintos ángulos, en torno al perímetro de la figura. Puede que se maree un poco. Cada vez que vea que nos quedamos en suspensión, sin movernos, aproveche para disparar.

—De acuerdo. Cuando quiera.

Con la vista puesta en el visor, aproveché cada momento de estabilidad para disparar una docena de fotografías. No resultaba fácil cuadrar el encuadre, si es que se puede expresar así, pero con eso y con todo me las apañé bastante bien. En total hice unas sesenta o setenta instantáneas.

—¿Qué tal? —se interesó Bradley—. ¿Se ha mareado?

—Bueno, en algún momento he tenido la impresión de estar en una atracción de feria, pero todo ha quedado en un incómodo cosquilleo en el estómago. Sobreviviré.

—Me alegro, Bernardo. Ha llegado el momento de que nos unamos a Adam y le echemos un vistazo a este grandullón.

No sé si fue cosa del ruido del rotor, pero me dio la impresión de que en el tono

que Bradley había afecto para con aquella enigmática figura esculpida sobre el cereal.

Me sorprendió cuán diferente era contemplar el círculo desde el aire a hacerlo desde la tierra. Ni siquiera se intuía la hermosa y bien delimitada figura geométrica que acababa de fotografiar. Sobre el terreno, el hermoso agroglifo no era más que un laberinto de circunferencias de distintos tamaños y líneas ubicadas en distintos puntos. Incluso el cereal parecía más agostado, menos elástico y maleable.

A cincuenta metros del lugar donde se encontraba Tanner, John se detuvo delante de uno de aquellos círculos más pequeños que conformaban el todo y, tras levantar con suavidad la cama de cereal, me dijo:

—Aquí tiene la prueba. Los tallos de las plantas están tumbados, diríase acostados, y no rotos.

Me limité a corroborar las palabras de Bradley tras examinar un haz que casi rozaba el suelo, pero que no lo hacía precisamente porque el nódulo que soportaba la inclinación no se había quebrado. No me pronuncié, puesto que no tenía la cualificación necesaria para dar mi opinión.

—Mañana cuando los periodistas lleguen con los «creyentes», dirán, como lo hacen siempre, que es obra de un gamberro, de un bromista, de un oportunista o del último artista de arte efímero de Londres, Liverpool o Manchester. Tanto da. Sin embargo, ninguno de esos gamberros, bromistas u oportunistas tiene lo que hay que tener. Les he lanzado un reto a todos ellos, y ninguno ha aceptado. Andan escondidos.

Era evidente que la disertación de Bradley estaba incompleta porque pretendía que yo le tendiera un puente con forma de pregunta que le permitiera proseguir su relato.

—¿Qué clase de reto? —pregunté siguiendo el guion preestablecido por Bradley.

—Uno muy lucrativo. El 12 de agosto de 2001 apareció en Milk Hill un círculo muy parecido al que lleva el nombre de mi hija Julia. Estaba compuesto por cuatrocientos nueve círculos individuales de distintos tamaños, que abarcaban una superficie de novecientos pies, sobre una superficie descendiente. El agroglifo fue bautizado con el nombre de «Formación Galaxy». Lo más sorprendente es que aquella monumental figura fue creada durante una noche de lluvia, en un plazo de seis horas. Eso significa que cada sesenta y ocho segundos se ejecutó un círculo. Pues bien, cansados de que nos acusaran de no poder demostrar el origen no humano de los círculos que considerábamos auténticos, una asociación de creyentes ofreció cien mil libras a los *Circlemakers* que fueran capaces de reproducir la «Formación Galaxy», en las mismas condiciones climáticas y en el mismo plazo de tiempo. ¿Sabe cuántos *Circlemakers* aceptaron el reto?

—Por esa cantidad de dinero, supongo que unos cuantos —dije.

—Ninguno. Así las cosas, he aumentado en otras cien mil libras el premio. Y he aquí lo más sorprendente: tampoco doscientas mil libras parecen suficientes para que esas ratas de falsificadores salgan de sus agujeros. Se lo digo aquí, si alguien logra

completar los cuatrocientos nueve círculos de la «Formación Galaxy» bajo la lluvia, en un plazo de seis horas y sin dejar una sola huella, tal y como apareció el círculo original, daré una rueda de prensa para reconocer que todos los círculos de las cosechas, sin excepción, son obra de la mano del hombre. Pero no es la mía la única historia que quiero que escuche. Tanner tiene algo que contarle.

— ¿Tanner?

—También él era un *Circlemaker* como Trevor Stevenson.

—Comprendo.

Tanner había vuelto a escalar hasta lo más alto de su escalera de mano, tan alta como una jirafa, desde donde disparaba una fotografía tras otra.

—¿Qué tal Adam? ¿Qué opinas? —voceó Bradley.

—Que es completamente auténtico, John.

—Lo he sabido nada más verlo desde el aire.

—Los tallos están intactos, hay radiación en los círculos, y la geometría de las formas es tan correcta que pareciera que ha sido realizada con un ordenador.

—Ya termino yo el trabajo. Quiero que bajes de esa escalera y le expliques a nuestro invitado cómo llegaste a subirte en ella.

—De acuerdo, John.

Tanner tenía unas manos tan nudosas como los nódulos de los tallos del trigo. El escaso cabello que le quedaba era también del color del trigo, su figura era espigada, no sólo por su gran altura, sino porque parecía haber alcanzado la madurez de la semilla. Incluso en el color de su faz había cierto mimetismo con el entorno.

—¿Qué le ha parecido el agroglifo, profesor Pastor-Luján? —me preguntó.

También su voz resultó ser quebradiza como la planta del trigo.

—Hermoso, y desconcertante. No voy a mentirle, no estoy capacitado para emitir una valoración de lo que es todo esto —reconocí.

—Ninguno lo estamos, profesor. Ni siquiera los que llevamos estudiando el fenómeno veinte años, como es mi caso.

—John me ha dicho que usted...

—Sé lo que le ha dicho John —me interrumpió con amabilidad, pero dando a entender que no era la primera vez que se veía en aquella situación—. Sí, cuando empecé en esto era un *Circlemaker*. Hacía círculos para demostrarme a mí mismo que todo lo que decían los «creyentes» no eran más que tonterías sin fundamento. Lo que no le ha contado John, profesor, es que soy uno de los pocos *Circlemakers* que ha dado con sus huesos en prisión por allanar un campo de cereal. Sin embargo, no cambié de bando porque me las tuviera que ver con la justicia, sino por un hecho que me desconcertó desde el mismo día que hice mi primer círculo de las cosechas. Para ir al grano, desde esa primera vez, experimenté fenómenos inusuales mientras realizaba mi «trabajo». Por ejemplo, era frecuente la aparición de pequeñas bolas de luz zigzagueantes a mi alrededor, se adentraban por entre el cereal. Aparecían y

desaparecían a su antojo, como luciérnagas que de pronto dejaran de emitir su luz. Otras veces, me sentía observado por presencias animalescas. ¿Se debía a la sugestión que me causaba el estrés de saber que, en cualquier momento, podía ser descubierto y dar con mis huesos en la cárcel? Es posible, pero la sensación de que algo me acechaba era tan real y aterradora que me erizaba el vello. Aún hay más. También tenía largos periodos de tiempo perdido mientras estaba en los campos. Comenzaba a trabajar en un diseño, pisaba el cereal con el tablón y de pronto me quedaba en blanco. Cuando volvía a tener conciencia de lo que estaba haciendo, el círculo ya estaba acabado. A veces, yo mismo me sorprendía de la precisión que alcanzaba.

—De modo que se volvió «creyente» —dije.

—¿Creyente de qué? No, no me considero un «creyente». Antes le he dicho que cambié de bando, y no fue exactamente así, en realidad lo que hice fue cambiar de perspectiva, de punto de vista. A veces, mientras hacía un círculo me sentía como una marioneta, como si una fuerza ajena a mi voluntad fuera la instigadora del resultado final de la obra.

—Eso significa que reconoce que detrás del fenómeno se esconde alguna clase de inteligencia —apunté.

—Sin duda, pero no descarto que esa inteligencia manipuladora sea la del propio *Circlemaker*.

—¿Habla entonces de una especie de estado de trance? —le pregunté.

—Sí, algo así. Una clase de trance que el *Circlemaker* alcanza sin que medie misticismo alguno.

—Bueno, le agradezco su sinceridad, porque me sirve para tener una pieza más de este extraño rompecabezas —reconocí.

—Si lo piensa, resulta mucho más aterrador que sea nuestra propia mente la que nos manipule a su antojo para crear esos círculos de las cosechas, que la posibilidad de que sean obra de alienígenas. En pocas palabras, los extraterrestres están dentro de nosotros, somos nosotros, viven en lo más profundo de nuestro subconsciente, y sólo dan la cara ante determinados estímulos. Esta tierra de Wiltshire es uno de ellos.

Mis retinas aún conservaban las imágenes de los campos dorados o verdes del condado de Wiltshire vistos desde el cielo, cuando al entrar en mi habitación intuí la presencia de alguien. En realidad, no vi a nadie, pero sí percibí un olor a colonia de varón que me puso sobre aviso.

Al encender la luz, encontré al señor Gaffigan tumbado sobre la cama, y a Trevor Stevenson sentado en la silla desde la que yo contemplaba las fotografías de mi hija. Este llevaba un revólver en la mano derecha, pero no me apuntaba, como si no supiera muy bien qué hacer con él. En la otra mano, sostenía un vaso de whisky.

—Bueno, amigo, se acabó el juego —habló Gaffigan como lo hubiera hecho una esposa que comenta los asuntos del día con su esposo, justo antes de que éste se meta con ella en la cama.

—¿Qué diablos hacen aquí? —les pregunté tratando de imprimir cierta indignación a mi tono de voz.

Trevor Stevenson apuró el whisky antes de responderme con otra pregunta:

—¿Qué tal si nos cuenta primero por qué tiene una foto y un retrato robot de Julia Bradley?

Bueno, me habían pillado.

—Es una historia larga de contar —reconocí.

—Como la de cualquier fisgón que de pronto se ve metido en un lío del que no sabe cómo salir. ¿Es usted un fisgón o es algo aún mucho peor? —volvió a intervenir Gaffigan, al tiempo que giraba su cuerpo para reincorporarse.

—No es necesario entrar en descalificaciones. Esas fotografías tiene que ver con mi historia personal —traté de defenderme.

—A John le encantará escuchar esa historia personal, profesor. Y a mí romperle la crisma cuando haya acabado —apuntó Trevor.

Dicho lo cual, el cañón de la pistola tomó el rumbo de mi cuerpo.

—John está abajo esperando, en el coche. Así que andando —añadió.

—Acabo de bajarme de su coche hace cinco minutos —le hice ver— he pasado toda la tarde con él.

—Sabemos dónde ha pasado la tarde. Jim nos avisó de lo que guardaba en su habitación. Y John nos mandó para comprobarlo.

—¿Quién es Jim?

—El chico de la recepción. John es también el dueño del hotel.

—¿Bradley es el dueño del hotel?

El cañón de la pistola hizo rápido un movimiento de asentimiento.

—Comprendo. O mejor dicho, no comprendo por qué andan espiándome.

—Por las fotografías que obran en su poder, se diría que es usted quien anda espiando, ¿no le parece?

—Ya les he dicho que es una larga historia.

—Y nosotros que John está abajo, y quiere escuchar su historia —incidió Trevor.

—Usted primero —me cedió el paso Gaffigan después de coger las fotografías y el retrato robot de Julia y de abrir la puerta.

Deseé que mister Scrooge y sus muchachos irrumpieran en el hotel, pero no hubo suerte. En cualquier caso, pensarán aquellos hombres lo que pensarán sobre la procedencia y la intencionalidad de las fotografías, había llegado el momento de confesar la verdad.

Jim, el recepcionista, ni siquiera me miró cuando pasé delante de sus narices.

John Bradley aguardaba con la espalda apoyada sobre uno de los laterales del coche. Miraba hacia el paisaje que tenía delante como si se hubiera propuesto contar el número de menhires que quedaban al alcance de su vista. Giró la cabeza en nuestra dirección cuando el contacto del calzado con la gravilla rompió el silencio circundante.

—Hola de nuevo, Bernardo.

Su voz sonó amable, como si me estuviera esperando para realizar un nuevo paseo en helicóptero.

—¿Qué diablos está pasando, John? ¿A qué viene esta farsa?

—Eso mismo nos preguntamos nosotros, Bernardo. Tiene una fotografía de mi hija idéntica a otra que yo tengo en casa. Y también su retrato robot. ¿De dónde las ha sacado?

Yo también tenía mi propia lista de reproches, así que preferí exponerlos antes para equilibrar la situación.

—Ha mandado registrar mi dormitorio. Y Trevor me ha apuntado con una pistola —le recriminé.

—Y es posible que adopte alguna medida más drástica, si no me dice por qué tiene una fotografía y un retrato robot de mi hija.

Ahora su tono de voz resultó más categórico, como si de verdad hablara en serio, lo que terminó por alarmarme.

—De acuerdo. Le diré por qué tengo esas fotografías, con la condición de que luego me explique por qué era necesario traerme a punta de pistola.

Bradley extendió ambos brazos, tal que un Cristo Redentor, antes de decir:

—Le escucho.

—Soy el padre de su hija —reconocí.

—¿Qué es el qué?

—Lo que oye. Soy el padre biológico de Julia. Al menos, eso creo —puntalicé.

Bradley me escrutó durante unos segundos de arriba abajo, desde la expresión de mis ojos a los gestos de mi cara o los movimientos de mis manos.

—Buen intento, Bernardo, pero está mintiendo. El padre de Julia fue asesinado en Brasil en extrañas circunstancias. Julia tenía entonces seis o siete años, no estoy

seguro, y su padre era un estafador que huyó de España a Brasil, porque ambos países carecían de tratado de extradición.

—Si no me cree, sólo tiene que arrancarme un poco de cabello y comparar mi ADN con el de ella —le ofrecí—. Julia, cuyo nombre iba a ser Valentina por deseo expreso de mi esposa, nació en la clínica San Román de Madrid, el 15 de julio de 1980. En el transcurso del parto, su madre biológica murió por causa de una atonía uterina. Así las cosas, la abuela de Valentina, mi suegra, una mujer llamada Elvira, decidió entregarla en adopción. Dos años más tarde, la clínica fue clausurada por traficar con bebés robados. Pero ya era demasiado tarde. Los archivos fueron destruidos con el propósito de eliminar pruebas que incriminaran a los responsables de la clínica, y yo estaba por aquel entonces dando clases en la Universidad de Loyola, en Chicago, donde me refugié para superar el dolor que me causó perder a mi esposa y a mi hija el mismo día.

»Hace unos meses me reuní con mi suegra. Nunca habíamos mantenido una buena relación, pero supe a través de la prensa que los casos de bebés robados en una clínica de Madrid llamada San Román seguían aflorando. En el transcurso de aquella conversación, me confesó lo que acabo de contarle, tras lo cual se suicidó. Me dejó en herencia un par de fotografías de la pequeña, una de bebé, y otra a la edad de cuatro años. Aquellas fotografías formaban parte del trato al que, al parecer, había llegado con el propietario de la clínica a cambio de entregarle a la niña.

Mi exposición dejó a Bradley sin habla, como si no estuviera seguro cómo habría de digerir mis palabras.

— ¿Y qué motivos tenía su suegra para querer entregar a su nieta en adopción? — me preguntó al fin.

—Eso mismo me sigo preguntando yo. Según me confesó, tanto ella como mi esposa habían sido abducidas y fecundadas por alienígenas en repetidas ocasiones...

Los párpados de Bradley se abrieron de par en par, y sus cejas se enarcaron, antes de decir:

—Como Julia.

—Exactamente, como Julia. La abuela pensó que si entregaba en adopción a la pequeña, la libraría de aquella maldición que afectaba a las mujeres de la familia.

—Pero no fue así.

—En efecto, al parecer, no sirvió de nada.

—Entonces, ¿el día de la conferencia...?

El cerebro de Bradley había logrado establecer por fin las sinapsis correctas que le permitieron comprender hacia dónde se encaminaba mi historia.

—Nada de lo que le he contado había sucedido antes de ese día, sin embargo, en el transcurso de la charla ocurrió algo extraordinario.

—¿A qué se refiere?

—El día del cuarto cumpleaños de Valentina comencé a soñar con ella y con su madre. Sueños vívidos, reales, que se sucedieron durante treinta años, todas y cada

una de las noches. Vi crecer a mi hija, tal y como si estuviera viva. Incluso viví de primera mano su noviazgo con un joven idéntico a Trevor Stevenson. Un tipo que en mis sueños obedecía a otro nombre. Unos días antes de asistir a su conferencia, los sueños se interrumpieron. No podía pegar ojo. Me volví insomne. Lo que sucedió a continuación, ya puede imaginárselo. Cuando Julia subió al escenario en el Ateneo de Madrid, reconocí en ella a mi hija Valentina. Era la misma joven que habitaba en mis sueños. Su rostro, su voz, sus gestos, todo coincidía. Incluso su parecido con su madre biológica resultaba asombroso...

Aproveché para enseñarle a Bradley una pequeña fotografía de carnet de mi esposa, que guardaba en la cartera.

—Esta es Lucía, la madre de Valentina. Como verá, el parecido que guarda con Julia es innegable.

John le echó un vistazo a la fotografía. Me la devolvió y se limitó a corroborar lo dicho por mí.

—Sí, el parecido de esta mujer con Julia es innegable.

—Soy consciente de que mi historia es insólita, pero al mismo tiempo es cierta. No le miento, John.

—De modo que Harding no es el único que cree haber visitado un universo paralelo.

—La cuestión es que Julia habita este mundo. Por eso estoy aquí. No existe otra razón. No se lo tome a mal, pero sus círculos no me interesan más que como objetos de un arte singular.

—No sabe el peso que me quita de encima —aseguró Bradley.

—¿De veras? ¿Por qué?

—Porque así no tendré que matarlo.

— ¿Ha oído hablar de Eugene Mallove? —me preguntó Bradley, al tiempo que ponía rumbo hacia un par de menhires que quedaban a doscientos metros escasos de donde nos encontrábamos.

—Sí, aunque no conozco en profundidad su trabajo —respondí.

—Mallove fue el presidente de la Fundación Nueva Energía, y editor de la revista *Energía Infinita*. Investigó durante años la fusión fría, o física del hidrógeno. Llegó a concluir que un kilómetro de agua de mar proporcionaría la energía equivalente a todos las reservas de petróleo conocidas en la Tierra. Una energía no contaminante, que no emitiría radiación peligrosa alguna, y de bajo coste. Predijo, en suma, el advenimiento de la edad de combustible del agua. Sin embargo, ésta no ha llegado. Y no lo ha hecho porque hay quienes no quieren que las cosas cambien.

—¿Adónde quiere ir a parar? —intervine.

— Eugene Mallove fue brutalmente asesinado en su domicilio, en 2004. Alguien le aplastó la cabeza con un bate de béisbol. Un supuesto ladrón que no robó nada. Para no extenderme, Mallove fue eliminado porque su descubrimiento suponía el fin de la industria del petróleo, del carbón, del tendido eléctrico, etc. Eliminaba, en suma, la tensión del modelo energético actual, que si ya es insostenible por sí mismo, aún lo será más con el constante e imparable aumento de la población.

— ¿Y qué tiene que ver Mallove con usted, o con el hecho de que me haya traído hasta aquí a punta de pistola?

—Mallove no es el único científico que, persiguiendo el sueño de encontrar una energía libre, ha muerto en extrañas circunstancias, o que su trabajo ha sido boicoteado. Nicola Tesla, el padre de la energía radiante o energía libre, vio arder su laboratorio. Descubrió una clase de energía que no necesitaba cables, lo que enfadó a J. P. Morgan, su mecenas, quien controlaba el monopolio del cobre por aquel entonces. Más recientemente, a Adam Trombly, creador de un sistema de energía libre llamado «Máquina N», consistente en imanes girando con los polos alineados con el eje, capaces de producir una intensa corriente eléctrica, le fueron requisados sus dispositivos, después de ser invitado por la ONU para explicar el funcionamiento y la viabilidad de su invento. La conferencia, simplemente, se suspendió. A partir de ese momento, Trombly sufrió el escarnio de la comunidad científica. John Bedini fue atacado y amenazado cuando se disponía a fabricar en masa dispositivos de energía libre. La lista es interminable. Ahora, responda a una pregunta: ¿qué cree que hago aquí? ¿qué cree que hacemos yo y mis colaboradores en este lugar?

—¿Sacar provecho económico de unos cuántos idiotas como mister Scrooge? —ironicé, a tenor del sentido que estaba tomando su confesión.

—Digamos que esa faceta de nuestra actividad sólo comprende la punta del iceberg. El resto, la parte que no se ve, la que queda por debajo del agua, tiene que

ver con el trabajo de esos científicos que dieron la vida, o perdieron su reputación, en pos de un sueño que nunca pudieron ver cumplido. La obtención de una energía ilimitada y gratuita, para toda la humanidad. En Estados Unidos, las patentes están sometidas a la llamada *Secrecy Order*, que se aplica cuando aquéllas ponen en peligro la seguridad nacional. Para que se haga una idea, según el Acta de Libertad de Información de la Federación de Científicos Americanos, sólo en el año 1991 setecientos setenta y cuatro patentes quedaron bajo la *Secrecy Order*. A día de hoy, son decenas de miles las patentes que han sido sometidas a la *Secrecy Order*. Y en el supuesto de que una patente burle ese control, es adquirida por las grandes multinacionales energéticas, que se encargan de no desarrollarla.

—¿Y cómo piensan ustedes sortear esos obstáculos de los que me habla? —me interesé.

—Muy fácil. Elaborando un invento que no requiera patente. Un invento tan limpio como la energía que será capaz de producir. Un invento que extraiga la energía del propio vacío.

—Comprendo. De modo que anda investigando la energía de punto cero.

—Así es. Pero con algunas variaciones con respecto a lo que se ha hecho hasta ahora. Llegada mi confesión hasta este punto, permítame que no abunde en los detalles.

Para ser franco, no entendía qué tenía que ver lo que me estaba contando con sus actividades en el condado de Wiltshire, como adalid de los círculos de las cosechas.

—¿Y lo hace anunciando la llegada de los alienígenas?

—Como vengo defendiendo desde un principio, hay círculos de las cosechas que son auténticos, y otros, la gran mayoría, que son falsos. Los primeros, de elaborados diseños, plantean en muchos casos modelos para acceder a esta clase de energía. Figuras toroidales que, cuando las representamos en tres dimensiones, muestran campos de energía. A veces tienen forma de anillo, y otras de esfera. Digamos que la respuesta está en la naturaleza, y en su lenguaje, que es el de las matemáticas. Por eso me quedé aquí, para estudiar los círculos desde esa perspectiva. El problema estribaba en el hecho de que no éramos los únicos interesados en el fenómeno. Los gobiernos y las agencias gubernamentales pronto mostraron su interés por lo que estaba sucediendo. Y todavía lo siguen haciendo. Así las cosas, sólo existía un camino para pasar desapercibidos: desprestigiar el fenómeno. Contratar a hacedores de los círculos, los llamados *Circlemakers*, burdos farsantes, que a su vez atraerían a videntes, contactados, abducidos, etc., quienes a su vez atraerían a más *Circlemakers*, así hasta completar un círculo inabarcable, nunca mejor dicho. La idea, en definitiva, consistía en ampliar el fenómeno, crear numerosas ramificaciones independientes las unas de las otras.

—Y ahí es donde son necesarios tipos como Trevor Stevenson, cuyas figuras en los campos de cereal logran atraer a personajes como mister Scrooge.

—Así es. Las habilidades de Trevor como artista están fuera de toda duda. Una

vez creado el círculo, los creyentes aparecen por añadidura. A partir de ahí, sólo hay que profundizar en sus anhelos y creencias, y ofrecerles lo que desean convertido en un hermoso círculo de las cosechas. Así se crea una mística que ningún periodista o científico puede destruir. El número de falsificadores es hoy tan grande, que ni siquiera nosotros podemos controlarlo. Puede haber cincuenta o sesenta hacedores de círculos rondando por aquí cada verano. Al convertir los círculos en una farsa, la atención de los gobiernos dejó de recaer sobre nosotros, y se centró en el fenómeno en su conjunto. Aunque todavía nos miran con recelo, creen que todo es obra de un delirio colectivo. Obviamente, nosotros hemos colaborado de manera activa para que parezca eso. Incluso hemos financiado concursos de hacedores de círculos con medios de comunicación locales. Lo que le he contado esta tarde de las doscientas mil libras es completamente cierto. Si te metes con los hacedores de círculos ganas de inmediato una mayor presencia mediática, lo que trae como consecuencia que aumente el desprestigio del fenómeno. No obstante, no podíamos utilizar los medios convencionales —revistas, simposios, Internet, etc.— para comunicar nuestros hallazgos en materia de energía, por lo que inventamos un nuevo medio de comunicación entre los miembros de nuestra pequeña comunidad científica que, por otra parte, se encuentra repartida por medio mundo, desde Australia hasta Italia, pasando por Alemania o el Reino Unido. ¿Imagina cuál es ese medio de comunicación que empleamos entre nosotros?

—No tengo ni idea, John

—Los propios círculos falsos. Los que elaboran para nosotros Trevor Stevenson o Adam Tanner.

—¿El falo de mister Scrooge?

—Así es, el falo de mister Scrooge, que a estas horas está siendo reproducido por decenas de blogueros, o de periódicos y revistas convencionales. Por no mencionar los medios audiovisuales que ya se han hecho eco de la noticia. Introducimos en el falo un *piercing*, que incluía un código binario. Un mensaje cifrado que sólo entenderán nuestros conmlitones. Si los llamo así es porque nos consideramos soldados que luchan en una guerra invisible, pero tan real como las que se libran en Irak o Afganistán. Cuando el mensaje tiene que viajar desde Holanda, Italia o Australia, Trevor y Adam se desplazan hasta esos lugares, y llevan a cabo su trabajo. De esa manera, no hay constancia escrita o hablada de nuestros mensajes. Sólo un agroglifo, sujeto a múltiples interpretaciones. En el fondo, nos limitamos a seguir los métodos de aquéllos que crean los auténticos círculos. Utilizamos el lenguaje de las matemáticas, la geometría...

—De modo que sus supuestas desavenencias con Trevor y Julia, de las que habló en su conferencia de Madrid, son también una farsa.

—Yo no emplearía esa expresión. Simplemente, forman parte de las ramificaciones de las que acabo de hablarle. Si nos prestamos a dictar conferencias en el extranjero, es por la necesidad que tenemos de aumentar el número de acólitos. El

fin último consiste en convertir los círculos de las cosechas en un fenómeno vergonzosamente explotado, de modo que sea rechazado tanto por los gobiernos, por la comunidad científica, como por el público en general. En mi opinión, lo estamos consiguiendo, lo que nos concede un mayor margen de libertad y seguridad a la hora de realizar nuestros trabajos.

Todo lo que Bradley contaba resultaba muy ilustrativo, pero no justificaba su comportamiento.

—Sigo sin entender por qué ha ordenado que me saquen de mi habitación a punta de pistola. ¿Qué tengo yo que ver con lo que me está contando?

—Porque en cuanto Jim nos informó de la existencia de unas fotografías de Julia, pensamos que andaba tras nuestros pasos, que era miembro de una de esas agencias gubernamentales que pretenden que fracasen nuestras investigaciones, al precio que sea. Julia forma parte del grupo de Trevor, cuyo trabajo resulta fundamental para nuestros propósitos.

—¿Me está diciendo que me ha tomado por un espía? —pregunté sin dar crédito a lo que estaba oyendo.

—Por un infiltrado, en efecto.

—¡Joder, John! ¡Sólo soy un físico teórico confundido, que busca a una hija que perdió hace treinta y tres años!

—El caso de Julia es muy especial. Sus abducciones son reales, así como esos extraños embarazos que sufre. Asegura estar monitorizada, controlada y vigilada. ¿Por quién? No lo sabemos, aunque creemos que se trata de los mismos hombres encargados de que nada cambie en materia de energía, salud o reparto de los recursos del planeta. Usted tenía en su poder unas fotografías de ella, y un retrato robot, lo que le convertía en sospechoso. Julia supone un riesgo para nuestras investigaciones, pero al mismo tiempo es uno de los nuestros. Incluso lleva mi apellido.

Habíamos hablado un poco de todo, en nuestra conversación habían surgido muchos nombres, pero había una pieza en el rompecabezas que no había aparecido.

—¿Y su madre, dónde está? —me interesé.

—Desapareció.

—¿Desapareció?

—Fue secuestrada junto a Julia, pero nunca regresó.

—¿No regresó de dónde?

—Según Julia, de la misma manera que ella es fecundada cada cierto tiempo, su madre está siendo utilizada como cobaya humana en experimentos biológicos que están llevando a cabo quienes la secuestran.

—¿Denunciaron su desaparición?

—Julia Hernández era mayor de edad, por lo que se consideró que se había marchado voluntariamente.

—Comprendo. O mejor dicho, no comprendo nada.

—Después de la desaparición de su madre, decidí adoptar a Julia —prosiguió

Bradley—. Se sentía sola, desprotegida. Se volvió más taciturna. Se encerró en sí misma. Conocer a Trevor le sirvió de gran ayuda.

—Yo creía que Julia llevaba el apellido Bradley porque usted y su madre...

—¿Habíamos mantenido una relación sentimental o algo así? ¡No, nada de eso! Tanto Julia madre como la pequeña habían tenido contacto con alienígenas en Brasil, y yo acababa de establecerme por aquí, y necesitaba repoblar este lugar con personas como ellas, como ya le he dicho, de modo que mi presencia no levantara sospechas. Las invité a venir en verano. Los círculos hicieron todo lo demás. Pensaron que aquí encontrarían las respuestas que estaban buscando. Al parecer, el padre de Julia, bueno, el padre adoptivo, murió mutilado en extrañas circunstancias. Las autoridades brasileñas achacaron la muerte al ataque de un animal; en cambio, Julia asegura que fue cosa de los seres que la visitan.

—Dentro del millón de cosas que se me escapan, hay una cuestión que me gustaría que me aclarara —dije—. Según usted, los círculos auténticos encierran mensajes de una inteligencia extraterrestre. Por otro lado, Julia está siendo secuestrada y sometida a terribles torturas por seres que, según ella, no son de este mundo. ¿Acaso son esos seres que envían mensajes para que accedamos a una nueva clase de energía y de propulsión los mismos que secuestran y torturan a Julia?

—Buena pregunta, Bernardo. Creemos que no. De hecho, Julia asegura que quienes la secuestran comparten una base militar con el ejército de los Estados Unidos. Una instalación militar que se encuentra bajo tierra, en algún lugar de los Estados Unidos de Norteamérica. Allí es donde estaría secuestrada su madre. Allí es donde ella habría dado a luz a los hijos que asegura haber tenido.

—De modo que está sugiriendo que habría varias clases de alienígenas visitando nuestro planeta, algunas de las cuales trabajarían, mano a mano, con nuestros gobiernos.

—A cambio de tecnología. Nuestros militares reciben tecnología de vanguardia, y en compensación, los alienígenas tienen libertad para secuestrar seres humanos con los que experimentar.

—¿Y de qué lugar o lugares vienen esos visitantes?

A estas alturas, mi interés tenía su razón de ser en mi propia experiencia, en la visión de esos seres pequeños y grises que había recuperado bajo hipnosis.

—De cualquier rincón del multiverso. Muy probablemente a través de los famosos agujeros de gusano, de los que usted sabe tanto. Yo diría que algunos incluso podrían ser seres de otras dimensiones o, por qué no, viajeros del tiempo procedentes del futuro.

—¿Nosotros mismos visitándonos? ¿Para qué?

—¿Para subsanar alguno de los problemas que estamos causando al planeta? Tal vez dentro de diez o quince mil años, el aspecto de nuestra especie sea el de esos seres grises o con aspecto de insecto de los que habla Julia. Es sólo una posibilidad. Una de muchas. Lo importante, en cualquier caso, es la información que encierran los

círculos de las cosechas, disponible para cualquiera que quiera cogerla.

—Incluso para mister Scrooge, que ya tiene su falo cósmico. Así que todos contentos, ¿no es así?

—Ya le he dicho que eso forma parte del trabajo de Trevor. Los casos de seducción cósmica, si me permite llamarlos así, son más comunes de lo que piensa. Así que había que contentar a mister Scrooge y a su gente.

—John, menudo tinglado se ha montado usted aquí.

—Es sólo una telaraña, profesor, capaz de protegernos de nuestros enemigos y, llegado el caso, poder atraparlos. Créame, nuestra integridad física corre peligro. Nuestras vidas están en juego. Los que joden el planeta y nos mantienen esclavizados, disponen también de todas las herramientas para acabar con nosotros.

—Comprendo.

—Bueno, una vez que hemos puesto las cartas sobre la mesa, ahora tenemos que acordar a qué juego jugamos.

—¿A qué se refiere, John?

—Usted querrá contarle su secreto a Julia, y yo quiero que mantenga el mío.

—John, ya le he dicho que no creo en sus círculos, y que lo único que me ha traído hasta aquí ha sido Julia. Las fotos que llevo conmigo no demuestran nada, salvo que guarda un enorme parecido con una persona con la que he soñado durante los últimos treinta años. De modo que lo que quiero es arrancarle un cabello o llevarme un vaso en el que haya bebido, para comprobar por medio de una prueba de ADN si de verdad somos padre e hija. Le prometo que nada diré sobre sus investigaciones.

—Yo, en cambio, sí creo en *su* teoría de lo posible. Si no estoy equivocado, el hecho de que manifieste no creer en los círculos de las cosechas equivale a que sí cree en ellos en otro universo paralelo. De modo que en otro de esos universos usted está comprometido con nuestra causa, ¿no es así?

—Así es, en teoría. Que no crea en la autenticidad de los círculos, no significa que no apoye las investigaciones que está realizando. Si su trabajo persigue lo que me ha contado, lo alabo. Incluso puede contar con mi humilde colaboración si lo considera necesario.

—Eso sería estupendo. Le agradezco su ofrecimiento. Llegados a este punto, creo que nos falta resolver el asunto de Julia. ¿Qué quiere hacer?

—La verdad, no lo sé. Usted la conoce mejor que yo, ¿qué me recomienda?

—Julia ha sufrido tanto a lo largo de su vida, que tiene una gran capacidad de encaje. Lleva treinta años viviendo una vida que el resto de los mortales rechaza. Ha sido tachada de loca, de histérica, de falsaria, por lo que ha desarrollado un sistema de defensa que yo compararía con las diferentes capas de una cebolla. Si está conforme, puedo hablar con ella esta noche. Trataré de allanarle el camino.

—De acuerdo. Se lo agradezco, John.

—Por último, quiero pedirle disculpas por el incidente de la pistola.

—Disculpas aceptadas.

Cuando cerré la puerta de la habitación tras de mí, las sienes me palpitaban y el oxígeno llegaba a mi cerebro a duras penas. Las cosas no habían salido como esperaba, pero aun así todo estaba a punto de resolverse. En un sentido o en otro. La cuestión era saber si estaba preparado para dar ese paso. Que John me allanara el camino, para emplear su misma expresión, no resolvía ciertas cuestiones que tendría que afrontar sin ayuda de nadie. Por ejemplo: ¿Cómo debía decirle a Julia que creía ser su padre? ¿Con qué palabras? ¿Tal vez esgrimiendo la prueba inequívoca de la fotografía de su cuarto cumpleaños, cuya copia obraba en mi poder? Y, una vez resuelto ese capítulo, ¿qué debía contarle de su madre biológica y del comportamiento de su abuela? Había muchas formas de plantear una historia: la del vencedor, la del vencido, incluso la del observador imparcial.

Pensé que las cosas resultarían relativamente fáciles si ella hubiera experimentado los mismos sueños que yo durante los últimos treinta años. Al menos para mí, que era conocedor de su carácter, de sus reacciones ante situaciones imprevistas. Claro que los hechos que tenía que contarle iban más allá de lo que podía considerarse una situación imprevista. Por no mencionar que una cosa era un sueño y otra la vida real. Tal vez su carácter había sido amoldado en mis sueños a mi conveniencia. Tal vez Valentina y Julia fueran personas completamente diferentes. Había sido entregada en adopción por su abuela, y yo, su padre, no había hecho nada por impedirlo. De modo que yo era un extraño que, a las primeras de cambio, iba a desmontar su mundo, a desactivarlo, para reprogramarlo. La nueva reprogramación incluía unos padres distintos, una familia nueva, con sus claroscuros. Más oscuros que claros. Y lo peor de todo, en esta nueva familia se hallaba el germen de todo lo que le sucedía desde pequeña. Una vez descubriera que, al igual que ella, tanto su madre biológica como su abuela habían sufrido secuestros y embarazos a manos de esos seres que tan bien conocía, cabía entonces que se sintiera culpable de la suerte que habían corrido sus padres adoptivos. En cuanto a éstos, tampoco podían quedar en buen lugar, puesto que la adopción se había llevado a cabo por métodos fraudulentos. Para expresarlo sin ambages, la habían comprado a cambio de una suma de dinero, tal que una mercancía. En Internet existían numerosas páginas web donde decenas de afectados denunciaban los métodos empleados por el doctor Abella en la clínica San Román. De modo que sólo tendría que navegar un rato por la red para tomar conciencia del alcance de la situación, de los delitos cometidos. En última instancia, tendría que enfrentarse a un tema tan delicado como el de ver cuestionada su identidad, su vida en suma. Pero ¿sabría yo estar a la altura que las circunstancias demandaban? ¿Y ella?

A primera hora de la mañana, John me llamó para indicarme que me reuniera con Julia en el Red Lion, a mediodía. Ni siquiera me atreví a preguntarle qué le había dicho y qué clase de reacción había tenido. No obstante, antes de colgar, me adelantó:

—Tranquilícese. Todo está encauzado.

Maté el tiempo paseando por los alrededores de la aldea. Volví a sorprenderme por la magnitud y espectacularidad de los círculos de piedra, e incluso llegué a elucubrar si éstos no tendrían relación con los actuales círculos de las cosechas. La diferencia estribaba en el tipo de hombre al que iba dirigido el mensaje de los círculos de piedra, cazadores-recolectores. Para contemplar en toda su magnificencia los círculos que Bradley me había enseñado a vista de pájaro, era imprescindible disponer de tecnología aeronáutica, puesto que sólo se apreciaban desde las alturas. De modo que cabía que los círculos de piedra, visibles desde el suelo, y que representaban túmulos, avenidas, y hasta un banco de arena que acotaba una zona de doce hectáreas, equivalieran a las formaciones actuales que aparecían en los sembrados, tal y como le había oído decir a Julia en el Red Lion. Pura elucubración, que me sirvió para mantener la mente ocupada en otro asunto distinto al de mi reencuentro con mi hija Valentina.

Después de visitar St. James Church y Avebury Manor —un palacete isabelino de finales del siglo XVI, donde pude admirar los techos estucados y las paredes revestidas con paneles de madera tallada—, puse rumbo al lugar de encuentro.

Llegué doce minutos antes de la hora acordada, y tomé asiento frente a la mesa que tapaba el brocal del pozo que había en el interior del establecimiento.

Me sudaban las manos y las axilas, no por el calor, que había comenzado a apretar, sino por la evidente alteración de mi sistema nervioso. Incluso me costaba concentrarme.

—Hoy tenemos empanada de cordero —me ofreció el camarero.

—Sí —dije.

—¿Y para beber?

—No, perdone, no quiero empanada de cordero —reaccioné—. Estoy esperando a una persona. Tráigame una cerveza.

Julia me pilló con un bigote de espuma de cerveza en los labios. Vestía de blanco, y llevaba el pelo suelto, lo que acrecentaba el parecido con su madre. Pensé que, por desgracia, yo no había podido disfrutar de la compañía de Lucía a la edad de Julia. Había muerto mucho más joven que ella. Una muerte injusta, que había dado lugar a una injusticia aún mayor.

—Profesor, creo que tiene algo que decirme —se dirigió a mí a modo de saludo.

En su tono de voz había entereza. Recordé el comentario hecho por Bradley

acerca de las capas de cebolla que le servían de escudo, de modo que nada ni nadie, ningún golpe, pudiera alcanzarle el corazón.

—Si me hablas de usted, me vas a hacer sentir más incómodo de lo que ya me siento. Así que tutéame, te lo ruego. Toma asiento, por favor. ¿O quizá prefieres que hablemos mientras paseamos?

—No, aquí estamos bien —dijo, al tiempo que tomaba asiento frente a mí.

A continuación, nos miramos a los ojos, nos escrutamos mutuamente, en busca de nuevos detalles que hubiésemos pasado por alto el uno del otro. Una clase de reconocimiento que nos permitiera a ambos atemperar los nervios provocados por la situación.

—¿Quieres algo de beber? —le ofrecí.

—Alec, un café doble —se dirigió al camarero a voz en grito.

Me dedicó una sonrisa forzada, que le devolví.

—Bradley me ha contado todo lo que pasó ayer —dijo tomando la iniciativa—. Al principio, creí que se trataba de una broma. Luego, cuando comprendí que hablaba en serio, pasé primero por una fase de negación, y luego por otra de incredulidad y enfado. Ahora, simplemente, me siento desconcertada, y no sé qué pensar de usted, bueno, de ti.

—Comprendo. A mí me pasó algo parecido cuando... Es una historia larga de contar, y no sé muy bien cómo hacerlo.

—Empiece, perdón, empieza por el principio —me sugirió.

—Sí, claro, empezaré por el principio.

Aguardé a que tuviera la taza de café entre las manos para arrancarme a hablar:

—Hace treinta y cuatro años tuve una hija. Mi esposa y la niña, murieron. Al menos, eso fue lo que me dijeron. Poco después del entierro, me trasladé a Estados Unidos para rehacer mi vida. Coincidiendo con el cuarto cumpleaños del nacimiento y muerte de mi hija, comencé a soñar con ella y con mi esposa, como si ambas estuvieran vivas. Vi crecer a la pequeña, y envejecí al lado de mi esposa, al menos en sueños. No faltaban una sola noche a nuestra cita. Lo que consiguió que el dolor por la pérdida resultara más llevadero. Ese estado de cosas duró hasta seis días antes de que un amigo, el escritor Javier Sierra, me invitara a asistir a la conferencia que iba a dictar tu padre sobre los círculos de las cosechas. En cuanto subiste al escenario, te reconocí. Eras mi hija Valentina, que era como íbamos a llamarte, la misma que llevaba conviviendo conmigo en sueños durante más de veintinueve años. Al término de la charla, Javier me proporcionó otro dato que me pareció relevante: no eras hija natural de John Bradley, y tu madre, al parecer, era de nacionalidad española. Más tarde, en pleno desconcierto, descubrí que la clínica donde habías nacido estaba involucrada en un caso de tráfico de recién nacidos. Pensé que era demasiada casualidad que tú fueras la misma joven que aparecía en mis sueños, y que la clínica donde habías nacido, supuestamente muerta, hubiera sido clausurada poco tiempo después por vender bebés robados. Así que comencé a atar cabos. La única persona

que podía saber la verdad era tu abuela materna. Aceptó recibirme en su casa sin saber cuáles eran mis intenciones: sonsacarle todo cuanto supiera sobre esa clínica y su director, un tal doctor Abella. Al principio, se mostró renuente, pero al final terminó confesando haberte entregado en adopción, para librarte de un estigma que arrastraban las mujeres de su familia. Tanto ella como su hija, es decir, mi esposa, tu madre, eran abducidas y fecundadas de manera sistemática.

Julia, que había seguido mi explicación si apartar un segundo su mirada de la mía, rompió su silencio para decir:

—Como yo.

Apuré un buen trago de cerveza, con el que calmar la sequedad que se había agarrado a mi garganta fruto de los nervios.

—Eso parece. Luego —proseguí mi relato—, tras la muerte de tu abuela materna, recibí de ésta un par de fotografías tuyas. Al parecer, había alcanzado un acuerdo con tus padres adoptivos, según el cual estaban obligados a enviar retratos tuyos cada cierto tiempo. Aunque el trato fue incumplido después de la segunda fotografía, una instantánea tuya tomada durante la fiesta de tu cuarto cumpleaños. Aunque parezca increíble, yo había tomado una instantánea idéntica también el día de tu cuarto cumpleaños, en el transcurso del primer sueño. Con ese material como única prueba con la que seguir mi búsqueda, por tanto, ordené la recreación de una de las fotografías de aquella niñita, la misma que yo veía en mi mundo ensoñado. El resultado volvió a ser revelador. Era tu rostro. Eras tú.

—Lo que cuentas es increíble... De modo que mis padres...

Si pensaba que yo iba a completar la frase, no lo hice.

Un velo acuoso cubrió sus ojos, pero no pasó de ahí. No corrieron lágrimas por sus mejillas, acostumbrada como estaba al olor de la cebolla.

—¿Te encuentras bien? —me interesé.

Se tomó unos segundos antes de responderme con otra pregunta:

—¿Cómo se llamaba mi madre biológica?

La pregunta —pronunciar el nombre de su madre delante de ella— me llenó de orgullo.

—Lucía. Lucía Valverde.

—¿Y cómo era? ¿Me parezco a físicamente a ella? Contigo, es evidente, no guardo ningún parecido.

—Compruébalo por ti misma.

Aproveché para mostrarle la fotografía de Lucía que llevaba en mi cartera. Un retrato que, a pesar de su pequeño formato, evidenciaba el gran parecido físico que guardaban entre ellas.

Al examinar la foto, el rostro de Lucía se llenó de asombro.

—Me quedo sin palabras —dijo—. Sí, me parezco a ella, sin duda. De modo que, en realidad, me llamo Julia Pastor-Luján Valverde.

—El nombre de pila que habíamos elegido para ti era el de Valentina.

—¡Ah, sí, Valentina! Es bonito. ¿Por qué ibais a ponerme ese nombre?

—Porque así se llamaba mi madre, tu abuela paterna.

—¿Se llamaba?

—Murió hace cuatro años.

Se tomó unos segundos, que aprovechó para dar un largo trago al café, antes de lanzar otra pregunta:

—¿Y abuelos, tengo abuelos?

—No. Pero tienes dos tíos. O mejor dicho, un tío y una tía. Rafael y Valentina. Mis hermanos. Ambos son mayores que yo. Y también tienes cuatro primos hermanos. Alguno de ellos de tu edad, año arriba año abajo.

—Una pequeña gran familia.

—Sí, una pequeña gran familia.

—Mis padres nunca mencionaron que me hubieran, que yo fuera... En realidad, perdí a mi padre en dramáticas circunstancias, siendo muy pequeña. A los seis años recién cumplidos. Por aquel entonces, vivíamos en Brasil, en una hacienda. Teníamos una plantación de palmitos. Y animales, caballos y vacas. Pero la vida de una mujer adulta y una niña, solas, en mitad del campo, no resultaba nada fácil. Era un mundo de hombres. Y nosotras unas intrusas, extranjeras para más inri. Así que quienes compraban nuestro palmito o nuestras reses, dejaron de pagarnos, o lo hacían con mucho retraso. Como consecuencia de eso, empezamos a tener problemas para hacer frente a los jornales de los trabajadores. Además, después de la muerte de mi padre, empezaron a hablar de mí, me colgaron el sambenito de ser una bruja, de estar poseída, endemoniada. Incluso llegaron a insinuar que yo había asesinado a mi padre, que el animal del que hablaban las autoridades no era tal, sino yo transformada en bestia salvaje. Terminamos por rendirnos, decidimos instalarnos aquí, ya que, para colmo de males, tampoco podíamos regresar a España. Mi padre, al parecer, le debía dinero a mucha gente. Había sido condenado en ausencia por un delito de estafa a pena de cárcel.

Volví a pensar en las capas de la cebolla de la que había hablado Bradley, y en cómo Julia las utilizaba para protegerse, de forma que su corazón estuviera siempre a salvo. Aunque mi propia experiencia me decía que, muchas veces, detrás de una apariencia coriácea se escondía en realidad una impostura. El miedo a sufrir después de haberlo sufrido todo.

—¿Y qué hay de la familia de tus padres? ¿No os echó una mano? —proseguí el interrogatorio.

—Durante los años que duró nuestra estancia en Brasil, no tuve contactos con ellos. Mi madre me hablaba de mis abuelos y tíos, pero para mí eran unos completos extraños. Cuando nos mudamos a Inglaterra, tampoco varió la situación. Supongo que el desinterés que han mostrado siempre por mí, tiene su razón de ser en todo lo que me acabas de contar. Ahora encajan las piezas. Me sacaron de España con cuatro años recién cumplidos, siendo yo, además, una hija adoptada. Por no hablar de la

deshonra familiar que causó el escándalo financiero de mi padre. Tengo entendido que algunas de sus víctimas eran miembros de su propia familia.

—Lamento profundamente que hayas tenido que pasar por todo lo que me cuentas.

—Yo también lo lamento. Aunque, al menos, he podido crecer con una madre, puesto que la otra, según me cuentas, murió durante mi parto.

—Yo te hubiera cuidado. Tu sitio estaba conmigo —le aseguré.

Pese a que Julia seguía siendo una completa desconocida para mí, ya había comenzado a sentir esa empatía incondicional que un padre siente por un hijo.

—Sí, supongo que sí.

—¿Qué quieres hacer ahora?

—Tengo hambre. Comamos.

—Me he expresado mal. Quería decir que qué quieres hacer a partir de ahora.

—Bradley me ha dicho que andabas detrás de mi ADN. Te he traído un sobre con un pequeño mechón de cabello.

—Perfecto. Así podremos saber si nos une un vínculo de sangre, como todo indica, al ciento por ciento.

—Sabes, todo esto resulta tan extraño... Eres el tercer padre que tengo. Primero, Carlos Antúnez, luego John Bradley, y ahora tú. No todo el mundo puede decir que ha tenido tres padres.

Estuve a punto de reivindicar el carácter biológico de mi paternidad, lo que me daba ventaja sobre los demás, pero me abstuve.

—No, no todo el mundo tiene tres padres.

—Ni tampoco todo el mundo ha tenido que pasar por lo mismo que yo. El día de mi cuarto cumpleaños fui abducida por primera vez. Cuando recuperé el recuerdo de aquel acontecimiento, creí que aquellos seres que me visitaban eran niños como yo, que querían jugar conmigo. Amiguitos invisibles o algo parecido. Esos mismos seres me fecundaron el día de mi decimocuarto cumpleaños.

—Yo también he visto a esos hombrecillos grises. Una noche, mientras dormía junto a tu madre, presencié cómo era secuestrada. Pero de alguna manera lograron inmovilizarme, así que no pude hacer nada por ayudarla. He recuperado estos recuerdos hace unos pocos meses, después de someterme a regresión hipnótica —reconocí.

—No se puede hacer nada una vez que el proceso de abducción se ha puesto en marcha. El fenómeno tiene un componente físico, y otro mental. De alguna manera, crean rayos de luz a partir de la manipulación de ondas electromagnéticas, que utilizan para elevar por los aires a personas, animales o cosas, y también para paralizar a sus víctimas.

Percibí en su tono de voz que mi empatía era correspondida, como si mi confesión nos hubiera igualado en cierto sentido, y hubiera hecho más creíble —y también más asumible —la historia de su adopción.

—Todavía me cuesta pensar que se trata de un hecho real. Es como si se tratara de una pesadilla —reconocí.

—Se trata de una pesadilla real —puntualizó—. Yo tengo mi propia opinión de lo que está sucediendo

—Me gustaría escucharla.

—Nos están colonizando, a través de nuestros propios cuerpos, controlando nuestras mentes.

—¿Quiénes y para qué?

—Se trata de seres extradimensionales, capaces de adoptar cualquier apariencia, que es proyectada en nuestra mente. El cuerpo con el que los vemos, por tanto, es sólo un «hábito», por llamarlo así. Al principio, pensé que, simplemente, existían distintas especies de seres, grises pequeños, grises grandes, entidades con aspecto de reptiles, humanoides de apariencia nórdica, etc. Ahora estoy cada vez más convencida que el aspecto físico no determina la pertenencia a una u otra especie, sino que refleja la función social que tiene cada individuo dentro del grupo. El fin último de esta colonización silenciosa sería, por tanto, crear una raza híbrida.

—¿Una raza híbrida?

—Así es. Podríamos decir que somos contenedores de lo que será una próxima versión de la humanidad. Una nueva clase de ser humano más dócil y pasivo. He sido fecundada en varias ocasiones, y obligada a tener en brazos a mis hijos. Son ellos los que proseguirán el trabajo de cruzar nuestra especie con la suya, se reproducirán con humanos, que ni siquiera tendrán conciencia de estar cruzándose con seres híbridos, de estar siendo colonizados. Es un proceso lento, pero que ya afecta a más personas de las que podría imaginar. Muchos abducidos ni siquiera saben que lo son. No relacionan el tiempo perdido y el resto de síntomas con nada anómalo, puesto que nunca recordarán la experiencia, salvo que se sometan a terapia de hipnosis.

—Una nueva especie de esclavos —me pronuncié.

—Una especie de esclavos, no nueva, diría yo —puntualizó—. Esto que te cuento lleva produciéndose desde la noche de los tiempos. Nos necesitan porque de nosotros extraen el alimento, la energía que les permite permanecer en nuestro mundo, en nuestra dimensión. Pero también porque somos una especie ideal para la experimentación biológica. Disponemos de todo lo bueno y lo malo de cualquier especie viva, lo que nos convierte en seres extremadamente vulnerables. Por un lado, somos belicosos, lo que nos exige tecnología para luchar, o mejor dicho, para someter a nuestros enemigos, o incluso a la humanidad en su conjunto. Eso evidencia la falta de empatía que existe entre los propios seres humanos. Por otro lado, somos frágiles en cuanto a máquinas biológicas. Nuestra inteligencia es un arma de doble filo, ya que nos convierte en seres tan brillantes como manipulables o influenciables. Por eso actúan anulando nuestra voluntad, que carece de medios para resistir. Pues bien, estas entidades han alcanzado un acuerdo con el gobierno de Estados Unidos, consistente en intercambiar tecnología avanzada a cambio de alimento humano. Mi madre

adoptiva, Julia Hernández, es víctima de esa política de intercambio. Una noche fue secuestrada junto a mí, y no he vuelto a saber de ella.

—Bradley me lo ha contado.

—La cuestión de fondo es que no hay escapatoria posible. La principal arma de esas entidades es su capacidad para controlar la mente. Te doblegan hasta sumirte en una especie de estado de semiinconsciencia, y a partir de ahí hacen contigo lo que quieren. Te colocan implantes, sofisticados microchips, y de esa forma saben qué haces en todo momento. Un sistema parecido al que nosotros empleamos para estudiar animales. De modo que es muy probable que esas entidades sepan qué estoy haciendo en estos momentos, y de qué estoy hablando.

—Y con quién —añadí.

—Sí, y con quién.

—Lo que cuentas resulta aterrador. ¿Dónde tienes esos implantes de los que hablas?

—En la base de la nuca. Es apreciable con una simple radiografía.

— ¿Y por qué no has hecho que te lo extraigan?

—Tuve otro en la zona de la muñeca, y luego otro en el mentón. Me los extraigo, pero una vez lo hago, vuelven a colocarme uno nuevo.

—Comprendo.

—Como acabo de decirte, se cuentan por miles las personas que están en mi situación a lo largo y ancho del mundo. A veces, pienso que formamos parte de una quinta columna, cuya misión aún no se ha desvelado. Tal vez, un día cualquiera recibamos la orden de ponernos en marcha.

Antes de que eso sucediera, yo estaba empeñado en dejar resuelto el asunto que me había llevado hasta el condado de Wiltshire, así que le pregunté:

— ¿Y ese sobre con cabello del que me has hablado?

—¡Ah, sí, el sobre! Aquí lo tienes.

Julia sacó de uno de los bolsillos traseros del pantalón un pequeño sobre blanco, del tamaño de los que se emplean para guardar tarjetas de visita, y me lo entregó.

—Estupendo. Pondré en marcha lo del ADN.

—Se me ha abierto el apetito, ¿comemos juntos?, ¿te apetece pastel de cordero? Aquí lo preparan buenísimo.

—Sí, me encanta el pastel de cordero. La única condición que pongo es que me permitas invitarte.

En realidad, me hubiera encantado decirle que lo que me gustaba era el resultado de nuestra reunión, que todo hubiera salido a pedir de boca.

—Alec, dos pasteles de cordero, una cerveza y otro café doble —vociferó la comanda—. Ahora, quiero que me hables de mi madre, de Lucía Valverde. ¿Cómo era? ¿Cuándo y cómo os conocisteis?

Me preparé para atravesar con mis palabras las capas de cebolla que usaba como escudo protector, en la seguridad de que, en esta ocasión, alcanzaría su corazón.

Tres días hablando de nuestros respectivos pasados, buscando puntos de entrelazamiento, para emplear un término relacionado con la física cuántica, fue tiempo suficiente para ser invitado a tomar parte en la elaboración de un nuevo círculo de las cosechas que, Trevor Stevenson y sus *Circlemakers* —Julia era uno de ellos—, tenían encomendado realizar en un campo de cultivo del valle de Pewsey, al sur de Marlborough.

Al parecer, un grupo de creyentes —que incluía a un infiltrado afín a Bradley— iba a llevar a cabo una nueva vigilia, en esta ocasión pensando en una forma geométrica. Una vez le fuera comunicada la figura en la que tenía que pensar, el topo tenía que mandar un WhatsApp con la forma acordada, para que Bradley pusiera en marcha su maquinaria.

Cuando rechacé la propuesta de unirme al grupo alegando no tener ningún interés por allanar una propiedad privada, pues tenía una reputación que salvaguardar y un trabajo que conservar, me dijeron que no tenía de qué preocuparme, que el propietario del terreno estaba de acuerdo, que Bradley le abonaba una cifra muy superior a la que obtendría por la cosecha, que era así como trabajaban de forma habitual, y que, por tanto, las quejas de los agricultores, ante la policía o los medios de comunicación, formaban parte del acuerdo, de manera que todo pareciera obra de unos gamberros.

—Lo que John llama hacer que parezca que el «fenómeno está siendo vergonzosamente explotado» —observé utilizando la expresión empleada por Bradley.

—Así es.

A continuación, Julia, Valentina, me contó que si bien Trevor Stevenson era el diseñador y principal ejecutor de los círculos de las cosechas, Gaffigan se encargaba de comprobar que la figura contuviera el mensaje que se quería enviar. De ahí la importancia de recibir el soplo con antelación.

Acabé aceptando la invitación por pura curiosidad, para conocer de primera mano cómo llevaban a cabo el trabajo de tatuar un campo de cultivo.

Quedamos a las diez en punto de la noche, ya que estaba previsto iniciar el trabajo a medianoche.

Me pidieron que vistiera prendas oscuras.

Poco antes de la medianoche, pues, dejamos el coche escondido en las inmediaciones del valle de Pewsey, a poco menos de una milla del trigal elegido. El grupo lo conformábamos Trevor Stevenson, Blake Gafigan, Adam Tanner, mi hija Julia, y yo. Gafigan y Tanner portaban sendos macutos de color oscuro y gran tamaño.

A eso de las doce y cinco de la madrugada, a la altura de un campo de trigo, nos adentramos por un camino de tractor, en fila india.

Allí recibí nuevas instrucciones.

—Para moverse por el campo, tiene que andar siempre por la líneas hechas por el tractor, tal y como estamos haciendo ahora. Bajo ningún concepto ha de pisar el cereal. No ha llovido en todo el día, pero ayer sí lo hizo. Si se topa con una zona embarrada, no la pise bajo ningún concepto. Nos avisa, y vuelve sobre sus pasos. Por descontado, queda terminantemente prohibido encender la linterna del móvil, o utilizar la luz que emana de la pantalla del teléfono. Al principio, creerá no ver nada, pero luego sus ojos se adecuarán a la falta de luz. Además, la luna está en fase de cuarto creciente, con lo que su reflejo le será suficiente para orientarse —me indicó Trevor Stevenson, quien, a tenor de su tono de voz, no estaba muy conforme con mi presencia en aquel lugar. En realidad, tal vez temiera que su relación con Julia pudiera resentirse, cambiar después de mi confesión —y de mi aceptación—, como si de pronto me hubiera convertido en un competidor.

—De acuerdo.

Luego, Adam Tanner, quien ejercía además de chófer, elaboró un plan de escape, estableció un punto de encuentro situado en uno de los extremos de las líneas de tractor, por si éramos descubiertos.

El hecho de que necesitáramos un plan de escape, me hizo sospechar.

—Si el propietario del sembrado cobra de Bradley por ceder el terreno, ¿por qué hemos de tener un plan de huida? ¿De quién huimos?

—De los creyentes —intervino Gaffigan.

—¿De los creyentes?

—Sí, de los creyentes. Verá, nuestra organización es la mayor defensora de la autenticidad de los círculos, ¿qué cree que pasaría si los creyentes descubrieran que buena parte de los círculos son obra nuestra?

—Que los acusarían de lo que son, unos timadores.

—Yo fui apedreado, junto a otros compañeros, por un grupo de creyentes, antes de empezar a trabajar con John —apuntó Trevor—. Un extremista es una monjita de la caridad en comparación con la radicalidad de los creyentes en los círculos de las cosechas. Suelen apostarse en lo alto de las colinas, a la espera de que ocurra algo trascendental. Si descubrieran lo que estamos haciendo, lo interpretarían como una traición, y no como lo que es: una manera segura de preservar el fenómeno de la injerencia de organizaciones gubernamentales, que trabajan para mantener a la humanidad esclavizada dentro de un orden económico, como si no fuera posible otro. Para que pervivan los círculos auténticos, han de proliferar lo falsos. Así funcionan las cosas.

Por las palabras de Trevor, deduje que era igual de idealista que Dani Riestra, el novio de mi hija en sueños, a quien gustaba adornar sus invectivas con grandilocuentes palabras de tipo: orden económico, humanidad esclavizada, etcétera.

—Dejémonos de charlas, y empecemos antes de que el tiempo se nos eche encima. Veamos: están las estacas para marcar los puntos clave, tenemos los aplastadores con sus cuerdas, guantes y cinta métrica. ¿Alguien se ha acordado de traer la limadura de hierro? —intervino Julia haciendo inventario.

—Yo la llevo —dijo Adam Tanner con su voz quebradiza como la planta del trigo.

—¿Para qué se necesita limadura de hierro? —pregunté intrigado.

—Es conveniente esparcir partículas de hierro, para dar verosimilitud al fenómeno. La aparición de hierro en los sembrados estimula a los creyentes, y enerva a los no creyentes. Cuando nuestra figura sea sometida a pruebas, unos y otros detectarán electromagnetismo. Los unos se aferrarán a la idea de que entidades extraterrestres tienen algo que ver; los otros, en cambio, defenderán la idea de que se trata de una burda farsa. En definitiva, provocará que la controversia y la confusión aumenten —me explicó Tanner.

—Vamos, repasemos el diseño, y empecemos de una vez —indicó Trevor.

Acabábamos de guardar el mapa que Trevor había desplegado, y repartido el material, consistente en tablones largos y anchos, con cuerdas amarradas a los extremos, cinta de agrimensur, brújulas y linternas, cuando una luz cenital iluminó la zona donde nos encontrábamos. Una luz intensa y oscilante, que fue adquiriendo mayor velocidad conforme se aproximaba.

—¡Agachaos, agachaos! —exclamó Julia.

Obedecimos, lo que no fue óbice para que la luz nos cegara y abrasara incluso cuando le dábamos la espalda. Uno tras otro, Stevenson, Gafigan y Tanner perdieron la conciencia y cayeron a plomo sobre el cereal.

Amusgué los ojos, y traté de localizar a Julia. La divisé unos metros por delante, caminando por entre el sembrado, saltándose todas las recomendaciones de un buen *Circlemaker*, en dirección hacia donde el haz de luz era más intenso.

No me resultó fácil sobreponerme, pero cuando lo hice y pude mantenerme erguido, anduve tras ella, atravesando capas de luz tan gruesas y pesadas como cortinas.

Sin embargo, y pese a que se encontraba a seis o siete metros de mi posición, no lograba alcanzarla, como si mis pasos se hubieran ralentizado de repente. Ni siquiera conseguía que me escuchara cuando la llamaba, cuando le pedía que se detuviera, como si mi voz rebotara contra aquel muro de luz. Mis gritos volvían a mí, me agredían, se incrustaban de nuevo en mi garganta, expandiéndose por mi cabeza cual eco.

Aceleré el paso, y noté que era la propia luz la que frenaba mi avance. Una luz tan fuerte como un par de brazos musculados. Pensé que había tardado treinta y cuatro años en recuperar a mi hija, y que no estaba dispuesto a que nadie me la arrebatara de nuevo, lo que me insufló fuerzas para vencer aquella resistencia.

A duras penas logré alcanzarla, situarme justo detrás de su espalda, a la distancia de un brazo. En ese instante, su cabello rubio comenzó a brillar con tal intensidad que semejaba un espejo recién azogado. El resplandor de su cabellera fue en aumento, hasta que acabé viéndome reflejado en ella. Al principio, se trataba de una imagen borrosa, indefinida, como irradiada, pero al cabo terminó haciéndose más nítida. Era yo, sin duda. Era mi reflejo.

Unos segundos más tarde, dejé de ver a mi hija, hipnotizado por aquella imagen especular que se reflejaba en su cabello.

«¿Dónde estaba Lucía? ¿Cómo había podido desaparecer si un segundo antes se encontraba a un metro de mí? —me pregunté—. ¿Y por qué me veía ahora reflejado en un espejo, dentro de una campana de luz y de silencio?».

Las respuestas a estas preguntas me las proporcioné yo mismo, o al menos alguien que guardaba un asombroso parecido conmigo.

—No la sigas, Bernardo. Tú no puedes ir con ella —me dijo mi sosias.

—¿Quién diablos eres? —le pregunté con el único propósito de superar el obstáculo que la imagen representaba para mí. No en vano, recordé que Julia me había dicho que aquellos seres que la secuestraban elegían un cuerpo físico, un «hábito», lo había llamado, para desenvolverse en nuestro mundo.

—Soy tu doble. O mejor dicho, tu opuesto, tu negativo, tu imagen simétrica, llámalo como lo desees —me respondió.

Su voz era mi voz, su rostro era mi rostro, e incluía mis lunares y hasta la pequeña cicatriz que adornaba la parte superior de mi ceja izquierda, fruto de una caída en bicicleta cuando residía en Estados Unidos, con lo que tenía la sensación de estar conversando, en efecto, con mi propia imagen.

Y en esas estaba cuando detecté una anomalía en aquel reflejo. El lado izquierdo de mi rostro quedaba en el lado inverso de su cara, mientras que mi parte derecha se correspondía con su izquierda. De modo que empecé a sentirme como Alicia cuando está sentada en el sofá de su casa, y al contemplar el espejo que hay encima de la chimenea se convence de que al otro lado del mismo hay un mundo tan real como el de su sala, pero con las cosas dispuestas a la inversa.

La incredulidad y la incompreensión me llevaron intentar tocar a mi interlocutor. Pero al alcanzar con mi mano derecha su cuerpo, simplemente, lo atravesé. No era un ser material.

—¿Qué demonios está pasando? ¿Qué eres? —inquirí.

—Soy tu opuesto, ya te lo he dicho, pero lo que ves es un holograma, una proyección. Si viniera a tu mundo y entráramos en contacto, ambos desapareceríamos. Es una cuestión de física elemental. Deberías saberlo. ¿Materia y antimateria entrando en contacto? Incurriríamos en una violación de la paridad. Nos aniquilaríamos, dando lugar a fotones, es decir, a luz. $E = mc^2$. La materia, al entrar en contacto con la antimateria, se convierte en energía. La aniquilación materia-antimateria es dos mil millones de veces más energética que la combustión de la

gasolina, y otras cien veces mayor que la fisión nuclear. Ambos sabemos estas cosas, así que no perdamos el tiempo.

Temí estar siendo objeto de alguna clase de manipulación mental, tal vez orquestada por mí mismo, cuya finalidad era proteger mi integridad impidiendo que fuera tras mi hija, ya que me estaba adentrando en un terreno inexplorado, así que le pregunté a mi sosias:

—¿A qué has venido?

—He venido a detenerte —me respondió—. Estoy aquí para impedir que sigas a Julia más allá de este punto, ya que correrías peligro. ¿Sabes qué pasaría si te sucediera algo?

Pese a que cada vez estaba más convencido de estar manteniendo un diálogo conmigo mismo, propiciado por mi instinto de supervivencia, pregunté:

—¿Qué?

—Que yo también desaparecería. Los dos desapareceríamos, puesto que ambos estamos vinculados. Tu vida depende de la mía, y la mía de la tuya. Todo lo que haces tiene su repercusión en otros mundos. En algún otro lugar, donde la derecha es la izquierda y la izquierda es la derecha. Esto es así para todas las cosas.

—¿Adónde ha ido mi hija? ¿Adónde la han llevado? Si eres mi opuesto, deberías ayudarme, echarme una mano.

—Precisamente porque soy tu opuesto no puedo ayudarte. Tu hija tiene una cita, una misión que cumplir. De su salvaguarda, ya se encarga su propio opuesto. De modo que nosotros, me refiero a ti y a mí, no podemos hacer nada por evitar ese encuentro. No está en nuestra mano. Ya te lo advirtió el otro día. Su camino es irreversible, como lo es también el nuestro.

—Tengo que hacer algo, no me perdonaría perderla otra vez —reconocí, en un intento por hacerle cambiar de opinión.

—No la vas a perder. Volverá. Siempre vuelve. En cambio, tú y yo podemos perderlo todo si no andas con cuidado. Esta historia de los círculos de las cosechas no es trigo limpio, nunca mejor dicho, así que te ruego que no te involucres más de la cuenta.

—Los círculos de las cosechas no son asunto mío —respondí.

—Pero sí lo son de Lucía —me replicó.

—¿Qué he de hacer entonces?

—Arreglar las cosas cuanto antes, y regresar a Madrid, a tu vida de siempre. Céntrate en tu teoría, nuestra teoría de lo posible. A pesar de que vas, de que vamos por buen camino, aún nos falta mucho trecho por recorrer. En mayo de 2015, se reiniciarán los experimentos en el CERN. Sin duda, el colisionador de hadrones propiciará nuevos y sorprendentes hallazgos que te serán, que nos serán muy útiles. Por desgracia, no podríamos sacarles provecho si nos matan. Estás, estamos a punto de dar el salto que convertirá la física de la energía en física de la información. Estamos en lo cierto, es la conciencia la que crea la impresión del espacio-tiempo,

que no es más que una ilusión, y de ahí es donde parte todo lo demás. Te lo ruego, ten cuidado. Ahora, he de cortar esta comunicación.

En cuanto el holograma de mi sosias desapareció, me encontré de nuevo detrás de Lucía, contemplando su cascada de cabello rubio y luminoso. Lo único que había cambiado era que ambos permanecíamos inmóviles, como si nos hubiéramos quedado paralizados en aquella posición por alguna razón desconocida.

Cuando la luz se diluyó del todo, nos encontrábamos en mitad de un círculo de las cosechas, rodeados de líneas yuxtapuestas, figuras de toda índole, que la repentina oscuridad impedía identificar, y nidos de tallos arremolinados, que semejaban ramos de flores silvestres dispuestos para que alguien, simplemente, los cogiera y se los llevara.

—¡Ha vuelto a suceder! ¡Ha ocurrido de nuevo! —oí la voz quejumbrosa de Julia.

Coincidiendo con sus palabras, mi mano alcanzó a tocar su cabellera por fin. Luego, rodeándola con mis brazos, la abracé. Durante unos segundos, apoyó su frente sobre mi hombro derecho. El cuerpo le temblaba, y a mí mismo me embargaba una sensación de vaivén, como si nos encontráramos en la cubierta de un barco que surcase un mar proceloso, así que mantuve firmes los pies sobre el suelo para evitar que ambos perdiéramos el equilibrio.

—¿Te encuentras bien? —me interesé.

—¡Ha vuelto a pasar! —insistió—. Mira tu reloj de pulsera.

Obedecí.

Eran las tres y doce minutos de la madrugada.

—Llegamos al sembrado a eso de las doce y cuarto, más o menos. La luz ha aparecido antes de las doce y media. ¿Sabrías decirme qué hemos hecho durante todo este tiempo?

—No lo sé. Yo he tenido una extraña experiencia en la que me he encontrado, cara a cara, con mi opuesto. Durante ese tiempo, has desaparecido. He dejado de verte. Tu cabello se ha convertido en una suerte de espejo de luz. Y ahora, para colmo, resulta que estamos en mitad de un círculo de las cosechas.

—En cuya creación no hemos participado. Mira a Trevor y a los demás, están profundamente dormidos.

Miré en la dirección donde se encontraban los otros miembros del grupo. En efecto, parecían dormir plácidamente. Lo hacían, además, en mitad de un gigantesco círculo, sobre un lecho de trigo acostado sobre el suelo.

Volví a comprobar de nuevo que mi reloj de pulsera funcionaba.

—Sí, son las tres y cuarto de la madrugada. Tiene que haber una explicación para todo esto.

—La hay. Hemos perdido alrededor de tres horas. Lo que suele ser habitual en esta clase de experiencias. No le des más vueltas. Al menos, sigues con vida. Podrías haber acabado como mis padres adoptivos.

—Lo que lleva a preguntarme por qué yo no he perdido la conciencia, como el

resto —me pronuncié.

—Tal vez porque, al ser mi padre, formas parte del «contacto imperativo». Las abducciones no dejan de ser un asunto de familia. De ahí que mis padres adoptivos tuvieran otro estatus para los visitantes.

Que empleara las mismas palabras que Elvira, me sobrecogió.

—¿«Contacto imperativo»? —dije como si nunca antes hubiera oído la expresión.

—Así lo llaman ellos. Ahora, ayúdame a despertarlos, antes de que amanezca y aparezca por aquí alguna brigada de creyentes.

Si bien me resultaba imposible encontrar una explicación a la experiencia que acababa de vivir, el caso de Julia parecía el contrario. Su bagaje le permitía enfrentar la situación desde otra perspectiva, como si de un hecho habitual se tratara.

Tardamos más de diez minutos en reanimar a Stevenson, Tanner y Gaffigan, y otros veinte en llegar hasta el lugar donde habíamos escondido el coche que nos devolvió hasta Avebury. No hicimos el viaje de regreso en silencio, pero los continuos exabruptos, que nos servían para abrir o cerrar las opiniones que íbamos vertiendo, evidenciaban el grado de vulnerabilidad al que habíamos sido expuestos.

Eran más de la doce la mañana cuando alguien tocó la puerta de mi habitación. Pregunté quién era, y me respondió que era Jim, el recepcionista y encargado de las labores de mantenimiento del pequeño hotel. Mientras realizaba un esfuerzo ímprobo por recuperar la verticalidad, pues notaba los miembros anquilosados por culpa de la experiencia de la noche anterior, añadió a su explicación que había habido una filtración de agua desde mi baño con el de la habitación que quedaba debajo de la mía.

Cuando abrí la puerta, me di de bruces con su rostro demudado, como si la fuga estuviese provocando en realidad un diluvio de consecuencias imprevisibles.

No había tenido ocasión siquiera para hacerle un comentario al respecto, cuando alguien empujó al joven con suma violencia hacia el interior de mi dormitorio. Jim trastabilló, su cuerpo chocó contra el mío, y ambos acabamos en el suelo.

Desde esa posición, vi bajo el alféizar en escorzo a mister Scrooge, cuyas manos portaban sendas pistolas con sus respectivos silenciadores. Sin duda, le otorgaban un aspecto más aguerrido que el que acostumbraba, más allá de sus mofletes sonrosados, sus gruesos dedos como salchichas o el cinturón de grasa de su cintura.

Primero, pensé que el hombre había recibido un chivatazo acerca de la falsedad del círculo del falo, y que había decidido sonsacarnos tanto a Jim como a mí, o, lo que podía ser peor, retenernos como rehenes hasta que Bradley reconociera el fraude e hiciera una confesión pública. Después de todo, se podía esperar cualquier cosa de alguien que había sido seducido por un alienígena. De inmediato, pergeñé un discurso que lograra apaciguar a mister Scrooge. La idea que se me ocurrió fue la de declararme, como él, víctima de John Bradley.

—Bueno, señores, ha llegado el momento de poner punto final a este juego —anunció.

Sus palabras me llevaron a pensar que el motivo que tenía mister Scrooge para actuar de aquella manera, tenía que ver con la firmeza de su tono de voz y la frialdad que transmitía su mirada, carente de cualquier atisbo de empatía para con ambos. Fue entonces cuando comprendí que Scrooge no era quien decía ser.

—Arrastren sus traseros hasta que sus espaldas queden apoyadas sobre el somier y el colchón de la cama, y luego siéntense sobre las palmas de las manos —nos ordenó.

Cuando pronunció la palabra manos, me di cuenta de que las suyas iban enfundadas en guantes, lo que aumentó aún más mi desconcierto y preocupación.

Era la segunda vez que me encañonaban con una pistola en aquella habitación. La primera vez había salido con bien contando la verdad, así que decidí emplear la misma estrategia:

—Scrooge, el falo del campo de Trusloe era falso. Bradley ordenó a Trevor

Stevenson que lo fabricara para contentarles a usted y a sus muchachos. Gracias a la gente como usted le saca rendimiento económico a las habitaciones y a los helicópteros con los que sobrevuela los campos de cultivo —confesé, evitando poner al descubierto el asunto de los mensajes cifrados que Bradley hacía incluir en sus creaciones.

Mister Scrooge me escrutó con la curiosidad científica con que un entomólogo contempla una rara especie de insecto.

—No sea idiota, profesor. ¿De verdad cree que me tragué en algún momento lo de ese estúpido falo? ¿De verdad se creyó que un alienígena me sedujo para hacerme una felación? ¡Por Dios, sólo se trataba de una tapadera! Necesitaba acercarme al profesor Bradley, así que me hice pasar por un estúpido creyente. Uno muy singular. Tanto como para hacer que diera un paso en falso. Conseguí reunir a una docena de tarados con los que contacté a través de un foro de Internet, y me vine con ellos hasta aquí. Llevo tres años fingiendo esta mierda, asistiendo a reuniones que harían enloquecer al más cuerdo, confiándole a Bradley mis secretos más inconfesables, renunciando a mis vacaciones de verano con mi familia. Pero, afortunadamente, todo se ha acabado. Cometió el error de incluir un código binario en el *piercing* del falo. Hemos logrado descifrar el mensaje y, en consecuencia, ya sabemos con certeza a qué dedica el señor Bradley su tiempo.

—¿Y eso qué tiene que ver con nosotros? Si sabe todo eso de Bradley, también sabrá qué me ha traído hasta aquí.

—En efecto, lo sé. Le ha traído la providencia.

No me esperaba que me saliera con ésas.

—¿La providencia?

—Grabé su salida estelar de este hotel delante de los señores Stevenson y Gafigan, y también su posterior reunión con el profesor Bradley —reconoció—. Comprendí que lo habían confundido con un espía. Y ahí es donde interviene la providencia. Usted les ha contado una historia, y se la han creído. Dentro de un rato, en cambio, dejarán de hacerlo. Retomarán la idea inicial: era usted un infiltrado. Un físico vendido al enemigo, un traidor.

—He dicho la verdad en todo momento —me reafirmé.

—Lo sé, profesor, pero desgraciadamente la verdad tiene un valor relativo en nuestro mundo. La verdad, a fin de cuentas, no es más que un prejuicio. Sólo eso.

—¿Adónde quiere ir a parar, Scrooge?

—Voy a matarlos a ambos. Con la pistola que llevo en mi mano derecha, le dispararé al simpático Jim. Y con la que llevo en la izquierda, a usted. Una vez hayan muerto, organizaré la habitación de tal manera que parecerá que se dispararon el uno al otro. ¿El motivo? Un micrófono de escucha, que introduciré en el bolsillo de su pantalón, idéntico a otro que Bradley descubrirá en su coche, además del mensaje decodificado que incluyó en el *piercing* de su falo. Yo mismo llamaré a la policía, para que sean ellos quienes descubran sus cuerpos. Una llamada anónima, claro está.

—Olvida que tanto Stevenson como Gafigan registraron mi habitación antes de llevarme ante Bradley a punta de pistola. Y no encontraron nada extraño.

—Por eso voy a poner las pruebas que lo incriminan en el bolsillo de su pantalón, donde no miraron ellos, pero sí el joven Jim. El encargado de hacer su cuarto, quien tuvo la suerte de dar con las pruebas por casualidad, y la mala suerte de que usted lo descubriera.

A estas alturas, el único camino que me quedaba por explorar era hacerle ver que no existía el crimen perfecto, que lo que argumentaba incurría en evidentes contradicciones.

—Y la casualidad de la que habla incluye que Jim llevara una pistola con silenciador cuando yo me topé con él, también llevando encima otra pistola con silenciador.

Scrooge me dedicó una sonrisa sardónica.

—Jim, dígame a nuestro profesor de quién es la pistola que llevo en mi mano izquierda.

Crucé una mirada con Jim, el recepcionista. Su rostro parecía el de un cadáver antes incluso de haber muerto. No pronunció palabra alguna, ya que tenía la mandíbula desencajada.

—Sí, profesor, es suya. Ya ve, Bradley tiene armada a su gente. ¿Qué teme? ¿Por qué desconfía? Tal vez no sea el chico bueno que dice ser. Quizá no sea el científico altruista que busca regalarle una fuente de energía infinita y gratuita a la humanidad. Porque es eso lo que pretende con sus mensajes encriptados, ¿no es verdad?

—Yo no sé nada de mensajes encriptados —me escabullí.

—Lo sé. Usted es sólo el enviado de la providencia.

—¿Y usted, Scrooge? ¿Quién diablos es usted? —me atrevía a preguntarle.

—Buena pregunta, profesor. Muy buena. Soy uno de esos hombres de negro que no visten de negro, por ejemplo. Soy quien aviva el fuego de la conspiración, cuya llama alumbró a tantos investigadores que buscan su calor, para luego apagarlo. Sí, podría decirse que soy un bombero. Y también un liquidador. Eso me convierte en la persona que va a arrebatarnos la vida. Sé que lleva muchos meses tratando de recuperar la relación con su hija, pero me temo que eso no será posible en este mundo. Le aseguro que esa parte de mi trabajo es la que me resulta menos grata, pero para que todo encaje voy a tener que quitarle el sobre donde guarda el mechón de pelo de su hija, y quemarlo parcialmente en el lavabo.

—¿Cómo sabe lo del cabello de mi hija?

—Scrooge lo sabe todo de todos, profesor. Alec, el camarero del Red Lion, tiene un buen oído.

—¿Pretende que mi hija crea que he quemado su cabello? No se lo tragaré.

—Se equivoca. Quemar el cabello de Julia Bradley reforzará el argumento de que era usted el hombre de negro encargado de sonsacar al profesor Bradley, contándole un cuento que tenía como protagonista a su hija, la hija de ambos. Todos se sentirán

decepcionados. La primera, su hija.

—Es usted un hijo de puta, Scrooge.

—Sí, también soy un hijo de puta. Pero ni siquiera lo lamento. No es nada personal, profesor, sólo es un trabajo, uno como otro cualquiera.

Y tras pronunciar estas palabras, disparó tres veces consecutivas contra el cuerpo de Jim, y otras tantas contra el mío.

Sentí como si un hierro incandescente se hundiera en mi pecho y estómago, seguido de una sensación de quemazón. En un acto reflejo, taponé los orificios con las manos, como si al hacerlo evitara que la vida se me escapara por ellos. Aún tuve tiempo de oír cómo el cuerpo de Jim se desplomaba de cintura para abajo contra el suelo, a un palmo de mis piernas. Luego, la figura de Scrooge arrastró el cuerpo de mi compañero hasta el otro extremo de la habitación y, tras comprobar que estaba muerto, encajó la pistola con la que me había disparado en su mano derecha.

A continuación, acercó su rostro al mío. En aquella situación tan próxima a la muerte, me dio la impresión de que su cara era ahora la de uno de esos alienígenas con la cabeza con forma de clavera y ojos almendrados de color negro, negrísimo.

Por último, me precipité por un túnel, al tiempo que los ojos se me llenaban de luz.

PARTE VII

Me desperté en mi cama, en mi dormitorio, en mi apartamento de la calle Eduardo Dato de Madrid. ¿Cómo había llegado hasta allí? No lo sabía. Por si acaso, reconocí mi cuerpo, en busca de los balazos recibidos. Habían desaparecido, como también lo había hecho el pijama que llevaba puesto. Era como si hubiera dormido sin ropa. Algo que iba en contra de mi costumbre.

Recordé esa obra de José Saramago titulada *Las intermitencias de la muerte*, que comenzaba: «Al día siguiente no murió nadie. El hecho, por absolutamente contrario a las normas de la vida, causó en los espíritus una perturbación enorme...».

Una perturbación enorme, eso era lo que yo sentía. Había recibido tres disparos a bocajarro, había sentido cómo las heridas me perforaban y quemaban, había notado brotar la sangre a borbotones y, sin embargo, estaba vivo, «en un hecho absolutamente contrario a las normas de la vida».

Me vino entonces a la memoria la conversación mantenida con mi sosias, cuando me dijo que estaba a punto de dar el salto que me haría abandonar la física de la energía por la física de la información. ¿Acaso lo que me acababa de suceder no era precisamente una constatación de ese hecho? La conciencia, mi conciencia, era la creadora de esa ficción que llamamos espacio-tiempo. El universo era en realidad una gigantesca estructura de información, donde todo se producía de manera simultánea. Todo estaba interrelacionado. Mi vida y mi muerte formaban parte de una misma cosa, de modo que estaba vivo y muerto al mismo tiempo.

Al saltar de la cama, descubrí que pisaba sobre un suelo blanco de madera, cuando el enlosado de mi casa era de parquet de color pino, con forma de espiga. Otro tanto me sucedió cuando abrí la puerta del baño en suite. Todo era blanco, desde el suelo hasta las paredes. Las planchas de mármol habían desaparecido. Y la vieja toalla que usaba para secarme, se había transformado en un mullido albornoz blanco, que colgaba detrás de la puerta, junto a otro de color rosa palo.

Me enfundé en él y salí del dormitorio para seguir el reconocimiento.

Fue entonces cuando me llegó el sonido de unos dedos escribiendo en el teclado de un ordenador.

Encontré a Julia sentada frente a la mesa que yo usaba para trabajar, delante de mi MacBook Air.

El sobresalto inicial se tornó en alivio al verla allí.

Justo cuando me disponía a hablar con ella, sonó un móvil que descansaba sobre el escritorio, a su derecha. Me hizo un gesto con la mano para que mantuviera el silencio mientras hablaba. Luego, con el teléfono ya pegado al oído, dijo:

—¿Dígame?

—...

—Sí, soy Valentina Pastor-Luján, la responsable de comunicación del profesor.

Que Julia se presentara a sí misma como Valentina, no dejaba de ser otra prueba de que mi mundo había cambiado.

—¿De qué medio? —preguntó a continuación.

—...

—Radio Nacional. ¿Para el programa...?

—...

—«Libros de arena». ¿Su nombre?

—...

—Susana Santaolalla, de acuerdo.

—...

—Espere un segundo. Miro la agenda y le digo. Veamos, la presentación del libro es a las siete y media. De modo que el turno de entrevistas dará comienzo una hora más tarde. Las entrevistas con la Ser, Cope y Onda Cero ya están cerradas. Pero tengo un hueco...

—...

—Sí, tengo un hueco a las diez menos cuarto.

—...

—¡Ah, le gustaría grabar en la propia emisora!

—...

—Eso complica las cosas, señora Santaolalla, porque entonces el profesor tendría que desplazarse hasta Prado del Rey.

—...

—Sí, le agradezco que la emisora ponga un coche a nuestra disposición. El problema es que se trata de un trayecto demasiado largo, de ida y de vuelta. No, lo siento, me temo que va a ser imposible. ¿Por qué no hacemos la grabación en el mismo Círculo de Bellas Artes?

—...

—Sí, la idea es hacer las entrevistas en la misma sala donde tenga lugar la presentación.

—...

—Otra opción sería realizar una grabación telefónica.

—...

—Sí, un teléfono fijo, para que el sonido sea más limpio y claro.

—...

—Ok, le reservo media hora, desde las diez menos cuarto hasta las diez y cuarto.

—...

—Gracias a usted.

En cuanto hubo colgado, me miró y me dijo:

—¡Por fin te levantas! El teléfono echa humo. Alicia ha llamado dos veces. Devuélvele la llamada ahora mismo.

Para comprobar cuánto había cambiado el mundo en el que había amanecido, me

aproximé hasta ella y le besé el cabello. No hubo quejas o aspavientos, lo que me llevó a pensar que besarnos castamente entraba dentro del repertorio habitual, de nuestra vida cotidiana, como padre e hija que éramos. Tal vez el albornoz rosa que colgaba de la puerta de mi cuarto de baño fuera de ella.

Una vez que asumí que había cambiado de mundo, me propuse ponerme al día cuanto antes sobre la nueva realidad de la que formaba parte. Empecé por preguntar por la persona que había mencionado.

— ¿Alicia?

—Tu agente, papá, Alicia González Sterling. Tiene una consulta que hacerte. También he hablado con Javier Sierra. Se le ha ocurrido una idea para el acto de esta tarde. Propone plantear la presentación del libro como un diálogo entre ambos, presentador y autor. Quiere que des tu conformidad a las preguntas que van a servirle como hilo conductor de la charla.

—¡Claro, por supuesto! Hablaré con él más tarde —dije.

Al menos, mi nueva vida seguía vinculada a ciertas personas que, al parecer, no habían cambiado en lo fundamental. De modo que el problema seguía siendo yo, tenía que encontrar cuanto antes mi lugar en aquel nuevo escenario.

Por lo pronto, estaba a punto de presentar un libro del que desconocía su contenido, así que husmeé con disimulo por el despacho, mientras Valentina seguía con su trabajo. Al cabo, a los pies del escritorio de madera de palisandro, encontré una caja de libros en cuya sobrecubierta sobresalía mi nombre impreso. Se trataba de una novela titulada *Los visitantes*, una nueva obra maestra del físico de la conspiración, del hereje de entre los herejes de la física, seguidor de la escuela de otro científico controvertido y herético en sus postulados, el profesor Jacques Vallée, según rezaba en la solapa. En cuanto a la biografía de mi persona que figuraba en la solapa opuesta, yo compaginaba mi trabajo como físico con mi labor de novelista. Y, al parecer, lo hacía con notable éxito de público, a tenor de los ochenta y cinco millones de ejemplares que había vendido en todo el mundo de mis seis novelas anteriores.

—Por cierto, tenemos pendiente la contestación al señor Presley —intervino de nuevo Valentina—. Me gustaría que leyeras su carta en el transcurso de la mañana, y que le escribas unas líneas antes de salir para la presentación.

—¿El señor Presley?

—Elvis Aaron Presley, el Rey —dijo sin inmutarse—. He pensado que podríamos incluir algunas de las cosas que te dice en una faja, cuando se haga la segunda edición. Los editores están de acuerdo.

—De modo que *Elvis is alive*.

—¿Qué te pasa esta mañana, papá? Estás falto de reflejos. Ya sé que te gusta trabajar de noche, pero no deberías hacerlo justo el día antes de una presentación. Necesito que des el do de pecho, sobre todo durante las entrevistas. Cuéntales eso de que no vemos con los ojos, que no somos más que partículas de ondas, que para que

exista lo que llamamos realidad tiene que haber previamente un observador, que la conciencia es la madre del cordero, etcétera.

El comentario me recordó tanto a mí mismo, que le pregunté:

—¿Eres siempre así?

—Soy mucho peor, máxime teniendo en cuenta que me paso el día detrás de ti.

Al revisar los innumerables títulos, reconocimientos y menciones que adornaban para mayor gloria de mi ego una de las paredes del estudio, descubrí una fotografía en la que aparecía, vestido con toga y birrete, en compañía de Lucía. Una foto que debía tener cuatro o cinco años a lo sumo, en la que ambos nos mostrábamos risueños.

El corazón me dio un vuelco. ¿De verdad era posible que estuviera viva? De serlo, había hecho mi sueño realidad, nunca mejor dicho. Me regodeé contemplando la instantánea, antes de formular la pregunta del millón:

—¿Y tu madre?

¿O debería haber dicho «mamá»?

—Me ha dicho que no te preocupes. Que llegará a tiempo a la presentación, si el vuelo procedente de Bristol no sufre retraso, claro está. Esta mañana ha enviado parte de la entrevista que le ha hecho al profesor John Bradley, y también algunas imágenes que éste ha aportado explicando las peculiaridades del famoso círculo de las cosechas de Chilbolton, que, según él, demuestran su origen extraterrestre.

Al menos, Bradley seguía vivo en este nuevo universo, seguía enredando con sus círculos de las cosechas, pensé.

Hice memoria, y supuse que se refería al famoso agroglifo aparecido el 21 de agosto de 2001, en Hampshire, Reino Unido.

La historia, sin embargo, había comenzado mucho tiempo atrás, en 1974, cuando en el marco del proyecto SETI, los astrónomos Frank Drake y Carl Sagan, diseñaron un mensaje «en forma de tarjeta de visita humana» para «posibles receptores extraterrestres».

El mensaje fue enviado desde el mayor radiotelescopio del mundo, en Arecibo, Puerto Rico.

Escrito en código binario, como una tarjeta perforada, contenía información sobre la humanidad (componentes del ADN, forma y tamaño de los terrícolas, población de nuestro planeta, ubicación en el sistema solar, una imagen del radiotelescopio de Arecibo, etc.). Su destino era un cúmulo de estrellas llamado M13, en la dirección de la constelación de Hércules. Tiempo estimado de recepción, veinticinco mil años, los mismos que tardaría en llegar hasta nosotros la respuesta.

Sin embargo, el 21 de agosto de 2001, tan sólo veintiséis años y ocho meses más tarde, apareció un círculo de las cosechas en la antena de Chilbolton, que parecía la respuesta al mensaje enviado desde Arecibo.

Según el mensaje venido de las estrellas, los seres que enviaban el mensaje incorporaban el silicio en su organismo. El ADN era también diferente al nuestro, así

como el número de nucleótidos. En lo tocante a la anatomía, eran de menor estatura y con un cráneo grande. La población era mayor a la nuestra, y habitaban un conjunto de seis planetas orbitando alrededor de una estrella más pequeña que el Sol.

Con toda probabilidad, Lucía se había desplazado hasta Avebury por orden mía. Tal vez fuera mi principal colaboradora, tal vez yo estaba preparando una novela con los círculos de las cosechas de fondo, por lo que no inquirí más sobre el asunto.

—Ok, empezaré con la carta del señor Presley —dije.

—He preparado café. Y he comprado bollos. Están en la cocina.

—Gracias, hija.

—No me las des todavía. Tal vez te pida un aumento de sueldo. Dani y yo tenemos pensado pasar parte de las vacaciones de verano en Bali, pero no queremos volver a viajar como mochileros.

Di por seguro que se refería a Daniel Riestra, el novio de la Valentina de mis sueños, el sosias de Trevor Stevenson.

—Ni siquiera recuerdo lo que te pago —reconocí.

—Lo que evidencia que es poco. Si pensases que me pagas demasiado, te acordarías —razonó.

—Cuenta con ese aumento —le anticipé—. ¿Dónde está la carta del señor Presley?

—Toma. Había pensado enmarcarla. Así que procura no arrugarla mientras la lees.

—No te preocupes. La leeré con sumo cuidado.

De pronto, me sentí como el señor Harding cuando se llevó consigo un ejemplar del periódico cuyo titular avanzaba la coronación del rey Jorge V, acontecimiento que aún no se había producido. ¿O sí?

—Valentina, una pregunta, ¿quién es el rey de Inglaterra?

—Papá, a veces comportarte como un genio loco te hace parecer un inculto redomado, pero como todo el mundo da por seguro que no eres tal cosa, entonces da la impresión de que se trata de una impostura. ¿Qué pensarías si yo te dijera que no fueron los vikingos quienes descubrieron América?

No me quedó otra que dedicarle una amplia sonrisa.

—Bueno, según mi teoría de lo posible, en un universo paralelo a éste, América fue descubierta por otros pueblos. Tal vez por los chinos. O por los españoles. Ya me ha venido a la memoria, el rey del Reino Unido se llama Guillermo V.

—Si has terminado con las adivinanzas, pongámonos a trabajar, que se nos echa el tiempo encima.

Estimado profesor Pastor-Luján:

Le escribo desde la admiración que le profeso. He de reconocer que no soy un gran aficionado a la lectura, pero sus novelas me entusiasman.

A mis setenta y ocho años, la vista me juega malas pasadas, por lo que no puedo leer demasiado. Pero me identifico tanto con lo que cuenta en sus libros, que a veces le pido que me lea a la persona que se encarga de atenderme desde hace unos años.

Hay un aspecto de mi vida que me intriga sobremanera. Se trata de un sueño recurrente que me asalta mientras duermo, todas las noches sin excepción, desde hace más de treinta años.

Nunca he descuidado mi cuerpo, de modo que lo primero que me llama la atención de ese sueño, es que me veo con sobrepeso y completamente dependiente de sedantes, anfetaminas y narcóticos, que me suministran doctores a los que pago con generosidad. Lo peor de todo es que esa situación de deterioro físico y emocional la sufro siendo aún joven, tal vez con poco más de cuarenta años. En el sueño, también aparece una leyenda, de la que oigo hablar a todas horas en emisoras de radio y medios de prensa escrita. Una fábula que asegura que he muerto el 16 de agosto de 1977, y que en realidad sólo soy un doble de mí mismo. Incluso los hay que afirman que, tras mi muerte, mi lugar lo ocupó mi hermano gemelo, Jesse, quien en realidad nació muerto.

Lo más inquietante —siendo todo lo que le cuento desasosegador— es que en el transcurso del sueño también contemplo mi propia muerte. Veo con vívida nitidez cómo me desplomo en el cuarto de baño de mi casa de Memphis, cómo mi novia de entonces me encuentra, cómo me entierran en el cementerio de Forest Hill, junto a mi madre, y cómo unos fans intentan robar mi cadáver, lo que provoca que tenga que ser trasladado hasta el jardín de mi casa, Graceland.

He visitado a numerosos especialistas, pero ninguno me ha dado una explicación convincente sobre el significado de este sueño recurrente que, por otra parte, yo vivo cada noche con evidente angustia.

Hasta que un día encontré un ejemplar de una de sus novelas en la habitación del hotel donde me hospedaba. Alguien la olvidó, y la camarera la dejó en el cajón de la mesita de noche, junto a la Biblia.

Cuando comencé a leer su novela, comprendí de inmediato que el destino quería que yo la encontrara.

Desde entonces, la pregunta que me formulo es la siguiente: ¿No existirá un universo paralelo en el que yo haya muerto a la edad de cuarenta y pocos años, y en las circunstancias que reflejan mi sueño?

Vuelvo a trasladarle mi admiración.

Un abrazo.

Elvis Aaron Presley

Estimado señor Presley:

También desde la admiración alabo su valentía y su clarividencia.

Pero empecemos por el principio.

Soy un físico convertido en novelista, lo que, tanto para los físicos ortodoxos como para los escritores sensu stricto, me convierte en un mal físico y en un mal novelista.

Pero no es mi intención jugar con las palabras.

En mi opinión, la realidad es mucho más compleja y vasta de lo que creemos, de manera que todo —todas las cosas— ocurre —ocurren— todo el tiempo. Ese el escenario en el que nos desenvolvemos. De manera que, cada vez que tomamos una decisión, todos los posibles desenlaces tienen lugar. La cuestión fundamental es que no los percibimos, porque están sucediendo en otros universos donde existen otras versiones de nosotros.

Mi colega, el profesor David Deutsch, cuyo prestigio no está tan comprometido como el mío, ha definido esto de lo que le hablo con las siguientes palabras: «La realidad es un multiverso, una entidad enorme que, en una escala masiva, tiene una estructura que semeja múltiples copias del universo de la física clásica, pero que es, en una escala suficientemente fina, un solo sistema unificado».

Eso significa que todas las bifurcaciones que han ido creando realidades distintas en otros tanto universos, están ligadas en lo más íntimo. De modo que la realidad no es sólo la que apreciamos en cada uno de estos universos, sino que abarca la suma de esas otras realidades que se dan en esos otros universos. La realidad abarcaría, por tanto, también lo que no vemos. Le pondré un ejemplo: toda la materia conocida, usted, yo, el mar, las montañas, etc., ocupa un raquítico cuatro por ciento con respecto a la totalidad del universo. El noventa y seis por ciento restante está compuesto de energía y materia oscura, de las que nada sabemos. Pero no saber nada sobre la materia oscura no equivale a que no exista.

Es cierto que parte de la comunidad científica niega la existencia de otros mundos diferentes al que habitamos, pero esos científicos son los mismos que quemaron a Giordano Bruno en la hoguera, torturaron a Miguel Servet y obligaron a Galileo a retractarse.

No obstante, hay una pregunta para la que ni siquiera esos científicos tienen respuesta. ¿Dónde se encuentra la conciencia? ¿En

qué parte de nuestro cerebro se esconde? Ninguno lo sabe. Ninguno de ellos tiene la menor idea de dónde termina el hombre, por mucho que se afanen en encerrarlo, una y otra vez, en esa cárcel que llamamos materia. En el fondo, el problema que tienen es de ceguera, puesto que todavía no han sido capaces de ver que es el universo el que ha cambiado las preguntas.

En cierta ocasión, un premio Nobel explicó las razones por las cuales no percibimos la existencia de los universos paralelos. El ejemplo que puso fue el de un aparato de radio. Uno puede elegir una emisora para escuchar, por ejemplo, una canción suya. ¿Acaso hay algo mejor que escuchar su música, señor Presley? Sin embargo, eso no significa que el resto de emisoras no existan. Para poder escucharlas, por tanto, tendríamos que cambiar de frecuencia.

De modo que no vemos o interactuamos con los mundos paralelos porque para hacerlo habríamos de cambiar de dial. A día de hoy, carecemos de la tecnología que se precisa.

Así las cosas, no me cabe ninguna duda, señor Presley, de que existe un universo paralelo en el que su muerte se produjo tal y como usted la ensueña. Y que en ese otro universo, la leyenda de la que habla en su carta es la contraria, es decir, Elvis is alive.

Espero y deseo que mi respuesta haya sido de su agrado. No obstante, dejo abierto este canal para futuras comunicaciones.

Reciba un cordial saludo de profunda admiración.

Bernardo Pastor-Luján

Después de entregarle la carta a Valentina, me dispuse a profundizar un poco más en el contenido de mis novelas, habida cuenta que no sólo tenía que presentar una esa misma tarde, sino que convenía que supiera cuáles eran mis creencias actuales, si había diferencias con respecto a todo lo que había defendido en el mundo del que venía.

En apariencia, eran pocas las cosas que habían cambiado, aunque en algunos casos eran sustanciales. Por ejemplo, el hecho de que tanto Lucía como Valentina estuvieran vivas, y de que formáramos una familia convencional.

De modo que me puse a escudriñar los tomos de mis libros que descansaban en los anaqueles de la librería de madera de nogal que forraba tres de las cuatro paredes de mi estudio.

—¿Qué buscas? —me preguntó Valentina.

—Necesito refrescar algunos datos, para la presentación de esta tarde.

Dicho lo cual, mis ojos se detuvieron en el lomo de un libro firmado por mí, cuyo título era: *La abducción de Julia*.

Lo extraje con cierta prevención, sabedor de la historia que encerraba su interior. El relato de una niña que fue robada al nacer, para evitar un estigma familiar, y la búsqueda que tuvo que hacer su padre, un reputado físico defensor de los multiversos, mi *alter ego*, para recuperarla treinta y tres años más tarde.

Me abracé a aquel libro como quien se abraza a un recuerdo doloroso. No pude evitar que unas pocas lágrimas corrieran por mis mejillas.

—¿Qué te pasa, papá? —me preguntó Valentina, al tiempo que se levantaba y se acercaba hasta mí.

—He recordado la historia que hay detrás de la novela, y no he podido contener la emoción. Sólo pensar que te pudiera pasar algo parecido... —me justifiqué.

—En mi opinión, el éxito del libro radicó en el hecho de que esté planteado como un diario, en el que vas desgranando tu relación con Julia Antúnez a través de los sueños. Te costó treinta años terminar el libro, tomando notas todas las mañanas, después de cada sueño. Mamá llegó a reconocerme que estuvo preocupada por esa relación onírica que mantuviste con la protagonista. Sentía celos, como si su presencia en tus sueños le robara protagonismo a vuestra relación. Por eso te obligó a acudir a la consulta del doctor Pinilla. A mí, en cambio, el personaje de Julia me da mucha pena. Yo no hubiera soportado tanto sufrimiento. Tal vez hubiera optado por el suicidio. Al menos, me parece más digno que ser abducida y fecundada, una y otra vez. Aunque me queda el consuelo de que tu teoría de lo posible sea cierta, y que Julia viva feliz en un universo paralelo.

—Sí, es un buen final para una novela, para cualquier historia, para cualquier vida.

Valentina y yo nos fundimos en un abrazo, cálido y profundo, idéntico a los que me acompañaron en sueños durante treinta años.

De nuevo, me tocaba empezar a vivir.

Y también a soñar.

Por último nos besamos

Después de todo, la memoria de un hombre está en sus besos.



EMILIO CALDERÓN (Málaga, 1960). Reside en Madrid desde hace más de treinta años. Es historiador, editor y escritor. Durante diez años se dedicó exclusivamente a la literatura infantil y juvenil y publicó, entre otras, *Continúan los crímenes en Roma*, *Julieta sin Romeo*, *El último crimen de Pompeya* y *El misterio de la habitación cerrada*, cosechando notables éxitos con alrededor de un centenar de reediciones de su obra. Su primera novela para adultos, *El mapa del creador* (Roca Editorial), fue editada en 2006, después de disfrutar de una beca de creación literaria en la Real Academia de España en Roma. Esta obra se convirtió inmediatamente en un éxito internacional y ha sido publicada en veintitrés países. En septiembre de 2007 publicó *El secreto de la porcelana* (Roca Editorial), y en junio de 2008 *El judío de Shanghai* (XIII Premio de novela Fernando Lara, Planeta), que ya ha sido traducida al inglés, y cuyos derechos se han vendido también en Alemania, Holanda, Rumanía, Ucrania y Croacia.

En octubre de 2009 fue Finalista del Premio Planeta con la obra *La bailarina y el inglés*, y en noviembre del mismo año, fue galardonado con un Micrófono de Plata de la Asociación de profesionales de Radio y Televisión por su aportación al mundo de la cultura.

Los sauces de Hiroshima (Editorial Planeta), publicada en octubre de 2011 y traducida al inglés, cierra su «trilogía asiática».

En 2012, con *La cosecha humana* (Editorial Planeta), el autor se introduce en el género negro.

En 2013 vio la luz *La biblioteca* (Editores de Zut), una apasionante historia sobre libros que transcurre en la Biblioteca Nacional de España, la novela más madura y compleja según el autor.

En 2014 publicó *El velo de Isis* (Ediciones Arconte), un cuento infantil, *El elefante que quería ser hormiga* (Carena Editors) y participó en tres antologías, *La vida después-Cuentos de cine* (Editores de zut), *Relatos Insólitos* (Ediciones Arconte) e *Imaginaria*, esta última de cuentos para niños.